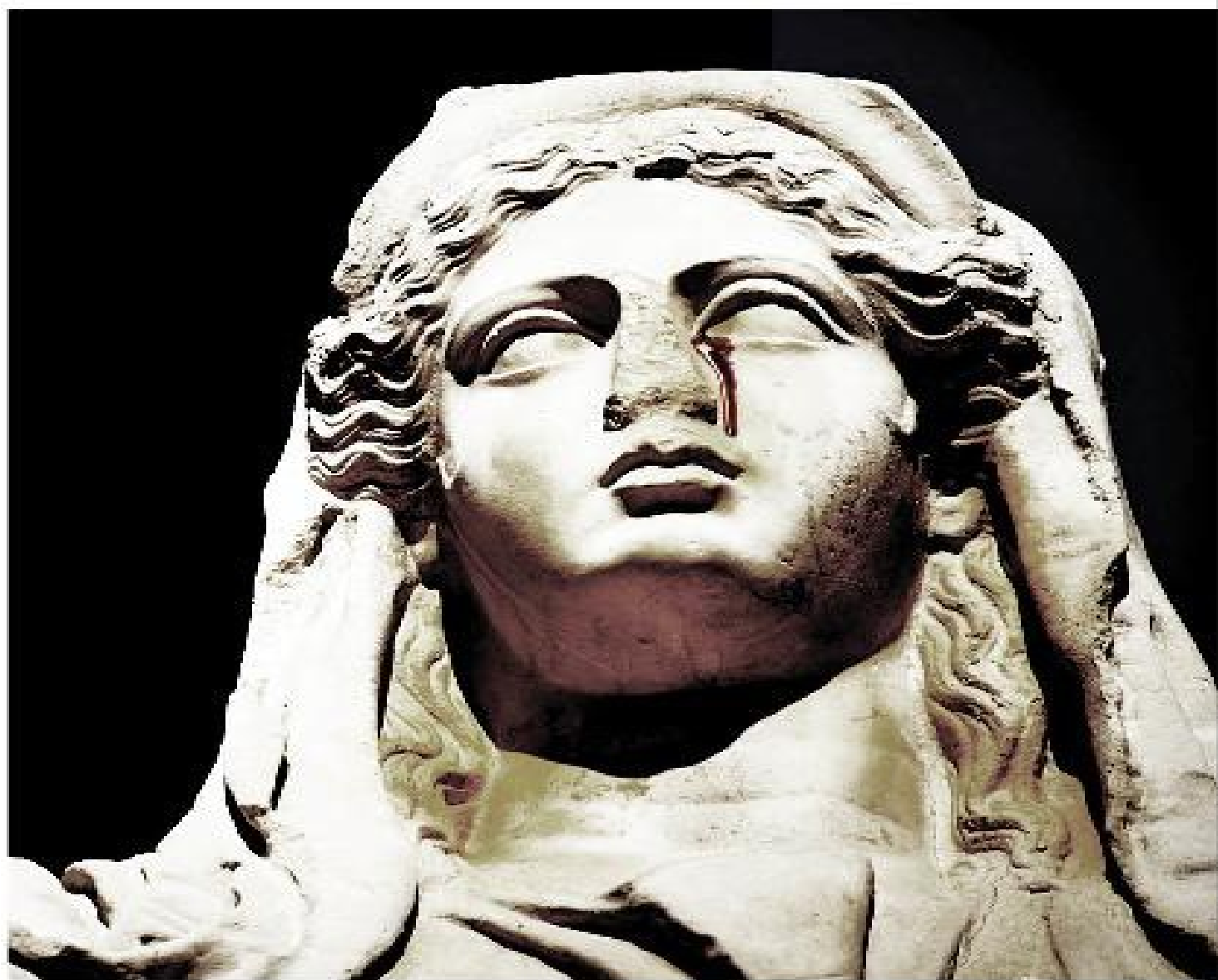


Susana Martín Gijón
Desde la eternidad



Susana Martín Gijón

Desde la eternidad

anantes
ebook

**Somos editorial y productores de
cultura**

**Catálogo completo en
www.anantescultural.net**

anantes

Primera edición digital: Julio de 2015

© Susana Martín Gijón

© Anantes Gestoría Cultural

www.anantescultural.net

Diseño y maqueta: [Anantes Gestoría Cultural](#)

ISBN: 978-84-943670-8-3

Desde la eternidad es una obra de ficción, y de ficción son todos los personajes que en ella aparecen. Sus descripciones no están basadas en las personas reales que puedan, temporalmente, ocupar los espacios a ellos atribuidos en la novela.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático o de venta por internet, ni compartirlo con fines lucrativos en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mi padre, siempre ahí.

Todo lo que ha existido, perdura en la eternidad.
Agatha Christie

Poca cosa es el cuerpo, para quien solo aspira a la gloria.
Cayo Mucio Escévola

Empuñó las tijeras y sujetó con decisión el primer haz de cabellos, que cayó inerte sobre el pavimento. En una especie de frenesí fue acometiendo aquella tarea, mechón tras mechón, cortando cada vez más rápido y dando rienda suelta a la rabia tanto tiempo contenida, hasta que lo que fuera su abundante cabellera rubia quedó diseminada en torno a los pies descalzos, y ella, emocionalmente exhausta, recuperó una mansa serenidad. Inspiró profundamente y se buscó en el espejo para escudriñar el resultado.

¿Reconocía la imagen que le devolvía? No. Hacía tiempo que no se reconocía, ni por dentro ni por fuera. Demasiadas cosas habían ocurrido desde que se marchó de Bosnia, desde que sintió por última vez el cariño de sus personas más queridas. Y demasiado terribles.

Ya no era la chica coqueta que se desvivía cuidando su preciosa melena, ya no estaba pendiente de la moda para vestir a la última con pronunciados escotes y ajustados vaqueros que resaltaban sus atributos. No quería que ningún hombre volviera a mirarla, que su figura constituyera un reclamo para nadie. Por eso había cambiado su vestimenta y su aspecto físico en consonancia con el abandono y la frialdad que se habían apoderado de su mundo interior. Por eso y porque no se podía permitir el riesgo de ser encontrada.

Sin embargo, había algo que aquella pesadilla no había logrado vencer, pese a hacerla tambalearse en algún momento. Su determinación. Saldría adelante, lo sabía. Recogió con indiferencia los cabellos y los arrojó a la basura. Era hora de ponerse en marcha. Su melena había sido el último y definitivo paso hacia la nueva vida que se disponía a comenzar. No se despidió de Mariana ni del resto de mujeres que, resignadas a un destino adverso, cumplían disciplinadamente su cometido. Asiendo el pomo de la puerta, salió para no regresar.

Viernes 6 de septiembre

—Aquí es, lo encontramos —Marta sonrió al ver el cartel de la casa rural.

—Bien, y sin GPS ni nada —le guiñó un ojo Hugo mientras accionaba el intermitente y maniobraba para aparcar el coche en la estrecha callejuela.

Sacaron el equipaje del maletero y se dirigieron a la vivienda. Estaban cansados, ya que habían llegado directos desde Madrid para pasar el fin de semana. Una casa rural en una de las poblaciones cercanas a Mérida, la antigua capital romana, cuyo propietario había reconvertido al más puro estilo de la época. Termas, masajes, restaurante con comida tradicional romana... Venían de la gran urbe madrileña anhelantes por desconectar de sus ajetreadas vidas del presente para sumergirse en un pasado lejano rodeados de lujo y placeres.

Se sonrieron al comprobar que en lugar del esperado timbre, la puerta tenía incorporada una aldaba con apariencia desgastada y forma de cabeza del dios Mercurio, de la que emergía una argolla que hacía las veces de llamador.

Tras golpear varias veces y esperar unos minutos que se les antojaron eternos, se miraron el uno al otro vacilantes.

—Bueno, parece que después de todo no funciona tan bien como un interruptor del siglo veintiuno —dijo Hugo con sorna.

—¿Pasamos? —se impacientó Marta, empujando la puerta entornada.

—Sí, esperaremos dentro —asintió él—. Aquí pega bien el sol, y después de las tres horas que llevamos de viaje no pienso volver a meterme en el coche.

Entraron y aguardaron unos minutos más. Marta, curiosa por naturaleza, soltó la maleta y comenzó a inspeccionar el terreno.

—Pero, ¿qué haces? —se quejó Hugo.

—¿A ti qué te parece? No voy a quedarme ahí plantada todo el día. Mira, ¡ven!, esto es precioso —le gritó con entusiasmo ya desde la otra punta del pasillo, asomada al patio interior de la reformada casa romana—. Es el peristilo, donde comeremos todos los manjares que anunciaban en los folletos... ¡y ahí está la piscina! —exclamó ilusionada.

Aquella era una ocasión muy especial y Marta se sentía eufórica. Hasta

hacía poco no habían podido permitirse ese tipo de lujos. Primero porque tras acabar ambos sus respectivas carreras universitarias habían pasado un largo período de incertidumbre y dificultades, intercalando trabajos precarios con visitas a la oficina de empleo para darse de alta en la búsqueda de nuevas oportunidades. Y cuando al fin ambos lograron establecerse en puestos que les daban una relativa seguridad, algo ya de por sí difícil, la madre de Marta enfermó y sus vidas comenzaron a girar en torno a ella. Fines de semana de hospitales, de cuidados familiares... No quería ni recordarlo. Pero la pesadilla había tenido un final feliz tras varios penosos años, y en la última revisión los médicos le habían confirmado que había superado todo rastro de la enfermedad que la había atrapado. De modo que tras todos los años que llevaban saliendo juntos, podían comenzar a pensar en ellos. Había llegado su momento, y Hugo quiso celebrarlo sorprenderla con aquel fin de semana que le ayudaría a olvidar las malas rachas y a disfrutar del presente que por fin les pertenecía. Había guardado el secreto hasta el día anterior, cuando le hizo entrega con mucha formalidad de un sobre que contenía el folleto con la descripción de todo lo que les aguardaba. A ella casi se le saltaron las lágrimas, consciente como él de lo que aquello significaba. Sí, era el mejor regalo que podía haberle hecho. Y ambos pensaban disfrutar al máximo de cada uno de esos placeres.

—Venga, deja de husmear —le pidió ahora él, inquieto ante la posibilidad de que alguien pudiera llamarles la atención.

Pero Marta estaba encantada y, sin ninguna intención de esperar aburrida a que alguien llegara, siguió adentrándose por los recovecos de la casa. Atravesó el patio columnado y avanzó por un pequeño y frondoso *hortus*, un jardín cultivado al más puro estilo romano, dejando a ambos lados cuidados limoneros, higueras y granados. Al llegar a una de las esquinas observó que de ella emergía otro pasillo, al fondo del cual se apreciaba un letrero indicando la entrada a las termas. Se dirigió hacia allí, llamó, y al comprobar que tampoco contestaba nadie, entró decidida. Al principio el vaho y la oscuridad, solo atenuada por la luz de una minúscula buhardilla, le impidieron ver dónde se encontraba, pero poco a poco sus ojos se fueron adaptando y pudo apreciar una gran terma y algo más alejadas, otras dos más pequeñas. Supuso por su tamaño que la mayor sería la destinada al agua fría, mientras que las otras contendrían el agua tibia y caliente. Le fascinaba el arte romano y sabía cómo funcionaban los *spa* de aquella época, aunque hasta entonces solo a través de los libros. *Lo*

cual va a cambiar en unas horas, pensó regocijándose. Frunció el ceño intentando escudriñar la estancia. Quiso aventurarse más, pero un olor extraño, una combinación de cloro con algo más que no supo descifrar inundaba la atmósfera, quitándole las ganas de permanecer allí por más tiempo. Eso y que comenzaba a sudar en aquel ambiente le decidieron a regresar junto a Hugo.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando algo captó su atención e hizo que cambiara de parecer y se adentrara aún más. En una de las termas más pequeñas parecía flotar algo. ¿Había alguien bañándose? Alzó la voz nuevamente, pero solo obtuvo por respuesta un insondable silencio. Caminó con cuidado de no resbalar en el húmedo pavimento hasta llegar casi a la altura de aquella bañera, semiocultas tras una esquina. Estiró la cabeza y sus ojos por fin percibieron con toda la intensidad lo que la había llevado hasta ahí. Su cerebro tardó aún unos segundos en comprender. Entonces, pese a la temperatura, notó cómo se le helaba la sangre. Chilló con todas sus fuerzas.

* * *

Bruno se desperezó y decidió hacer un descanso. Le estaba costando concentrarse, y lo poco que había escrito no le convencía. Desde que publicara su último reportaje, hacía ya varias semanas, parecía haber entrado en una fase yerma en la que la inspiración, esa irremplazable compañera de viaje de cualquier escritor, parecía haberle abandonado. Le faltaban las ansias de compartir un mensaje, una idea, y sabía que sin ellas, la anhelada musa no se dignaría a aparecer. Su faceta de autor había comenzado cuando comprendió que necesitaba compartir su visión del mundo. Plasmarla, eternizarla para que otros pudieran ver a través de sus letras realidades a las cuales no abrirían los ojos de otra forma. Todo se había originado con unos sucesos de los que él mismo no había sido consciente hasta que alguien se los hizo ver. Pero ahora era aquello lo que le faltaba. Una historia capaz de atravesarle y alcanzar el centro mismo de su ser, penetrándole el corazón, no dejándole otra alternativa que ponerse en movimiento para contribuir con lo que estaba en su mano, compartirla para impulsar a su vez la acción de otros. Pensó con pánico en la pesadilla que alcanzaba a algunos escritores, la pérdida de esa musa, con la consecuente condena a un silencio sepulcral... pero no, eso no le ocurriría a él, se dijo tratando de cancelar aquel terrible pensamiento. Aquello quedaba para quienes creaban fantasía. Él se dedicaba a documentarse sobre el mundo real, y

desgraciadamente había demasiadas injusticias como para no hallar una que le motivara lo suficiente para ponerle en marcha. Solo tenía que sentir cuál era.

Fue a la cocina a preparar un café para despejarse y se sentó en el sofá del salón para tomarlo tranquilamente. Miró a su alrededor. La casa estaba pidiendo a gritos un poco de orden, así que decidió ponerse a la tarea. «Quién sabe si mientras me llegue esa inspiración», se dijo sonriendo con su característica ironía.

Convivir con un perro y una niña pequeña era la antítesis de un hogar ordenado. Juguetes de Celia, zapatos, ropa y libros de cuentos entre los más diversos objetos aparecían desperdigados sin orden ni concierto. Parándose a observar la visión se le antojó caótica.

Pero no sería él quien se quejara. Cuando Julio, su compañero de piso durante los últimos años, se fue a vivir a Cáceres con el chico con quien parecía por fin haberse estabilizado e iniciado una relación seria, él y Annika pensaron que no tenía sentido que buscara otro piso o a un desconocido con quien compartir el que hasta entonces habitaba, cuando pasaban juntos todo el tiempo libre del que disponían. De modo que se embarcaron en la gran aventura, y en la gran mudanza. El apartamento de Annika ya se había quedado pequeño con Celia y *Wolf*, y era el momento de buscar un hogar que pudiera acogerles a todos.

La continua bajada que había sufrido el precio de la vivienda les permitió alquilar una pequeña casa baja en una de las travesías del centro de Mérida con espacio suficiente para los tres y para *Wolf*, que había pasado a ser el feliz propietario de una caseta de madera en el patio trasero. La única pega era la antigüedad del inmueble, de mediados del siglo veinte, y que la propietaria ya les había advertido de la imposibilidad de acometer ningún tipo de reforma, pues en esa zona de la ciudad lo más probable era encontrarse con restos romanos que les obligaran a paralizarla.

Aun así, la casa les encantaba. Llevaban en ella cerca de un año a lo largo del cual se habían convertido en una singular familia, conformada por Annika, la joven policía de origen africano cuyo tono de piel la hacía ser más conocida en la pequeña ciudad de lo que quisiera, Celia, la pequeña de cinco años que esta adoptó cuando sus padres murieron consecuencia de un funesto accidente de tráfico, y él mismo, un periodista con orígenes italianos afincado en Extremadura. Toda una mezcla de nacionalidades y culturas en una ciudad que a pesar de ser la capital autonómica, era aún por población, estructura y

mentalidades, bastante más provinciana de lo que sus habitantes gustaban de reconocer.

Evocó sus comienzos con Annika, aquella chica de cuerpo escultural, piel chocolateada y preciosa sonrisa que le atrajo irremediabilmente desde la primera vez que la vio, pero que le había conquistado de forma definitiva con su mente despierta, siempre puesta al servicio de un gran corazón. No había sido fácil al principio. Rechazo tras rechazo, habría tirado la toalla si no hubiera sido por una investigación en la que ella le necesitó, que les dio la oportunidad de conocerse mejor y acabó derribando el muro con el que Annika trataba de proteger sus sentimientos. Con una sonrisa, pensó en cómo la rutina de aquel último año de convivencia había consolidado su relación y les había colmado de momentos felices. Eso le llevó a reconocer que la intensidad de las tareas de ambos no les regalaba un momento de asueto desde hacía tiempo, y comenzó a idear una pequeña celebración de su primer aniversario viviendo juntos mientras finalizaba las labores de la casa.

* * *

Annika estaba completando un expediente cuando un revuelo al otro lado de la comisaría le hizo perder la concentración. Al alzar la vista de los documentos en que se hallaba inmersa vio que el comisario había salido de su despacho y estaba dando órdenes a su alrededor.

—Vamos, ven a la sala de reuniones —su compañero Raúl se acercó un momento después—. Ha pasado algo. Daniel quiere vernos a todos allí.

Se levantó con desgana, aunque no exenta de curiosidad. ¿Qué habría ocurrido? Probablemente alguno de los superiores le habría puesto las pilas. Pocas veces veía tan alterado a su jefe, excepto cuando «los de arriba» demandaban algo. Entonces todos tenían que correr para conseguirlo, y que Daniel pudiera volver a congraciarse con ellos.

Llegó casi la última, solo seguida por Sonia, que cerró la puerta tras de sí.

—Vamos, vamos, panda de holgazanes —gruñó Daniel—. No tenemos todo el día.

—¿Qué sucede? —preguntó Mati impaciente.

—Ha aparecido muerto un hombre en Calamonte.

Los policías le miraron expectantes.

—De una forma algo singular —completó—. Estaba dentro de una terma

romana.

—¿En una terma romana? Pero, ¿allí también hay? ¿Como las que están junto al acueducto?

—No, no. Quiero decir, en una terma privada, en una especie de balneario de un alojamiento rural.

—¿Se ha ahogado en una terma? —preguntó Sonia, extrañada.

—En realidad no. Parece algo más complicado. La terma estaba inundada de sangre.

* * *

—¿Lo de siempre, doña María? —Alma se retiró un mechón de la pelirroja melena que caía rebelde sobre su frente y alcanzó dos chapatas del estante, introduciéndolas en la bolsa de tela que le ofrecía la señora, a la vez que esta asentía con una sonrisa.

—Ponme también unas perrunillas. Que vienen mis nietos el fin de semana y les gustan mucho.

Doña María fue la última cliente por aquel día. Cuando se fue, tras contarle con una expresión radiante de felicidad algunas de las peripecias de su última nieta, de tan solo dos años de edad, la acompañó hasta la puerta y cerró tras ella. Eran ya más de las dos y Paquita la estaría esperando para comer. No quería retrasarse, pues sabía que le agradaba ver las noticias regionales mientras almorzaba, para quedarse dormida justo después escuchando plácidamente el programa del corazón, ese que la buena señora nunca reconocería hasta qué punto le gustaba.

Recogió la tienda y se encaminó hacia la que ya era también su casa.

Tras escapar de la pesadilla que le había tocado vivir cuando llegó a España, hacía ya dos años, le había costado mucho decidir qué hacer con su vida. Sus amigas Azra y Sanela habían regresado a Bosnia y ella había estado a punto de acompañarlas para no perderlas de nuevo, pero sabía que nada le esperaba allí. Sanela tenía a su familia, una familia que se había volcado con ella al comprender la terrible realidad que había vivido, tras meses de absoluta ignorancia en que la creían bien colocada en la hostelería, mientras que Azra, cuyo principal objetivo ante la idea de emigrar había sido ayudar con sus ingresos a criar a sus hermanos pequeños, ahora tenía claro que no quería volver a separarse de ellos. Pero Alma no tenía a nadie en Bosnia.

Nunca conoció a su padre, y su madre se había casado con un hombre con quien ahora compartía su existencia y hacía mucho que no había vuelto a preocuparse por ella. Azra y Sanela continuarían con sus vidas, y ella no pintaría demasiado a su lado. Así que se había ido dejando llevar cuando Paquita le aseguraba que podía quedarse con ella el tiempo que hiciera falta y poco a poco, a medida que iba reponiéndose de algunas de sus heridas a la vez que consolidando el vínculo con aquella señora que le había obsequiado con su solidaridad, fue sintiendo que no quería moverse de allí. Un día se decidió a compartir sus sentimientos con su benefactora, y ella, con la colaboración de sus amigas del pueblo, fue ayudándola a establecerse.

Cuando a Sole, la dueña de la panadería más antigua de Montijo, le llegó la hora de jubilarse, vieron clara la oportunidad y Alma le tomó el relevo.

El trabajo le gustaba. Era sencillo, y lo más importante, siempre sabía lo que le esperaba en él. Al igual que con Paquita. La vida rutinaria de aquella señora de ochenta y muchos años encajaba a la perfección con lo que Alma necesitaba, y ambas lo sabían. Las dos habían pasado momentos tan duros en su vida que no pretendían para ellas más que la seguridad de saber cómo sería el día siguiente, y el siguiente.

Pero en la vida de Alma había algo más. Algo que le seguía desvelando por las noches, y una de las razones por las que había decidido quedarse en España. Sabía que Sabina seguía viva. Y tenía que encontrarla.

* * *

Cuando llegaron al lugar de los hechos, Annika y Mati se encontraron con que el pueblo entero les había tomado la delantera. En torno a la puerta del pequeño hotel rural se amontonaban los vecinos, que, al verles, dirigieron su atención hacia ellos con la intención de averiguar algo más sobre el suceso. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cuándo? ¿Quién era el hombre de la terma? ¿Dónde estaba el dueño del balneario? Los lugareños exigían ansiosos respuestas a todos los interrogantes que se habían abierto.

Intentaron calmar los ánimos y al fin lograron localizar entre la multitud a la joven pareja que había dado la alarma, aún conmocionada, y llevarla a un lugar más tranquilo. Les ofrecieron sendas infusiones y esperaron a que surtieran su efecto tranquilizante. A los pocos minutos, ya algo más calmado, el chico comenzó a relatar lo ocurrido. En realidad no había mucho que

contar. Al escuchar los gritos de Marta había acudido angustiado para comprobar qué sucedía y así fue como él mismo se encontró de cara con la víctima. Salieron de allí frenéticos y llamaron a los servicios de emergencia, que a su vez habían dado el aviso a la policía nacional y ahora esperaban las indicaciones del juez de guardia sobre cómo proceder.

Tras el interrogatorio les permitieron retirarse a descansar, siempre que estuvieran localizables, les recordó Annika. Mati les recomendó un lugar donde alojarse en Mérida y ambos se prepararon para afrontar a su vez la escena que tanto había perturbado a la joven pareja.

Desde que Annika ascendiera a oficial de policía, hacía poco más de un año, era el primer caso de asesinato con el que se enfrentaba. Había desarrollado sus cerca de diez años de trayectoria profesional en Mérida, ciudad que se caracterizaba por su tranquilidad y escaso índice de delincuencia. No en vano era la capital de la región con la tasa de criminalidad más baja de España. A pesar de su espíritu luchador, que la llevaba a menudo a investigar posibles delitos en su especialidad, la violencia contra las mujeres, y que le había arrastrado a situaciones complicadas en alguna ocasión, lo cierto era que las emociones fuertes no eran la tónica habitual de la comisaría, de modo que salvo contadas excepciones la vida laboral transcurría de forma apacible en las dependencias policiales, más allá de algún trágico accidente y de los cambios de humor de su superior.

De entre los casos de homicidio en los que se había visto inmersa, solamente en una ocasión había tenido que afrontar una visión tan dura como aquella, una visión que muy a su pesar permanecía indeleble en su memoria. Cuando entró junto a Mati en la zona de balneario y se halló frente al cadáver no pudo evitar sentir la misma intensa sacudida que le conmocionó aquella vez. La escena que tenía ante sí era terrible, pero había algo más, algo que también había percibido aquella vez. Aún antes de poder analizarlo de forma consciente, supo que la misma maldad de entonces había estado presente en aquel lugar. Sí, se dijo, algo en la atmósfera rezumaba crueldad.

* * *

Desde que ella apareció un día frente al bar, las mañanas ya no eran lo mismo para Víctor.

Antes, ese habría sido un día cualquiera. Se habría levantado tarde, pues su

turno no comenzaba hasta el mediodía. Habría llegado al bar paseando perezosamente, desayunado en la barra un café con una tostada y entrado directamente a trabajar. Pasaría el rato conversando, bromeando con algunos asiduos sobre el partido de la noche anterior, o el de la siguiente, o sobre la última noticia de algún político corrupto, según estuvieran los ánimos. Hasta que empezara el movimiento de las cañas y ya no levantara cabeza, seguido del de los cafés, y cuando se diera cuenta un día más habría pasado veloz ante sus ojos.

Pero el reloj había cambiado el ritmo de sus agujas. Ahora se desplazaban con una desmesurada parsimonia hasta que ella hacía su aparición. Entonces, esos escasos minutos desde que entraba, le miraba a los ojos y le pedía su café doble solo, se sentaba a bebérselo, silenciosa, seria, siempre en la misma mesa al fondo del establecimiento, y se marchaba tras finalizarlo, esos minutos las agujas corrían frenéticas. Para volver a sosegar hasta el día siguiente.

Al principio ni tan siquiera entraba. Tenía grabada en la memoria la primera vez que la vio. Pasaba la bayeta por la barra sin otra cosa que hacer. Entonces alzó la vista y allí estaba ella. Frente al bar, observándole a través de la cristalera con sus enormes y profundos ojos de un intenso color avellana y aquella indescifrable expresión en un rostro tan infantil como impenetrable. Cuando se supo descubierta, mantuvo unos segundos más la mirada y se dio la vuelta lentamente para alejarse.

Así transcurrieron varios días. Ella pasaba de camino hacia alguna parte, se paraba, observaba durante unos momentos y continuaba su trayecto. Y él, hechizado, seguía con la vista su cuerpo diminuto y esbelto, su pelo corto despeinado, aquellos mechones rubios que nunca querían quedarse en el lugar que les correspondía y se descolocaban indomables mientras a ella parecía no importarle lo más mínimo, alejándose hasta el día siguiente.

Hasta que un lunes se decidió a entrar y pidió su primer café con aquel extraño y seductor acento que no lograba desentrañar. Él había acometido algunos intentos por entablar conversación pero ella los rechazaba cortésmente de forma sistemática. Sin desprecio ni arrogancia, ni siquiera indiferencia. Simplemente, como si no fuera el momento. De modo que esperaba paciente a que ese momento llegara.

* * *

De regreso a las dependencias policiales Annika y Mati se reunieron con Daniel en su despacho para ponerle al día de todos los pormenores.

—Entonces no ha podido ser un suicidio. Alguien lo ha asesinado —sentenció Daniel.

—Sí, todo apunta en ese sentido —confirmó Mati.

Aunque oficialmente Annika era ahora su superior y por tanto quien tenía que dar parte al comisario, nunca habían seguido estrictamente el protocolo. Para ella, Mati seguía siendo su compañero y como tal le trataba, incapaz de dar órdenes a quien tanto la había ayudado a integrarse en aquella comisaría.

—El número de incisiones y la forma en que han sido provocadas descarta que hubiera podido infligírselas él mismo —continuó Mati—. Pero esperemos a tener el informe de la forense.

—De eso nada —Daniel no soportaba que un subordinado le dijera lo que había que hacer, y su última afirmación le puso en guardia. Con frecuencia bastaba un comentario como aquel para decidirle a establecer el criterio opuesto—. No vamos a estar aquí parados mientras un asesino anda suelto. ¿Qué más tenéis? ¿Desde cuándo está allí? ¿Está identificado ya?

—Probablemente desde ayer —Annika trató de contestar a su batería de preguntas—. Al parecer era el propietario de las termas.

—De acuerdo. Entonces no parece tan difícil, comenzad por identificar el listado de clientes. Localizad a todos los que hayan pasado allí la noche y me los traéis. A ver qué tienen que contarnos —ordenó tajante.

Al comprobar que Mati y Annika no se movían, Daniel volvió a impacientarse.

—Venga, venga. Estáis tardando.

—Es que... —comenzó Mati.

—¿Es que qué? ¿Se puede saber a qué esperáis?

—Ya tenemos la lista, jefe. En realidad no es muy larga —terció Annika para ayudarle—. Salvo los fines de semana, no pasaba demasiada gente por allí. Ayer no se alojó nadie en la casa rural, era hoy viernes cuando estaba previsto que pernoctaran varios huéspedes, como es el caso de la pareja que le encontró, los primeros en llegar.

—¿Entonces oficialmente nadie pasó por allí? —preguntó hastiado Daniel.

—No por el hotel, aunque sí por el balneario. El propietario lo alquilaba por horas independientemente de las habitaciones.

—¿Y bien? —la vena en la frente del comisario que avisaba a sus

colaboradores de su nivel de irritación comenzaba a adquirir unas proporciones nada halagüeñas.

—Solo hubo un grupo de cuatro chicos que reservaron las termas, y se fueron a última hora de la tarde —suspiró Annika.

—Muy bien, ¿se puede saber cuál es el problema entonces? ¿Por qué no están ya aquí? ¡Parece que os hubieran clavado los pies al suelo, inútiles!

—Hay una cosa que debería saber antes —previno Mati con voz trémula.

—¿Sí? —el aguante del comisario parecía estar llegando a su límite.

—Uno de ellos es su sobrino, jefe —completó al fin Annika.

* * *

Bruno releyó el correo que le había llevado, como un vagón de montaña rusa, del desánimo de un rato antes a un estado de exaltación.

—¡Sí, sí, sí! —gritó eufórico con los puños en alto.

La editorial que en su día publicó la biografía de doña Paquita le informaba de que se habían agotado todos los ejemplares y habían decidido lanzar una segunda edición.

Aquel había sido su primer libro, gracias al cual había conocido a aquella señora que le ayudó a resolver el misterio de la que más tarde se conocería en los medios como «la banda de las pastillas milagro», una red mafiosa que hacía mucho más que traficar con medicamentos poco fiables. Después habían llegado otro par de publicaciones, esta vez más orientadas a reportajes de investigación, y podría decirse que tras solo dos años había comenzado a consagrar su trayectoria. Pero últimamente el hecho de no dar con una buena historia le tenía desmotivado. Annika trataba de animarle diciéndole que era una pequeña crisis de escritor, que se relajara y todo llegaría, pero a él no le gustaba esa situación. Y menos aún, depender económicamente de su pareja. Ya había pasado mucho tiempo mirando el bolsillo en la época en que iba dando tumbos como periodista *freelance*, y tras habituarse a tener unos ingresos moderadamente aceptables, no le apetecía revivir aquello.

Por eso, saber que se habían vendido todos los ejemplares había sido una gran noticia. La liquidación le proporcionaría unos ingresos inesperados, y una nueva tirada le auguraba a su vez futuros beneficios.

Decidió llamar a su madre para contarle la buena nueva, pero tras referirle

todos los detalles se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

—¿Qué pasa, mamá? ¿No te alegras de lo que te estoy contando?

—Sí, hijo, claro que me alegro, muchísimo. Y ya verás cuando vaya esta tarde a contárselo a doña Paquita.

—Pues no lo parece —se quejó.

—No, hijo, no es eso —Carla suspiró—. Es mi prima. Hacía tiempo que no se conectaba al *Skype* ni contestaba mis correos y empezaba a preocuparme, así que hace un rato la llamé a Nápoles y me enteré. Le han detectado un cáncer galopante.

* * *

Los cuatro chicos aparecieron juntos en la comisaría. Daniel había decidido encargarse él mismo de tomarles declaración, por lo que a Mati y Annika les tocó quedarse fuera de la sala esperando.

—Pero esto es totalmente irregular —se indignó Annika—. Habría que entrevistarlos uno a uno. Así no podremos saber si están mintiendo.

Mati, menos impetuoso que su compañera, intentó calmarla.

—Es el sobrino del jefe, Annika, entiéndelo. Déjale que lo haga a su manera. Acabaremos descubriendo lo que sea que haya ocurrido.

—No lo tengo yo tan claro —siguió refunfuñando—. ¿Les has visto? Llevan la culpabilidad escrita en la cara. Esos chicos tienen algo que ver, y estamos perdiendo la oportunidad de saberlo.

Mientras, en la sala habilitada para interrogatorios, los muchachos se movían agitados en sus sillas mientras Daniel los miraba con cara de pocos amigos. Uno de ellos murmuró algo y el que parecía más joven soltó una risilla nerviosa. El comisario se dirigió a él con tono cortante.

—Alberto, esto no es ningún juego. Vaya disgusto le vamos a dar a tu madre.

El chico se puso serio al momento.

—Ya sé que no es un juego. Pero tampoco entiendo muy bien qué hacemos aquí, la verdad.

—Ah, así que no lo entiendes —el tono de Daniel se endureció aún más—. Un hombre ha aparecido asesinado en el pueblo de al lado dentro de una terma y cuando buscamos quién fue el último que pasó por esa terma, resulta que fuiste tú. Tú y tus amiguitos. ¿Lo vas pillando ahora?

—No... no creerás que... ¡tío, yo no he tenido nada que ver en eso! — ahora el chico parecía angustiado de veras.

—Pues eso es precisamente lo que vamos a aclarar aquí. Contadme todo lo que hicisteis ayer.

* * *

Cuando Daniel salió de la sala de interrogatorios con el grupo de jóvenes, se encontró a Mati y Annika aguardando impacientes al pie de la puerta.

—¿Se puede saber por qué estáis aquí? ¿Es que no tenéis otra cosa mejor que hacer? —censuró nada más verles.

—Jefe, estábamos esperando para saber qué salía de la charla con los chicos...

—Ya veo. A ti lo de esperar se te da bastante bien, ¿no Mati? Todo lo que no sea trabajar... Pues mira, de momento os vais a volver a Calamonte y vais a entrevistar a todos los vecinos de la zona, a comprobar si advirtieron algo extraño ayer.

—¿Y los chicos? —preguntó Annika.

—Los chicos no han tenido nada que ver. Venga, andando.

Ambos asintieron sin atreverse a rebatirlo y se pusieron en marcha. Mientras se alejaban, Daniel les dio una voz.

—¡Y no os vayáis a casa sin pasaros de nuevo por aquí! Quiero saber todos los detalles.

* * *

Mati bufó mientras se dirigían al coche oficial, ya fuera de la vista del comisario.

—¿Pero qué le pasa a este tío? Parece que ahora la ha tomado conmigo.

—Bueno, de vez en cuando habrá que cambiar los papeles, ¿no? —le pegó un codazo afectuoso Annika.

Mati la miró y no pudo evitar relajarse. Tenía razón, y supuso que no pasaba nada si por una vez la dejaba a ella en paz. Lo habitual era que Daniel la emprendiera con lo que decía o hacía Annika. Desde el principio había sido consciente de sus aptitudes, de modo que siempre la había tenido en el punto de mira, y el hecho de que recientemente esta hubiera superado las pruebas y ascendido a la categoría de oficial parecía empeorar la situación, al igual que

había sucedido cuando fue condecorada con la cruz al mérito policial por su papel en el dismantelamiento de una red de crimen organizado. Cada reconocimiento situaba a Annika en una posición más comprometida con su jefe, dificultando aún más aquella relación al acrecentar sus temores sobre una posible competidora en su necesidad de protagonismo y anhelos de promoción profesional.

—¿Y qué, cómo se siente una cuando no es la receptora de las iras del jefe?
—le preguntó con guasa.

—Bueno, pues muy tranquila, la verdad. Podría cambiarte el papel por mucho tiempo. Todo el que quieras.

Mati suspiró con un énfasis desmedido para hacerle notar su gran resignación, y Annika rio divertida.

Pocos minutos después llegaban de nuevo a la vivienda donde había sido hallada la víctima. Para entonces el juez ya había autorizado el levantamiento del cadáver y tras llevárselo al hospital para proceder con la autopsia, la zona había sido acordonada. Poco a poco los vecinos habían ido regresando a sus casas, de modo que al comienzo del atardecer, el lugar aparecía prácticamente desierto.

—¿Por dónde empezamos?

—La casa de al lado, por probabilidad —sugirió Annika—. Vayamos de más cerca a más lejos, a ver qué saben de lo sucedido. Y de la víctima —añadió.

—Sí, no creo que saquemos nada en claro sobre el culpable, pero al menos nos podremos ir formando un perfil del hombre que ha muerto —convino su compañero.

Llamaron a la primera puerta, y tras unos momentos un niño moreno con cara de pícaro, de unos seis o siete años se asomó. Al verles, sus oscuros ojos se ensancharon y gritó emocionado.

—¡Mamá, mamá, es la poli!

Después fijó su vista en ellos.

—¿Habéis venido por lo del Lolo?

—¿El qué?

—El Lolo, hombre, mi vecino, al que han matao —el niño les miró con reprobación, contrariado ante la idea de que no supieran de qué hablaba—. Vaya polis —masculló mientras su madre llegaba apresurada y le hacía a un lado.

—Buenas tardes, díganme.

—Buenas tardes. Como sabrá, en la casa de al lado ha ocurrido una desgracia —comenzó Annika.

—Sí. Ya nos hemos enterado de que ha sido Lolo a quien encontraron muerto esta mañana —asintió con pesar la mujer.

—¿Se refiere a Manuel Barrena?

—Sí, aquí todos le llamábamos Lolo.

—¿Podríamos pasar a hacerle algunas preguntas?

—Claro, claro, pasen. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —Annika rechazó el ofrecimiento mientras se acomodaban en el salón, a la vez que Mati miraba con anhelo una bandeja de dulces exquisitamente colocados sobre la mesa. Con todo el jaleo de aquel día ni tan siquiera habían parado a comer, y él era incapaz de trabajar con el estómago vacío.

—Oh, coja uno —indicó la señora advirtiendo su interés—. Los niños acaban de merendar y aún no me dio tiempo a recogerlo.

—Bien, señora... —comenzó Annika mientras su compañero accedía gustoso y alargaba la mano para escoger una porción de leche frita, a todas luces casera.

—Lucía.

—Lucía, ¿cómo se ha enterado usted de lo sucedido?

—Pues como todo el mundo, cuando llegó la ambulancia todos salimos a ver a por quién venían, pensando que sería algún vecino. Como habrá notado, en el pueblo hay más mayores que jóvenes, y es bastante corriente que alguien llame a los servicios de emergencia. Muchas veces es un simple resfriado o una caída aparatosa, pero sea lo que sea siempre nos informamos para ver en qué podemos ayudar. La sorpresa vino cuando la ambulancia paró en el hotel del Lolo, que vive solo y la mayoría de sus clientes son parejitas que vienen en plan de escapada romántica y cosas así. Intentamos sonsacar a los enfermeros pero no quisieron soltar prenda —confesó—. Aun así, entre lo que oímos unos y otros, nos fuimos haciendo la idea de lo que había ocurrido.

Annika asintió con calma. Había aprendido con el tiempo que la mejor forma de obtener información era dejando hablar libremente a la persona que tenía enfrente. Aunque la mayoría de lo que dijera pareciera trivial, nunca se sabía si podía acabar siendo determinante. Y en todo caso, si la persona entrevistada se sentía cómoda, siempre habría más oportunidades de que

compartiera lo que sabía.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudo haberlo hecho? —intentó profundizar un poco más.

—Lo cierto es que no —confesó la mujer—. Lolo era un chico alegre, no se peleaba con nadie, esa es la verdad. Además, desde que puso en marcha el balneario traía gente al pueblo, turistas y parejas de Mérida que se dejaban aquí algún dinerillo. Si hacía el pueblo más conocido y traía negocio, ¿quién iba a querer hacerle mal?

—¿Hace mucho de eso?

—Hará unos cuatro o cinco años que empezó a funcionar. Al poco de morir su padre dejó su trabajo en Cataluña y se vino para acá con la idea de convertir la casa familiar en uno de esos hoteles rurales que ahora están tan de moda. Entre la herencia de los padres y una subvención, juntó un dinero que invirtió en transformar la vivienda de arriba a abajo. La verdad es que le quedó un hotel precioso. ¿Lo han visto? Es muy acogedor.

Annika asintió, haciendo un esfuerzo por cancelar la espantosa imagen presenciada horas antes, que se empeñaba en regresar a su mente con cada referencia a la escena del crimen.

—¿Y las termas? —trató con delicadeza de redirigir la conversación para que no se desviara mucho de lo que les había llevado allí.

—Bueno, Lolo había estudiado arqueología y supongo que pensó que al estar al lado de Mérida, aquello sería una oportunidad de negocio, así que poco a poco fue haciendo obras para adecuarlo al estilo romano.

—Parece ser que los últimos en pasar por el balneario fueron cuatro chicos de Mérida, ayer por la tarde —sacó el tema Mati, que ya había terminado con su ración de repostería y se limpiaba los restos de azúcar adheridos a la barba—. ¿Los vio usted irse?

La mujer reflexionó durante un momento.

—No, no creo. A primera hora de la tarde sí que sentí bastante jaleo, gritos y risas de jóvenes que pasaban por la calle, quizá eran ellos.

—¿A eso de las cinco?

—Sí, puede ser. Aún no habíamos merendado —añadió la mujer, tratando de recordar—. Pero después no oí nada más.

Annika miró a Mati, que asintió de forma casi imperceptible. Era hora de seguir con las visitas.

—Está bien, muchas gracias Lucía. Si recuerda cualquier cosa que pueda

ayudarnos, llámenos.

* * *

Bruno vio cómo *Wolf* alzaba las orejas y se dirigía hacia la puerta de la casa agitando la cola de forma entusiasta y se levantó él también. El gesto del perro era una señal inequívoca de que Annika se acercaba por la calle de vuelta de una jornada de trabajo. El día se le había hecho especialmente largo y tenía ganas de verla y poder relajarse a su lado. Después de hablar con su madre se había cambiado para recoger a Celia del colegio, tras lo cual había preparado su pequeño equipaje y la había llevado a Badajoz. Era ese el trato que Annika tenía con la abuela paterna de la niña, quien había intermediado para que le concedieran la adopción con el condicionante de poder disfrutar de la pequeña los fines de semana. Normalmente los viernes Annika no trabajaba por la tarde, y el viaje a Badajoz con Celia marcaba el inicio del fin de semana y el descanso para ambos, pero ella le avisó de que se le había complicado el día y no sabía a qué hora quedaría libre, de modo que se comprometió a llevar a la niña para no distorsionar los planes. Aunque la situación era ahora relativamente calma, las relaciones entre ambas no siempre habían sido así, y sabía que su novia se andaba siempre con pies de plomo para no disgustar a Carmen.

En el trayecto de regreso a Mérida, solo de nuevo, recordó las noticias que le dio su madre y volvió a decaerse. Sabía que la prima Elisa era muy importante para ella. Era el último vínculo con su familia y con sus raíces italianas, además de una gran amiga y confidente. Aunque hiciera muchos años que no se veían, no solía pasar más de una semana sin que se pusieran al corriente de sus vidas a través del ordenador o el teléfono. Probablemente la prima de su madre sabía de él mismo más que sus propios amigos, más que incluso Annika.

—¿Qué tal el día? —le dijo a modo de saludo a su chica tras besarla, aún algo desanimado.

—No podría decir que bien. Nos han asignado a mí y a Mati el tema de Calamonte.

Bruno se quedó mirándola con una expresión que proclamaba no tener idea de a qué se refería.

—No me creo que no te hayas enterado. ¿No has hablado con nadie en todo

el día?

—Eeeeh, bueno, he ido a por Celia al cole, y la he llevado a Badajoz. Pero he estado pensando en mis cosas...

—Ni habrás puesto la radio, ni la tele. Qué manera de aislarte, mi periodista de investigación favorito —se burló Annika, liberando parte de la tensión acumulada.

—Bueno, bueno, ¿qué es lo que ha pasado?

—Pues que ha habido un asesinato en el pueblo de al lado. Muy desagradable —su gesto se ensombreció al recordarlo—. Alguien ha acuchillado al dueño de un balneario dentro de su propia terma.

—Vaaaaya —Bruno silbó impresionado—. ¿Y tú has tenido que ir a ver el cadáver?

Annika asintió.

—Joder —maldijo mientras la estrechaba entre sus brazos y ella se dejaba acurrucar—. ¿Estás bien?

—Supongo que sí. Pero ha sido muy extraño, ¿sabes? —Annika se separó unos centímetros para mirarle a los ojos—. Tengo una sensación desconcertante, que no consigo identificar... más allá del asesinato... hay algo espeluznante en todo esto. Y luego está lo de Daniel —añadió.

—¿Qué pasa con Daniel? —Bruno se puso en guardia. No soportaba al jefe de Annika. Sabía que le hacía la vida imposible, y si por él fuera... a veces le entraban ganas de ir para allá y decirle un par de cosas. Pero sabía que ella no le perdonaría nunca que se entrometiera en esa historia.

—Tranquilo, nada que tenga que ver conmigo, por una vez. Pero adivina quién fue uno de los últimos que pasaron por el balneario: su sobrino —reveló antes de darle tiempo a contestar—. Y me da la sensación de que puede estar ocultando algo. De que le está encubriendo.

—¿Y eso? —preguntó Bruno con repentino interés, sin poder evitar la satisfacción de imaginar a aquel canalla en apuros.

—No nos dejó escuchar sus testimonios. Y luego nos mandó recorrer todo el pueblo para averiguar si los vecinos habían visto algo raro y volver a contárselo. Por eso llegué tan tarde —aclaró—. Y, ¿sabes qué? Me pareció que se quedaba aliviado cuando admitimos que no habíamos sacado nada en claro.

Sábado, 7 de septiembre

Bruno se despertó en la cama y miró el reloj. Las diez. Ni siquiera había sentido a Annika marcharse. Debía de haberse ido hacía más de hora y media. Los días laborables él también se forzaba a levantarse temprano para llevar a Celia al colegio y sentarse después ante el ordenador. Pero el fin de semana, sin obligaciones, no podía evitar quedarse dormido hasta tarde. Era algo que se permitía sábados y domingos en un acto de indulgencia consigo mismo. Sin embargo, ya era hora de ponerse en marcha. Annika le había prometido que acabaría pronto en la comisaría y le acompañaría a Montijo, pues habían decidido pasar el fin de semana con su madre para distraerla de las malas noticias. Cuando Bruno iba al pueblo ella se pasaba el día cocinando, tanto lo que comerían juntos allí como las reservas que le preparaba para llevarse. Aunque su hijo ya tenía más de treinta años y su propia familia, para Carla algunas cosas nunca cambiaban.

Se levantó con pereza y pensó en la idea de volver al pueblo, algo más animado que el día anterior. Hacía tiempo que no le dedicaban un fin de semana completo. Darían un paseo con su madre, pasarían por el bar a tomarse una cerveza y ver a los viejos conocidos, comerían con Carla de vuelta, y después de una buena siesta se irían a merendar a casa de doña Paquita. Recordó con una sonrisa las primeras veces que la visitó, casi obligado por su madre, y cómo el delicioso café que preparaba derribó los primeros bloques de la barrera de su escepticismo y le ayudó a sumergirse en las historias de aquella señora.

Se sirvió su primera taza de café de la jarra que Annika preparara un rato antes y tras un buen desayuno se enfundó el chándal y salió a hacer ejercicio con el perro. Era una de las buenas costumbres que su pareja le había contagiado, para dicha de *Wolf*, que ahora disfrutaba del doble de deporte.

Estaba asomando de la ducha, ya de vuelta, cuando escuchó la puerta de la entrada.

—¿Anni? ¿Eres tú?

—¿Quién va a ser? —contestó sonriente un momento después, entrando ya en la habitación—. Vaya, y veo que llego justo a tiempo —añadió traviesa al ver su

torso desnudo, con la toalla aún ceñida a la cintura. Observó con descaro el rubio vello de su pecho mojado, y bajó por él hasta su estómago plano y definido, hasta la línea divisoria con que la blancura de la toalla ocultaba el resto del sugestivo panorama.

Bruno se rio algo avergonzado.

—Qué bien, creía que tardarías más —dijo como si nada.

—Bueno, en realidad había poco que hacer. No hay datos nuevos ni tiene pinta de suceder nada hasta el lunes. Tenemos el fin de semana para nosotros —sonrió con picardía.

—Estupendo. Hemos quedado en el pueblo a la una. Aún nos sobra una hora —susurró acercándose a ella.

—¿Estás seguro de que nos sobra? —preguntó juguetona introduciéndole la lengua en la fresca boca con un sensual beso, mientras desasía hábilmente el nudo y la toalla caía al suelo, dejando íntegramente al descubierto la firmeza del cuerpo de Bruno, quien a su vez se lanzó sobre ella hambriento, con la misma urgencia del primer día, desabrochándole la camisa en segundos para hundirse en su cuello y fundirse en aquella chocolateada piel que tanto le excitaba.

* * *

Lluisa volvió a dudar, acariciando la idea de quedarse en la cama acurrucada todo el día. Pero recordó la decisión tomada tras horas de desvelo en la madrugada y se dijo a sí misma que iba a cumplirla. El vuelo ya estaba reservado y no era momento de echarse atrás. Se limpió de nuevo las lágrimas, esta vez con resolución, se alzó y acabó de preparar el equipaje que necesitaba.

Cuando salió a la calle el taxi ya la estaba esperando en el portal. Maldijo para sus adentros deseando que no llevara mucho tiempo. Había valorado la opción de ir en transporte público hasta la estación pero la hora se le había echado encima y se sentía sin fuerzas para ir corriendo con la maleta a cuestas. Después le tocaría tomar el tren durante algo más de una hora hasta Barcelona, luego un metro, y a continuación un autobús. Todo para llegar a la terminal donde esperaría el avión que la llevaría a su destino. Suspiró de nuevo, esta vez pensando en su economía. La precipitada excursión le iba a costar un ajuste en sus gastos hasta final de mes.

—*Bon dia* —saludó afable el taxista al verla entrar.

—*A l'estació de França* —anunció con sequedad por toda respuesta. Ni le parecía que fuera un buen día ni tenía ganas de conversación.

* * *

Carla se asomó a la puerta al sentir aproximarse el motor del coche de su hijo, que reconocía a la perfección. Sonrió al verles.

—¿Y Celia? —preguntó mientras abrazaba a Bruno, algo desilusionada al constatar que la pequeña no les acompañaba.

—Mamá, sabes que los fines de semana está con su abuela.

—Pues a ver cuando me la traéis entonces. Recuerda que yo también soy su abuela —puntualizó, dejando traslucir algo de orgullo herido.

—Tienes toda la razón —concedió Annika a la vez que la saludaba con los dos besos de cortesía—. Te prometo que la próxima vez vendremos con ella.

—Bueno, bueno. Al menos habéis venido, que últimamente os hacéis mucho de rogar.

—Y para el fin de semana entero —sonrió Bruno.

—Así me gusta, a ver si os acostumbráis —sonrió ahora también Carla—. He preparado un montón de comida. La lasaña está casi hecha.

—¿Nos da tiempo a dar un paseo? —preguntó Bruno ya deleitándose ante la perspectiva de aquel manjar.

—Claro que sí, apago el horno y vamos —contestó ya más contenta su madre, una de cuyas aficiones favoritas eran los largos paseos por el pueblo, mucho más si podía darlos con su hijo.

En ese momento a Annika le sonó el teléfono.

—¿Sí? Sí, soy yo. ¿Cómo dice? —se precipitó a descolgar a la vez que se alejaba unos pasos para concentrarse en la llamada—. ¿Está segura? Muy bien, voy para allá. Sí, claro, ahora mismo.

Colgó el móvil y miró a Bruno, que asintió contrariado, pues ya imaginaba lo que iba a decirle.

—Id vosotros, volveré en cuanto pueda. Ha surgido algo nuevo en la investigación.

* * *

Annika llamó a la puerta de la primera casa que visitara el día anterior junto a

su compañero Mati. Esta vez la mujer la estaba esperando.

—Hola, Lucía.

—Buenos días. Pase, pase. Mi hijo está en el salón. La he llamado en cuanto lo he sabido.

—Hola, poli —le saludó risueño el chico moreno de apariencia revoltosa que le abriera la puerta la primera vez.

—Hola, ni siquiera nos hemos presentado. ¿Cómo te llamas? —le dijo con simpatía.

—David —contestó él.

—¿Cuántos años tienes, David?

—Casi siete. Los cumplo el mes que viene —aseguró con orgullo.

—Vaya, qué mayor. ¿Me cuentas lo que le has dicho a tu madre?

El pequeño dudó un momento y luego comenzó.

—Pues ayer cuando os fuisteis mamá llamó a su amiga para contarle todo lo que tú y el otro poli le habíais dicho —Annika miró a la madre, que se sonrojó avergonzada pero no llegó a interrumpirle— y le dijo que los sospechosos eran cuatro tíos que habían ido donde el Lolo por la tarde. Y cuando la Toni le preguntó que por qué eran sospechosos, mamá dijo que porque habían sido los últimos que habían pasado por allí.

—Ajá —Annika esperó, intuyendo que había algo más.

—Pero yo sé que eso no es verdad —se jactó el pequeño.

—¿Ah, no?

—No. Una mujer fue después a verle.

—¿Y cómo es que sabes eso? —la pregunta le brotó de los labios con más vehemencia de la que habría deseado, haciéndole consciente de que ya se estaba implicando emocionalmente en aquel caso, algo que siempre trataba de evitar pero rara vez lograba.

—Pues porque lo sé —contestó el niño con expresión misteriosa.

—Vamos, hijo, contesta a las preguntas de la policía.

—Lo sé, y punto —insistió receloso.

Annika se armó de paciencia.

—David, es importante que me contestes a todo lo que te pregunto. ¿No quieres ayudar a coger al culpable?

—Sí, pero...

—Venga, hijo —se exasperó la madre—. No te lo diré más veces.

El niño pareció dudar aún pero acabó cediendo ante el tono de su madre.

—Lo sé... porque me subí arriba después de cenar.

—¡Pero, hijo, te tengo dicho que no subas solo a la terraza! ¡Y menos de noche! —gritó disgustada Lucía, quien desconocía ese detalle.

—Es que había muchas estrellas... —se justificó apocado, pareciendo ya arrepentirse de su revelación.

Ahora fue Annika la que comenzó a impacientarse.

—Señora, no le interrumpa. Esto es más importante —dijo endureciendo la voz. Después se dirigió al niño—. No te preocupes, David. Me aseguraré de que tu madre no te castigue por esta vez.

La mujer apretó los labios con expresión airada e hizo un amago de levantarse y dejarles solos, pero se lo pensó mejor. Ni hablar, no quería perder detalle, de modo que asintió levemente ante la mirada expectante de su hijo.

El pequeño, algo más tranquilo, se decidió a continuar.

—Pues yo estaba ahí arriba tumbado mirando las estrellas y escuché el ruido de una moto. Me asomé porque la chica de la moto es muy guapa, para ver si era ella, y sí que era. Aparcó y se metió en la casa del Lolo.

—¿La chica guapa de la moto? —preguntó su madre sorprendida, que no había reparado nunca en alguien así, pero ante la mueca que le dirigió la policía recordándole que no debía interferir, se abstuvo de añadir nada más.

—¿Qué hora sería? —preguntó Annika a su vez.

—No sé, mamá y papá ya se habían ido a la habitación, así que supongo que sobre las once. Por lo menos.

—Y... ¿no sabrás hasta cuándo estuvo allí? —tanteó.

—Sí —confirmó, ahora triunfante—. Como no salía me entró sueño y me fui a acostar. A veces pasa ahí la noche. Pero cuando me volví a la cama escuché la moto justo después de apagar la luz, miré por la ventana y la vi irse. —Observó de reojo a su madre, y bajó la voz, como si siguiera temiendo la reprimenda—. Me fijé en el reloj de la mesita. Era la una menos cuarto.

* * *

Bruno colgó el teléfono y miró a su madre, que le devolvió un gesto de desaprobación. No era la primera vez que ocurría algo así.

—Era Annika, dice que han encontrado un nuevo sospechoso y tiene que interrogarlo, así que no vendrá hasta la tarde. Va para comisaría ahora.

—Ay, esta chica siempre pensando en trabajo. No sé cómo puede sacar adelante una familia.

Ahora fue Bruno quien le devolvió el reproche.

—Vamos, madre, no seas así. Eso te ha quedado muy machista. La familia la sacamos entre los dos. Además, está en mitad de un caso de asesinato. No puede hacer otra cosa.

El recuerdo del suceso sirvió a Carla para desviar la atención del tema, pues no le apetecía disculparse por el comentario y sabía que su hijo llevaba parte de razón.

—Vaya cosas, ¿eh? Aquí todo el mundo está hablando de ello. Ha salido en los periódicos, y hasta en las noticias de la primera. Qué pena que se acuerden de nosotros para cosas así. A Extremadura solo la sacan en los telediarios para contar tragedias.

—Y eso que es la región más segura de España —le dio la razón Bruno, que se sabía de memoria todos los datos que Annika manejaba con orgullo.

—Pues sí y con chicas como esta trabajando de sol a sol, lo será más todavía, podemos dormir tranquilos —no pudo evitar añadir con ironía—. En fin, ¿vas a ir a ver a doña Paquita? Te acompaño.

—Estupendo —dijo Bruno levantándose, contento de no seguir con el tema recurrente con el que su madre se obstinaba a menudo.

Doña Paquita les recibió muy contenta.

—Ay, hijo, qué caro te vendes, cuánto tiempo sin verte.

—Pero cuando vengo es con buenas noticias, ¿eh, doña Paquita?

—Sí, ya me contó ayer tu madre —dijo con petulancia en referencia a la noticia de la segunda edición de su biografía—. Pero que ese manuscrito iba a ser un éxito ya lo sabía yo desde el principio. Porque la verdad es un bien cada vez más difícil de encontrar —sentenció—. Ojalá también sirva para cambiar algo.

Cuando Bruno conoció a Paquita, ella estaba obsesionada por contar sus vivencias antes de morir, el aprendizaje de toda una vida marcada por las guerras y la violencia, para que sirvieran como ejemplo de lo inútil de tanto sufrimiento. Olvidar es repetir, solía decir. Bruno colaboró con ella en esa misión transcribiendo sus memorias, y ella a su vez le ayudó a resolver la trama que se escondía tras los clubs de alterne que estaba investigando. Fue

así como conoció a Alma, la chica bosnia que convivía con ella desde entonces.

—¿Y Alma? ¿No está? A ella también tengo ganas de verla.

—Ah, le dije que vendríais y se ha acercado a la tienda a por algo para merendar. Desde que entró a trabajar en la panadería ya no me deja hacer ni un dulce, ¿puedes creerlo? —se quejó la señora, que en verdad estaba encantada con el cariño que Alma le profesaba, siempre pendiente de que no se esforzara más de lo debido.

—Claro, no quiere darte trabajo. Esa chica te cuida muy bien. Como tú hiciste con ella cuando te necesitó —le recordó Carla con dulzura—. Bueno, pues voy sirviendo el café. No creo que tarde.

Las señoras comenzaron a charlar de sus cosas mientras, como de costumbre, la mente de Bruno vagaba aquí y allá, poco interesado en seguir los chismes del vecindario. Pero al poco el tono de doña Paquita le hizo salir de su ensimismamiento. Tenía algo que confesarles, algo que le preocupaba.

—Bruno, hijo, ahora que estás tú aquí y antes de que Alma llegue, hay algo que me está desvelando.

—¿Sí? —quiso saber, intrigado, ya con toda su atención de vuelta.

—Pues, verás, se trata de Alma —la mujer suspiró, tratando de decidir cómo poner en palabras sus inquietudes—. Está muy encerrada en sí misma. Ya sé que ha vivido un gran trauma. Yo misma, con todas mis penurias, nunca tuve que pasar por algo igual, y la verdad, no sé cómo habría reaccionado, ni siquiera si habría podido sobreponerme, pero es una chica joven, ya ha pasado tiempo desde aquello y me preocupa que haga menos vida social que yo, con mis ochenta y pico años.

—Bueno, dale tiempo, supongo que no es nada fácil volver a confiar en la gente —dijo Bruno pensativo.

—Oh, por supuesto que no lo es, pero quizá deberíamos intentar hacer algo más por ella, darle un empujoncito para que empiece a salir de su caparazón —insistió.

—No sé —dudó Bruno, poco amigo de los líos en que su madre y Paquita gustaban de meterle.

—Mira, al principio lo entendía, pero ya hace cerca de dos años que todo acabó y su vida gira en torno a esa panadería. Y a ese ordenador —añadió con disgusto.

—¿Qué ordenador? —preguntó ahora Carla.

—Pues hace un par de meses se compró uno de esos portátiles y se pasa las horas mirando la pantalla. Lo agarra cada noche después de cenar y se tira el fin de semana entero con él, en lugar de salir por ahí como hace la gente de su edad. A veces lo pone en el salón, pero está tan absorta que ni se entera cuando le hablo.

—Bueno, entonces quizá está empezando a abrirse al mundo exterior. Apuesto a que muchas de esas horas las pasa en el Facebook —sonrió Bruno.

—Mira, hijo, todavía no sé muy bien qué es eso del *feisbu* del que tanto habláis los jóvenes, pero no es lo que una chica de diecinueve años necesita. Quiero que me prometas que hablarás con ella y la animarás a salir. Tú conoces a mucha gente y puedes darle ese empujoncito que precisa.

Bruno guardó silencio por un momento, meditando sobre lo que la amiga de su madre le estaba pidiendo. Pensó en decirle que bastantes problemas tenía él ya con su propia vida, pero después recapacitó. Se estremeció al recordar a la chica vulnerable que había visto por primera vez encerrada en aquel club, a quien había prometido que rescataría de la esclavitud a la que estaba sujeta. Ahora tenía un aspecto muy diferente. Había recuperado peso, pasando de ser una chica demacrada a una joven saludable con unas bonitas curvas, su tono de piel ya no tenía el aspecto blanquecino enfermizo con el que la había conocido, y hasta su precioso cabello pelirrojo se veía ahora diferente, como si hubiera recobrado la vivacidad perdida. Si no fuera por la seriedad que la caracterizaba y por la tristeza que aún podía leerse en el fondo de sus ojos, su apariencia sería la de cualquier otra muchacha de su edad. Al pensar en ello se dio cuenta de que no recordaba haberla visto sonreír y fue entonces cuando tomó conciencia por primera vez de que Alma seguía arrastrando las secuelas de todo aquello.

—Está bien. Haré lo que pueda —se comprometió, casi a la vez que escuchaban la puerta y la veían entrar portando una bandeja rebosante de deliciosos pasteles.

* * *

Lluisa bajó del avión y recorrió los escasos metros que la separaban del edificio. Una vez dentro, lo atravesó de lado a lado en menos de un minuto y se dirigió al mostrador de alquiler de una compañía de coches. No pudo evitar sonreírse. Nunca había estado en un aeropuerto tan pequeño. Lo que llamaban

terminal era poco más que una sala de paso. Era como una miniatura de los aeropuertos por los que acostumbraba a transitar en su afición al turismo de capitales europeas.

Pero los extremeños estaban orgullosos de tener su propio aeropuerto en Talavera, que habían defendido ante las idas y venidas de la crisis, y lo importante era que persistía y hacía su servicio, aunque solo fuera a algún que otro destino nacional. Y ella se alegraba, pues de otra forma le hubiera resultado aún más penoso llegar a tiempo para el funeral de Lolo. Había descartado desde el principio la alternativa de pasarse todo el fin de semana metida en trenes o autobuses de línea. La semana de trabajo la había dejado exhausta, y la siguiente volvería a ser dura.

El aeropuerto funcionaba, pero la conexión con el transporte público brillaba por su ausencia. Recogió el automóvil que había reservado y se puso en camino. La capital extremeña distaba cuarenta y cinco kilómetros de allí.

Lolo era de un pequeño municipio al lado de Mérida y sería en él donde le enterrarían. Su hotel rural había sido el único alojamiento en el pueblo, de modo que se hospedaría en la capital. Recordó cuántas veces le había dicho que tenía que ir a conocerlo, que estaba invitada a pasar unos días allí cuando quisiera. Ya no sería posible, se lamentó con tristeza al pensar en el abrupto final que había tenido su vida. Se preguntó una vez más qué habría podido sucederle, cómo había podido acabar así. Hacía tiempo que no tenía contacto con él, pero sabía que no era dado a meterse en líos ni a hacer enemigos.

Desde que le dieron la noticia había estado cuestionándose qué hacer, y finalmente había decidido escuchar la voz interior que le susurraba que debía ir. Su madre le había dicho que era una locura sin sentido pues a él ya no podía ayudarle y en eso tenía razón. Pero aun sin creer en una vida más allá de la muerte, sentía que se lo debía. A él y a ella misma. Sabía que si no se despedía de él aunque fuera en esa forma, se arrepentiría siempre.

A pesar de la distancia de los últimos tiempos, había sido una persona muy importante en una época de su vida, y se merecía al menos ese adiós. Pero era duro tener que ir hasta allí sin conocer a nadie. Enfrentarse a ello sola sabiendo que nadie la esperaría ni la consolaría. Suspiró y se concentró en la carretera. No le aguardaba un fin de semana nada fácil.

* * *

Annika se sentó frente a la chica en la sala de interrogatorios y se paró a observarla por un momento. Era una mujer joven, de treinta y cuatro años según constaba en su documento de identidad, más bien bajita y de complexión atlética, con piel morena y una abundante melena rizada color castaño que llevaba semirrecogida de una forma un tanto desordenada. Como el pequeño vecino de la víctima ya hiciera notar, era bastante guapa. Sus ojos de un intenso castaño a juego con el cabello y enmarcados en unas cejas bien definidas y más pobladas de lo habitual contribuían a aumentar su atractivo. Junto a sus suaves facciones y a unos labios sensuales que ahora permanecían herméticamente cerrados, constituía un armónico conjunto que captaba irremisiblemente la atención de quien la mirara.

En cuanto finalizó su entrevista con el joven testigo, solo una media hora antes, había llamado a su jefe para ponerle al tanto de las novedades, quien dio la orden de localizar a Jara y llevarla a la comisaría de inmediato. Cuando llegó con la chica, Daniel ya las estaba esperando. Ahora permanecía de pie al fondo de la sala permitiendo que fuera Annika quien guiara la interpelación y limitándose a observar la escena.

—Bien, Jara, ya sabe lo ocurrido. Todo apunta a que fue usted la última persona en ver a Lolo con vida —comenzó.

—Si me van a acusar de algo, creo que no tengo por qué hablar. Tengo derecho a un abogado y todas esas cosas, ¿no es eso lo que dice la Constitución? —replicó con una expresión calmada que transmitía serenidad.

—Mire, Jara, le seré sincera. Esto no tiene muy buena pinta para usted. Si no tiene nada que esconder, yo en su lugar no pondría las cosas más difíciles y haría lo posible por ayudarnos. Solo queremos que conteste a unas preguntas.

La chica reflexionó un momento antes de contestar.

—Yo no he matado a Lolo —afirmó con una convicción no exenta de un aparente desinterés que llamó la atención de Annika.

—Muy bien —no pudo evitar traslucir el escepticismo en su voz—. Pues cuénteme todo lo que hizo ayer.

Jara suspiró.

—No estoy segura de que esto sea legal, pero tiene razón, no tengo nada que esconder —aceptó, comenzando a relatar cada detalle de su día con excesiva parsimonia, en una especie de indirecta provocación para medir la paciencia de Annika, que, no sin resignación, dejó que disertara cuanto quisiera hasta que llegó al punto en que Lolo entraba en escena.

—Me llamó por teléfono, estaba muy alterado. Me preocupé un poco porque nunca le había visto así. Lolo era un tío muy tranquilo.

—¿Qué había pasado?

—Unos chicos que habían ido a las termas. Al parecer estaban borrachos y le habían dejado todo hecho un cristo. Unos sinvergüenzas, vamos.

Annika meditó un momento. El comisario había omitido ese dato de la investigación, que sin duda ya conocía. Sintió cómo se removía intranquilo desde la esquina de la sala en que se encontraba, pero no se atrevió a mirarle.

—¿Y la llamó para contárselo? —continuó en su lugar.

—Para desahogarse más bien, sí.

—¿Por qué a usted?

—Nos llevábamos bien —respondió fríamente.

—¿Eran pareja?

—Oiga, ¿esto es relevante?

—Ese chico ha muerto asesinado. Sí, lo es —contestó Annika con la misma frialdad.

Jara suspiró de nuevo, al parecer ablandándose, pues su tono de voz se suavizó.

—No, no exactamente. Teníamos cosas en común, quedábamos de vez en cuando, y... bueno, a veces nos enrollábamos. Nada serio.

—¿También esa noche?

La chica frunció los labios, reacia a contestar.

—Jara, en breve tendremos los resultados de la autopsia y conoceremos todos los detalles. Es mejor que sea sincera.

—Sí, también esa noche —confirmó aún con reticencia.

—¿En las termas?

Vio que le costaba responder.

—Le recuerdo que Lolo apareció muerto dentro de una de esas termas.

—No, en las termas no —contestó tajante—. A Lolo jamás se le ocurriría hacer algo así. Las termas eran la joya de la corona de la casa romana que estaba construyendo, y les tenía un respeto casi sagrado. Eran para bañarse, nada más. Por eso se cabreó tanto con aquellos chicos...

—¿Qué fue lo que le contó exactamente?

—Pues parece que los chavales habían llegado borrachos. Había dudado qué hacer con ellos, y finalmente aunque no le había hecho mucha gracia les había permitido pasar advirtiéndoles de las normas con mucha severidad. Pero por lo

visto lo ignoraron por completo. Metieron bebidas dentro y siguieron con la fiesta. Orinaron allí, dejaron botellas tiradas, hicieron algún que otro destrozo... bueno, un poco de todo. Un espectáculo. Las termas están algo alejadas de la recepción, así que no se enteró de nada al principio, pero cuando el jaleo aumentó se asomó mosqueado y se encontró con el pastel. Así que los echó de allí con malas maneras. Alguno de ellos se puso gallito y parece que tuvieron algo más que palabras.

Annika la escuchaba con atención.

—Ya le digo que Lolo es... era —se corrigió a ella misma con una expresión que, ahora sí, dejó traslucir un poso de tristeza— un tío muy pacífico, de ahí que esta historia le dejara muy mal, en un estado de nervios como nunca le había visto. Por eso cambié mis planes y me acerqué al pueblo a verle. No me quedaba tranquila.

—¿Qué hizo tras la llamada?

—Tuve que encargarme de unas tareas pendientes.

Annika la miró con severidad.

—Ya había quedado con un amigo —admitió con gesto de cansancio—. Y no tenía ninguna intención de dejarle plantado. Así que me tomé un par de cañas con él más rápido de lo que me hubiera gustado y le dije que tenía que madrugar al día siguiente. Después regresé a casa, cogí la moto y me fui para Calamonte. Serían como las once cuando llegué.

La hora coincidía con la versión de David, el chiquillo que la había visto. Annika asintió.

—¿Y entonces?

—Y entonces, ya se lo he dicho. Para cuando le vi estaba algo más calmado, pero seguía con el cabreo. Se había pasado todo el tiempo limpiando y arreglando el estropicio y había tenido que cambiar el agua de las termas. Eso es un pastón, ¿sabe?

Annika volvió a asentir pensativa, tomando nota mentalmente de que deberían poder verificar lo que le estaba contando. Analizando el lugar detectarían si el agua acababa de ser rellenada y con un poco de suerte, quizá también alguna prueba del caos anterior. Si su sobrino había tenido algo que ver, Daniel no iba a poder protegerle.

—Y, nada, pues hablamos y se le pasó algo el mal humor —continuó—. Dijo que iba a denunciarles, yo no sé si serviría de algo pero al menos a él pareció aplacarle. Luego nos acostamos y después yo me fui. Nunca me

quedaba allí a pasar la noche.

—¿Qué hora sería?

—Cuando puse el despertador antes de dormir era la una y media. O sea que supongo que llegaría a Mérida sobre la una.

—¿Hay alguien que pueda corroborar lo que me ha contado?

—Pues, aparte de Lolo, supongo que no —admitió—. El chico con el que tomé unas cañas antes de ir a verle podría confirmar que pasamos ese rato juntos, y quizá el camarero que nos atendió en la terraza de *El Pestorejo* también lo recuerde, aunque sinceramente, si eso no es relevante, preferiría dejar al margen a mi amigo. Estoy empezando a salir con él y me gusta bastante —reconoció algo avergonzada.

Annika se la quedó mirando con sorpresa, lo cual fue rápidamente interpretado por Jara, que estaba ya a la defensiva.

—Mire, Lolo y yo no teníamos una relación seria. Sí, nos liábamos de vez en cuando, pero ahí acababa todo. Los dos sabíamos perfectamente que lo nuestro no era ni sería nada más. Siento su pérdida, pero yo tenía mi vida más allá de nuestras citas esporádicas —suspiró antes de continuar—. Ese chico con el que quedé significa más para mí de lo que nunca lo hizo Lolo. Estamos iniciando una relación que espero se convierta en algo serio y no soportaría que se estropeará por esto. Yo solamente traté de ayudar a un amigo al verle hundido, y las cosas se dieron así —la entereza de la que había hecho gala pareció derrumbarse, y Annika llegó a lamentar verla tan afectada—. Al principio me sentí arrepentida, pero después de enterarme de su muerte al día siguiente, ya no lo estoy. Quizá fue el destino el que quiso que me despidiera de Lolo, y espero solamente que con ello no pierda también a otra persona importante en mi vida —finalizó con un hilo de voz.

—A mí no me incumbe su vida privada en absoluto —replicó Annika tratando de reponerse. Se sentía abochornada por haber prejuzgado a aquella chica, y porque ella se hubiera dado cuenta de su poco profesional juicio de valor. Después de todo ella no era quién para opinar sobre la intimidad de nadie—. Únicamente trato de recabar todos los detalles para averiguar lo qué pasó esa noche. ¿Hay alguien más que pueda corroborar lo que cuenta? —continuó para dar el tema por zanjado.

Jara pensó un momento, agradeciendo con un ligero asentimiento que cambiara de asunto.

—No creo. Vivo sola. Quizá algún vecino me viera llegar, aunque a esa

hora lo dudo, la verdad. Compruébenlo —sugirió.

—Muy bien, lo haremos, por supuesto. Eso es todo de momento.

—¿Puedo irme? —Jara se pasó ambas manos por el rostro, en una expresión de abatimiento que parecía tratar de borrar todo aquello de su mente.

Daniel, que se había mantenido al margen, dio un paso hacia delante antes de que Annika pudiera contestar.

—Váyase, señorita, pero manténgase localizable. Cuando tengamos los resultados de la autopsia puede que volvamos a llamarla. Por si acaso, búsquese un abogado —le recomendó con un gesto de marcada indiferencia.

* * *

Doña Paquita ojeó el reloj y se levantó decidida del sillón.

—Se acerca la hora de ir a misa. Voy a arreglarme, las vecinas ya me estarán esperando. ¿Vas a venir, Alma?

—No, me quedo en casa. Voy a hacer unas cosas en el ordenador.

—Yo te acompaño —terció Carla ante la indisimulada mirada de desazón que dirigió doña Paquita a Bruno, todo un recordatorio de la tarea que le aguardaba.

—Pues yo creo que iré un rato al bar, mucho más productivo —bromeó Bruno—. Alma, ¿no te apetecerá una cerveza, por casualidad?

—No bebo alcohol —replicó escuetamente mientras encendía el ordenador.

Un momento después, doña Paquita regresaba del cuarto de aseo, y ya con el bolso en la mano, miró a Carla.

—¿Nos vamos?

Carla asintió.

Después miró a Bruno para asegurarse de que había interpretado el mensaje.

—Yo me quedo un poco más, que es temprano todavía para acercarse al bar —dijo él guiñando furtivamente un ojo, aunque sin poder evitar un gesto de resignación.

Una vez que ambas salieron dirigió su atención a Alma, que estaba ya enfrascada en la pantalla de su nuevo portátil, e hizo un intento de entablar una conversación.

—Vaya, pues no es un mal cacharro. ¿Dónde te lo has comprado?

—En la web de *Apple*. Lo encargué por internet desde el *cíber* —contestó mientras seguía con la vista fija en algo que estaba leyendo.

—Pues sí que funcionan bien las panaderías —murmuró para sí Bruno sin poder evitar una punzada de envidia al recordar su viejo ordenador, que le había dado más de un problema últimamente.

Alma le observó fijamente con sus penetrantes ojos verde esmeralda.

—Ya sabes que no tengo familia a la que enviar dinero, y Paquita no me permite ingresarle nada por la casa. Salvo la compra que hago de vez en cuando, lo único que tengo que pagar son los gastos de la panadería —le contestó sin resentimiento en la voz.

—Tienes razón, tienes razón —concedió Bruno, algo avergonzado por su arrebató anterior—. Todos nos merecemos algún capricho de vez en cuando.

La chica le miró de nuevo, ahora aún más seria.

—No es un capricho. Lo necesito.

Bruno apreciaba mucho a Alma, pero a veces le sacaba de quicio. Aunque ya hablaba un perfecto castellano, lo hacía con cuentagotas. Le resultaba siempre muy difícil iniciar una conversación con ella, y cuando lo hacía, la gravedad con que parecía tomarse cualquier cosa que le decía le confundía y dejaba sin saber cómo seguir. No era la primera vez que intentaba demostrarle que quería ser su amigo pero ella no parecía dispuesta a dejarle superar el límite de confianza establecido. Había levantado una barrera invisible que no parecía tener ninguna intención de ver derribada, hiciera lo que hiciera él al respecto. Sin embargo, se había ganado a todas las vecinas, que eran ya clientas fijas de su panadería y estaban encantadas con ella. Se preguntó si tendría esa actitud solo con él. O con el sexo masculino. Pensó que tras lo que había sufrido quizá era lo normal. El rechazo, incluso la aversión hacia todo lo que le recordara su pesadilla. Pero no era justo que le metiera en el mismo saco que aquellos hombres. Al fin y al cabo, él era precisamente quien la había rescatado. Exhaló e hizo un último intento.

—Bueno, igual me dices que me meta en mis asuntos, pero me da curiosidad una cosa ¿para qué necesitas el ordenador? ¿Es para llevar los números de la panadería?

Creyó que iba a ignorarle, pues parecía seguir concentrada en su *Mac* sin que su expresión delatara ninguna muestra de haber oído la pregunta, pero tras un momento alzó la vista y fijó de nuevo en él su inexpresiva mirada verde

esmeralda.

—En parte.

Bruno se quedó callado, aguardando expectante. Pudo percibir que, tras el escudo con que siempre encubría sus emociones, Alma estaba debatiéndose entre contarle algo y no. Contuvo la respiración. ¿Qué estaba tramando?

Tras un instante que se le hizo eterno, ella pareció decantarse por confiar en él.

—¿Recuerdas el reportaje que hiciste sobre las redes de tráfico de personas después de todo aquello?

Bruno asintió, sorprendido ante la pregunta. Alma había pasado por una fase muy traumática y se había negado a hablar más del tema tras ser liberada, de modo que no pudo contar con ella para completar la investigación.

—Lo he estado leyendo. Es muy completo. ¿Me enseñarías a investigar como tú?

* * *

Annika aparcó y llamó a la puerta de la casa de Carla. Aguardó observando los cuidados geranios que poblaban de vibrantes colores los ventanales, floreciendo espléndidos sin intuir aún el fin de los largos días de sol y el lluvioso otoño que ya se avecinaba.

Tras esperar un par de minutos y constatar que la vivienda se encontraba desierta, tecleó en su teléfono móvil el número de Bruno. Pulsó la tecla de llamada en el justo momento en que le vio aparecer girando la esquina. Caminaba abstraído calle abajo, lo que le hizo sonreír ante su habitual despiste. Colgó y le silbó para llamar su atención.

—¡Anni! ¿Cuándo has llegado? —preguntó con alegría, saliendo de su ensimismamiento.

—Ahora mismo —sonrió.

—¿Cómo ha ido? —a pesar de que ella era reacia a hablar de los casos que tenía entre manos, Bruno siempre la sondeaba para intentar extraerle la información.

Le miró de soslayo con una expresión burlona de aparente recelo.

—Ya sabes que no me fio de los periodistas.

—Venga, anda. Ni que fuera a publicarlo. Después del plantón me merezco alguna exclusiva.

—De acuerdo —cedió—. La verdad es que estoy confusa. Creí que tenía una buena pista, pero tras el interrogatorio estoy igual que al principio.

—Vaya. ¿Te refieres al nuevo sospechoso del que me hablaste?

—Sí. Sospechosa, para ser exactos.

—¿Pero? —por el gesto de Annika, Bruno ya sabía que había algún «pero».

—Algo no me cuadra.

—Ummmm, no me gusta esa sensación. Casi nunca te equivocas.

—Es que Daniel está intentando encubrir a su sobrino, y no sé hasta dónde podría llegar para hacerlo. Quizá quiere tapar simplemente un mal comportamiento, quizá algo más. No lo sé. Pero no puedo darte más detalles —dijo de repente, recordando su deber de confidencialidad.

—Está bien, está bien. Con eso ya tengo para mi exclusiva —se burló cariñosamente—. Bueno, ¿qué hacemos? Iba para el bar a hacer algo de tiempo mientras mi madre vuelve de misa.

—Mejor vamos a recogerla. Ya que me he largado nada más llegar, tendré que ganarme algunos puntos con ella.

Bruno asintió en silencio. No adelantaría nada confirmándole cuánta razón tenía.

Ya de vuelta a casa, tras cenar los tres juntos, Carla preguntó a su hijo por el resultado de la encerrona a que le habían sometido ella y doña Paquita.

—Me la habéis vuelto a jugar —se quejó en tono jocosos—. No sé qué hago que me sigo juntando con vosotras dos.

Annika le miró con curiosidad tratando de averiguar de qué iba el tema mientras su madre se impacientaba por saber, ignorando la ironía de su hijo a la que ya estaba acostumbrada.

—¿La animaste entonces?

—Podría decirse que hemos llegado a un acuerdo.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de acuerdo?

Cuando al fin le sonsacó a Alma lo que estaba tramando, ella le hizo prometer que no se lo desvelaría a nadie, así que se cuidó de dar ningún detalle. Con lo que le había costado que confiara en él, solo faltaba que su madre y Paquita se fueran de la lengua.

—Bueno, digamos que no entiende mucho de ordenadores, y me ha pedido que le dé algunas clases.

Carla y Annika le miraron extrañadas.

—¿Tú? —preguntaron al unísono.

—De redes sociales, de eso que se me da a mi bien, ya sabéis.

—Ah, eso —contestaron de nuevo a la vez las dos mujeres.

Bruno respiró aliviado. Se le daba fatal mentir.

—Menos mal que no pasáis demasiado tiempo juntas, vosotras dos —protestó—. Os parecéis más de lo que creéis.

—¿Y cuál es la otra parte del acuerdo entonces? —quiso saber Annika, pasando por alto también las burlas de su chico.

—Pues estuve intentando convencerla para que saliera por ahí, pero me resultó más difícil de lo que pensaba. Supongo que aún no está preparada, habrá que ir poco a poco. Al final accedió a dar una vuelta por las ruinas romanas en Mérida. Mañana echaremos un rato con el ordenador en casa de doña Paquita y después cogeremos el coche e iremos todos a pasear por la ciudad —concluyó.

—Buena idea. Es un delito vivir aquí y no haber visitado el Teatro Romano —secundó su madre satisfecha.

Siguieron charlando apaciblemente mientras veían la televisión, en una velada agradable que les hizo olvidar las discrepancias que, como en cualquier familia, a veces surgían, hasta que Carla se decidió a sacar el tema que tanto le angustiaba.

—Me siento muy impotente. Me gustaría creer lo contrario, pero parece que a Elisa no le queda mucho tiempo de vida. Los médicos han dicho que tiene que hacerse a la idea. Que probablemente no viva más de tres meses —suspiró.

Los tres se quedaron en silencio. Bruno no sabía qué decir. Aunque ni siquiera recordaba a la prima de su madre, pues era muy pequeño cuando ambas se vieron por última vez, sabía lo importante que era para Carla y le apenaba mucho verla así.

—¿Crees que debería ir a visitarla? —preguntó ella al fin.

—Eeeeh... —Bruno dudó, pensativo. Su madre tenía fobia a volar en avión, razón que siempre esgrimía cuando le preguntaban por qué no había vuelto a poner un pie en Italia, su país de origen, desde que se marchó de allí más de veinte años atrás.

Carla se adelantó, pues ya sabía lo que estaba pasando por la cabeza de su hijo.

—Quizá si me tomo una de esas pastillas que te duermen todo el tiempo pueda hacerlo —no parecía muy convencida—. O, no sé, quizá puedo ir hasta Valencia o Barcelona y coger un barco.

—Pero, madre, eso es una locura. Primero tendrías que cruzar España entera, y tardarías unos pocos de días en llegar, te meterías una paliza... además, tú sola...

—Sí, tienes razón —aceptó con gesto desolado.

Annika la vio tan abatida que intervino sin pensar. La solución parecía obvia.

—Bruno, ¿por qué no vas tú con ella?

—¿Yo? Esto...

A Carla se le iluminó la cara.

—Sí, eso sería perfecto. Volveríamos juntos a Nápoles y te enseñaría los sitios donde crecí. Y mi prima se alegraría tanto de verte...

Miró inseguro a Annika, aún poco convencido. Se acordó de su amigo Paco. Hasta que Paqui, que ya era su esposa, se cruzó en su vida, siempre le decía lo mismo: «Tienes que dejar de juntarte tanto con mujeres, te la lían siempre». No pudo evitar una sonrisa al recordarlo; si no fuera porque Paco había cambiado tanto desde entonces, y para bien, ahora le habría dado la razón. Después suspiró, debatiéndose entre dejarse llevar o plantarse ante aquella nueva aventura en la que trataban de embarcarle.

—Pero tengo que trabajar... —arguyó en busca de un motivo con el que rebatir el planteamiento de las dos mujeres.

—Bueno, aún no has empezado nada nuevo, ¿no? Seguro que te vendrá bien un cambio de aires, nada mejor para estimular la creatividad. Apuesto a que vendrás más inspirado —sonrió su pareja, animándole.

—Sí, puede que tengas razón... Oye, ¿por qué no venís tú y Celia también? —propuso animándose ante la perspectiva.

—¡Sí, vayamos todos, como una gran familia! —Carla volvió a emocionarse.

—No, yo no puedo. Estoy en medio de un caso —lamentó decir.

—Vamos, Annika, seguro que puedes...

—No puedo —le lanzó una mirada severa a Bruno, en un gesto que trataba de recordarle que debía apoyarla en ese tema ante su madre—. Además, Daniel nunca me dejaría.

Viendo las caras decepcionadas de ambos puso aún más empeño en convencerles.

—Id vosotros, no me necesitáis para nada. Celia y yo nos quedaremos y así no perderá clases, está justo a principio de curso. Además, alguien tendrá que

sacar de paseo a *Wolf*, ¿no?

Bruno pareció meditar de nuevo mientras Carla le observaba atenta aguardando una decisión.

—De acuerdo. Iremos. Pero en avión —confirmó—. Compraremos esa pastilla y yo me encargaré de espabilarte cuando lleguemos.

—Trato hecho —dijo Carla, con una mezcla de emoción y pavor en la voz.

* * *

Todo estaba preparado en el Teatro Romano. Como cada siete de septiembre, este emblemático lugar acogía la celebración de los actos conmemorativos previos al Día de Extremadura.

Los sillones destinados a las personas distinguidas con la máxima condecoración regional, la medalla de Extremadura, estaban ya dispuestos en el *pulpitum* o escenario, junto al atril desde el que hablarían las personalidades y el resto de *atrezzo* que se mezclaba con el frente escénico, la vista más espectacular de la construcción: dos cuerpos de columnas de orden corintio combinadas con diversas esculturas que completaban la decoración. Un frente de más de diecisiete metros de altura que embellecía y realzaba cualquier acto que tuviera el honor de realizarse allí.

En el graderío, que en su día albergara a más de seis mil espectadores y que aún tenía capacidad para más de la mitad de ellos, el movimiento era constante. Poco a poco la gente iba entrando desde cada una de sus trece puertas.

También en la *orchestra* o parte inferior del graderío, lugar de máxima preferencia construido para los senadores, cónsules y demás dirigentes de hacía más de veinte siglos, los acomodadores se movían nerviosos para ubicar a las autoridades, presidentes de instituciones y altos cargos del gobierno regional que comenzaban a llegar.

Pero no era este el único acto que tenía lugar. A escasos metros de todo el bullicio, a las puertas del recinto arqueológico que agrupaba el Teatro y Anfiteatro, la agitación era aún mayor. De forma simultánea, los manifestantes que como cada año se agrupaban allí, preparaban un evento alternativo. La concentración no era demasiado concurrida, pero sí mayor que las celebradas en años anteriores. El empobrecimiento que venían sufriendo los ciudadanos había hecho que muchos más de los habituales hubieran decidido sumarse a

este acto paralelo para manifestar su descontento con la clase política y los recortes a los que les estaban sometiendo. Abucheaban a los altos cargos a su entrada en el recinto, mientras las fuerzas de seguridad intentaban distanciarles de la pasarela que les separaba de ellos. Los ánimos se encendieron cuando hizo aparición uno de los consejeros del gobierno regional y un manifestante le agarró del brazo increpándole y profiriendo amenazas, hasta que aquel consiguió zafarse antes de que la policía interviniera, introduciéndose en el recinto.

Pasaron los minutos, y en el interior, ajeno ya a aquel revuelo se hizo el silencio y dio comienzo el acto. La entrega de medallas tuvo lugar, tras la cual la presentadora dio paso al Presidente del gobierno extremeño, quien subió al atril para proceder a su discurso de celebración. Allí dentro no había abucheos, tan solo aplausos, más ardientes cuanto más próximos al escenario, junto a las expresiones de satisfacción de sus acólitos, todos situados en las tres gradas de honor de la *orchestra*. Al finalizar su arenga una larga ovación tuvo lugar y entonces, cuando esta aún no se había disipado del todo, sucedió algo inesperado.

Aquellos que estuvieran mirando al frente en ese preciso segundo pudieron apreciar el reflejo brillante de un objeto cortando velozmente el aire, seguido de un chillido agudo y varios gritos de terror que desgarraron el ambiente, arruinando el clima de unidad y optimismo creado por toda aquella puesta en escena. La celebración solía ir acompañada de sorpresas, de modo que la confusión se apoderó del público, dividiéndolo entre la turbación por los gritos y la incertidumbre de si formaría parte del espectáculo. Hubo quien lo atribuyó a una representación teatral, hasta que tras unos largos segundos de espera, el desconcierto se esclareció cuando desde aquel palco reservado a las altas personalidades los gritos se hicieron más precisos, concretándose en una petición de ayuda.

—¡Una ambulancia! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Domingo, 8 de septiembre

Annika se despertó temprano en casa de la madre de Bruno. No había descansado bien, pues todos los sucesos del día anterior la habían consternado. El revuelo que se había montado con lo ocurrido en el Teatro Romano no había tenido parangón en la historia reciente de la ciudad. Alguien había intentado asesinar al consejero de Educación del gobierno regional, que había pasado la noche en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. El episodio estaba ya en todas las noticias nacionales, aunque nadie acertaba a precisar lo acaecido realmente. La policía tampoco tenía mucha más información. Daniel se estaba ocupando personalmente del caso junto a algunos de sus compañeros, y lo único que ella sabía por el momento era que habían detenido a varios de los manifestantes. El jefe había citado a todo el equipo a primera hora en comisaría, de modo que ese día tampoco tendría descanso.

Además, tenía que seguir con su propia investigación. Su superior debía de haber tirado de contactos y agilizado los trámites, pues le habían avisado de que los resultados de la autopsia del chico del balneario también estarían por la mañana, y serían determinantes para establecer el curso que tomaría esta. Quien hubiera cometido aquella tropelía andaba suelto y nadie dormiría tranquilo hasta aclarar el asunto. No le gustaba dejar plantado a Bruno, y menos aún a su madre, que se lo perdonaba más difícilmente, pero no tenía elección. Su cabeza ahora estaba en otra parte. Tras consultar los titulares en el *tablet*, que siempre dejaba en la mesita de noche al alcance de la mano, decidió levantarse antes de acabar despertando a Bruno, quien dormía plácidamente a su lado. Fue a la cocina a prepararse algo de desayunar, donde ya hacía rato que Carla andaba entre fogones.

—Buenos días, qué temprano te levantas —saludó sorprendida la señora—. Ya veo que eso no se te ha pegado de mi hijo.

Annika sonrió, alegrándose de que pareciera de buen humor.

—Que más quisiera. Tengo que ir a trabajar. Después de lo que pasó ayer, estamos todos convocados en comisaría.

—Ya veo, la policía no descansa. Da igual que sea domingo o el Día de Extremadura —protestó débilmente la señora—. Es que es increíble a lo que

puede llegar la gente cuando le falta el trabajo —le escuchó Annika añadir, ya para sí misma.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Pues a los que han hecho eso —aclaró Carla—. La angustia de no encontrar trabajo, de no llegar a fin de mes... la gente está cada vez más desesperada.

—Entonces, ¿crees que fueron los manifestantes?

—Bueno, es lo que dicen, ¿no? En la radio casi todos los tertulianos coinciden. Y mira que ya es raro que se pongan de acuerdo en algo —señaló—. Parece que un hombre de los de la protesta le zarandeó y le amenazó a la entrada del Teatro. Está claro que era un aviso de lo que vendría después. Pero tú deberías saberlo, ¿no?

—En realidad aún no tengo información, no sé mucho más de lo que los propios medios dicen. Supongo que en un rato nos pondrán al día de los detalles.

Carla la miró con incredulidad. La había visto hablar varias veces por teléfono la noche anterior, desde que en el noticiario nocturno dieron la primicia y ella se conectó al grupo de mensajería que tenían los compañeros para estar en contacto. Sin embargo, optó por seguir comentando lo que ella misma sabía.

—Dicen que el consejero está muy grave. Lo peor de todo es la forma en que han intentado matarle. Clavándole una flecha. ¿A quién se le ocurre? —Carla se quedó pensativa.

—Es tan desproporcionado, tan cruel —añadió tras un momento.

Annika, que asentía distraída a los comentarios de la madre de Bruno mientras se bebía el café, no pudo evitar que su última frase le imbuyera de una desagradable sensación ya conocida, y notó cómo un estremecimiento le recorría la espina dorsal.

* * *

Lluisa acabó de vestirse y echó una rápida ojeada al espejo antes de salir de la habitación, más debido a la fuerza de la costumbre hecha norma a lo largo de los años que porque le interesara especialmente la imagen que le devolvía. Cuando viajaba sola solía despreocuparse de su apariencia. Habituada a tener que cuidarla en la mayoría de establecimientos en los que había trabajado,

donde debía tratar con docenas de personas al día, le suponía un pequeño placer saber que nadie la observaría, que a nadie le importaría si estaba o no maquillada, o si, como ahora, las raíces más oscuras comenzaban a asomar desmintiendo la primera impresión de rubia platino, y el rostro recién lavado descubría que la tonalidad de sus ojos no era en realidad tan azul como aparentaba el engañoso efecto de las sombras turquesa y aguamarina que habitualmente cubrían sus párpados, y que el perfecto cutis no era tan perfecto, con algunas tenues manchas fruto de demasiadas tardes expuesta al sol a lo largo de los veranos y pequeñas arrugas de expresión asomando aquí y allá, revelando una experiencia que la sociedad trataba de obviar a través de productos cosméticos y de toda una filosofía orientada a primar la inexperiencia frente a la madurez, a anteponer la firmeza de un rostro sobre un conocimiento de la vida que solo el transcurso de los años puede ofrecer.

Pero ese día más que nunca, Lluisa no sentía el mínimo interés por lo que su rostro o su vestimenta pudiera sugerir. Solo había un motivo para que se encontrara en la otra punta de España, y lo único que quería era cumplir con él, regresar a casa y poder pasar página. Cogió la llave del cuarto de la modesta pensión y bajó las escaleras dispuesta a localizar un bar donde desayunar sosegadamente. El entierro no tendría lugar hasta primera hora de la tarde, de modo que disponía de toda la mañana libre y no sabía muy bien a qué dedicarla. Aún le costaba creer la que se había montado la noche anterior a pocos metros de donde se hospedaba. Una amiga la había llamado para curiosear sobre lo ocurrido y había bromeado con la atracción que parecía estar generando Lluisa hacia las malas noticias. Una broma poco afortunada a juicio de esta, que seguía conmocionada por la muerte de Lolo.

El día era agradable, lo que la llevó a vagar por la zona sin prisas, seducida por el fresco aire matutino y las intrincadas callejuelas que descubrían restos de su pasado bimilenario en los rincones más insospechados, y que lograron sacarla de su apatía hasta que el estómago requirió de su atención y se decidió a entrar en una cafetería de las muchas que poblaban el centro de la ciudad. Nada más poner un pie en ella los comentarios de la clientela la trajeron de vuelta al presente, intuyendo que aquel día no hallaría un lugar donde se hablara de otra cosa.

—Si es que algo de esto tenía que pasar —sentenciaba una señora—. Se veía venir. Si es que se veía venir. Estos políticos, que no hacen más que robarnos, pues claro, la gente ya está harta y de repente se le cruza el cable a

alguno, y ahí lo tienes.

—Bueno, bueno, que tampoco son todos igual de ladrones, ¿eh? — contestaba otra—. Que aquí hay para todos los gustos.

—Dime uno que no lo sea. Dime uno solo —terció uno con tono incendiario.

Lluisa esperó a que la camarera mediara para tranquilizar los ánimos y cuando le llegó el turno, pidió su desayuno habitual.

—¿No prefieres unas migas? Los domingos las tengo recién hechas — ofreció la mujer.

—¿Eso es típico de aquí?

—Uy, tú eres de fuera. Catalana, con ese acento. No puedes esconderlo.

—Sí —admitió Lluisa, que no tenía ningún problema en ocultarlo—. De Tarragona.

—¿Y qué has venido, de turismo? Pues anda hija, que lo has clavado.

—Nunca mejor dicho, Aurora —bromeó un paisano en macabra referencia al intento de homicidio de la noche anterior.

—Joaquín, hombre, no seas desagradable —le reprendió esta.

—En realidad he venido por otros asuntos —aclaró Lluisa—. Pero tengo la mañana libre y he pensado dar una vuelta para conocer la ciudad —se descubrió diciendo de repente.

—Pues no sé, como no pasees por el centro, me parece a mí que poco vas a ver. Tiene que estar todo plagado de policías. Fíjate que hasta se han suspendido los actos del Día de Extremadura. Ya no hay nada que celebrar.

—Menos mal que es domingo, que si no son capaces de ponernos a trabajar y todo —dijo alguien con desdén, lo cual fue recibido por una nueva mirada de reproche de la mujer, más preocupada por la impresión que pudiera llevarse Lluisa.

—Pues sí, y por cierto que al teatro y el anfiteatro ni acercarse claro — añadió el señor del humor negro—. Una pena que no pueda verlos, es lo mejor que tiene Mérida.

—Bueno, tú cómete esto y luego te explico yo lo que puedes ver. A ese no le hagas ni caso, pues anda que no hay cosas bonitas aquí —le aseguró la buena mujer mientras le plantaba junto al café una generosa ración de migas extremeñas ante la expresión perpleja de Lluisa, que se preguntaba cómo podría acabar con aquel plato.

* * *

Víctor estaba de mal humor. Se había levantado con resaca de la noche anterior y se había ido directo al trabajo. Este fin de semana le habría tocado librar, pero una de sus compañeras había avisado en el último momento de que tenía que irse de viaje por algún asunto personal. Si fuera otro probablemente le habría dicho que se buscara la vida, pero lo cierto es que, aunque unos años mayor que él, se entendía muy bien con Lluisa y no había podido decirle que no.

Sin embargo, llevaba ya más de dos semanas sin descansar, y eso le iba pasando factura. Para cuando ella le pidió el favor ya había quedado con sus amigos, y no le apetecía dejar de salir. No solo eso, sino que se había liado más de la cuenta la noche anterior y había dormido poco más de tres horas. La cabeza le martilleaba, y decidió que era día de encomendarse a su remedio infalible, único que podría salvarle de una jornada digna de olvidar. Se dirigió al pequeño botiquín que alojaban en el almacén en busca del ansiado ibuprofeno mientras se preguntaba qué le habrían echado al cubata del último pub donde habían recalado. Anotó mentalmente no volver a pedir copas allí. «Quién me mandará a mí beber garrafón en lugar de cerveza», se lamentó.

Además, ese día no contaba con la motivación que le mantenía en vilo el resto de la semana. La chica misteriosa tomaba el café de lunes a viernes. Sábado y domingo no había rastro de ella, y eso contribuía a que se le hicieran más pesadas las largas horas tras la barra.

Su mente volvió a la noche anterior mientras preparaba los cafés. Tenía que reconocer que se había divertido mucho. Y había olvidado por completo a aquella joven que llevaba semanas ocupando sus pensamientos, lo cual también le había venido bien, pues a veces sospechaba que se estaba obsesionando. Recordó la borrachera que se había pillado su amigo Miguel y no pudo evitar sonreír. Junto a los sillones del reservado donde se acumulaban las chaquetas y bolsos que la gente arrinconaba a su entrada en el bar tras despojarse de ellos, su amigo había reparado en unos zapatos femeninos abandonados, probablemente de una pobre chica que no aguantó más el dolor de pies y prefirió descalzarse para continuar la fiesta. Ni corto ni perezoso había tomado uno de aquellos coquetos tacones para ir pidiendo a cada chica guapa con la que se cruzaba que se lo probara. «Para comprobar

si era su cenicienta», había aseverado con expresión circunspecta. Desafortunadamente para Miguel, la noche no había acabado como en el cuento, pues tras unas cuantas risas con varias jóvenes, se lo había ido a ofrecer a su propietaria, quien no se había tomado demasiado bien la broma y la había emprendido a insultos con él. «Apuesto a que hoy le hace más falta que a mí ese ibuprofeno», se dijo dudando que su amigo recordara con nitidez los detalles del entretenimiento nocturno al levantarse.

—Vaya, qué bien te lo pasas —le sorprendió su jefe, que se había asomado desde el almacén para ver qué hacía y parecía divertido al descubrirle riéndose solo.

—Manel, no te había visto —contestó algo avergonzado—. Me estaba acordando de algo de anoche.

—Ajá, anoche. De modo que por eso me traes esa cara —Manel, aunque estricto, era un hombre medianamente joven que se había corrido sus buenas juergas antes de iniciarse en los avatares del pequeño empresario, lo que le hacía más indulgente con ciertas cosas.

—Anda, acércate a por leche, que se está acabando. Así te despejas un poco.

—Pero... si hoy es domingo.

—La gente también bebe leche los domingos, ¿no te parece? Hay un supermercado abierto a cinco minutos de aquí. Tráete una caja de seis, mañana ya compraré yo para toda la semana.

—De acuerdo —accedió Víctor saliendo de detrás de la barra, no sin antes asir las gafas de sol, cruciales en mañanas como aquella.

Una vez que Manel le explicó cómo llegar al establecimiento, se puso en camino. Él vivía a media hora de allí y en aquella zona de la ciudad no conocía más que el camino que le llevaba hasta su casa. Atravesó desgano varias manzanas. Hacía un tiempo estupendo para ser ya principios de septiembre, y el sol brillaba con fuerza en el cielo despejado. Pese a su reticencia, al poco hubo de reconocer que le estaba viniendo bien el paseo. Al divisar el comercio, entró con pereza y recorrió los pasillos hasta localizar lo que buscaba. Una vez que lo encontró se colocó en la primera caja que vio, inapetente hasta para medir con la vista qué fila terminaría antes.

Entonces, cuando esperaba pacientemente en la cola, una cabeza rubia de pelo corto en la otra punta del local le hizo espabilarse al instante. Se quedó mirando fijamente. Estaba en una fila al fondo del supermercado, esperando

también su turno. Aquella figura menuda le recordaba mucho a... Observó con más atención, tanta que pareció que la chica sintió su mirada clavada en ella, porque se revolvió incómoda, de forma que pudo verle el rostro por un instante. ¡Sí, era ella!

Pensó en abandonar la fila en la que estaba e irse derecho hacia aquella. Pero perdería la vez, y a ella estaban a punto de atenderla. Y, ¿qué iba a decirle? ¿Ponerse el último, esperar a que se girara, y decir: «Eh, hola»? Ella le contestaría con la cortesía acostumbrada y seguiría esperando su turno. Y la perdería. Como cada día, cuando tras esos breves minutos se bebía su café doble y salía del bar. Contó la gente que tenía él mismo por delante. Tres personas. Cruzó los dedos para que no tardaran mucho.

Volvió a mirarla, pero ella no parecía haberle visto. Así pasaron los escasos minutos que se le antojaron eternos, observando nervioso alternativamente la fila que tenía delante y la de ella. Vio que ella estaba pagando y contempló impaciente la cinta transportadora de la caja, que no avanzaba. A la mujer que tenía delante no le pasaba la tarjeta. «¡Vamos!», masculló entre dientes mientras atisbaba cómo la chica se guardaba el cambio y se dirigía hacia la salida.

Cuando al fin logró pagar, salió disparado hacia la puerta. La atravesó y escudriñó la calle a ambos lados. Ni rastro, se había desvanecido. Maldijo para sus adentros. Entonces se fijó en que de la acera de enfrente salía una estrecha callejuela pendiente arriba, y la divisó comenzando a recorrerla. Iba muy cargada con varias bolsas, y ascendía laboriosamente la cuesta. Cruzó en dos zancadas y en un momento se colocó a su paso.

—¿Hola?

La chica se giró desconcertada. Aquellos ojos que ejercían sobre él una poderosa atracción se ensancharon ahora en un gesto que no alcanzó a descifrar del todo. Creyó ver algo oscuro en el fondo, una especie de aprensión o recelo. Lo que fuera, duró solo unos segundos, y después sus finos labios se tornaron en una ligera sonrisa.

—Hola —se limitó a contestar suavemente.

—Te vi en el supermercado —confesó Víctor sin saber muy bien qué decir, mientras alzaba el pack de seis litros de leche como para confirmar sus palabras.

—Sí, tenía que comprar unas cosas.

—Vaya, con todo eso tendrás para unos cuantos días —sugirió dirigiendo

ahora la vista hacia las pesadas bolsas que ella cargaba, pensando al mismo tiempo que era un comentario estúpido. Ni siquiera sabía si vivía sola.

—No es para mí —musitó ella con su acento extranjero—. Es para la casa donde trabajo.

—Ah... ¿Te ayudo a llevarlo?

La chica se apresuró a negar con la cabeza.

—No hace falta, está aquí al lado —casi susurró con el dulce a la vez que firme tono que ya le resultaba tan familiar y que no dejaba espacio para la insistencia.

—Está bien, al menos déjame que te acompañe.

—Pero si tú también vas cargado... —protestó, ahora con menos convicción, lo cual fue tomado rápidamente por Víctor como una señal de aprobación. No iba a dejar escapar la oportunidad.

—¿Esto? Esto no es nada —se creció, levantando nuevamente la caja en un alarde de fuerza que le costó bastante más de lo que estaba dispuesto a admitir—. Además, no me apetece volver tan pronto al bar. Hace un día demasiado bueno —añadió con una amplia sonrisa.

* * *

Annika aparcó al pie de la comisaría y entró. Aún faltaba media hora para la reunión, de modo que se fue a su mesa y retomó el asunto de las termas. Llamó al laboratorio, donde le aseguraron que antes de finalizar la mañana tendría los resultados. Después comenzó a revisar las noticias. Todos los periódicos estaban copados con ambos sucesos. Daniel estaría abrumado lidiando con los medios. Por un momento le compadeció, pero se sobrepuso al instante. Después de todo, pocas cosas le gustaban tanto como el protagonismo a su jefe.

Cuando vio que empezaba a generarse movimiento en torno a la sala de reuniones se dirigió hacia allá.

—Hola, Sonia —saludó a su colega, a quien le había sido asignado el caso junto a otro compañero.

—Buenos días, Annika.

—¿Estás tú con lo de ayer, verdad?

—Así es.

—No te envidio —reconoció Annika, poco dada a andarse con sutilezas.

—Tú y Mati también estáis con una buena. Ya es casualidad, ¿eh? Aquí, que

nunca pasa nada.

—Sí, la verdad es que sí. ¿Hay algo claro? —quiso saber.

Sonia se encogió de hombros.

—Ahora nos contará el jefe si se ha descubierto algo más durante la noche. Raúl y yo le acompañamos ayer, pero él es quien está manejando toda la información. Solo sé que parece haber algo misterioso en torno al arma del crimen.

En ese momento hizo su aparición Daniel.

—¿No hay nadie más por aquí?

—No, aún no es la hora... —comenzó Annika.

—Bien, decid al resto cuando llegue que la reunión va a retrasarse. Tengo que confirmar algo. Pero que nadie se mueva de aquí —agregó.

Las policías se miraron contrariadas mientras Daniel se alejaba. Un domingo en comisaría y sin nada que hacer. Difícil imaginar un plan menos estimulante. Entonces a Annika se le ocurrió algo.

—¡Jefe! —gritó antes de que se encerrara nuevamente en su despacho.

—¿Sí? —se giró con gesto de impaciencia.

—Me gustaría seguir avanzando con el caso de las termas. ¿Te importa si trato de hablar nuevamente con la amiga de la víctima? Tardaría menos de cinco minutos en llegar a su casa —sugirió, a sabiendas de que un aplazamiento en la reunión podía suponer que pasarían horas hasta ser convocados de nuevo.

Daniel dudó, incómodo. Con todos los superiores y el propio gobierno pendientes de él, no podía ocuparse personalmente de aquel otro asunto como habría querido, y también era un caso que necesitaba una pronta respuesta, aunque hubiera quedado momentáneamente ensombrecido por los sucesos posteriores. Se resistía a perder el control de la investigación, mucho más dejándolo en manos de aquella policía conflictiva, pero no encontró alternativa y se vio obligado a ceder.

—Está bien. Pero grábalo todo. Y entrégame un informe detallado de cuanto hagas —ordenó con tono autoritario.

Annika asintió, tratando de ocultar su regocijo. Había estado convencida de que Daniel nunca le permitiría investigar aquel caso sin su supervisión, pero con el giro inesperado que habían propiciado los acontecimientos de la noche anterior, las cosas se presentaban de otra manera. Quizá podría averiguar qué era lo que realmente había ocurrido en aquellas termas.

Fue a su mesa a por el expediente y echó un vistazo a la estancia. No localizaba a Mati. Iba a llamarle cuando se le ocurrió una idea mejor.

—Sabía que estarías aquí —dijo a modo de saludo al acercarse a la máquina de café.

—Haciendo tiempo —se quejó su compañero—. Ahora tenía que estar en mitad de una ruta por el parque de Cornalvo, perdido entre encinas y alcornoques. ¿Tú has visto el día que hace?

—El deber nos llama, compañero —le recordó con tono socarrón intentando animarle, pues conocía la devoción de su colega por los deportes al aire libre y sabía lo importantes que eran para él esas salidas dominicales. Ya se tratara de senderismo, escalada o cicloturismo, Mati se transformaba en una persona diferente, sustituyendo cualquier rastro de la habitual pereza por la que era reconocido entre sus colegas por un fervoroso entusiasmo.

—Pfffff —fue todo lo que contestó.

—Venga, en serio, ámate. Hay trabajo que hacer. Y al menos no tendremos que esperar encerrados entre estas cuatro paredes.

Unos minutos después aparcaban el vehículo oficial al pie del Hotel Velada, uno de los más emblemáticos de la ciudad. Caminaron hasta la plaza de los escritores, centro neurálgico del barrio conocido como Los Bodegones, y localizaron el edificio donde residía Jara.

—Buen sitio para vivir —comentó Mati, observando apreciativamente los bares y restaurantes que se localizaban en los alrededores.

—Según se mire —opinó Annika—. Este verano nos han llamado más de una noche por el ruido de las terrazas.

—De eso, que se encarguen los municipales, que hagan algo —espetó Mati ante la mirada censora de Annika. Los celos entre los dos cuerpos de policía eran algo propio de su coexistencia en la ciudad, y las tensiones por la división de competencias los aumentaban con frecuencia.

Cuando Jara abrió la puerta de su domicilio en el segundo piso se encontró de nuevo cara a cara con la policía del día anterior. Ahora otro policía joven la acompañaba. Le observó. Era alto y algo espigado, con cara chupada en parte disimulada por una cuidada barba y algunas entradas, a pesar de que sus facciones revelaban que aún estaba dentro de la treintena. Aunque la visión de aquel hombre le agradaba más que la del policía presente en el primer interrogatorio, decidió de un vistazo que este tampoco era su tipo.

—¿Hay noticias? ¿Han atrapado al asesino? —preguntó tras su instintivo

análisis.

Annika negó con la cabeza.

—Estamos en ello. Pero necesitamos hacerle un par de preguntas más — aclaró con delicadeza.

Jara asintió a la vez que se le escapaba un suspiro y se retiró de la puerta para permitirles entrar. Había dormido fatal y la noche se le había hecho eterna, de modo que ahora se encontraba cansada y sin ánimos.

—Ya he contado todo lo que sé —espetó mientras se dejaba caer en un sillón e indicaba con gesto apático el sofá que tenía enfrente a fin de que la imitaran.

—¿Desde cuándo conocía a la víctima? —comenzó Mati una vez tomó asiento en el mullido sofá y extrajo de un bolsillo la transcripción del interrogatorio anterior que su compañera le había hecho llegar.

—Hará unos dos años —se resignó.

—¿Llevaban ese tiempo saliendo juntos?

—Que no salíamos juntos... —rezongó con expresión de fastidio—. Éramos amigos. Buenos amigos —matizó tras un momento.

—Está bien. ¿Eran buenos amigos desde hace dos años? —preguntó con sorna Mati, que ya se había animado y había tomado el control del interrogatorio.

—No. Empezamos a quedar más hace unos meses —Jara pasó por alto su socarronería. Quería acabar con aquello cuanto antes.

—¿Cómo le conoció?

—Cuando se hizo mecenas.

—¿Se puede saber qué es eso?

La chica suspiró de nuevo.

—El proyecto Mecenas. ¿No lo conocen? Los socios pagamos una cuota para colaborar en la recuperación y puesta en valor de restos romanos en la ciudad.

—Sí, a mí me suena algo —admitió Annika—. Tienen un carné o algo así, ¿no?

—Sí, aunque es más bien algo simbólico. Un detalle para acentuar el sentimiento de pertenencia al grupo —explicó.

—Y, ¿cómo fue ese primer encuentro con él? ¿Hay reuniones o algo así?

—Pues claro. Como en cualquier asociación, nos reunimos para tomar las decisiones. Además, tenemos actividades de forma bastante frecuente, como

seminarios o visitas guiadas.

—Vamos, que son como un club *friki* de lo romano —resumió Mati con gesto burlón.

Annika llevó la mirada al techo en un gesto involuntario. A veces su compañero era de lo más insensible.

Como era de esperar, la chica se puso a la defensiva.

—Pero tú qué clase de poli eres. Será imbécil —exclamó con expresión ofendida.

—Eeeeeeh, que la detengo ahora mismo por desacato a la autoridad. Y se viene a comisaría a contestar allí mis preguntas.

—Bueno, bueno, vamos a relajarnos todos —se vio forzada a intervenir Annika—. Mati, ese club, o lo que sea, es una iniciativa muy buena que ayuda a cuidar el patrimonio de Mérida. De todas formas, no es eso lo que nos interesa. Siga contando, Jara —la animó con la esperanza de dar el tema por cerrado.

Aún molesta, Jara caviló unos segundos y continuó, dirigiéndose solo a Annika.

—No hay mucho que contar. Lolo había vivido fuera una temporada, en Cataluña, creo, y cuando volvió se apuntó a esto, imagino que en parte para integrarse de nuevo en la vida de la ciudad y en parte, claro, porque le gustaba el tema.

—Y supongo que en su hotel volcaba lo que aprendía como Mecenaz, ¿no es así? —preguntó Mati con afán reconciliatorio, ya más calmado. Era consciente de que algunas veces le perdían las formas y ahora se sentía mal sabiendo que su proceder no había sido el correcto, aunque por suerte para él, su compañera era bastante más paciente si de lidiar con gente se trataba. Esa era una de las razones por las que se complementaban y le gustaba trabajar con ella.

—Era un apasionado de la Antigua Roma. Un *friki* —le contestó con ironía sin dignarse a mirarle—. Su sueño era convertir su casa en un antiguo palacio romano, aunque con su estilo propio.

—Bueno, ya era algo así, ¿no? Las termas, el restaurante romano, el hotel...

—No, eso era solo el principio. Le quedaba mucho por hacer. Además, lo del hotel rural y todo eso no era más que una forma de ganar dinero, y de que le ayudaran con las subvenciones. Él quería construísela para él mismo.

—¿Todo eso para él solo? —exclamó Mati.

—Sí, bueno, para él y su familia, cuando la tuviera. Es así como vivían los ciudadanos romanos, ¿sabe? No tenía cada uno un hotel —dijo de nuevo a la defensiva.

—Bueno, será los que no eran esclavos —Annika no pudo reprimir el comentario.

—Pues eso, los ciudadanos romanos —repitió desafiante Jara. Si no sabían ni siquiera que un esclavo no era un ciudadano en la antigua Roma, que se fueran primero a una clase de historia, se dijo molesta.

—Nos alejamos del tema —recordó Mati, siendo él ahora quien trataba de encauzar la conversación. Cuando se tocaban los temas sociales era a Annika a quien le costaba contenerse.

La mujer suspiró y continuó.

—Pues nada, yo le había visto en las reuniones y tal, pero a partir de una excursión que se organizó a Córdoba coincidimos como compañeros de asientos en el autobús, nos conocimos más y empezamos a quedar. Era todo un erudito en el tema, sabía muchísimo, vamos que podría haber sido el guía de las visitas si hubiera querido. Me gustaba quedar con él y charlar. Aprendía mucho de él, además de que tenía las cosas muy claras en la vida, y transmitía entusiasmo cada vez que hablaba de sus proyectos —la mirada de Jara se perdió en la nostalgia del recuerdo.

—¿Tenía algún enemigo? —Annika lanzó la pregunta recurrente que no podía obviarse, pero la respuesta no se desmarcó de la del resto de entrevistados.

—No que yo sepa. Era un tío entrañable, nunca le vi pelearse con nadie. Excepto con aquellos chicos... —recordó en referencia al sobrino del comisario y sus amigos.

—De acuerdo. ¿Se le ocurre alguien más con quien podamos hablar?

La chica se quedó meditabunda por unos instantes.

—La verdad es que no —dijo al fin—. Tampoco le conocía tanto. Supongo que en el pueblo tendría sus amistades pero cuando yo iba allí me metía directamente en su casa, no me relacionaba con nadie más. En cuanto a los mecenas... no sé. Quizá el coordinador del proyecto os pueda contar algo, se llevaban bastante bien. Pero con quien más quedaba era conmigo —admitió.

—Muy bien —Mati miró a Annika, que asintió—. Pues creo que eso es todo, de momento.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Annika.

—Sí, eso —convino Mati.

* * *

Para cuando estuvieron de vuelta en comisaría, el resto de compañeros comenzaba a aglutinarse en la sala de reuniones.

—Mira, parece que ya van a convocarnos. Igual con suerte hasta nos queda la tarde libre —señaló Mati esperanzado.

Ambos tomaron asiento y aguardaron a que Daniel comenzara a hablar. Tras resumirles los acontecimientos del día anterior, abrió una ronda de intervenciones.

—¿Cómo está el consejero? ¿Sobrevivirá? —preguntó un compañero.

—Pues parece que va a tener suerte, aunque por poco. La flecha se le clavó en el costado izquierdo. Unos centímetros más, y se hubiera hundido directamente en el corazón. Los médicos son optimistas. Le quedará un buen recuerdo de ello, pero su vida no corre peligro. Pero lo importante aquí —continuó Daniel— es que alguien ha intentado matar a sangre fría a uno de los altos cargos de nuestro gobierno. Y que ese alguien anda suelto, y no tenemos la más mínima idea de quién ha sido. Llevamos trabajando a destajo desde anoche, y necesitamos resultados de forma urgente.

—¿Qué hay sobre los detenidos? Has dicho antes que se detuvo a varios manifestantes, entre ellos el hombre que amenazó al consejero —recordó el mismo compañero—. Todo indicaba que podría ser él, ¿no?

—No tenemos ninguna prueba —admitió malhumorado—. Y muchas de las personas que estaban en la concentración han testificado que no se separó de ellas en todo el tiempo, de modo que hemos tenido que soltarles a todos, incluido él. Sin embargo, no me extrañaría nada que estuvieran encubriéndole.

—En ese caso estaríamos hablando de algo de mucha más gravedad —se aventuró Sonia—. No de un asesino aislado, sino un complot contra la más alta institución de nuestra Comunidad.

—No descarto nada de esa gentuza —respondió Daniel tajante—. Quiero que les investiguéis a todos. Nombres, lugares donde se reúnen, quiénes son los cabecillas, si alguno de ellos tiene antecedentes... Quiero saberlo todo sobre sus vidas.

Annika se revolvió incómoda. No soportaba ese tipo de comentarios, bastante frecuentes en su jefe. Iba a apostillar algo, pero Raúl se dio cuenta y

le hizo un gesto casi inapreciable con la cabeza en señal de negación. «Hoy no, el jefe no está de humor para cuestionarle nada», pareció aconsejarle.

—¿Querías hablar, Annika? —Daniel, a quien no le había pasado desapercibida su intención de puntualizarle, la miró con aire retador.

—Eeeeh... —dudó y decidió hacer caso a su compañero. Tenía que decir algo, pues estaba en el punto de mira y todos esperaban sus palabras, así que tras pensar un momento redirigió la observación—. No, solo estaba pensando en la forma en que le han intentado asesinar. No es muy común, y por otra parte tampoco parece nada fácil dar en el blanco a la distancia desde la que se disparó. Quizá la flecha no iba dirigida a él después de todo...

—Claro que iba dirigida a él —replicó con tono irritado el jefe, que parecía estar aún más susceptible que de costumbre—. Y aunque no lo fuera, las personas que le rodeaban eran todas altos cargos del gobierno. De modo que el resultado es prácticamente el mismo. Pero ya he pensado en ello, por supuesto. Hace falta mucha puntería para eso. ¿Alguien sabe cómo localizar a la gente que se dedique a este jueguito?

—Las empresas de multiaventura y deportes al aire libre organizan cursos de iniciación al tiro con arco. Yo mismo he participado alguna vez —confesó tímidamente Mati.

Ahora fue Raúl quien intervino.

—Los que imparten estos cursos tienen que tener licencia. Es un deporte federado. Mi cuñado es miembro de un club en Trujillo, y sé que hay competiciones de vez en cuando...

Daniel asintió con gravedad.

—Te ocuparás de ello. Hablarás con los responsables del tiro con arco en la región, e investigarás a los clubes o asociaciones que estén operativas. Y tú, Matías, te encargarás de vigilar a los manifestantes. Hazme un informe completo con todo lo que detectes extraño. Y ya sabes a lo que me refiero. Militancia en organizaciones, participación en otras protestas, implicaciones políticas, todo eso.

—Pero estaba con el caso de Calamonte —objetó vacilante Mati, a quien le gustaba trabajar con Annika y no le hacía gracia separarse de ella, menos aún para aquella tarea.

—Annika seguirá en ello. Esto es prioritario y la mayoría de los esfuerzos tienen que ir en esta dirección. No podemos permitir que ningún otro miembro de nuestro gobierno sea atacado —concluyó solemnemente.

* * *

Víctor silbaba distraído mientras limpiaba y ponía orden tras la hora de las cañas. Manel no pudo dejar de burlarse ante su expresión de complacencia.

—Antes te reías solo, y ahora esa sonrisa bobalicona que no se te borra de la cara. ¿Qué, ligaste anoche, eh?

Salió a duras penas de su embelesamiento y le miró como si fuera la primera vez que le viera.

—Qué va —fue todo lo que contestó, aún con aire abstraído.

—Ya, ya. A mí me la vas a dar. Has echado lavavajillas en el cubo en vez de fregasuelos. Y estás limpiando las mesas con la bayeta de los lavabos — indicó sin poder contener la risa.

Ahora Víctor miró el trapo que tenía en la mano y lo soltó de golpe como si fuera un retal en llamas.

—Pues es verdad —acertó a mascullar, poniéndose colorado.

Aquello desencadenó las carcajadas de Manel, que se reía a pleno pulmón.

—Anda, tira ese y coge uno nuevo. Y acaba ya, que te estás eternizando y esto no es el país de las maravillas, aunque a ti hoy igual te lo parezca — observó tratando de simular severidad pero sin lograr contener la risa.

Víctor obedeció, aún ruborizado, pero no hizo mucho caso a los comentarios de su jefe. Seguía pensando en la chica misteriosa. Era la primera vez que hablaban, más allá de lo necesario para ponerle un café. En realidad era él quien lo había dicho casi todo. Ella se había limitado a escucharle, paseando cabizbaja a su lado, y mirándole de vez en cuando con sus enormes ojos color avellana. Reflexionando después, se dio cuenta de que la chica quizá no había querido que le acompañara. Parecía incómoda con la idea de que supiera a dónde iba. Pero al final, cuando habían llegado a aquella casa señorial, le había revelado que era ahí donde trabajaba, y se había despedido con una sonrisa tímida. «Hasta mañana», había susurrado antes de desaparecer tras la verja de aquella mansión.

* * *

Annika esperaba pacientemente a que el comisario terminara de dar órdenes para organizar el reparto de trabajo. Los recursos se iban a destinar íntegramente al caso del Teatro Romano, con excepción de ella misma, que

seguiría ocupándose del asesinato de las termas. En parte lo entendía, pues con tan solo unas horas desde el suceso se había generado ya más expectación de la que se recordara nunca en la ciudad. Pero a la vez no podía dejar de sentirse molesta. Para ella todas las vidas valían igual. En este caso, el chico del balneario estaba muerto, mientras que a aquel político con el tiempo le quedaría poco más que una fea cicatriz como recuerdo. Y el delincuente campaba a sus anchas en ambos casos. Pensó desmotivada que ella sola y sin ningún tipo de apoyo lo tendría difícil para resolver la incógnita que se le planteaba. Tras la visita a la que había sido amiga íntima de la víctima seguía sin ningún hilo del que tirar, más allá de una disputa con un grupo de adolescentes gamberros y una afición a las antigüedades algo peculiar. Siguió enfrascada en sus pensamientos, escuchando tan solo a medias el soliloquio de su superior, y la frustración comenzaba a hacerle mella cuando algo que este dijo llamó poderosamente su atención.

—¿Cómo has dicho? —exclamó casi sin pensar.

Daniel se la quedó observando desconcertado durante unos segundos pero le contestó absteniéndose de hacer ningún comentario.

—Que tengáis mucho cuidado con que no se filtre nada a los medios sobre el arma del crimen. Ya tenemos bastante como para generar más atención.

—Sí, sí, pero sobre eso. ¿Puedes repetirlo? —insistió.

Ahora el comisario no reprimió un gesto de exasperación.

—La flecha que se utilizó. Es lo más extraño de todo esto. Decía que fue lo que me tuvo esperando esta mañana antes de reunirnos. Los análisis han confirmado que es de origen romano, datada en el siglo II después de Cristo. Una pieza de museo.

* * *

—Ciento cincuenta euros cada uno. Ida y vuelta.

Carla pensó durante un momento.

—Está bien. Si es lo más barato que has encontrado, adelante. Reserva —exhortó a su hijo, que llevaba más de media hora embebido en un buscador de vuelos económicos a través de Internet.

Había estado esperando impaciente a que Bruno se levantara para ponerlo todo en marcha. Si iban a ir a Nápoles, lo mejor era hacerlo cuanto antes. Nadie sabía cuánto tiempo le quedaba a su prima.

—Ya está —informó satisfecho a los pocos minutos—. Mañana por la noche estaremos durmiendo en Italia.

Su madre sonrió con melancolía.

—Pues me voy a hacer las maletas —le contestó poniéndose en marcha en un vano intento de huir de los recuerdos que se agolpaban en su mente tratando de aflorar a la superficie de la que habían sido relegados hacía mucho tiempo.

—Yo iré a ver a Alma. Quedé con ella en que me acercaría por la mañana —recordó. Dio un beso a su madre y se puso en camino.

Cuando llegó, la joven estaba ya frente al portátil abierto en la mesa del salón. Con la brillante melena cobriza recogida en una sencilla coleta alta que le dejaba el rostro despejado y ataviada con un cómodo chándal, se la veía dispuesta a la tarea.

—¿Empezamos? —dijo por todo saludo sin dejar de prestar atención a la pantalla.

—Vaya, ¿y el café, las pastas, todo eso a lo que me tenéis tan bien acostumbrado?

—Yo no tomo café. Eso es cosa de Paquita, y está con la vecina —rezongó Alma, pero después pareció ser consciente de su propia frialdad—. Creo que queda algo de esta mañana. Mira en la cafetera —sugirió suavizando el tono.

Bruno gruñó y fue él mismo a la cocina. Su madre, con la urgencia que le caracterizaba cuando tomaba una decisión, prácticamente le había sentado delante del buscador de vuelos nada más despertarse. Y él se había consolado recordando las deliciosas viandas que siempre le esperaban en casa de doña Paquita.

Se sirvió lo que quedaba de café en una taza y lo calentó en el microondas, mientras hincaba el diente a uno de los dulces que habían sobrado de la merienda del día anterior.

—Bueno, ¿qué has averiguado? —preguntó de vuelta, ya con la humeante taza del oscuro líquido que tuvo la virtud de devolverle la predisposición a ayudarla.

—Pues no mucho, la verdad —admitió ella—. Desde que decidí comenzar a buscarla me he pasado las horas aquí metida. He contactado con grupos de la comunidad bosnia en España y he preguntado a asociaciones de inmigrantes, pero no hay rastro de ella.

—Supongo que si se encuentra en la situación que estaba yo, es difícil que alguien la haya visto —agregó desanimada—. No creo que quienes lo hayan

hecho lo publicaran nunca en Internet.

Bruno asintió.

—Sí, eso es cierto. Cuando se desmontó la red de tráfico que os tenía prisioneras a vosotras tres, Annika la buscó sin descanso —quiso hacerle saber, recordando los meses que su pareja había pasado intentando infructuosamente encontrar una conexión con la chica que viajó desde Bosnia con Alma, Azra y Sanela, esa cuarta hoja del trébol que todas ellas llevaban tatuado en el hombro como señal de su estrecha amistad—. Pero por desgracia hay demasiadas redes trabajando en España. Pudo haber caído en manos de cualquiera, en alguno de los clubs o pisos que hay por todo el país —no quería desalentarla, pero tampoco que abrigara falsas esperanzas. A Annika le había supuesto una gran frustración no haber podido cerrar aquel fleco de la investigación, y si la testaruda de su novia la había buscado sin tregua y no había logrado obtener ni el menor indicio de su paradero, dudaba que Alma pudiera tener mejor suerte.

—Conozco a Sabina. No es como nosotras tres, ¿sabes? Es la más obstinada —trató de explicarle—. Cuando se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. A menudo nos arrastraba a las demás en sus arrebatos porque también era la más optimista. Siempre parecía sentir que el futuro le deparaba algo bueno, por eso no se hundía ante las adversidades. Y por eso temo por ella. Si la secuestraron, no se conformó. Ella no. Se enfrentó. Y me aterroriza pensar qué le puede haber pasado —concluyó con temblor en la voz.

—¿Crees que...? —Bruno dejó la frase a medias, no sabiendo cómo preguntarle lo que temía.

—No —atajó con determinación ella un momento después, sobreponiéndose—. Está viva. No sé cómo, no sé dónde, pero está viva —aseveró embargada de una convicción que a Bruno le sorprendió.

—Seguro que sí —él no lo veía tan claro. Si había alguien obstinado, esa era su Annika. Y no la había encontrado—. Pero veamos qué podemos hacer —la alentó mientras se sentaba junto a ella y comenzaba a relatarle todo el proceso que había seguido en la investigación que llevó a cabo en su día.

* * *

Tras la reunión Annika se había quedado en su mesa haciendo tiempo hasta que llegaran los resultados de la autopsia de Lolo. Telefonó al laboratorio, donde

le aseguraron que estaban ultimándose y los enviarían en unos minutos. Finalmente el caso del Teatro Romano había atraído su atención, y ahora tenía que hacer un esfuerzo por concentrarse en el que ella tenía encomendado. Ambos eran de lo más misterioso. Pensó en llamar a Bruno para ver qué andaba haciendo cuando sonó el teléfono. Lo contestó al momento.

—Tienes el informe en el correo electrónico —identificó al punto la tosca voz de la forense al otro lado—. Léelo y llámame si te genera cualquier duda.

—¿Hay algo interesante?

—Léelo primero —reiteró enigmática.

Abrió el correo sin vacilar y descargó el informe. Lo ojeó apresuradamente, primero entre líneas, después con más detenimiento tratando de que no se le escapara ningún detalle. En principio no advirtió nada que pudiera orientarle sobre el culpable. Hizo una mueca de disgusto al constatar la hora fijada para el crimen, entre las doce y las tres de la mañana. Ese arco dejaba abiertas todas las posibilidades. Podía haber sido perfectamente Jara la que le causara las heridas a Lolo, pues el hijo de su vecina no la había visto irse hasta cerca de la una, lo cual ella misma había ratificado. Pero también era factible que alguien hubiera entrado después de que ella se fuera. Tal vez el sobrino del jefe y sus amigos hubiesen vuelto. O uno de ellos, sin conocimiento de los otros. Pero también podía haber sido cualquier otra persona. Quizá incluso la propia Jara. Nadie la había visto después de la una de la madrugada. Quizá había pasado algo entre los dos esa noche y ella había vuelto para vengarse, con cuidado de no ser escuchada por nadie. Se sacudió sus pensamientos y volvió a la lectura. El dossier determinaba que la víctima había sido apuñalada en la propia terma con un arma cortopunzante causándole varias heridas lineales que habían provocado la muerte. Afirmaba que el apuñalamiento había sido perpetrado por otra persona, descartando sin lugar a dudas un suicidio. Pero no eran más que datos que confirmaban lo que ya sabían. Necesarios en un procedimiento, y sin embargo, inservibles para el momento en que se hallaban, pues esa información, como el resto de circunstancias de las que ya disponían, no acababa de arrojar luz al enigma. No había ningún indicio que contribuyera a ponerla sobre la pista de la autoría del crimen. Repasó el documento nuevamente, analizando con paciencia el farragoso lenguaje de los informes forenses, pues sabía que a veces una frase ambigua podía encerrar una clave que ayudara a vislumbrar una posible dirección por la que continuar. Pero al haber estado el cuerpo sumergido en el agua, esta había contribuido a

borrar posibles huellas, y aquello dificultaba en gran forma el análisis. No parecía haber nada relevante. Ya casi al final de la lectura, algo llamó su atención. Sabía que Lali, la médica forense, se caracterizaba por ser extremadamente objetiva. Nunca dejaba asomar ningún tipo de duda sobre los casos, mucho menos por escrito en un informe. Lo que no sabía con certeza, simplemente no lo plasmaba. No se pillaba los dedos con nada. Repasó el párrafo que había atraído su interés. Era el que describía el arma utilizada, y lo hacía minuciosamente, como era habitual en ella. Un puñal bicortante con hoja entre veinticuatro y veintiocho centímetros de largo por cinco de ancho, con un nervio central elevado a lo largo. Sin embargo, era en el material donde la forense parecía haberse explayado. Una minúscula esquirla había quedado adherida a un tendón, y esto le había permitido analizar de forma exhaustiva su composición, haciendo mucho énfasis en ella y dejando patente tanto su interés como su incertidumbre al respecto. Ignorando la razón de tal proceder, descolgó nuevamente el teléfono.

—Ya lo he visto —confirmó.

—¿Alguna duda? —preguntó la forense cortésmente. Sin embargo, la ansiedad que se filtró en su tono de voz no pasó desapercibida a Annika, que se preguntó a qué se debería tanto interés. Le dio la sensación de que contenía el aliento aguardando su respuesta.

—Bueno, lo cierto es que no desvela nada nuevo. ¿No puedes concretar un poco más la hora del asesinato? Eso nos resultaría de mucha ayuda —presentía que no iba a comprometerse, pero tenía que intentarlo.

—Me expondría a cometer un error —contestó parcamente, confirmando sus sospechas.

—Pero ¿tú qué crees, que fue antes de la una o después? —insistió.

—Annika, ya sabes que no puedo contestar a eso. Estaría condicionando la investigación a riesgo de equivocarme y causar un perjuicio irreparable.

—Vale, vale. No contestes —accedió algo fastidiada por lo que creía un exceso de celo profesional—. Pues no sé, supongo que eso es todo, gracias Lali. —Ya iba a colgar cuando recordó lo que había atraído su atención.

—Por cierto... ¿qué relevancia tiene la composición del arma del crimen? ¿Por qué has hecho tanto hincapié en ello?

—Porque no existe en nuestros días —contestó la forense, aliviada al poder expresar lo que no se había atrevido a reflejar en el dossier—. Era el material con el que fabricaban sus dagas los romanos hace veinte siglos.

* * *

—Las cosas se han complicado más de lo que esperaba —intentaba explicar Annika a Bruno a través del teléfono.

—Mañana saldré temprano con mi madre, y vamos a estar separados toda la semana —se quejó él—. ¿Seguro que no puedes escaparte hoy?

—Seguro —lamentó decirle—. Ve tú con Alma a dar ese paseo por Mérida, aunque seguramente no es el mejor día después de lo ocurrido...

—Sí, iré —confirmó con tono contrariado—. Daremos una vuelta por el centro y quizá atravesemos el puente romano. ¿Crees que al menos podrás tomarte algo con nosotros a última hora?

Annika ponderó la respuesta sin atreverse a garantizar nada.

—Voy a ir al entierro del chico que murió en las termas. Quiero observar a la gente que acude, a ver si eso me proporciona alguna pista. Cuando acabe te llamaré para ver por dónde andáis.

—De acuerdo, no tardes mucho. Recuerda que después tengo que llevar a Alma de vuelta al pueblo.

—Lo intentaré —aseguró por toda respuesta, para comprobar que él ya había colgado el teléfono.

Suspiró. A ella también le habría gustado poder dedicar la tarde a pasear, pero no podía permitírselo. Sin nadie más que se ocupara del caso, el asesino camparía a sus anchas y cuanto más tiempo pasara, más difícil sería atraparlo.

Pensó en su conversación con la forense. Le había asegurado que el puñal con el que había sido asesinado Lolo tenía siglos de antigüedad. Había insistido en que estaba convencida de ello pero no podía probarlo, de ahí que no se hubiera atrevido a plasmarlo en el informe. En cambio, le había recomendado que hablara con un especialista. Dudó un momento para acabar marcando un número que detestaba.

—Jefe, soy Annika. Creo que tengo algo que te interesará saber. No, es en relación al caso de las termas. Bueno, a los dos. Sí, has oído bien, a los dos. De acuerdo, espero.

Daniel iba de camino a la comisaría.

Cuando llegó, tan solo unos minutos después, Annika se levantó y le siguió hasta su despacho sin demora. Inspiró profundamente, confiando en haber acertado llamándole.

—Estoy impaciente por conocer esa conexión que dices haber encontrado. Cuéntame —dijo él con una mezcla de expectación y escepticismo mientras tomaba asiento en su butaca.

—Es sobre el arma del crimen. Creo que de alguna forma vincula los dos delitos.

Escuchó el relato con atención, para quedarse reflexionando durante unos segundos que a Annika se le hicieron interminables.

—No lo veo claro —opinó al fin—. El puñal del homicidio no ha aparecido, de modo que lo único que tenemos es poco más que una percepción de Lali. No sé cómo se ha filtrado lo de la flecha a los medios, aunque pienso averiguar quién se ha ido de la lengua —dijo apretando con fuerza la mandíbula—. El caso es que nuestra querida forense puede estar perfectamente condicionada por esa información.

—Lali es muy imparcial —objetó ella.

—Claro, claro, todos lo somos —replicó con tono mordaz—. O eso creemos, porque estamos convencidos de la forma en que vemos las cosas.

—Estás tú sola con el caso —continuó implacable—. No veo conveniente que sigas pistas falsas, sabes muy bien que el tiempo es crucial en este tipo de investigaciones. Mejor céntrate en los allegados a la víctima. ¿Has averiguado algo más?

—Pensaba ir al entierro esta tarde —refunfuñó.

—Sí, eso me parece mejor idea. Hazlo. Y ten mucho cuidado de que nadie más escuche esa idea peregrina o entonces sí que tendremos a los periodistas de medio país danzando a las puertas de la comisaría —advirtió poniéndose en pie, señal indiscutible de que aquello era el final de la conversación.

* * *

Aparcó el coche en las traseras del anfiteatro y se dirigió hacia el museo nacional de arte romano. Iba a desobedecer a Daniel, así que cruzó los dedos deseando que no se enterara. A veces parecía tener ojos y oídos en todas partes. Una vez dentro, preguntó por el director, con el que había hablado un momento antes desde la comisaría, y le indicaron su despacho. El hombre que estaba al frente ocupaba aquel puesto de forma provisional, pues el responsable habitual del museo, un reputado académico con grandes dotes pedagógicas a quien Annika había tenido ocasión de escuchar en alguna de las

conferencias que acostumbraba dar en la ciudad, se encontraba durante aquel año en una excedencia temporal dirigiendo una investigación de la colonia romana Julia Cartago en Túnez. Lo lamentaba, pues le parecía una persona accesible y cercana que podría haberla orientado en aquel enigma, mientras que la conversación telefónica con el sustituto le había dejado la impresión contraria.

Al llegar vio que la puerta estaba entreabierta y se asomó discretamente.

—¿Señor Calderón? —musitó.

—Pase, pase, señora Kaunda, ¿verdad? La estaba esperando, tome asiento.

El director sustituto era un hombre de baja estatura y aspecto anodino, de esas personas que uno tiende a olvidar al poco de haberlas visto, a lo que sin duda contribuía su indumentaria. Ataviado con el uniforme habitual de los directivos, no causaba en él la percepción de poder para el que tal prenda había sido diseñada. Al contrario, el ordinario traje gris, con toda probabilidad adquirido en una de esas franquicias que los vendían como calcetines, y que le quedaba un poco ancho de hombros y mangas junto a una antiestética corbata que no casaba con la camisa, aumentaban en él la percepción de mediocridad, dando la sensación de que el puesto, como el traje, le venía grande.

Aunque él ya le había adelantado por teléfono su garantía de que ningún objeto había sido sustraído del museo, Annika insistió en verle en persona.

—¿Está totalmente seguro? Tengo entendido que tienen muchas piezas almacenadas, además de las expuestas al público —quiso confirmar, retomando la conversación mantenida minutos atrás.

—Tenemos un sistema de seguridad totalmente modernizado. Le repito que no es posible —ratificó sin sonar del todo convincente—. En todo caso, ¿puedo saber de qué tipo de objeto estamos hablando?

Annika dudó. No quería dar pistas a ese hombre, pues supondría exponer demasiado la teoría que comenzaba a tomar forma en su cabeza. Si llegaba a la prensa, llegaría también a oídos de Daniel, que comprendería que había vuelto a saltarse sus órdenes. Y sabía que no estaba dispuesto a pasárselo por alto de nuevo. Pero, por otra parte, necesitaba la información para poder avanzar.

—Entenderá que esta conversación es estrictamente confidencial —empezó — si algo saliera de aquí, pondría usted en peligro una investigación oficial.

—Me hago cargo —contestó con gesto grave.

—Objetos de coleccionista —explicó ella con cautela tratando de no llamar

la atención sobre los recientes acontecimientos—. Espadas, puñales, puntas de flecha, lanzas...

El hombre se mostró pensativo.

—Armas romanas. Interesante. ¿Y dice usted que han localizado un depósito de estos objetos?

—Yo no he dicho eso —contestó molesta, comprobando que intentaba extraerle información con esa torpe estratagema.

—De todas maneras, sepa que pueden proceder de cualquier parte —replicó, algo decepcionado porque no hubiera picado el anzuelo—. Hay mucho coleccionista, especialmente en esta zona, pues antes de que se protegiera nuestro patrimonio como se hace ahora, quien encontraba algo de valor se lo quedaba con total impunidad. Incluso en nuestros días, cuando en medio de una obra se localiza un yacimiento, aunque tienen la obligación de comunicárnoslo de inmediato, no ignoro que hay quien se salta la ley para conservar algún objeto. O para venderlo por un buen precio. Es muy tentador —añadió.

A pesar de que Annika no había depositado muchas esperanzas en aquella conversación, no pudo evitar la sensación de pérdida de tiempo. Hizo un último intento con un tono que no lograba del todo disimular su frustración.

—Le ruego que tenga la amabilidad de contestar una pregunta más antes de marcharme, ¿podría decirme si estas características se identifican con algún arma romana?

Extrajo del bolsillo una nota donde había garabateado la minuciosa descripción que copiara del informe redactado por la forense solo unas horas antes.

El hombre leyó con atención. A Annika no le pasó desapercibido el brillo en sus ojos cuando contestó.

—Sin duda. Se refiere a un *pugio*.

Alzó las cejas en un gesto de interrogación. No tenía la menor idea de qué significaba.

—Una daga romana —aclaró él con gesto pretencioso—. Se utilizaron solamente hasta el siglo III después de Cristo. Como usted sabrá, esta ciudad se pobló por la tribu Papiria tan solo unos trescientos años antes. No hay muchas por aquí.

Annika tuvo que hacer un esfuerzo por disimular su turbación. De modo que Lali estaba en lo cierto. Lolo había sido atacado con un arma romana, al igual

que aquel político. Decidió dar por concluida la entrevista antes de que fuera el director del museo quien comenzara a hacerle preguntas que no quería responder.

—De acuerdo, muchas gracias por su colaboración —zanjó mientras se disponía a irse.

—Un momento, señora Kaunda. —No hacía falta ser muy astuto para percatarse de que aquellas preguntas escondían algo interesante y él no iba a dejarlo escapar fácilmente. La referencia a un objeto tan valioso había atraído definitivamente su atención—. Supongo que su superior sabe que tiene la obligación de entregar los objetos encontrados para el patrimonio cultural de la ciudad —sostuvo alzando la barbilla en un gesto desafiante y con mirada no carente de codicia.

—En el caso de que hayamos encontrado algo —replicó ella sosteniéndole la mirada con una expresión de pretendida indiferencia antes de marcharse de allí.

Salió del museo enojada. Ese imbécil la había amenazado, y lo que más le molestaba era que ni podía ignorar su advertencia ni darle lo que quería. No se le escapaba que su última frase encarnaba una insinuación velada de que si no le entregaba la daga se lo diría a Daniel. Debía creer que ella la tenía en su poder y le estaba tanteando para conocer su valor. Había detectado en él la misma expresión ambiciosa que estaba tan acostumbrada a ver en los ojos del comisario, y supo que si pensaba que podía obtener algún provecho de la situación, haría lo que estuviera en su mano para que así fuera. «A ver de dónde saco yo una daga romana ahora», se lamentó, esperando que no cumpliera su amenaza y sacudiéndose la ya recurrente visión de Daniel encerrándola en su despacho para pedirle explicaciones.

Consultó el reloj. Se acercaba la hora del entierro. Pasó por casa para sacar brevemente al perro y salió en dirección al pueblo.

Llegó con algo de tiempo a la iglesia donde tendría lugar la ceremonia fúnebre y se dedicó a observar la concurrencia. Aunque aún no había dado comienzo el acto, decenas de personas se concentraban en las inmediaciones del edificio. Algunos más serios, otros aprovechando para saludar a viejos conocidos aquí y allá. Se desconcertó al comprobar que incluso un evento tan trágico como aquel no dejaba de ser para algunos una ocasión de encuentro

social. Procuró mantenerse discretamente alejada del primer plano, pero como era habitual, su color de piel no le ayudó a pasar desapercibida. Al minuto de estar allí se le acercó la primera señora.

—Qué detalle haber venido, señora policía.

Recordó que era una de las vecinas a las que entrevistara junto a Mati un par de días atrás.

—Una desgracia —se limitó a contestar, sin ninguna intención de iniciar una conversación, pues prefería concentrarse en estudiar a los asistentes.

Sin embargo, con la tercera persona que se dirigió a ella de forma similar decidió cambiar la estrategia por una más provechosa. Si no podía pasar inadvertida, al menos quizá sacara algo más de información.

—La vi el viernes con la pareja que encontró a Lolo. ¿Ha venido a investigar a alguien? —esta vez era el camarero del bar donde habían ofrecido sendas infusiones tranquilizantes a los testigos, un hombre ya entrado en los sesenta, de complexión recia y mirada amable.

—A presentar mis respetos —contestó—. Supongo que todo el pueblo habrá venido a despedirse de él.

—Oh, no se crea, los hay muy descastados.

—¿Y eso?

—Gente que no agradecía lo que estaba haciendo por el pueblo. Que le molestaba que trajera extraños. Hace poco se cometió un robo en una casa y, como aquí nunca pasa nada, le echaron las culpas al Lolo por atraer turistas.

Annika asintió pensativa.

—¿Y aparte de gente del pueblo? ¿Ha venido alguien más?

—Oh, sí, mire todos esos. ¿Ve aquel grupito? —dijo señalando unas diez o doce personas que se concentraban al fondo de la iglesia—. No son de aquí.

Annika los observó durante un rato mientras el hombre hablaba sin descanso sobre lo buena persona que había sido Lolo y la pena tan grande de perder un chaval así para el pueblo. Dedujo que debían de ser de la asociación a la que Jara se había referido, y se apuntó mentalmente conversar con ellos antes de marcharse. Al poco el hombre se despidió y ella aguardó a que la misa se desarrollara. El cura parecía conocer mucho al homenajead, como por otra parte era lógico en una localidad de poco más de seis mil habitantes, y aquello sumado al hecho de su juventud y de la cruel forma que había tenido de irse, contribuyeron a que su homilía fuera más apasionada y extensa de lo habitual. Cuando al fin la multitud comenzó a salir de la iglesia aprovechó para

acercarse al grupo de foráneos disimuladamente, tratando de no despertar sospechas. Prestó atención a lo que decían.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos al cementerio? —preguntó indecisa una mujer de mediana edad al resto.

—Yo creo que ya hemos cumplido bastante —replicó un hombre algo más joven.

—Sí, yo me voy a casa. Quien quiera que se venga conmigo —invitó otro, extrayendo de un bolsillo las llaves de un coche y mostrándolas para reforzar sus palabras.

—Está bien —accedieron otros dos al unísono, y el grupo comenzó rápidamente a dispersarse.

Se acercó con presteza al que tenía las llaves del coche y se presentó.

—Estamos investigando la muerte de Manuel Barrera —informó exhibiendo su identificación—. ¿Puedo saber cuál era su relación con él?

—Le conocíamos de Mérida. A veces hacíamos cosas juntos —contestó sorprendido.

—¿El proyecto Mecenaz?

—Sí, exacto —confirmó uno de ellos aproximándose con mirada curiosa.

—Me gustaría hablar con ustedes más tranquilamente. ¿Podría pedirles que se acerquen mañana a la comisaría?

Algunos parecieron vacilar pero el hombre que había hablado primero contestó al momento.

—Yo tengo que atender mi negocio, imposible. Estoy solo en la tienda —se excusó.

Annika recordó lo que Jara le contara en la mañana.

—¿Ha venido el responsable del proyecto?

—Soy yo, Pascual Román —alzó la voz dando un paso al frente un apuesto hombre que había permanecido algo alejado de la conversación.

—Estupendo. Le voy a pedir que venga mañana. Le espero a las once —su tono fue ahora mucho más rígido, para no dar lugar a un nuevo rechazo.

Annika se despidió y miró la hora. Se preguntó si tendría algún sentido acercarse ella misma al cementerio y finalmente decidió ir a echar un vistazo, aunque solo fuera por la curiosidad de constatar quién había tenido la consideración con la víctima de hacer un último esfuerzo y alargar su despedida.

El camposanto se encontraba a la salida del pueblo y aún se veía en la

lejanía la comitiva que se dirigía hacia allá, ya bastante más menguada. Los alcanzó manteniéndose a unos metros de distancia y siguió observando en silencio durante todo el proceso. El ataúd fue colocado en el lugar donde Lolo descansaría a partir de entonces y una vez que comenzaron los trabajos de albañilería, las señoras que aún quedaban se santiguaron y comenzaron a irse. Entonces reparó en una chica solitaria de quien no se había percatado hasta el momento. Tendría unos treinta y cinco años y era más bien bajita. El cabello rubio platino que llevaba cortado en una media melena ondeaba al viento mientras ella parecía totalmente abstraída de lo que ocurría a su alrededor, mirando fijamente el lugar donde había sido emplazado el féretro. Su semblante reflejaba la tristeza que sentía. Intuyó que debía de haber conocido bien a la víctima, y se preguntó quién sería. ¿Tal vez otra «amiga» como Jara? Decidió averiguarlo y siguió vigilándola con atención a una distancia prudente. La labor de sellado finalizó y también los operarios se retiraron. Entonces, la chica se secó una lágrima y miró a su alrededor con extrañeza, como si no se hubiera percatado hasta entonces de cuanto la rodeaba. Al comprobar que la mayoría ya se había marchado, pareció decidir que era el momento de retirarse ella también y comenzó a caminar siguiendo al resto de mujeres que se alejaban en dirección al pueblo. No parecía conocer a nadie, lo que atrajo aún más la atención de Annika. Se acercó a ella.

—La acompaño en el sentimiento.

La mujer la miró sorprendida y musitó un parco «gracias».

—¿Conocía mucho a Lolo? —inquirió un momento después.

—Bastante, sí —contestó.

—¿No es usted del pueblo, verdad?

Por un momento pareció que iba a indicarle que se metiera en sus asuntos, pero finalmente no lo hizo.

—He venido desde Tarragona —confesó con un deje de amargura en la voz—. Lolo y yo fuimos novios mucho tiempo. Me parecía lo mínimo que podía hacer.

* * *

Si había algo de Annika que desesperaba a Bruno, era que cuando se metía en su papel de policía se olvidaba del mundo exterior. Y eso le incluía a él. Daban ya las ocho y aún no le había llamado. Tenía que reconocer que había

disfrutado de la tarde, pues aunque Alma no se mostró muy receptiva a salir de casa de doña Paquita, había accedido a cumplir su parte del trato y ahora veía que la caminata le había hecho mucho bien. Habían ido primero hasta Badajoz a recoger a la niña, que estaba muy habladora e hizo migas rápidamente con Alma. Se había quedado prendada de su brillante pelo rojo que no hacía más que acariciar, mientras ella sonreía y le componía a su vez sus suaves rizos castaños en extraños peinados que hacían las delicias de la pequeña. Después, ya en Mérida, ambas habían escuchado con atención las historias que Bruno les iba contando sobre los restos romanos que se encontraron a lo largo del paseo. Recorrieron parte de los dos acueductos que atravesaban la ciudad y se introdujeron en el centro histórico hasta llegar al arco de Trajano, en el que los tres se tomaron varias fotografías.

Había descubierto a una Alma hasta entonces desconocida para él, tierna y afectuosa con Celia y sonriendo e ilusionándose al pedirle que las retratara delante de algún monumento. Por primera vez desde que la conociera se había despojado de esa capa de seriedad y la había visto como la chica de diecinueve años que realmente era. Pero Celia ya estaba cansada, y Alma comenzaba también a impacientarse por regresar junto a doña Paquita.

—Voy a llamar a Anni otra vez. Si aún no ha acabado, te acerco yo al pueblo —le prometió.

Annika se dio cuenta de que su teléfono estaba vibrando.

—Mierda —masculló al caer en la cuenta de que no había avisado a Bruno—. Disculpe, tengo que cogerlo —le dijo a Lluisa—. Será un momento.

—Bruno, perdona, se me han complicado las cosas —era consciente de que esa frase comenzaba a sonar ya algo manida—. No, no, estoy terminando, de verdad que sí. Si me recogéis en la puerta de la comisaría en diez minutos, voy con vosotros al pueblo.

—Un día largo, ¿no? —le dijo la mujer con empatía al verla colgar.

—Mi chico no me lo va a perdonar fácilmente —sonrió con una mueca.

—De todas formas, poco más le puedo contar sobre Lolo. Quizá si en los últimos meses no hubiéramos perdido tanto el contacto podría saber algo más —lamentó.

Cuando Annika supo de su relación con la víctima quiso tomarle declaración en comisaría al día siguiente, pero Lluisa tomaba el avión de primera hora de la mañana hacia Barcelona. No podía dejar pasar la oportunidad, de modo que le pidió que la acompañara hasta las dependencias policiales.

El retrato que había esbozado de Lolo era más o menos el que ella misma se iba conformando. Un chico afable, que no caía mal a nadie, con sueños y ambiciones que un día había decidido perseguir apostándolo todo a través de un proyecto en el que se zambulló de lleno.

—Tiene razón. Y le agradezco el esfuerzo. Sé que no es fácil, menos aún después de lo que ha viajado para enfrentarse a esto. Vamos, le acompaño a la puerta —convino Annika, a quien por alguna razón Lluisa le generaba una simpatía especial. La franqueza con la que se expresó al hablar del noviazgo que había mantenido con la víctima y la tristeza que podía leer en sus ojos azul grisáceo le hicieron congeniar rápidamente con ella aún contra su voluntad, pues estaba investigando una muerte y sabía que debía adoptar una actitud neutral.

Al salir de la comisaría vieron a Bruno aparcando a pocos metros de la entrada. En cuanto Celia la divisó, abrió la portezuela y salió corriendo para echarse en brazos de su madre.

—¡Mi pequeña! —exclamó con una amplia sonrisa, alzándola mientras la niña reía regocijada. Vio a Bruno y Alma salir también del coche, y se preguntó divertida a qué se deberían los estrambóticos cardados que la niña y Alma lucían con orgullo. Sintió una punzada de aflicción por haberse perdido aquella tarde con los suyos.

—¡Mami, esta mañana he ido a la piscina! ¡Y después de turismo! ¡Y de peluquería! —gritó con alborozo, relatándole atropelladamente su día.

—Vaya, ¿aún está abierta la piscina? —se sorprendió.

—La de Marcos y Ana —puntualizó Bruno, que ya había bajado del coche y esperaba junto a Alma su turno para ser saludado.

Marcos y Ana eran los nietos de Leonor, la vecina de su abuela Carmen, que se había hecho cargo de ella cuando su padre estuvo hospitalizado antes de morir. Desde entonces eran sus amigos favoritos, y no pasaba fin de semana sin que los viera.

—La verdad es que era un buen día para bañarse —admitió Lluisa haciéndole un guiño a la pequeña, que se lo devolvió con una risita.

Conversaron unos minutos más y Lluisa se despidió. Annika le agradeció de nuevo su colaboración y le deseó buen viaje de regreso.

—Bonito tatuaje —observó antes de ponerse en marcha dirigiéndose a Alma.

Alma asintió sin decir nada, acariciándose el trébol de cuatro hojas que la

acompañara desde su adolescencia en Bosnia, y que quedaba al descubierto con la camiseta de tirantes cruzados en la espalda. Ante personas desconocidas volvía a ser la misma chica circunspecta a la que Bruno estaba acostumbrado.

Lunes, 9 de septiembre

Por una vez, Bruno se levantó antes que Annika. Los primeros rayos de luz le sacaron de su letargo, y el recuerdo de todo lo que debía organizar para el viaje le impidió volver a conciliar el sueño. Imprimió los billetes, revisó la maleta, sacó al perro y para cuando sintió a Annika levantándose, estaba acabando de preparar el desayuno.

Esta se asomó por la puerta de la cocina, bostezando aparatosamente.

—Vaya, qué novedad —exclamó aún somnolienta al ver el despliegue sobre la mesa.

—Siéntate, las tostadas casi están. Y hay zumo de naranja recién exprimido —indicó señalando la jarra junto a ella.

—Tengo que sacar a *Wolf* primero —Annika lanzó un suspiro mirando al enorme labrador, que la saludaba con su mirada afable moviendo el rabo enérgicamente.

—Ya le he dado un buen paseo.

—Pero, bueno. Podría acostumbrarme a esto. ¿Qué es lo que tengo que perdonarte? —se mofó con expresión divertida.

En lugar de seguirle la broma, Bruno la miró taciturno.

—Pues ahora que lo dices, supongo que me siento algo culpable por dejarte sola toda la semana. ¿Crees que podrás con todo?

—Cariño, que tontería. ¿Acaso no vivía sola antes? Y me apañaba bastante bien.

Él la observó fijamente.

—Tienes entre manos ese caso en el que estás tan concentrada —hizo notar—. Y necesitarás sacar tiempo para llevar y recoger a Celia del colegio, para estar con ella, para cocinar, para pasear a *Wolf*...

—Vale, vale, lo he pillado —protestó Annika, que no había pensado en ello hasta ese momento y empezaba a agobiarse—. Sobreviviré —añadió, queriendo imprimir un tono de burla a su afirmación aunque no logró que sonara muy convincente. Había estado tan absorta con sus últimos descubrimientos que ni por un momento se había parado a pensar en cómo iba a organizarse cuando Bruno no estuviera.

—Pero hoy llevas tú a Celia, ¿no? —dijo con una mueca.

Bruno se echó a reír.

—Sí, hoy la llevo yo antes de salir para el pueblo a por mi madre.

—Vale —sonrió aliviada.

—Pero a cambio...

—¿Ves como sabía yo que esto era por algo? —se quejó.

—No, en serio, no lo es —rio él nuevamente—. Pero sí que estaba pensando que podrías contarme algo del atentado del Teatro Romano. En los medios las teorías conspiratorias con las que se especula son cada vez más extrañas. Me muero por saber si alguna tiene parte de verdad.

—Está bien —accedió Annika, en el fondo confortada por poder compartir sus dudas sobre lo que había ido averiguando. Aunque no lo reconociera abiertamente, Bruno solía aportarle una visión exterior muy útil, carente de las implicaciones emocionales que a menudo ella no podía evitar imprimirle.

Le contó todo lo que sabía, tanto del suceso en el Teatro como del asesinato en la terma, y cómo ella creía que ambos hechos estaban relacionados.

Bruno estaba fascinado por la revelación. Pero a medida que fue siendo consciente de la gravedad de lo que le contaba, esa fascinación se tradujo en un sentimiento de inquietud.

—Oye, eso significa que podemos estar hablando de un asesino en serie. Puede que intente repetirlo.

—Lo sé —admitió ella.

—Ahora me hace menos gracia marcharme —le dio un fuerte abrazo y la miró fijamente a los ojos—. Prométeme que tendrás mucho cuidado.

* * *

Cualquiera que hubiera visto a Víctor entrar a trabajar diría que era viernes en lugar de lunes. La sonrisa de la que Manel se había burlado el día anterior continuaba indeleble en su rostro. Había pensado mucho en ello y estaba seguro de que algo había cambiado tras acompañarla. Por fin habían dado un paso, y estaba decidido a que aquel fuera el primero de muchos. La forma en que ella devolvía sus miradas le transmitía el coraje necesario.

A medida que el momento de verla se acercaba comenzó a ponerse más nervioso, pero para su consuelo no se hizo esperar. A la hora acostumbrada divisó sus rubios mechones reflejando el luminoso sol a través del cristal, aún

antes de que cruzara la puerta. La saludó nada más entrar.

—Buenos días, chica misteriosa. ¿Un café doble? —dijo risueño.

Le miró frunciendo el ceño, aunque a él le pareció entrever en sus ojos una expresión divertida.

—¿Por qué me llamas así? —se quejó.

Víctor se sentía envalentonado tras el primer acercamiento.

—¿Cómo que por qué? Ni siquiera sé tu nombre.

—Tú tampoco me has dicho el tuyo —replicó rápida.

—No hace falta. Aquí lo repiten a todas horas.

Como para confirmar sus palabras, en ese momento alguien le pidió un café por su nombre y los dos se echaron a reír.

—Es verdad —tuvo que admitir.

—Pero sigues sin decírmelo. Da igual, te llamaré chica misteriosa. Me empiezo a acostumbrar.

Víctor le sirvió el café, inspiró hondo y se atrevió a intentar algo que llevaba queriendo hacer desde el primer día que la vio entrar en el bar.

—Oye, hoy no me ha dado tiempo ni a desayunar y justo ahora no hay mucho jaleo. ¿Te importa que me sienta a tomarme yo otro contigo?

—Vale —dijo por toda respuesta mientras se dirigía tímidamente a su mesa habitual con la bebida en la mano.

Cuando tres cuartos de hora después ella confesó que tenía que ir a trabajar y se marchó con una sonrisa, ya menos cohibida, Víctor se quedó sentado un rato más, abstraído en sus propios pensamientos. Estaba feliz. Por fin había comenzado a conocerla, por fin se había decidido a conversar con él, y así habían estado hasta que uno de los clientes habituales le llamó para pagarle la cuenta y ella pareció percatarse de la hora que era. Cuando el trabajo le obligó a retornar, se dirigió hacia la barra con una conclusión que había tardado en ver y aún le costaba reconocerse: estaba enamorado de la chica misteriosa. Como un quinceañero.

* * *

En comisaría el ambiente seguía enrarecido. Todo el mundo estaba nervioso, y el estrés de Daniel contribuía a acentuar la tensión. Annika aguardaba con impaciencia que llegaran las once y el responsable del proyecto de mecenazgo del que Lolo había formado parte se personara en las instalaciones. Vio

aparecer a Raúl y tuvo una idea mejor que quedarse esperando.

—¿Cómo va lo de las flechas? —indagó.

—Pues no sé, la verdad. Vengo de Cáceres de hablar con el presidente de la federación de tiro con arco.

—¿En Cáceres? —preguntó extrañada.

La ciudad de Cáceres distaba setenta kilómetros de allí.

—Sí, bueno, es donde tienen la sede, y era lo mejor para que me explicara cómo se organizan y todo eso. Una llamada de teléfono no es lo mismo —explicó.

—¿Y qué has sacado en claro?

—Pues, aparte de que parece bastante difícil apuntar con tanta precisión, no mucho más. Quien quiera que disparase debe llevar años entrenando, se necesita ser muy experto para plantearse siquiera acertar un blanco así.

—Pero eso acota mucho el círculo.

—Sí, eso es cierto. A menos que nos estemos enfrentando a un loco que no tuviera un objetivo concreto —ponderó.

Annika asintió ceñuda. No dejaba de ser una posibilidad, la más escalofriante de todas.

—No podemos descartar nada, pero sigamos adelante con la hipótesis del intento de asesinato del consejero —animó a continuar.

—Sí, es lo que estoy haciendo —le confirmó Raúl, algo extrañado. Tenía entendido que su compañera estaba fuera de ese caso. Se preguntó si se estaría metiendo de nuevo en un lío con el comisario, pero prefirió no saberlo. Después de todo, ella era una oficial y por tanto su superior en la escala jerárquica, así que se limitó a contarle lo que parecía tener interés en conocer—. Para practicar se necesita licencia, de modo que quien lo hizo debería tenerla en vigor, o al menos haberla poseído durante bastante tiempo. Con el listado de personas con licencia, y fijándonos en aquellos con más experiencia, sobre todo si han participado en campeonatos y cosas del género, es cierto que podemos acotar bastante la búsqueda. Al menos, es un camino a seguir —suspiró.

Annika caviló unos segundos y decidió confiar en su compañero.

—Y yo tengo una teoría que puede acotarla todavía más —se aventuró, aún insegura.

—¿Ah, sí? —A Raúl le picó la curiosidad. En la última operación que había trabajado con Annika, su disparatada teoría había resultado no solo ser

cierta, sino que gracias a ella habían conseguido desenmascarar una importante red de tráfico de personas instalada en España. Y también gracias a ella, ambos habían sido honrados con la cruz con distintivo blanco al mérito policial, condecoración otorgada por sobresalir en el cumplimiento del deber de la que Raúl estaba muy orgulloso.

Miró a su alrededor, donde el trajín de ir y venir era mucho mayor de lo normal.

—Aquí no. En la máquina de café —susurró indicando con la mirada el fondo del pasillo.

Raúl asintió sonriendo. Sabía que aquel era el lugar de encuentro para las intrigas de Annika, normalmente con Mati pues era su mayor aliado y alguien que nunca rechazaba una pausa con un café. Se dijo que a él tampoco le vendría mal uno y la acompañó hacia allí.

Tras revelar una vez más sus conjeturas, esta vez a Raúl, este silbó profundamente.

—Pues si la forense no está equivocada, podemos estar hablando del mismo asesino. Ya era mucha coincidencia que las dos cosas pasaran un día detrás del otro, pero esto ya es demasiado.

—Y yo no creo en las coincidencias —replicó categórica.

—Esos mecenas... a ver si va a haber alguno a quien le guste apuntar con el arco... —barruntó Raúl entrecerrando los ojos.

—Supuestamente tenía que venir esta mañana el responsable del proyecto —le informó Annika mirando su reloj para confirmar que ya había pasado la hora a la que le había citado.

—Esto me huele muy mal. ¿Crees que deberíamos detenerle?

—Vamos a darle un poco de tiempo, quizá solo se ha retrasado. Además, para eso necesitaríamos una orden del comisario —se lamentó—. Pero podemos ir adelantando algo. ¿Por qué no revisas las personas que tienen licencia en la zona?

—Está bien. ¿Me tenía que tocar a mí eso? —se quejó, pues detestaba las tareas administrativas.

—Recuerda que oficialmente estoy fuera de ese caso —le señaló—. Pero mientras, yo me haré con la lista de personas que financian el proyecto Mecenas. Y después lo contrastaremos.

—De acuerdo —accedió Raúl algo más conforme, aunque aún desanimado por el trabajo que se le avecinaba.

—Muy bien, pues ¡manos a la obra!

* * *

Eran casi las diez de la noche. Manel le había asegurado a Víctor que se encargaría de cerrar el bar, una especie de compensación por los días libres que aún le debía, y estaba a punto de irse cuando ocurrió algo imprevisto. La chica misteriosa apareció de nuevo. Cruzó la puerta del bar rauda como una flecha mirándole tan solo de reojo y se dirigió al aseo, donde se encerró.

Víctor se quedó boquiabierto contemplando la puerta atrancada. Eso sí que no se lo esperaba. La única certeza que tenía con respecto a ella era su rutina. Solo aparecía por las mañanas, cada día de lunes a viernes, y a la misma hora.

Varios minutos se sucedieron y ella no salía, pero si algo tenía claro era que no se iba a ir dejándola allí, sin saber qué era lo que la había traído de nuevo al bar. Una mujer que esperaba su turno comenzó a impacientarse y mascullar a la vez que aporreaba la puerta. Nada. No había respuesta.

—¿Qué está ocurriendo? —las protestas de la señora llamaron la atención de Manel, que se dispuso a salir de la barra para averiguarlo.

—Yo me encargo —reaccionó adelantándose.

Llamó con suavidad a la puerta.

—Soy Víctor, ¿te ocurre algo? —susurró—. Oye, sé que estás ahí —insistió tras confirmar que nadie contestaba—. No puedes seguir encerrada, hay gente que quiere utilizar el baño. Dime si está todo bien.

Entonces ella entreabrió una ranura, lo suficiente para otear a su alrededor. Después le miró a los ojos y pareció tomar una decisión.

—Pasa —le apremió tomándole del brazo y abriendo un poco más para que se escurriera hacia el interior.

Él se dejó llevar.

—Pero, bueno, esto es increíble. ¡Qué vergüenza! —exclamó la mujer con indignación, interpretando erróneamente la escena y optando por ir a buscar otro establecimiento, a la vez que lanzaba una mirada iracunda a Manel, que contemplaba perplejo lo sucedido.

Víctor sintió cómo le flaqueaban las piernas.

El agua del grifo corría incesante mientras Sabina trataba de limpiar el lavabo teñido de rojo con una mano y con la otra presionaba una pieza de tela sobre el vientre, de donde no dejaba de manar la sangre. Se fijó en que tenía el pómulo izquierdo inflamado y un hematoma comenzaba a formarsele junto a la

mandíbula.

—¿Qué ha pasado? —inquirió alarmado aún sin poder calibrar la gravedad de lo que estaba viendo.

—No es nada —replicó ella tratando de restarle importancia y manteniendo fríamente el control de la situación—. Pero no puedo salir de aquí. Me persiguen. Tienes que ayudarme.

* * *

Bruno y su madre se encontraban ya en el aeropuerto de Barajas. Habían llegado con mucha antelación, pero Carla quería ser precavida. Aquello era demasiado importante como para jugársela por un poco de tiempo, y era de las que pensaban que los imprevistos siempre pueden salvarse con la suficiente planificación. Una vez que facturaron el equipaje, se dirigieron a una cafetería.

—Tráeme una tila —pidió ella en un intento de mantener a raya el nerviosismo. Llevaba todo el día presa de él, pero el momento se acercaba y empezaban a entrarle sudores de pensar en subir a aquel avión.

—Vamos, tranquilízate —trató de calmarla Bruno al regresar con sendas infusiones—. Ya verás que es una tontería. Es como sentarte en una silla poco cómoda y esperar a que pasen un par de horas. No tiene mucho más secreto.

—Sí, en una silla que sube y baja —puntualizó ella, poco convencida.

—En todo caso no te enterarás de nada. La farmacéutica te aseguró que esa pastilla era infalible, ¿no? Ya veremos si no soy capaz de despertarte y tengo que llevarte a cuestras por Nápoles, junto con las maletas.

—Qué gracioso eres, hijo —replicó molesta Carla—. A estas alturas no estoy para bromas.

—Alturas las que alcanzaremos con el... —ante la mirada de hostilidad que le lanzó su madre, decidió dejar el chiste para otro momento y cambió de tema con la esperanza de aliviar la tensión.

—Bueno, cuéntame algo de Nápoles. Me prometiste que me enseñarías los sitios donde creciste. ¿De verdad crees que nos dará tiempo?

—Espero que sí —el semblante de Carla se iluminó al recordar su ciudad natal, y pareció relegar momentáneamente sus miedos—. Nápoles es una ciudad preciosa. La más bonita del mundo, diría yo —subrayó a la vez que comenzaba a describirle algunas de las maravillas que tendrían ocasión de contemplar.

Bruno escuchaba complacido. A medida que su madre hablaba le iba infundiendo más ganas de conocer la ciudad. La única vez que había pisado Italia desde que emigraran siendo muy pequeño, fue el año que cursó sus estudios universitarios con una beca Erasmus. Le habían asignado una plaza en la universidad de Perugia, una pequeña ciudad en el centro del país, y aunque había realizado algunos viajes para conocer los lugares más emblemáticos de Italia, la ocasión de llegar hasta Nápoles nunca había surgido. La distancia y las malas combinaciones hicieron que ninguno de sus amigos se planteara una excursión hasta allí, y a él tampoco le había embargado ninguna curiosidad especial. Le bastaba con conocer su país de origen y practicar su idioma de nacimiento, que en España solo hablaba con su madre. Las fiestas universitarias y la vida Erasmus habían copado el resto de su tiempo. Ahora, al contagiarse del entusiasmo de Carla, se arrepintió de no haberlo hecho.

—Entonces, ¿por qué nunca hemos vuelto? —su pasado en aquel país era algo de lo que nunca hablaban y de repente le apeteció saber más.

Ella se interrumpió bruscamente como si algo la hubiera descolocado, y su semblante mudó la expresión de entusiasmo por otra mucho más oscura en cuestión de segundos. Al fijar sus ojos en los de ella, Bruno detectó un fondo de tristeza que no comprendió.

Tras un momento, su madre suspiró profundamente y reanudó con esfuerzo la conversación en un tono diferente.

—La zona donde vivíamos era tranquila cuando yo era una niña, pero a medida que fui creciendo, la Camorra se fue adueñando de ella. Fue algo que sucedió poco a poco, casi sin que nos diéramos cuenta, como una sombra que se iba alargando de forma inapreciable. Primero empezaron a controlar a los proveedores de los comercios del barrio, después llegaron los camellos, que se instalaron en las plazas, y, sin percatarnos, nuestras vidas fueron dirigiéndose a un destino común: el trazado por la mafia *napoletana*. Quien se salía de los parámetros no solía acabar muy bien. Las sirenas de los *carabinieri*, los vecinos corriendo despavoridos y los rumores de un ajuste de cuentas aquí o allá comenzaron a ser la tónica habitual.

»La gente empezó a irse de allí —continuó con tono amargo—. Dejó de ser un buen lugar donde criar a los hijos. Lo sabes cuando cada vez más gente emigra a tu alrededor y nadie pregunta por qué. Simplemente, les felicitan. Cuando aún era una cría no entendía a qué venía la felicitación, porque yo me

entristecía cada vez que alguna familia conocida se marchaba, o que perdía a una amiga. Un día le pregunté a mi padre el motivo. ¿Sabes qué me dijo?

Negó con la cabeza.

—Que a veces la mayor valentía reside en tener las agallas de escapar.

Bruno recordó la imagen del abuelo que su madre tenía enmarcada en el salón. Se le veía muy serio en la foto, sentado en una silla con aire de rectitud y portando el bigotito típico de las películas italianas de la época. Se dijo que debió de ser un hombre sabio, y lamentó no haber llegado a conocerle.

—Tú sí tuviste las agallas —apuntó un Bruno taciturno, que aún no sabía cómo encajar lo que su madre le estaba contando.

—No te creas, hijo —ahora le miró de forma muy solemne—. Cuando no hay alternativa, no es una cuestión de valentía. Sino de supervivencia.

Ambos callaron durante un momento. Bruno quería que su madre siguiera hablando, pero por alguna razón no se atrevió a romper el silencio. La miró a los ojos y vio que estaba abstraída. Parecía estar mirando algún punto lejano, y su semblante reflejaba tensión. Se diría que estaba librando una lucha interna.

—Creo que es hora de que te cuente algo —dijo al fin.

—¿Qué pasa, mamá? —no pudo evitar un tono de inquietud en su voz.

Ella exhaló lentamente y le tomó la mano, sosteniéndola con fuerza entre las suyas.

—Nunca he tenido la certeza, porque la certeza no existía allí. Pero siempre he creído que tu padre no murió de forma casual en aquel accidente de tráfico. A tu padre lo mataron. Por eso huimos de allí.

* * *

Víctor no se atrevía a moverse. Se había quedado dormida apoyada en él, que en algún momento de la noche había pasado el brazo tras su espalda y descansaba ahora en el hombro de ella. Observó sus bellas facciones y al comprobar la evolución de los hematomas en su rostro le embargó un sentimiento de ira y notó cómo le hervía la sangre en las venas. ¿Quién se habría atrevido a hacerle algo así? Trató de alejar esa sensación y la miró con ternura. Su piel fina e increíblemente blanca se veía al fin relajada. Parecía haberse calmado tras la tensión del día anterior y daba la impresión de estar durmiendo plácidamente. Sus delgados labios aparecían entreabiertos en un

gesto sosegado, aunque al contemplarla advirtió que en su frente aún perduraba alguna arruga de preocupación. Entonces vio cómo sus alargadas pestañas aleteaban de repente y sus párpados temblaron de forma involuntaria. Sintió un deseo irrefrenable de ceñirla entre sus brazos, y con una delicadeza infinita, como si su princesa de ensueño pudiera desvanecerse de repente por obra de encantamiento, le acarició lentamente el corto y revuelto cabello hasta que el temblor desapareció y los surcos de la frente se distendieron.

Estaban tumbados en el sofá de su casa. La noche anterior, tras desinfectar y cubrir la herida de su vientre en el aseo del bar y limpiar como había podido aquello para que Manel no se alarmara, la había llevado a su casa. Llamó a un taxi que les condujo hasta su puerta, pues ella insistía desesperada en que no podían ir andando, que la iban a encontrar. Quién, eso no lo sabía. Ni se lo había dicho, ni él había osado insistir. Su relación era aún demasiado frágil y tenía miedo de que el vínculo que les unía pudiera quebrarse y perderla. Además, se la veía tan asustada, tan vulnerable. Solo sabía que alguien quería hacerle daño, y que él deseaba protegerla.

Por suerte la herida del vientre, probablemente ocasionada con un arma blanca, había sido más aparatosa que profunda. La sangre lo hacía todo más dramático, pero era un corte limpio. Había querido que fueran al hospital, pero ella se negó rotundamente. De modo que había encargado unas pizzas por teléfono y, una vez que ella se tranquilizó, las habían devorado para quedarse en el sofá abatidos por el cansancio. Con los ánimos algo más apaciguados tras saciar el estómago, habían continuado conociéndose, dejando a un lado el suceso. Él le había hablado del bar, de su mundo, de sus aspiraciones y sueños, y ella le había escuchado con atención. Ella también había tenido sueños, le había confesado con su marcado acento extranjero. «¿Ya no los tienes?», había contestado él extrañado. «Antes sí, antes tenía muchos», fue todo lo que replicó enigmáticamente su chica misteriosa.

Entonces pensó que había sido él quien más había hablado de sí mismo, pues de ella seguía sin saber siquiera su nombre. Pero no le importó. Ella descansaba en sus brazos, y por el momento eso era mucho más de lo que se habría atrevido a imaginar un par de días antes. Poco a poco el agotamiento le venció también a él. Se quedó dormido, aunque permaneció a su lado también en sueños. Algo después, no sabría decir si horas o minutos, sintió movimiento a su lado y abrió los ojos. Ella trataba de incorporarse, liberándose de su abrazo con suavidad. Una débil luz comenzaba a colarse por la persiana

semicerrada. Estaba amaneciendo.

—Buenos días —murmuró somnoliento—. Es temprano —salvo un cambio de turno que le obligara a acudir antes al bar o algún otro evento extraordinario, Víctor nunca se levantaba antes del mediodía.

—Sí, es verdad —contestó ella desperezándose para reclinarsse de nuevo en el sofá. Desde esa posición buscó sus ojos con la mirada—. Gracias —musitó cohibida. La timidez que parecía haber disminuido en las horas anteriores pareció volver a adueñarse de ella, y Víctor temió que retornara la chica introvertida y huidiza.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—Por no hacer preguntas.

No sería por falta de ganas, se dijo. Pero ya sabía que con ella esa táctica no funcionaba.

—Quiero saber qué sucedió ayer, pero quiero que me lo cuentes tú cuando confíes en mí.

—Confío en ti —dijo volviendo a acercarse a él para acurrucarse a su lado—. Hace mucho que no confiaba en nadie así. No se trata de eso.

De momento, a Víctor le valía. Asintió con una sonrisa, que ella le devolvió. La abrazó, cerró los ojos y se quedó plácidamente dormido de nuevo.

Cuando volvió a despertar el sol ya brillaba con fuerza. Las diez, constató en el reloj del móvil. Miró desconcertado a su alrededor pero ella no estaba. Una mezcla de alarma y decepción le embargó. Se puso en pie espabilándose de inmediato, y entonces la vio asomar desde la puerta de la cocina.

—Hola —le saludó con su suave voz.

—Qué susto, no te veía.

—No hay mucho sitio donde esconderse en este piso —bromeó.

En eso tenía razón, coincidió Víctor. Con sus veintidós años, hacía solo unos meses que se había independizado de sus padres, y aquello era lo único asequible que había encontrado. Un salón que hacía las veces de dormitorio, una pequeña cocina y un baño, todo distribuido en poco más de treinta y cinco metros cuadrados. Pero era «su» casa, su primera casa, y se sentía orgulloso de ella. Aunque caminara media hora diaria para llegar al trabajo, aunque la mitad de las veces fallara la caldera, o tuviera que subir tres pisos sin ascensor. Nada de eso importaba demasiado.

—¿Tú no comes nunca? —preguntó con ironía contemplando los desiertos

estantes de la nevera, abierta de par en par.

—Oh, vaya, ¿tienes hambre? —Víctor hacía vida en el bar. Desayunaba, comía, y a menudo incluso cenaba allí, así que normalmente su frigorífico no tenía mucho que ofrecer—. No te preocupes, bajo en un momento a por algo. Aprovecha para elegir desayuno, que esto no se ve todos los días —aseguró risueño, ya totalmente despierto y con un desacostumbrado buen humor para aquellas horas del día.

Regresó a los pocos minutos con napolitanas recién hechas y un litro de leche, y la halló hojeando un libro de su pequeña biblioteca.

—No puedo creer que tengas a Ivo Andric —le espetó nada más entrar, acariciando la cubierta de la novela que había encontrado.

—¿Por qué no? Es un escritor fantástico y fue Premio Nobel de Literatura. ¿Lo conoces? —preguntó complacido. Ni siquiera muchos de los compañeros que habían cursado Humanidades con él lo habían leído.

—¿Bromeas? Estudié su obra desde pequeña. Es nuestro autor más célebre, y también mi favorito.

Víctor se quedó pensativo un momento, asumiendo lo que ella acababa de revelarle sin darse cuenta.

—Vaya, así que eres bosnia. Bien, ya sé algo más de ti. Esto me gusta.

Ella pareció incómoda al sentirse descubierta.

—Quédatelo si quieres —le dijo para aligerar la tensión—. Y venga, a comer, que se nos enfrían las napolitanas.

—Sí, me gustaría leerlo en español —reconoció tras un momento de silencio, dando el tema por concluido y levantándose para ayudarle a colocar lo necesario para el desayuno.

Tras saciar el estómago les tocó enfrentarse a algo que habían estado evitando desde la noche anterior.

—Entro a trabajar a la una —anunció Víctor.

Ella asintió con gesto preocupado.

—No puedo volver a la casa donde trabajo. Ellos saben dónde es. Me estarán esperando.

—Oye, no sé qué es lo que pasa, pero puedes quedarte el tiempo que necesites. A mí no me importa —mintió, pues lo cierto era que deseaba fervientemente que lo hiciera.

—Al menos hoy —admitió con expresión agradecida tras dudar un instante. Ahora fue él quien asintió, aliviado. No quería perder la oportunidad de

seguir conociéndola.

—Deberíamos curarte esa herida de nuevo —recordó después.

—Sí, es verdad —se alzó la camiseta dejando al descubierto el magro vientre y observó con gesto ceñudo la venda que lo cubría—. ¿Puedo darme una ducha antes?

—Claro —se levantó para buscar una toalla limpia que prestarle.

A los pocos minutos ella salía del baño, aún envuelta en la toalla que Víctor le había proporcionado.

—¿No tendrás también una camisa para mí? —pidió apocada—. La mía está manchada de sangre, la lavaré ahora mismo.

—No tengo nada de tu talla, pero supongo que esto podrá valer —anunció tras rebuscar entre sus ropas, ofreciéndole una camiseta sin estrenar de las muchas con las que solían obsequiarle las distribuidoras de las marcas de alcohol y que abarrotaban su armario.

Ella la atrapó al vuelo y se volvió para regresar al cuarto de baño.

—Bonito tatuaje, chica misteriosa —Víctor sonrió al advertir el delicado trébol de cuatro hojas que le adornaba el hombro izquierdo, marcado con cuatro letras mayúsculas primorosamente bordadas en cada uno de sus pétalos.

—Yo lo odio —replicó ella con mirada sombría antes de cerrar la puerta—. Y, por cierto. Me llamo Sabina.

* * *

Annika se sentía más confortada sabiendo que ya no estaba sola en la investigación. Aunque le daba pena que hubieran retirado a Mati del caso para encargarle aquella misión inquisitorial sobre los manifestantes, trabajar con Raúl también era muy satisfactorio. Desde que coincidieran juntos en un caso a raíz de que él estaba investigando las posibles redes de tráfico de medicamentos falsos que operaban en la región, ambos habían descubierto su mutua afinidad. A veces sentía que era el único en la comisaría con quien hablaba el mismo idioma, el único cuyo motor para dirigirse cada mañana a la comisaría era el de luchar contra las injusticias que se cometían, casi siempre, contra los más vulnerables.

Vio cómo se acercaba a su mesa y le miró expectante.

—Acabé —en su cara se reflejaba una sonrisa de satisfacción.

—¿Ya? Vaya, qué eficacia —le alabó animada.

—Bueno, no era tan difícil —hizo un ademán con la mano en señal de modestia.

—¿Y bien?

—Aquí está —dijo alzando la carpeta que portaba—. Realmente no son tantas las personas con licencia en la región. Suponiendo que la tengan renovada, claro. Si el agresor no la cursó para este año, no aparecerá aquí.

—Eso es cierto. Está bien, pues centrémonos primero en quienes tienen permiso actualizado, e iremos ampliando la búsqueda a partir de ahí. ¿Te parece?

—Lo más simple suele ser lo correcto —asintió Raúl—. No es siempre así, pero empecemos por algo.

—Yo estoy tardando un poco más —se lamentó Annika—. He realizado varias llamadas pero me han enviado de un sitio a otro, ya sabes cómo funciona esto a veces... —al recordarlo su tono dejó traslucir la exasperación que sentía ante esas situaciones—, pero parece que finalmente me lo mandarán desde el Consorcio de la Ciudad Monumental.

Justo entonces se percató de que algo estaba entrando por el fax y se le iluminó la expresión.

—¡Igual es eso! —exclamó.

Raúl alcanzó el fax en dos zancadas y levantó el primero de los folios que acababa de imprimirse.

—Sí, es esto —confirmó con una complacencia relativa—. Pero ¿por qué no nos lo mandan en formato electrónico? Deberíamos intentar que nos lo envíen por *e-mail*, de lo contrario tendremos que comprobarlos uno a uno.

—No serán tantos —Annika sabía cuánto detestaba Raúl el tedioso papeleo, pues con su formación en la Brigada de Investigación Tecnológica estaba más acostumbrado al trabajo informático, en el que se sentía como pez en el agua. Pero ella se sentía demasiado impaciente como para esperar. Le arrebató sin sutileza alguna aquel folio mientras el resto seguía procesándose en el aparato y se sentó en su mesa para comenzar a contrastarlo con el informe que él acababa de terminar. Raúl se encogió de hombros y volvió a su asiento.

Una hora después, tras comenzar a revisar los datos y contemplar con frustración cómo la máquina no paró de imprimir hasta reunir un buen taco de folios, levantó la mirada de la mesa y se frotó los ojos, que comenzaban a escocerle. Aparte de las empresas y comercios que colaboraban con el

proyecto, había cerca de mil doscientas personas asociadas, y por el momento no había encontrado ninguna coincidencia. Consultó el reloj en la pantalla del ordenador. Eran casi las dos y el estómago comenzaba a rugirle. Justo en ese momento vio a Sonia acercarse.

—¿Te vienes a almorzar?

Annika dudó un momento.

—Por mucho que se caiga el mundo, tendremos que comer algo si queremos levantarlo, ¿no te parece? —sugirió al verla vacilar.

—No es eso. Bueno, también —admitió ella—. Pero es que Bruno no está, y tengo que encargarme de sacar al perro y de ir a por la niña al colegio.

—Vamos a la bocatería de aquí al lado a pedir algo rápido, con toda la que hay montada nadie puede entretenerse hoy. Te dará tiempo a hacerlo todo a la vuelta. Además, Celia no sale hasta las tres, ¿no?

Annika asintió y se levantó decidida. Necesitaba despejarse. Recordó los tiempos en que siempre se iba a casa a comer sola, hasta que gracias al caso de una chica a quien el maltrato de su pareja había llevado a aislarse socialmente, descubrió la importancia de confraternizar con sus compañeros de trabajo. Al permitirse conocerlos, había descubierto a grandes personas, y los celos anteriores se habían transformado en un fuerte compañerismo que les unía y les hacía más fácil afrontar el día a día. Además, les daba la posibilidad de desahogarse de algunos abusos que tenían que aguantar. Aquel era uno de esos días en que lo necesitaban.

—Está insoportable —bufó Raúl nada más sentarse a la mesa.

—¿Quién? —preguntó despistada.

—¿Cómo que quién? ¿Es que no le has visto? Pues el comisario, quién va a ser.

—Y yo que pensaba que ahora la había tomado conmigo. Confieso que me consuela no ser el único —señaló con sorna Mati.

—Está en el punto de mira con lo del teatro, es normal —intentó suavizar Sonia.

—¿En el punto de mira? Pero si lleva meses así. Desde que le dejó la mujer se le ha acabado de agriar el carácter. Podía haber intentado enmendarse después de aquel ultimátum que le dio en vez de encerrarse aún más en el trabajo. Ya sí que no sabe hacer otra cosa.

—Al menos antes guardaba las formas. Ya ni en eso se esfuerza, insultándonos a grito pelado cada vez que algo no le cuadra —recordó con

enojo otro compañero.

—Sí, es cierto. Qué ingenuos éramos al suponer que si ella cumplía su amenaza, tendría que necesitar algo de tiempo y nos procuraría un margen para nuestras propias vidas. Me pregunto cómo sobrevive —consideró Annika recordando la que le esperaba esa semana en casa.

—Contratando a alguien para que le haga las cosas, está claro —Raúl fue mucho más mordaz—. La única diferencia es que ahora se ha quedado sin esclava y tiene que pagar por ello. Pero por quinientos euros puede tener a una mujer que lave, planche, cocine... y todo sigue igual.

—Pues es un estúpido —Sonia tampoco se mordió la lengua—. No va a encontrar a nadie como su mujer, qué santa. Y no solo por plancharle las corbatas a este tirano. Esa mujer se entregó a él y no recibió nada a cambio. Yo creo que lo sabe, y por eso está amargado. Y nosotros, a pagar el pato.

—Me alegro de que haya sido capaz de rehacer su vida —añadió ahora Mati enfriando los ánimos, en referencia al cotilleo que había recorrido la comisaría en las últimas semanas, desde que una compañera tropezó en un centro comercial con la exmujer del comisario de la mano de otro hombre y con una incipiente barriga muestra de un más que presumible embarazo.

Todos asintieron, ya más relajados, y la conversación fue derivando en otros temas laborales durante los pocos minutos que emplearon en devorar los bocadillos. Nada más acabar regresaron disciplinadamente a sus puestos. Daniel tenía suerte, pensó Annika. A pesar de su mal talante y su incapacidad para dirigir un equipo, contaba con gente que creía tanto en lo que hacía que nunca perdía la motivación para trabajar. Al contrario, se crecían en las dificultades. Y el enemigo común en que podía convertirse a veces su jefe paradójicamente les unía más como equipo.

Al llegar a la comisaría tomó el coche y se dispuso a afrontar sus tareas personales. Mientras iba conduciendo de camino al colegio tratando de organizarse mentalmente, no pudo evitar recordar a su querida amiga Violeta y se limpió unas lágrimas que hacía tiempo no derramaba. Violeta era la madre biológica de Celia, fallecida en un terrible accidente de tráfico dos años atrás, y que había sido como una hermana para ella. Tanto que esta había insistido en que fuera Annika quien se hiciera cargo de su hija cuando ella ya no estuviera, lo cual había aceptado sin titubeos, cambiando su vida para siempre. Su amiga había sido una alta directiva de una empresa de cosméticos que combinaba su éxito profesional con el cuidado de su casa. Su mente viajó al pasado no tan lejano en

que ella regañaba a Violeta por no obligar al padre de la niña a hacerse responsable de su parte de tareas domésticas. Lo que antes había sido objeto de las únicas desavenencias entre ellas, la devoción con que su amiga se encargaba de todo, ahora le parecía increíble. Reconoció que ella jamás sería capaz de hacerlo. Si Bruno no se encargara de tanto como ella —de más en realidad, admitió, pues al trabajar desde casa asumía la mayoría de tareas del hogar— no podría con ello. Pero al menos esa semana tenía que lograrlo. Tras darle algunas vueltas, tomó una decisión y conectó el manos libres del teléfono.

—¿Lourdes?

—Hola, Annika, cuánto tiempo sin saber de ti. No me digas que tienes tiempo para un café —la voz al otro lado sonó risueña.

—En realidad, lo contrario, me temo —contestó algo apurada—. Quería saber si podrías ocuparte esta tarde de Celia por un par de horas. Bruno se ha ido de viaje y yo tengo que quedarme en comisaría.

—No me extraña, con la que hay liada con lo de ese político... —contestó comprensiva—. Pues has tenido suerte, hoy no tengo clase hasta las ocho. Tráela cuando quieras.

Annika suspiró aliviada. Lourdes era profesora de baile, y una gran persona. Congenió con ella desde que la conoció en la investigación de un caso que le ayudó a resolver, y con el tiempo habían trabado una buena amistad.

Tras recoger a Celia y dar un breve paseo con ella y el perro, volvieron al coche y la llevó a casa de su amiga, quien le prometió a la pequeña que le enseñaría unos pasos de *break dance*, algo que parecía estar muy de moda en su colegio, así que se quedó allí entusiasmada y ella se tranquilizó ante la idea de tener la tarde organizada. Lo demás ya lo iría viendo cuando llegara el momento.

De regreso a la comisaría sintió una punzada de culpabilidad. Por más que había tratado de darse prisa había perdido más de una hora, y el tiempo era crucial en un caso como aquel. Intentó desechar aquella sensación y se dirigió a su mesa dispuesta a retomar su trabajo, pero tras ver la expresión de Raúl supo que había novedades.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se acercaba y observaba dispersos por la mesa de su compañero los documentos que ella había comenzado a contrastar unas horas antes. Al parecer la había relevado en aquella pesada tarea y ya tenía resultados.

—Cuatro personas —exclamó nada más verla.

Ella le miró emocionada.

—¿Cuatro? ¿Quiénes?

—Un par de jóvenes en torno a la treintena, un hombre de cuarenta y siete años, y alguien más que te dejó adivinar. Alguien que ya conoces, y con quien voy teniendo más ganas de hablar —sonrió enigmático.

Annika pensó durante un par de segundos y de repente sus ojos se abrieron de forma desmedida al caer en la cuenta.

—¿No será...?

—El mismo. Pascual Román, el responsable del proyecto Mecenaz, y avezado veterano del tiro con arco. Igual ahora sí es momento de hacerle la visita que nos debe.

* * *

Bruno se sentía mareado por la revelación que su madre acababa de hacerle.

—No lo entiendo... —fue todo lo que acertó a decir—. ¿Por qué nunca me hablaste de ello?

—Eras un niño, Bruno, no podía hablarte de algo tan terrible, de mis propios miedos... ni alimentar los tuyos. Después el tiempo fue pasando, todo pareció un lejano recuerdo de otra vida, y ya consideré que no tenía sentido hacerlo.

Bruno había perdido a su padre cuando solo contaba con tres años de edad. Los recuerdos que le quedaban de él eran muy vagos, confundidos con las fotos que su madre atesoraba y con las historias que esporádicamente, a lo largo de los años, le había relatado. Aun así, la imagen que se había conformado de él era totalmente opuesta a la que ahora se le presentaba. Un hombre amable, divertido y entusiasta, con una gran capacidad de ser feliz y de hacer sentir bien a toda la gente a su alrededor. No un oscuro miembro de una de las redes de crimen organizado más temidas en el mundo entero.

—Pero... ¿mi padre tenía algo que ver con la mafia? —preguntó, no muy seguro de querer conocer la respuesta.

—No, no. Bueno, o al menos eso creo. Durante muchos años estuve convencida de que jamás tuvo relación con ellos. Pero en algún momento hasta de eso he dudado. Supongo que el tiempo nos hace cuestionar incluso nuestras convicciones más firmes. O quizá sea que nos abra los ojos a partes

de la misma realidad que conseguimos ignorar a fuerza de empeñarnos, aunque no eternamente. Nunca lo sabré. Y tú tampoco, hijo, de modo que no cometas el mismo error que yo y no te atormentes tratando de entender nada.

—Entonces, ¿por qué crees que lo mataron? —Bruno se negaba a olvidar el asunto tan fácilmente.

—En un barrio regido por la mafia aprendes que nada sucede por casualidad. Puede ser un aviso, puede que estés en el lugar que no debas o hayas visto lo que nunca debiste ver, o puede que simplemente, seas tú el señalado. Pero me torturé a mí misma pensando durante mucho tiempo, y creo que fue lo primero. El hermano de tu padre, Giacomo, tenía un comercio de comestibles. Y allí era raro que un comerciante no estuviera implicado de una forma u otra. Era algo irremediable. Te visitaban y te explicaban cuáles eran las condiciones. Quiénes tenían que suministrarte los productos, cuánto tenías que pagar. Quizá tu tío se metió más de la cuenta en el negocio, en algún momento las cosas se torcieron y esa fue la forma de advertirle que volviera al camino marcado. Las amenazas consumadas a través de los seres queridos eran el pan nuestro de cada día. Pero son solo conjeturas mías, no me hagas mucho caso.

Por una vez, Bruno se había quedado sin palabras. Su rostro demudado reflejaba toda la confusión que reinaba en su interior, incapaz por el momento de reorganizar los pilares sobre los que había construido gran parte de su identidad.

Su madre intuyó lo que estaba sintiendo y trató de confortarle.

—Quizá este no era el mejor momento para contártelo —reconoció confusa—. Pensé que hubiera sido injusto viajar allí y ocultarte parte de la historia, disfrazando el pasado. Si ibas a conocer nuestros orígenes, tenías derecho a la verdad completa, incluido su lado más oscuro. Pero has de saber que también hay cosas maravillosas. Te mostraré la esencia de Nápoles, su grandeza, la razón por la que cualquier napolitano siente el latido de la ciudad con el suyo propio. Pese a todo, te aseguro que puedes estar orgulloso de ser de dónde eres —aseveró Carla, ahora con una punzada de vanidad—. Pero, vamos, queda poco para que abran la puerta de embarque y yo me voy a tomar ya la pastilla para que empiece a hacer efecto antes de que ese maldito aparato eche a volar. Ya hablaremos de todo esto más adelante.

* * *

—La verdad es que tiene guasa. —El comentario de Raúl sobresaltó a Annika, que estaba concentrada tratando de localizar un aparcamiento en las estrechas calles del centro y ya era la segunda vez que pasaba por delante de la sede del Consorcio de la Ciudad Monumental, el ente gestor de las actuaciones en torno a la riqueza arqueológica de la ciudad.

—¿Qué es lo que tiene guasa? —preguntó con extrañeza, empezando a impacientarse.

—¿No te has fijado en lo que hay al pie de las oficinas del Consorcio?

—Por fin... —Annika vio que un coche estaba arrancando en la misma calle y esperó a que dejara libre el espacio para aparcar el vehículo oficial. Una vez realizada la maniobra, soltó un suspiro de descanso—. ¿Qué decías?

Raúl señaló con un gesto lo que trataba de explicarle.

—Ruinas romanas, sí, creo que no hace mucho que las abrieron al público —comentó con algo de indiferencia.

—Sí, pero, ¿has visto qué ruinas romanas? —se impacientó ahora él.

Annika se acercó para verlas más detenidamente y leer el cartel informativo.

—Termas... —por fin entendió lo que Raúl quería decirle, mientras él movía la cabeza afirmativamente.

—Si esto es fruto del azar, es que el azar puede llegar a ser muy macabro —sentenció.

—¿Sí? —la recepcionista se sobresaltó al ver los dos uniformes a través de la cámara de seguridad.

—Policía —contestaron al unísono Raúl y Annika.

Pulsó el botón y les permitió pasar, preguntándose qué habría ocurrido. Desde aquel episodio en el Teatro Romano tenía los nervios a flor de piel.

Una vez que entraron, les observó con atención. Había visto más veces a aquella chica. Dedujo por el tono de piel que debía ser africana, y se preguntó cómo habría llegado a ocupar un puesto en la policía emeritense. A su compañero en cambio, no recordaba haberle encontrado antes.

—Buenos días —vio cómo la africana entraba con aire decidido—. Queremos hablar con el responsable del proyecto Mecenaz. Nos han informado de que trabaja aquí.

—Sí, claro. ¿Ha ocurrido algo?

Ante la mirada impasible de Annika, que no parecía tener ninguna intención de satisfacer su curiosidad, se limitó a levantar el teléfono encogiéndose ligeramente de hombros.

—Sí, son dos policías. Sí. Ahora mismo.

—Acompañenme —indicó desganada nada más colgar, levantándose y comenzando a recorrer un largo pasillo.

La recepcionista les abandonó a la altura de un despacho cuya puerta estaba abierta, apuntando con un fatigoso gesto del brazo que había cumplido su tarea, y el hombre que conociera Annika en el funeral la tarde anterior se acercó diligente a darles un enérgico apretón de manos a cada uno.

—Pascual Román, para servirles. Ante todo, discúlpeme —añadió dirigiéndose a ella—. Le prometí que iría a verla esta mañana, pero me ha resultado imposible. Septiembre es un mes de actividad frenética que siempre nos desborda, y con el escándalo que se ha organizado por lo del consejero todo se ha ido de madre.

—Qué me va usted a contar —contestó Raúl con tono comprensivo.

—No sé qué se ha creído, pero esto no es un juego —Annika en cambio fue inflexible—. No le pedí que viniera por entretenimiento. Estamos investigando un caso de asesinato y el culpable anda suelto, no sabemos si con pretensiones de cometer otro crimen. Al no facilitar las cosas, colabora con él.

El hombre palideció.

—Lo siento, nunca lo vi de ese modo. ¿De verdad cree usted que podría volver a matar?

—Eso es una de las cosas que tratamos de averiguar.

—Le reitero mis disculpas. Pero, por favor, siéntense, me comprometo a ayudarles en todo lo que esté en mi mano. Tienen mi palabra.

Annika miró a Raúl y este asintió de forma casi imperceptible. De camino habían acordado que le preguntarían tan solo sobre el caso de las termas, pues oficialmente las líneas de investigación de los dos crímenes eran independientes.

—Parece que usted se llevaba bastante bien con la víctima. Háblenos de su relación con él.

El hombre se tocó el pelo antes de comenzar a hablar. Había alcanzado esa edad ambigua en la que resulta difícil precisar si se ha pasado de los treinta o los cuarenta, y solo un análisis más minucioso puede ayudar a determinarlo.

Era de complejión atlética e iba vestido con unos vaqueros bastante ceñidos y una colorida y estrecha camisa, un conjunto que le daba un aire acaso demasiado juvenil, aunque el tono entrecano que lucía en su impecable corte de pelo y las entradas que comenzaban a cobrar forma en su frente junto a sus exquisitos modales, un tanto pomposos, equilibraban su indumentaria otorgándole el toque de madurez socialmente conveniente para afrontar un cargo de responsabilidad. Sus ojos reflejaban un brillo de inteligencia despierta, al tiempo que brindaban una mirada amable y deferente a su interlocutor. En conjunto, Annika fue al punto consciente de que aquel hombre era poseedor de un halo de seducción difícil de ignorar, y, reacia a dejarse engatusar, hizo un esfuerzo consecuente para no bajar la guardia.

—Conocí a Lolo cuando se hizo socio del proyecto, hará unos dos o tres años, no recuerdo bien —comenzó—. Aquí hay muchos socios...

—Casi mil doscientos —especificó Raúl.

—Exacto —el hombre le miró gratamente sorprendido—. Casi mil doscientos, de modo que comprenderá que no los conozca a todos. Aunque sí a muchos de ellos —puntualizó orgulloso—. Pero la mayoría paga su cuota anual y no se implica mucho más. Si acaso, viene a alguna de las actividades más relevantes. Sin embargo, hay un círculo reducido que es más o menos asiduo a nuestra programación. Y uno, aún menor, que nunca se pierde un evento del proyecto Mecenaz, o del propio Consorcio. Lolo se encontraba en este último grupo. Como todos ellos, era un apasionado de la cultura romana. Pero además él la ponía en práctica en la mansión que estaba construyendo. Por eso no se conformaba con escuchar a los expertos en las visitas y seminarios y siempre quería saber más. Supongo que esa fue la razón de que comenzara a acercarse a mí. Cada vez que tenía una duda sobre cómo rehabilitar u ornamentar algo me pedía consejo. De hecho, visité varias veces su palacete.

—El hotel —corrigió Annika.

—Sí, en fin, daba esa función. Pero permítame que le diga que alojar huéspedes no era la prioridad para él, como no lo sería para ningún mecenaz.

—¿Cree usted que tenía algún enemigo dentro de ese círculo del que nos ha hablado?

El hombre reflexionó durante un momento.

—No lo creo. Desde luego, no como para hacer algo así. Aunque claro, nunca se sabe, yo no pondría la mano en el fuego por nadie.

Annika le miró alzando las cejas en un gesto interrogante.

—¿Qué quiere decir?

Pascual sonrió con aire de suficiencia.

—En el siglo sexto antes de Cristo un joven romano conocido como Cayo Mucio demostró su valor quemando su mano ante la atónita mirada de un rey etrusco. Fue el modo de hacerle ver que otros muchos romanos de su temple sacrificarían cuanto fuera necesario hasta vencer al enemigo del Imperio, un acto de supremo coraje que logró que el etrusco retirara sus tropas y pusiera fin a la guerra. Es en honor al joven Mucio que se acuñó esa expresión, con la cual yo trataba de decirle que no tengo tanta fe en nadie como aquel guerrero idealista.

Al ver la mueca exasperada de Annika, quien a duras penas había logrado contenerse sin interrumpirle, Raúl se adelantó a una previsible mala contestación.

—Lo que mi compañera quería saber es si sospecha de alguien en particular —dijo, paciente y conciliador.

—Oh, eso sería muy difícil de determinar —frunció el ceño durante unos segundos—. En toda agrupación de personas surgen siempre envidias, recelos. No soy tan ingenuo como para no darme cuenta de que este modesto espacio de cultura y esparcimiento que tengo el honor de coordinar no es una excepción. Lolo era un tipo simpático, y no era de los que necesitan satisfacer su cuota de protagonismo, bastante común por aquí dicho sea de paso, pero aun así suscitaba mucha atención. Sus conocimientos sobre la materia superaban con creces los de la mayoría, y eso se notaba nada más abrir la boca. Emanaba pasión y sapiencia en grado sumo. En definitiva, fuera consciente o no de ello, extremo que ignoro, la cuestión es que no pasaba desapercibido para nadie. Y lo que estaba haciendo, en fin, era realmente hermoso. Cualquiera querría tener un hogar así. Nosotros nos transportamos al pasado romano con nuestra programación. Él en cambio vivía directamente allí. La fantasía de todo mecenas —concluyó con aire soñador.

—¿Podría facilitarnos un listado de ese grupo de asiduos al que se ha referido? —Annika le arrastró de vuelta a la realidad sin muchas contemplaciones.

—No le quepa la menor duda, le he dado mi palabra de que colaboraría en todo lo posible y eso haré —asintió con actitud servicial—. Estamos hablando de unas cuarenta o cincuenta personas como mucho, de modo que no será

difícil de realizar. Contrastaré los listados de asistentes de las actividades del último año para no dejarme a nadie en el tintero y se lo enviaré a la mayor brevedad. Sin embargo —añadió fijando los ojos alternativamente en los dos policías— les reitero que no creo que el asesino se encuentre aquí. Yo de ustedes encauzaría la investigación por otras lides. Bajo mi humilde parecer, para ser asesinado de esa forma Lolo debía de haber hecho algo más en su vida que suscitar envidia a algún compañero de afición.

—Está bien —asintió Annika—. Una última pregunta. ¿Dónde se encontraba la noche del asesinato?

—No estará usted insinuando que...

—Es pura rutina —le tranquilizó Raúl—. Tenemos que seguir el procedimiento.

—En ese caso... Estaba en mi domicilio, en el estudio. Han de saber que sigo un horario muy estricto, dedico al menos cuatro horas diarias a la investigación. Sin excepción.

—¿Entonces tampoco estuvo presente en la celebración del Día de Extremadura? —no pudo dejar de preguntar Raúl.

— Así es —admitió—. Ya sé que es extraño que alguien con un puesto como el mío no acudiera, pero créame, en esta ciudad siempre hay algún evento al que uno es invitado. Las responsabilidades que me competen las cumplo en horario diurno. A partir de las nueve de la noche soy inflexible con mi tiempo. Me preparo una cena frugal y me dedico en cuerpo y alma a mis estudios.

—¿Puede alguien probar lo que está diciendo? —Annika se resistía a conformarse con aquella explicación.

—Pueden comprobar que declino invariablemente cada invitación recibida para esa franja horaria. En cuanto a mi presencia en el estudio esas dos noches, lamento decirle que esa sería una ímproba tarea. Vivo solo —puntualizó con la misma cortesía que le había acompañado en toda la conversación.

—¿Tú que piensas?

Raúl había permanecido más callado de lo habitual. Estaban llegando a la comisaría y no había abierto la boca en todo el trayecto. Pareció salir de su ensimismamiento.

—No lo sé, la verdad —admitió—. En un principio iba predispuesto a tratar de pillarle, convencido de que le teníamos. Pero después de oírle... ya no sabría decir si fue sincero con nosotros. Me pareció un hombre respetable. Aunque, por otro lado, al no poder interrogarle sobre su afición al tiro con arco hemos perdido una buena oportunidad para analizar su reacción. Quizá debiéramos hablar con el comisario después de todo.

—No —Annika se apresuró a rehusar la propuesta—. Ya sabes cómo funciona esto, Raúl. Yo ya lo intenté, y fue muy claro conmigo. Si volvemos al tema, nos prohibirá terminantemente seguir en esa línea, y entonces sí que nos la jugaremos.

—Además —añadió—, en el improbable caso de que convenciéramos al jefe, ¿qué le preguntaríamos a ese hombre? ¿Intentó usted matar al consejero? ¿Por qué juega con armas romanas? No tenemos ninguna prueba. Le pondríamos sobre aviso y después tendríamos que soltarle.

—Igual tienes razón. Y puede ser que me haya envuelto con su lenguaje distinguido y sus pulcros modales —confesó.

—A mí más bien me pareció un poco pedante —refunfuñó Annika, quien no estaba dispuesta a reconocer que las maneras de aquel hombre y su atractivo porte también la habían desconcertado—. En fin, esperemos a ver ese listado mañana. Después tomaremos una decisión —propuso, para luego añadir a regañadientes—: lo siento, tengo que irme ya.

—De acuerdo, yo voy a darle una vuelta más, a ver si se me ocurre algo. Hasta mañana.

Annika se despidió notando de nuevo un pinchazo de culpabilidad mientras salía del coche oficial para dirigirse al suyo propio. Se sentía mal por no poder pasar más tiempo con Celia, pero también por irse de la comisaría mientras su compañero adelantaba el trabajo que ella no estaba haciendo, y no logró desembarazarse de aquella frustración en todo el camino de vuelta a casa.

* * *

El avión comenzó a descender. Bruno miró a su madre en el asiento de al lado. Seguía dormida como un tronco, tal y como había pasado las algo más de dos horas que se prolongó el trayecto. Le parecía increíble que estuviera ahí como una bella durmiente hechizada después de lo que acababa de contarle. «Ya

debía de ser bueno el somnífero», se dijo sin poder evitar algo de irritación, pues él en cambio no había pegado ojo merced a aquel descubrimiento. Durante toda su existencia había creído que su padre había muerto por una fatalidad del destino, igual que lo habían hecho los padres de la niña que ahora era como una hija para él, algo que le había llevado a sentir a Celia mucho más cercana desde el primer momento. Se preguntó por qué nunca antes habría pensado en ello. Llevaba toda la vida escuchando leyendas sobre la mafia napolitana, pero sin vincularla jamás a la presencia de su familia allí. Nunca dio crédito a quienes sostenían que impregnaba cada rincón de la vida en la ciudad, prefiriendo dar por hecho que era uno más de los estereotipos y prejuicios que la gente asocia a un determinado lugar. Pero la realidad que su madre le mostró le había golpeado con fuerza, y en aquellas dos horas de vuelo tomó una decisión. Había llegado la hora de saber más sobre su familia, de averiguar la verdad de sus orígenes. Dedicaría su estancia allí a conocer la ciudad que le había visto nacer y que creaba esa contradicción entre sus habitantes: una identidad conformada sobre una extraña composición de apego y descontento.

Al detenerse completamente el avión, comenzó a espabilar a su madre mientras los viajeros a su alrededor se revolvían impacientes, a la espera de que la tripulación diera la señal para desalojar.

—¿Dónde estamos? —Carla se frotó los ojos aturdida.

Bruno no pudo evitar sonreír.

—¿Tú qué crees? En el aeropuerto de Capodichino. Hemos llegado.

—¿Ya? —dejó escapar un suspiro de alivio y se santiguó de forma instintiva. Después miró a su hijo con una sonrisa—. Bueno, no se va tan mal en avión después de todo.

Aquello le hizo prorrumpir en una sonora carcajada y aparcando a un lado el desvelo de pocos minutos antes, la ayudó a alcanzar el equipaje de mano.

—Vamos, aún queda un buen trecho hasta llegar.

—¿Cómo? ¿Acaso sabes ir? —le preguntó su madre incrédula.

—Por supuesto —ante su mirada recelosa, confesó—: lo he buscado en *Google maps*. No tienes de qué preocuparte. Ahora tenemos que coger el *Alibus* hasta la estación central, y luego el autobús número...

—Hijo, he vivido más de veinte años en Nápoles. Sé llegar a casa de mi prima —le interrumpió Carla con una mueca de indignación dirigiéndose hacia la salida en la dirección que mostraban los carteles.

Una vez en el autobús, Bruno observaba con atención las calles mientras su madre le iba contando anécdotas de cada rincón, embelesada al contemplar nuevamente la ciudad. En algún momento alcanzaron las inmediaciones del enorme puerto de Nápoles y su vista se dirigió a los hombres que iban y venían concentrados en sus quehaceres cotidianos cuando sintió en el costado derecho un brioso codazo de su madre.

—¡Mira! —apuntó con vehemencia.

El sol iniciaba su crepúsculo, y al dirigir la vista hacia donde le indicaba comprendió lo que quería mostrarle. El Vesubio, situado tan solo a nueve kilómetros de la ciudad, se divisaba desde la bahía y los últimos rayos del astro rey acentuaban la presencia de su fuerza dormida, recordando a los napolitanos quién regía realmente los destinos de la ciudad. Podían ser los políticos, los responsables de las instituciones o quizá los capos de la mafia quienes creyeran ser los dueños de Nápoles pero en el fondo era él quien la gobernaba, libre de decidir en cualquier momento cuándo despertar con la inusitada violencia que le caracterizaba y condenarla a su destrucción.

—¿Verdad que es una maravilla? —su madre irradiaba entusiasmo.

—Lo es —confirmó conmovido—. ¿Crees que podremos visitar Pompeya? —preguntó recordando la erupción que hizo perecer la floreciente ciudad veinte siglos atrás.

—No lo sé, hijo. Primero hay que ver cómo se encuentra la prima —su tono sonó apesadumbrado al recordar el motivo que les había conducido hasta allí.

Continuaron el recorrido hasta llegar a la plaza Garibaldi, donde descendieron en la parada ubicada junto a la estación principal de trenes. Aunque la plaza debió haber sido majestuosa, la suciedad afeaba cada uno de sus rincones otorgándole un aspecto deplorable.

—¿Hay huelga de basura? —preguntó Bruno, quien había escuchado muchas veces en los noticiarios que aquello era un suceso recurrente en la ciudad.

Su madre negó con la cabeza, dando a entender que no era ese el problema.

—Es asombroso, sigue igual —murmuró para sí—. Pensé que después de tres décadas sin pisarla habría cambiado hasta el punto de costarme reconocerla, pero es la misma de siempre.

Su mirada se tornó nostálgica.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó ante la expresión de su madre.

—Pues... no sabría decirte. Por una parte es grato saber que sigue siendo la Nápoles de mi infancia. Por otra... esperaba ver una ciudad mucho más moderna tras tantos años. Elisa siempre me dice que aquí no cambia nada, pero yo no acababa de creerla. Y sin embargo parece que así es. Se diría que el desarrollo no cala en esta parte del mundo. Es triste comprobar que el dinero que en otros lugares es sinónimo de progreso, aquí no se traduce en nada. En nada —repitió, negando con la cabeza en un gesto de decepción.

Tras esperar durante más de veinte minutos el siguiente autobús y después de un lento trayecto por las calles abarrotadas de la ciudad, descendieron en un barrio algo alejado del centro y continuaron el periplo a pie, a través de estrechas y retorcidas vías y cuestas que subían y bajaban. Tras girar varias veces a derecha e izquierda Bruno se sentía totalmente desubicado, pero su madre parecía saber muy bien dónde se encontraba. Seguía caminando con firmeza, como si el hecho de volver a pisar la ciudad de su juventud le hubiera imbuido una energía nueva. A él, que cargaba la maleta más pesada, le costaba seguirle el ritmo.

—¿Queda mucho? —no pudo evitar la pregunta, que a su pesar sonó demasiado a queja infantil.

Cuando creía que no iba siquiera a contestarle, su madre se detuvo en seco ante un destartado edificio de color anaranjado deslucido que un día debió de ser un vistoso carmesí. A simple vista no se diferenciaba del resto del vecindario, con idéntica sensación de abandono. La mitad de las ventanas tenían las persianas desencajadas o los cristales rotos, y Bruno se preguntó por la razón de la pausa, atribuyéndola a algún lejano recuerdo vivido en aquel antiguo bloque de pisos. El conjunto transmitía un aire de decrepitud que se calaba hasta los huesos y contagiaba un insólito efecto de abatimiento.

Tras unos minutos en que su madre continuó inmóvil con la mirada en alto hacia los ventanales de la vetusta construcción, le pudo la impaciencia y decidió sacarla de esa mezcla de nostalgia y curiosidad en la que parecía estar inmersa.

—¿Continuamos? —inquirió.

Su madre sacudió la cabeza con gesto complacido.

—Hemos llegado —contestó a la vez que pulsaba con determinación el timbre de uno de los pisos.

Raffaele observó con intensidad a la mujer que apareció al otro lado de la puerta. Habían transcurrido cerca de treinta años desde su último encuentro, y no pudo dejar de constatar el inexorable paso del tiempo en un rostro que había sido terso y delicado, y ahora aparecía surcado por las arrugas propias de la edad. Pero al mismo tiempo localizó en él los mismos rasgos bondadosos que su mente había conservado grabados a lo largo de los años. Carla aguardaba expectante, devolviéndole una mirada llena de ternura, tan pura y transparente como antaño, que le hizo concluir que la vida había sido clemente con ella. Una sonrisa sincera asomó a sus labios, la primera en muchos días.

—*Cara mia!* Aún no me puedo creer que hayáis venido. Cuánto me alegro de verte —exclamó mientras se fundía en un largo abrazo con Carla—. Así que este es el pequeño Bruno —le contempló tras separarse de su madre y le llegó su turno a él, que acogió el apretón algo abrumado por las desmesuradas muestras de afecto.

—Pasad, pasad. Confío en que tengáis hambre. Os he esperado para la cena.

—¿Sigues siendo tan buen cocinero como recuerdo? —sonrió Carla.

—Como buen napolitano —replicó con gesto de vanidad.

Tras los saludos iniciales, Bruno se dedicó a inspeccionar la vivienda mientras Raffaele y Carla conversaban en la cocina, acabando de preparar la comida. Le había seducido nada más entrar, pues no tenía nada que ver con el exterior del edificio, el cual debía haber sido construido para familias muy distinguidas a comienzos del siglo anterior a pesar de su actual aspecto desolador.

El piso, a diferencia del resto, estaba cuidado con una pulcritud exquisita. De altos techos bellamente rematados, seguía conservando todo su refinamiento y los muebles, en perfecto estado de conservación, parecían también de aquella época. Estaban abarrotados con retratos de la familia, que examinó pensativo. Podía identificar a algunas de las personas que aparecían por las fotografías que Carla atesoraba en su propia casa, aunque otras le eran totalmente ajenas. En una de ellas reconoció a sus padres junto a la prima de su madre, Elisa, y el hombre que les acababa de saludar, mucho más joven pero con el mismo semblante campechano. Estaban en la playa, ataviados con los trajes de baño de la Italia de los años ochenta. Se fijó en su padre,

viéndole por primera vez con ojos diferentes. ¿Qué habría sucedido hacía treinta años para que alguien acabara con su vida? ¿Hasta dónde había condicionado su propia existencia el crimen organizado sin que lo hubiera siquiera intuido?

—¡Bruno, a comer! No hagas esperar a nuestro anfitrión —la voz de su madre le sacó bruscamente de sus reflexiones.

—Por mí que no lo haga. Pero la pasta tiene que comerse *al dente*, dejar que se ablande es un pecado en esta casa —sonrió Raffaele al verle aparecer en la amplia cocina donde la mesa aguardaba ya puesta.

Bruno se unió a la conversación, alegremente regada con un Taurasi, un espléndido vino tinto procedente de la Campania del que Raffaele presumió orgulloso, señalándolo como el mejor del mundo. No en vano la vid roja conocida como aglianico se criaba solo en aquella parte del planeta, le aseguró. El terreno de origen volcánico propiciado por el que daba nombre a la denominación de origen de la zona, *Vesuvio*, contribuía a aquel sabor especial que Bruno no pudo dejar de apreciar con deleite.

Al vino se unieron unos *fettuccine* con tomate y alcaparras, una especialidad de pasta napolitana que Raffaele había preparado para ellos. Bruno se maravilló de lo bien que sabía todo, comprendiendo al fin de dónde le venía la buena cocina a su madre. En su época Erasmus se limitaba a comprar en el supermercado y solo en alguna ocasión especial, a pedir una pizza o un plato de pasta en alguna modesta *trattoria* y nunca había tenido ocasión de degustar algo así. Repitió ración hasta saciarse, y la velada transcurrió de forma distendida conversando sobre la familia. Lo que había sido de algunos primos lejanos, anécdotas vividas juntos... Disfrutó muchísimo escuchando a Carla y Raffaele hablar sobre el pasado y sobre su tierra, sintiéndose repentinamente mucho más cercano a sus raíces de lo que nunca había estado, sacudido por un sentimiento de pertenencia hasta entonces desconocido.

Pero el motivo que les había llevado hasta allí no podía ocultarse por mucho tiempo, y tras la sobremesa aderezada con el chupito de *limoncello* de rigor, llegó la hora de abordarlo. El rostro de Raffaele abandonó la alegría inicial para recuperar la aflicción que le envolvía desde hacía un mes, cuando Elisa había comenzado a sufrir vahídos. Les contó cómo en un primer momento los habían atribuido a bajadas de tensión, pero al comprobar que no remitían y comenzar con las náuseas él había insistido para que pidiera

consulta en el médico hasta lograr que ella accediera. Y tras varias pruebas de rutina, le habían detectado un tumor cerebral en estado avanzado. Así de simple, y de terrible, dictaminó con temblor en la voz. De modo que no había nada que hacer. Tan solo esperar lo inevitable.

—¿Desde cuándo está en el hospital? —preguntó Bruno para romper el silencio que se apoderó de la estancia.

—Hace solo unos días. Los médicos nos dijeron que no tenía sentido que pasara su última etapa en un hospital mientras pudiera evitarlo, pero la semana pasada los síntomas empezaron a agravarse y ya no podía permanecer en casa. Ahora está allí decaída, y a veces ni eso. Los calmantes la tienen adormilada la mayor parte del tiempo. Todo ha sido demasiado rápido —se lamentó—. Si al menos hubiéramos contado con algo de tiempo, habría sido diferente. Habríamos hecho las maletas y emprendido la vuelta al mundo de la que tanto hablábamos cuando éramos jóvenes. Asia, Oriente Medio, África... como ella siempre fantaseó. Y tantos otros sueños que nos restaban por cumplir. Piensas que ya habrá tiempo, que siempre lo habrá, y un día te levantas y descubres que el tiempo se acabó.

Raffaele calló de repente, incapaz de continuar, y sus palabras fueron sucedidas por un sollozo de impotencia.

A Bruno se le encogió el corazón. Aunque acababa de conocerle, aquel hombre le transmitía una empatía y una familiaridad instantánea.

—Mañana temprano iremos a verla. Seguro que se animará —Carla le pasó el brazo por el hombro para intentar consolarle, aunque en su rostro se reflejaba el mismo abatimiento.

* * *

Víctor aceleró el paso a medida que se acercaba. Al girar la esquina y poner el pie en su calle por fin avistó el apartamento. Divisó la luz encendida en la ventana del salón y suspiró aliviado. Se había pasado la jornada en el bar con una mezcla de sentimientos. La alegría de haber comenzado a conocerla, de percibir cómo parecía empezar a confiar en él, se combinaba con la aprensión y la angustia de no saber nada de ella en todo el día. Era tan fuerte la atracción que sentía por aquella chica que le dolía la idea de poder perderla, aún antes de tenerla del todo.

Tras revelarle por fin su nombre no habían hablado mucho más. Cuando

ella salió de la ducha se preparó él mismo para ir al trabajo. Le había insistido en que se quedara con un juego de llaves, pero ella le aseguró que no tenía intención de moverse del apartamento. «¿Y si necesitas algo?», le había preguntado. «Lo único que necesito es sentirme segura», había sido su respuesta. Aun así, estaba intranquilo. Manel le había pedido explicaciones por el numerito de la noche anterior, y él había tenido que sincerarse a medias. Le había contado que alguien perseguía a la chica y que estaba escondida en su apartamento, y este había puesto el grito en el cielo. No había parado de reprocharle su ingenuidad por meter en su casa a una desconocida que no sabía de qué estaba huyendo. Probablemente de la policía, había tratado de hacerle ver. Tanto había insistido Manel que le había hecho prometer que si seguía en casa cuando regresara le diría que no podía quedarse más. Por supuesto Víctor no pensaba hacerlo, y aun así, su jefe había logrado que la sombra de la duda se infiltrara en su interior. Subió a grandes zancadas los tres pisos que le separaban de la vivienda e introdujo la llave, todavía nervioso. Después de casi diez horas no tenía ni idea de lo que podía encontrar.

—Buenas noches —le saludó una Sabina ya con mejor cara, que, reclinada en el sofá, sostenía el libro que le tomara prestado en la mañana.

—Hola —una sonrisa le iluminó la cara, reemplazando cualquier gesto de preocupación anterior. Incluso con el desigual y masculino corte de pelo que no le hacía ningún favor a su aniñado rostro y aquella camiseta de propaganda prestada, varias tallas mayor de lo que le correspondía y que acentuaba su ya extrema delgadez, le pareció la mujer más hermosa de la tierra. Siempre había creído que las chicas como ella no eran su tipo. En una mujer le atraían mucho más las formas curvas y los rasgos exóticos. Unas caderas anchas, una figura de «reloj de arena», o unos labios carnosos llamaban mucho más su atención que un cuerpo esbelto y anguloso. Podría decirse que en su prototipo de mujer perfecta encajaba mucho más una Shakira o una Beyoncé que una Kate Moss. Y sin embargo, había algo en Sabina que le había embrujado y cada centímetro de ella le parecía digno de culto.

—¿Cómo has pasado el día? —se interesó, ya con esa expresión de embobada complacencia que le sentaba tan bien, marcando sus atractivos hoyuelos y mostrando la impecable línea nácar de su sonrisa.

—Sin muchas novedades —sonrió ella a su vez—. Aquí no hay demasiado que hacer.

Entonces miró a su alrededor y fue cuando se percató de que todo se veía reluciente y en perfecto orden, como no había llegado a estar desde que él puso el pie en aquella casa. Incluso olía diferente, un frescor inusual.

—¿Has limpiado? —observó extrañado.

—Eso, o morirme del aburrimiento.

Pensó que él nunca hubiera escogido la primera opción, pero se cuidó mucho de decirlo, limitándose a asentir como si la comprendiera perfectamente.

—Oye, cuando ya estaba en el bar me acordé de algo —dijo en su lugar—. Creo que no había mucha comida aquí —en realidad no había nada, lo que le había hecho sentir culpable durante todo el día sabiendo que la había dejado condenada a pasar hambre.

—No te preocupes. Encontré una lata de atún en un estante —le restó importancia.

—¿Eso es todo lo que has comido?

Ella hizo un gesto con los hombros en señal de indiferencia.

—Bueno, pues habrá que compensarlo —decidió—. Además, todo ese trabajo ha tenido que abrirte bien el apetito. Pidamos algo para cenar. ¿Te gusta la comida india?

—No tengo ni la menor idea —confesó con una amplia sonrisa.

Aquella noche fue muy especial para Víctor, y también lo fue para Sabina. Ambos habían superado sus miedos iniciales al confirmar que su instinto no les había fallado, que podían fiarse el uno del otro. Así que poco a poco, entre conversación, música, risas, pollo *tikka*, arroz *basmati*, cerveza india y chupitos de algún licor que Víctor guardaba en su despensa, fueron cayendo una a una todas las barreras. O al menos, las suficientes para que ninguno de ellos tuviera que volver a dormir en el sofá.

Martes, 10 de septiembre

Bruno salió deprimido de la habitación en la que alojaban a Elisa. Los hospitales siempre le habían causado una sensación de angustia, algo que sabía irracional y no acertaba a explicar pero que se apoderaba de él nada más poner un pie en el edificio, y que se iba acentuando a medida que lo recorría y comenzaba a percibir el característico olor a esterilización y productos químicos que se le instalaba en el cerebro acrecentando su desazón. Trataba de sobreponerse para no dar más motivos de preocupación a su madre, pero el hecho de haber conocido a Elisa en aquel entorno, y justo cuando estaba ya a punto de perderla, contribuyó definitivamente a hacerle perder los ánimos.

Se habían dirigido hacia allí junto a Raffaele al levantarse, y se quedaron con Elisa hasta que el servicio del hospital les avisó de que debían abandonar la planta para que el médico pasara consulta. Según su marido, ella estaba bastante espabilada y lo cierto era que lejos de parecer decaída, transmitía un aire de serenidad reflejo de que ya había aceptado su destino y se sentía en paz. Carla y ella habían dedicado esas horas a recordar los tiempos en que eran inseparables, primero como niñas y adolescentes, y después, cuando ambas contrajeron matrimonio con los hombres elegidos, como la familia igual de unida que habían sido las dos parejas y sus retoños, hasta el día en que el padre de Bruno murió y su madre hizo las maletas, marchándose de Italia para siempre.

Raffaele le sacó de sus pensamientos.

—No tiene sentido que nos quedemos aquí, tardarán un par de horas hasta dejar entrar de nuevo a nadie. Vamos a dar un paseo, nos vendrá bien — sugirió—. Y tú, Bruno, podrás conocer algo más tu ciudad. Nápoles solo puede comprenderse caminando y absorbiendo cada olor, cada esencia.

Tanto él como su madre asintieron con aire melancólico, dejándose llevar por Raffaele, que les subió en el coche y les llevó a Spaccanapoli, la calle que dividía la ciudad en dos y albergaba a lo largo de sus más de dos kilómetros el corazón de la ciudad. El antiguo decumano de la urbe grecorromana atesoraba toda la esencia del pasado y presente de la que era actual capital de la Campania.

—Bueno, por fin estáis en el verdadero Nápoles. ¿Qué queréis ver? —al igual que su madre, cuando se trataba de hablar de su ciudad Raffaele se mostraba más animado.

Carla no dudó un segundo.

—Vamos a la catedral. Hace demasiado que no le presento mis respetos a *San Gennaro*.

—¿Quién? —indagó Bruno, sabedor de lo creyente que era su madre pero poco familiarizado con las tradiciones napolitanas.

—*San Gennaro* es nuestro patrón —aclaró Raffaele—. Tienes razón, Carla. Se acerca la fiesta del santo y hemos de orar para que nos conceda un milagro.

Su madre asintió circunspecta.

—Esta fecha tiene que significar algo. Que todo haya ocurrido a unos días del momento elegido para obrar su milagro no puede ser casualidad. Pidámosle que extienda su generosidad a Elisa.

Habían llegado a las puertas de la grandiosa construcción, principal edificio de culto de la ciudad, y Bruno no pudo menos que pararse a admirar la hermosa conjunción de gótico y barroco a que el transcurso de los siglos había dado lugar. Sacó su *smartphone* del bolsillo dispuesto a crear un recuerdo de su propio paso por aquel cúmulo de historia, pero al ver a su madre ya a varios metros de él encaminándose con ligereza hacia la entrada, suspiró y volvió a guardarlo. Por el momento tendría que conformarse con una postal.

Ambos la siguieron, y mientras recorrían el interior, Raffaele aprovechó para explicarle entre susurros la historia de aquel santo, al que martirizaron en época romana y cuya sangre, custodiada en la catedral dentro de un relicario, se licuaba inexplicablemente cada diecinueve de septiembre ante los testigos que quisieran presenciar tal prodigio. Un fenómeno que ni los investigadores más racionales ni los reporteros más escépticos acudidos de todos los puntos del planeta habían logrado explicar.

—Ya tendrá algún truco —opinó Bruno, siempre reticente a creer en cualquier cosa que la ciencia no lograra demostrar.

—Si te quedas hasta el diecinueve, podrás verlo con tus propios ojos —Raffaele elevó los hombros en un gesto que parecía darle a entender que su falta de fe era solo cuestión de desconocimiento.

Obrara o no milagros el santo, Bruno no podía dejar de reconocer que a su madre le había hecho mucho bien aquella parada. Cuando salieron de la

iglesia una media hora después, su semblante transmitía una seguridad y una armonía contagiosas. Al contrario que muchos de sus amigos, que despotricaban sobre la Iglesia como si fuera el peor de los males, él, sin haber llegado a considerarse nunca creyente, no la eximía de sus faltas, pero le reconocía también los méritos que consideraba justos. Y aquel era uno de ellos. Estaba convencido de que la gente necesitaba algo en lo que creer cuando las cosas iban mal, un tablón al que agarrarse a la deriva, y la religión se lo proporcionaba. Recordó la expresión de paz de Elisa rodeada de tubos en su cama de hospital, e internamente se sintió agradecido por darle al menos aquel consuelo.

—Tomemos un café, apuesto a que a tu madre le apetece un cruasán de *nutella* —propuso Raffaele—. Y conozco el mejor lugar para eso.

—A mí también —sonrió Bruno. Fuesen cuales fuesen los motivos, se alegró de ver a ambos mucho más confortados.

Una vez en la cafetería, Bruno retomó la cuestión que le había desvelado por la noche y que no estaba dispuesto a dejar pasar.

—¿Es cierto que la mafia influye tanto en Nápoles como dicen? —le soltó a bocajarro a Raffaele.

Su madre le lanzó una mirada de reprobación.

—No se habla de esas cosas en público —chistó.

—No pasa nada, Carla, es normal que quiera saber —replicó este, aunque bajando sustancialmente el tono de voz—. El *sistema*, como lo llamamos aquí, es la organización más peligrosa del mundo, y la que ha asesinado a más personas. No hay nadie que no lo tema. Por eso, y por otras muchas circunstancias que se unen ante la falta de esperanza, es más fácil que calen sus delitos: el narcotráfico, la extorsión o el chantaje —explicó a Bruno—. El conjunto forma un entramado muy complejo.

—Pero he oído que hay quien le planta cara.

—No sin miedo —replicó categórico Raffaele—. Es cierto que en los últimos años hay gente que ha comenzado a asociarse para apoyar a las víctimas y para intentar educar a la juventud en unos valores diferentes. Pero todo se urde sin hacer mucho ruido, intentando no molestar demasiado.

—Entiendo.

—No querría que te llevaras una falsa impresión. Es cierto que la prosperidad parece imposible en esta ciudad, porque el dinero que debería invertirse en servicios sociales o en crecimiento económico se esfuma, pasa de unas manos a

otras a través de un hilo tan invisible como permanente. Pero también es cierto que somos un pueblo del que poder sentirse orgulloso. Que aún se respira nuestro rico pasado dondequiera que estés. Un día fuimos capital de un reino, y quizá nos hayamos acostumbrado a vivir en el pasado, sin cuestionarnos demasiado las luces y las sombras que nos rodean. Quizá simplemente esperamos alguna forma de rebelión que nos devuelva la ciudad a aquel esplendor, a su verdadero tiempo.

—¿A la capital de las dos Sicilias?

—A la urbe que todo lo tiene. De alguna forma sigue siendo así. La calidez, la vivacidad, la intensidad que encontrarás aquí no es fácil de hallar en ninguna otra parte del mundo. Me pregunto cómo ha sobrevivido tu madre sin la alegría napolitana —sonrió haciéndole un guiño a Carla.

—Bueno, por algo elegí el sur de España para trasladarme. No habría podido vivir en una ciudad gris del norte de Europa —intervino ella—. Pero aun así, había olvidado cuánto echaba de menos todo esto. Ahora me doy cuenta. Y no solo la riqueza del pasado. También la comida —bromeó pegando otro goloso bocado a su cruasán, que rebosaba por todos sus extremos la exquisita crema de cacao y avellanas ya famosa en todo el planeta.

Finalizaron el tentempié y tras una pequeña disputa entre Carla y Raffaele por tratar de pagarlo, que ganó este arguyendo su condición de anfitrión, se alzó dispuesto a irse.

—Yo voy a regresar al hospital —anunció—. Pero vosotros deberíais quedaros un poco más por aquí, degustar nuestros manjares. No en vano esta gastronomía es la mejor del mundo —vio que iban a protestar así que asestó el argumento definitivo—. Y no tiene sentido que abrumemos a Elisa.

Carla, que habría querido regresar junto a su prima, se quedó contrariada pero acabó aceptándolo. Parecía ser aquel uno de los días buenos en que la enfermedad le daba un respiro, y pensó que Elisa desearía aprovechar el poco tiempo que le quedaba junto a su marido. No era justo que les robaran esos momentos.

—Está bien —cedió—. Daremos algún otro paseo y volveremos a última hora para pasar con ella un ratito más.

—Eso es. Lleva al chico a *Da Michele*, que se entere ya de lo que es una pizza de verdad.

—¿Esa es la pizzería napolitana tan famosa, donde Julia Roberts comía en una peli? —Bruno no pudo disimular su entusiasmo.

—Sí, y muchos tuvimos el placer antes que ella. Ahí es donde nació esa

obra de arte culinaria. Ya es hora de que la vuelva a comer yo también. Nunca me han salido como a ellos —aquello había acabado de convencer a Carla—. Acabaremos de recorrer Spaccanapoli y después iremos hacia allá.

—No seré yo quien diga que no. Una pregunta más —apuntó dirigiéndose a Raffaele antes de que se marchara—, ¿hay algún barrio que debemos evitar? He oído que hay zonas peligrosas.

—Yendo con tu madre no tienes de qué preocuparte. Te aseguro que sabe cómo moverse —le recordó dirigiéndole a Carla una mirada de complicidad.

—Bueno, ya sé que me mostraréis las luces de la ciudad. Me queda por ver si descubriré también las sombras —dijo pensativo en alusión al tema que de repente tanto le concernía.

—No tengas tanto interés. De todas formas, no podrás huir de ello. Cada calle, cada esquina, incluso cada bocanada de aire que respiras en Nápoles está contaminada por la mafia —replicó Raffaele con un deje de amargura en la voz.

—Bueno, en el aire... igual exageras —Bruno no pudo evitar una sonrisa al advertir que la dramatización con la que se estereotipaba al carácter propio del sur español también podía encontrarse allí.

—Desgraciadamente no exagero nada —el tono de su voz se hizo más áspero—. ¿Sabías que a esta zona la llaman la Tierra del Fuego?

Bruno negó con la cabeza.

—¿Y sabes por qué? Por los vertederos clandestinos, por la quema de basura en cualquier lugar, otro de los negocios con los que se lucra la mafia. La Campania es la región más contaminada de Europa, y eso se te filtra en el cuerpo. Tenemos el índice más alto de cáncer de todo el continente. Sí, ya ves que no era ninguna exageración. Es posible que si hubiéramos vivido en otro sitio Elisa siguiera tan lozana y fuerte como siempre —ahora se dirigió a su madre con una mirada cargada de tristeza—. Sabes cuánto amo esta tierra, pero quizá me equivoqué al aferrarme a ella. Eso nunca lo sabré. Quizá debimos ir contigo después de todo, Carla. Sea por una razón u otra, si te quedas aquí te roban el futuro.

* * *

—¿Ya estás aquí? ¿Qué tal ha ido tu viaje? Espero que vengas fresca — Víctor se alegró de ver a su compañera de vuelta. Aunque el encuentro con

Sabina le había supuesto un revulsivo emocional, tantas horas sin un apoyo en la barra le estaban empezando a pasar factura y se sentía sin fuerzas para afrontar en solitario una nueva jornada de trabajo.

—No sé qué decirte... no era precisamente un viaje de placer.

—Ah, fue urgente, es cierto... —recordó—. ¿Algún problema familiar?

Hasta donde sabía, su compañera no tenía familiares fuera de Cataluña.

—En realidad fue algo un poco trágico. Un amigo... un exnovio en realidad... ha muerto, y fui al entierro.

—Vaya... —Víctor no se esperaba algo así y no supo cómo reaccionar—. Lo siento —acertó a decir finalmente.

—Gracias.

—¿Dónde era? —le picó la curiosidad, pero no se atrevió a preguntar por las causas de la muerte.

—Pues en la otra punta de España más o menos. En Badajoz.

Víctor silbó a la vez que a su rostro asomaba una mueca de asombro.

—No es un viaje corto —reconoció—. ¿Y fuiste tú sola?

—Sí. Ya hace años de lo nuestro, y aunque teníamos algún amigo común, no había nadie que estuviera dispuesto a cruzar el país para un evento como ese. Al fin y al cabo ya nada se podía hacer por él. Yo misma dudé, pero creí que me sentiría mejor así. Ahora ya no estoy tan segura. Fue un viaje pesado y un fin de semana muy lúgubre, diría que casi surrealista. Supongo que has escuchado lo que pasó en Mérida.

—¡Ostras! ¿Coincidiste con aquello? ¡Cuenta, cuenta! —pidió, sin poder ni querer evitar chismorrear un poco. Parecía que no había sido el único en vivir emociones fuertes aquellos días.

Lluisa le relató lo que sabía, que no era mucho más de lo que él mismo había leído en los periódicos del bar, aunque admitió que presenciar el ambiente de cerca, con toda la policía sitiando la pequeña capital autonómica, había sido algo impactante. Después quiso cambiar de tema.

—Te agradezco que me hayas cubierto estos días. Es duro quedarse solo para las cañas de todo el fin de semana —aunque el dueño siempre andaba por allí, rara vez se metía tras la barra a servir—. He hablado con Manel y, para compensarte, haré yo sola el siguiente. Así podrás salir por ahí sin tener que preocuparte por nada —se comprometió, segura de que para su compañero eso sería una magnífica noticia.

Sin embargo, le vio vacilar.

—En realidad, preferiría tener libre mañana.

—¿Mañana miércoles? —aquello le cogió por sorpresa. Víctor desdeñando la oportunidad de disponer de un fin de semana libre, pudiendo salir con sus amigos de marcha desde una hora normal en lugar de pillarles de madrugada tras cerrar, y permitiéndose dormir a pierna suelta al día siguiente sin un despertador martilleándole el cerebro. Pero se abstuvo de preguntar. Si lo rechazaba, mejor para ella—. Como quieras.

—Sí, bueno, y el jueves, así son dos días y estoy de vuelta para el fin de semana.

—Por mí genial —aceptó encantada.

La sonrisa de oreja a oreja con que Víctor la obsequió era una clara señal de que daba por cerrado el trato. Aquel ofrecimiento le había venido de perlas. Estaba deseando pasar más tiempo con Sabina, y de repente le caían del cielo dos días enteros para disfrutar junto a ella. Y ahora que por fin tenía la confirmación de que ella sentía lo mismo por él... ardía en deseos de volver a verla, y de sentir de nuevo sus labios y estrechar su escuálido cuerpo contra el suyo. Saber que no tendría que abandonarla al día siguiente, que podría pasar las próximas cuarenta y ocho horas sin separarse de ella, reflejó en su rostro tal expresión de felicidad que acabó por atraer la curiosidad de su compañera, quien no pudo resistirse.

—Yo lo acepto, pero con una condición —objetó.

La miró con recelo.

—Que me digas quién es.

—¿Quién es quién? —trató de hacerse el despistado, pero ante la mirada implacable de Lluisa tuvo que echarse a reír—. La que os ha dado a Manel y ti con ese tema.

—Así que Manel también se ha dado cuenta —entonces fue ella la que se rio—. Si es que es muy obvio, tío. Venga, suéltalo.

Miró en dirección al jefe, que estaba sentado en una mesa leyendo el periódico con aire distraído.

—Que no se entere Manel —advirtió, cediendo—. Está convencido de que Sabina tiene algo que esconder y me ha hecho prometer que la sacaría de mi casa.

Ella le miró con expresión de desconcierto.

—Qué quieres, ya sabes lo pesado que es —aclaró como justificación y, bajando aún más la voz, comenzó a relatar su historia.

* * *

—El jefe ha preguntado por ti.

Annika bufó. «Mal empezamos», se dijo. Había llegado más tarde de lo habitual al tener que dejar a Celia en el colegio, y sabía que sería lo primero que Daniel le recriminaría.

—Dile de mi parte que existe algo que se llama conciliación —refunfuñó entre dientes.

—Mejor se lo dices tú misma —su compañero no supo descifrar si hablaba en serio. Tratándose de Annika, uno nunca podía estar seguro. Era la única que tenía agallas para enfrentarse a él, lo cual no podría decir que le beneficiara precisamente—. Está en su despacho esperándote. Dijo algo sobre unas armas romanas —agregó confuso.

Annika cerró los ojos consternada. Había olvidado la velada amenaza del director del museo, y todo apuntaba a que la había cumplido. Se encaminó hacia la oficina de Daniel con resignación.

—Pasa, Annika —ordenó por todo saludo nada más llegar.

—Buenos días —contestó formalmente.

—Ayer por la tarde recibí una llamada muy extraña. —Daniel no se anduvo con rodeos—. Te lo habría dicho, pero ya te habías marchado y he tenido que esperar hasta ahora —se detuvo un momento para teatralizar un gesto algo desmedido de consultar su reloj de mano—. Era del museo.

Se hizo el silencio. Annika trató de reflexionar sobre cómo abordar aquello de la mejor manera, pero el comisario no le dio tiempo.

—Te dejé muy clara la dirección que tenías que seguir con este caso. Y ahora tenemos un asesinato sin resolver y una autoridad cabreada porque piensa que la policía está reteniendo patrimonio de la ciudad. ¿Acaso no teníamos ya bastantes problemas? —exclamó con tono exasperado.

Annika pensó que quizá Raúl tenía razón después de todo y debía contarle lo que habían averiguado. Iba a hacerlo cuando Daniel volvió a adelantársele.

—Te doy veinticuatro horas para que me traigas algún avance. Veintitrés y media, para ser exacto —especificó en alusión a la media hora de retraso con que Annika había comenzado su jornada laboral—. Te quiero mañana la primera en comisaría, esperando para contarme tus progresos. Mientras, voy a pensarme si te abro un expediente.

Daniel se había puesto en pie para que su tono sonara más autoritario, pero inmediatamente después se sentó y posó su mirada en el ordenador, dando a entender que la conversación había finalizado. Ella ya sabía por experiencia que en estos casos lo mejor era obedecer. Apretó los dientes y salió del despacho.

Al salir vio a Mati dirigiéndose a la máquina de café, que le hizo un gesto interrogatorio con las cejas al cruzarse para saber si quería acompañarle.

—Hoy no —respondió malhumorada.

Mati asintió, observando de donde venía e intuyendo lo que acababa de suceder. «Me da que ya ha vuelto a su objeto de ira habitual», se dijo para sí, en parte aliviado pero sin poder evitar una punzada de lástima por su compañera.

Al sentarse delante del escritorio Annika encendió el ordenador con gesto automático y comenzó a pensar mientras su vista se perdía en la pantalla negra que aún tardaría unos minutos en arrancar.

Conservaba la certeza de que los dos crímenes estaban vinculados, pero no tenía nada más. Estaba en un punto muerto de la investigación, y Daniel no le permitiría seguir por ese derrotero. A cambio, le pedía resultados. Unos resultados diferentes.

Decidió recopilar cuanto tenía, desvinculando los delitos y obviando el arma utilizada en ambos. Su responsabilidad era el asesinato de las termas, nada más. Alcanzó el expediente y se concentró en repasar todo el procedimiento.

Antes de relacionar los dos crímenes y encauzar la búsqueda hacia el responsable del proyecto Mecenaz, había contado con dos posibles vías: los jóvenes que visitaron las termas la tarde previa al asesinato, y la chica que había ido a verle en la noche. Y luego estaba el rumor que le habían transmitido en el entierro de que la víctima no caía tan bien en su entorno como los vecinos más allegados le aseguraron y aquellos robos de los que le habían culpabilizado por atraer foráneos al pueblo.

Retomó el caso desde el principio y se centró en el sobrino del comisario y sus tres amigos. Recordó la sensación de malestar que experimentó cuando Daniel se encerró con ellos sin permitir que otros oídos escucharan lo que tenían que decir, y el testimonio de la amante del fallecido asegurando que nunca le había visto tan alterado como después de enfrentarse con aquellos chicos. «Muy bien», se dijo. El jefe quería que indagara en esa línea, y eso

haría. Pensaba llegar al fondo de aquel asunto. Ahí había algo oscuro, algo que Daniel no había querido que ella supiera. Y lo iba a averiguar.

Encontró lo que buscaba en el expediente y se levantó con resolución.

—Si alguien pregunta por mí —le dijo al compañero que tenía al lado, indicando con la mirada en dirección al despacho de Daniel—, he salido siguiendo una pista sobre el asesinato de las termas.

* * *

—Niña, te he pedido dos baguettes, no dos violines. Vaya despiste tienes. Me pregunto qué te andará rondando en la cabeza. O quién.

Alma cambió los panes sin decir nada y se los cobró a la señora. Su mente estaba en un asunto que nada tenía que ver con lo que sugería con sonrisa maliciosa. El lunes se había levantado con ganas de que el día en la panadería transcurriera cuanto antes para poder aplicar a su búsqueda los recursos que Bruno le había mostrado, pero tras quedarse hasta que el sueño le venció en la madrugada frente al ordenador, seguía sin rastro de Sabina. Había pedido ayuda a varias oenegés que se dedicaban a rescatar a las víctimas de trata de personas, había navegado por más y más páginas en las que se ofertaba la prostitución, por foros donde se recomendaban los clubs y puntuaban sus condiciones y las características de las mujeres como si fuera el *ranking* de servicios de un hotel, e incluso, dejando a un lado toda la repugnancia que sentía y los recuerdos que a ella misma le provocaba, había seguido una sugerencia de Bruno, registrándose en varios de ellos y haciéndose pasar por un cliente con gustos un tanto singulares, en busca de mujeres tatuadas. Todo a fin de que si alguien había visto a una chica con el mismo trébol que ella llevaba grabado en su hombro derecho, le proporcionara algún indicio sobre dónde podía encontrarla. Quizá era demasiado pronto y se necesitaba tiempo para conseguir respuestas, pero la ansiedad por conocer el destino de su amiga no le permitía permanecer de brazos cruzados. Se conectaría de nuevo en cuanto llegara a casa. Quizá en alguno de aquellos foros le esperaba el resultado de sus pesquisas. Y si no, seguiría buscando. Sabía que Sabina no se rendía ante nada, y ella tampoco lo haría.

* * *

—No, Celia, no podemos hacer un bizcocho ahora. Cuando venga papá lo

harás con él, que a los dos os salen más ricos que a mí. Mejor vamos a ordenar esto, venga, es casi igual de divertido —tanteó con expresión agotada.

Annika había conseguido salir de la comisaría a la hora fijada y cumplir con la promesa hecha a la niña de pasar la tarde juntas, pero tras varias horas de juegos sentía cómo el cansancio se acumulaba al del resto de la jornada. Consultó el reloj. Había recibido un mensaje de Bruno diciéndole que podría conectarse a última hora de la tarde al *Skype*. Aunque solo llevaba un día fuera, se dio cuenta de cómo le echaba ya de menos. Y es que Bruno, ese joven de apariencia ingenua e inmadura cuando le conoció, había demostrado ser todo lo contrario, y se había convertido en poco tiempo en uno de los pilares de su vida. Era su pareja, pero era también su mejor amigo, y a todos los efectos, el padre de su hija. Cada vez que veía cómo miraba a Celia percibía con una fuerza casi dolorosa cuánto le amaba. Recordó los primeros encuentros, cómo le dio largas cuando se conocieron a pesar de la atracción que sentía, y que él siguió insistiendo hasta que ella, gracias a un caso en el cual le necesitó para un reportaje periodístico, al fin cedió a sus sentimientos. Casi le dejó escapar por su irracional miedo al compromiso, rememoró con un estremecimiento, y se lamentó de no tenerle cerca ahora mismo, deseando que llegara ya el momento de conectarse.

Celia estaba también impaciente por verle a través de la cámara del ordenador y preguntaba ansiosa cuándo llegaría la hora. Sonrió. La niña no había olvidado a sus verdaderos padres, de los que hablaba a menudo, pero la dedicación y el cariño de ambos había ido haciendo su efecto, y poco a poco ella se había adaptado a su nueva familia. Hasta el punto que un día, cuando se cumplía casi un año desde la adopción, les había comunicado a ella y Bruno con expresión muy seria que quería que fueran su mamá y su papá. Mamá número dos y papá número dos, había especificado. No le gustaba la idea de que sus compañeros de la escuela tuvieran padres y ella no, pero tampoco la de olvidar a los suyos. Así que había decidido que tendría el doble que sus compañeros, les explicó con una sonrisa de orgullo que les había hecho a ambos derramar lágrimas de emoción. Y desde entonces, Bruno había adquirido el grado de papá, y ella misma el de mamá.

Después de conseguir ordenar la habitación decidieron ver una vez más la película de animación preferida de Celia, y ambas se sentaron abrazadas en el sofá con *Wolf* tumbado a los pies. Al perro parecía gustarle incluso más que a ellas lo que era casi un ritual, y justo al encender el televisor se colocó en

posición, dispuesto a pasar dos felices horas sin moverse. Mientras el filme transcurría, Annika dejó vagar sus pensamientos, y estos se dirigieron irremediabilmente al hallazgo que había hecho en la mañana. Sí, Daniel quería resultados y ella los había conseguido. Pero seguro que no eran los que esperaba, se dijo con una sonrisa de satisfacción. Al entrevistar nuevamente a los chavales que habían acudido a las termas, esta vez uno a uno y sin nadie que la censurara, por fin había desentrañado la razón por la cual su jefe había mantenido una actitud tan opaca respecto a esa parte del procedimiento. Aquellas joyas de chicos eran unos pequeños camellos. El día que habían acudido al balneario de Lolo iban «puestos» hasta arriba, de ahí el alboroto que habían organizado. Estaban festejando que habían colocado una cantidad considerable de marihuana. Habían bebido y fumado hasta hartarse, y se les había ocurrido seguir con la celebración allí. Cuando uno de ellos, el que parecía más impresionable, había confesado el motivo, asegurando que el tío de su amigo les había prometido que no les pasaría nada, ella le había apremiado para que le contara todos los detalles de lo que había ocurrido realmente en el establecimiento. Ahora entendía por qué Lolo se había disgustado. Drogados como estaban, habían cometido todo tipo de destrozos en aquello que él tanto amaba, su proyecto romano, su sueño. Pero lo que más le había sorprendido era saber que Daniel había quebrantado la ley para proteger a su sobrino. Tenía la obligación de iniciar un procedimiento por un delito de narcotráfico, y en lugar de eso lo había ocultado. Doble delito. Quien tantas lecciones daba sobre la importancia de seguir escrupulosamente las normas. La Annika de hace unos años probablemente los habría denunciado al momento, a los chicos y a su jefe, porque era lo correcto. La Annika de ahora había aprendido con los años y la experiencia de tenerle como superior que a veces lo más inteligente no era necesariamente «lo correcto». A veces actuar de otra forma podía ayudarle mejor a hacer justicia. Aún no sabía cómo iba a manejar esa información, pero sabía que tenía un as en la manga. Y esa noche no se desvelaría pensando que Daniel podía abrirle un expediente.

* * *

Víctor caminaba silbando felizmente. Se había pasado por el supermercado antes de llegar a casa e iba cargado con viandas. Ahora que había alguien más con él, no podía seguir viviendo con el frigorífico vacío. Aquella mañana

Sabina le había proporcionado una lista de ingredientes prometiéndole que por la noche cocinaría una comida típica bosnia, y él mismo había comprado los necesarios para su especialidad, la sanfaina catalana. Su madre le había enseñado a prepararla no hacía mucho tiempo y lo cierto era que no se le daba nada mal. Sabiendo que al día siguiente no tendría nada que hacer, pensaba disfrutar cada momento de aquella noche, que pretendía hacer muy especial. Por eso se había permitido dar un rodeo hasta una selecta enoteca y gastar parte de su exiguu presupuesto en un *Vranac*, un excelente vino balcánico con el que sorprendería a Sabina y que acompañaría el *burek* cocinado por ella. Estaba seguro de que recordaría siempre aquellos momentos, y quería hacer cuanto estuviera en su mano por hacerlos aún más inolvidables.

Con sus veintidós años nunca se había planteado mantener una relación seria, pero algo le decía en su interior que con Sabina sería diferente. Aunque sus amigos aseguraban de él que era un gran juerguista, también era un romántico, y su idea de la felicidad consistía en enamorarse de alguien y permanecer con esa persona para siempre. Ese era su plan de futuro. Casarse pronto, tener muchos hijos y envejecer junto a la persona elegida. Y ahora aquel flechazo le había dado alas a su carácter soñador y se sentía flotando en una nube. Sabina le había llamado la atención desde el primer momento por algo que nunca antes le había sucedido, un torrente de sentimientos que le desbordaba con su sola presencia y ante el cual no le quedaba más remedio que capitular y dejarse arrastrar.

Todo lo que había ido sucediendo entre ambos no había hecho más que confirmar su presentimiento inicial. Y, aunque jamás se lo confesara a sus amigos que le ridiculizarían por «moñas», estaba seguro de que había encontrado a esa persona. Porque desde que la había besado por primera vez, por fin sabía lo que era la magia de enamorarse y ser correspondido.

Al llegar a la altura de su edificio dirigió involuntariamente la vista hacia arriba, y, al contrario que el día anterior, no vio luz encendida. Se extrañó, pues la noche ya había caído hacía rato. Subió las escaleras con un mal presentimiento.

* * *

Bruno apagó el portátil. Al menos en España había buenas noticias, se consoló. Hablar con sus dos chicas le había levantado el ánimo. A Celia se la veía feliz,

parecía que Annika se estaba apañando bien con todo, y lo que le había contado sobre Daniel le había producido un gran regocijo. «Que se fastidie ese cabrón», murmuró para sí. Después de hacerle la vida imposible durante tanto tiempo, intentando siempre encontrar algo en lo que ella hubiera resbalado, un resquicio que le permitiera quitársela de en medio, las tornas habían cambiado de forma imprevista. Ahora era ella quien le tenía a él bien agarrado, se dijo con una sonrisa. Aunque ya no debería sorprenderle nada de Daniel, aquello no se lo había esperado. Sabía por Annika que el discurso de su jefe, aquel sobre el cual parecía sustentar toda su organización, era el de la rectitud, la integridad y la legalidad. Pero había bastado que un familiar infringiera las normas para desenmascarar la debilidad de los principios que él mismo predicaba. Bajo la capa de valores forjada de palabras demasiado a menudo se escondía un fondo de intereses, y ese era el caso de Daniel. Pensó en las indagaciones que Annika estaba llevando a cabo. Ojalá pudiera ayudarla, se dijo. Desde su primera investigación juntos le había picado el gusanillo y a menudo se unía a ella para intentar descifrar los casos no resueltos, si es que ella se decidía a compartirlos. Pero Mérida era una ciudad pequeña, tranquila, y los misterios solían quedar reducidos a cuestiones de hurtos o de narcotráfico a pequeña escala. Aquello era mucho más fascinante, a la vez que peligroso.

Sin embargo, no se arrepentía ni por un momento de haber acompañado a su madre en aquel viaje, que de otra forma ella tampoco habría emprendido. La revelación sobre la muerte de su padre, poder conocer a parte de su familia y la ciudad donde había nacido, todo aquello le había conectado con un aspecto de él mismo que hasta entonces desconocía. Sí, de alguna forma sentía que aquella ciudad y todo lo que le rodeaba formaba también parte de su identidad. Y que aquel viaje no era fruto del azar, sino del destino que había permanecido aguardando pacientemente el momento preciso para alcanzarle.

Experimentaba una gran confusión interior pero no pretendía zafarse de ella ni renegar de sus orígenes. Al contrario, aprehendería cuanto pudiera de esta oportunidad. Ya tendría tiempo de colocarlo en su sitio a su regreso a España.

El día había sido intenso. Tras recorrer la arteria principal del centro de Nápoles con todas sus atracciones y, como Raffaele ya le anticipara, toda su esencia, habían almorzado en el sitio previsto y recorrido más callejuelas, para regresar exhaustos al hospital donde habían transcurrido el resto de la tarde con la prima Elisa.

Raffaele no había querido dejar que pasara la noche sola, de modo que les había cedido las llaves de su casa, y su madre y él se encontraban solos en aquel imponente piso de principios del siglo veinte. Salió de la habitación donde se había enclaustrado para disfrutar de algo de intimidad al hablar con Annika y fue al salón a reencontrarse con su madre, a quien halló enfrascada en la contemplación de un televisivo show nocturno bastante similar a los producidos en España, poseída por un repentino interés en ponerse al día de las últimas noticias de la prensa rosa italiana.

* * *

—¿Sabina? —Víctor encendió las luces y miró a su alrededor—. ¿Sabina? Mi chica misteriosa, ¿dónde te metes?

Recorrió los escasos metros de su apartamento, se asomó al baño y a la cocina, pero como ella misma le había hecho notar el primer día que pasaron juntos, allí no había mucho sitio donde esconderse. Su chica misteriosa no estaba.

—¡Sabina! —gritó una vez más, ya consciente de que nadie atendería a su llamada.

Una angustia como nunca antes había sentido comenzó a oprimirle el pecho. Soltó en el suelo las bolsas de la compra que había olvidado que aún portaba consigo y se quedó mirando el apartamento vacío, sin saber qué hacer. Intentó ser racional. Quizá ella había necesitado salir para cualquier cosa. El día anterior le había mostrado el lugar donde guardaba unas llaves de reserva, aunque ella se había mantenido firme en la idea de no necesitarlas. Fue a comprobar si seguían allí. No, no las había cogido, observó aún más desconcertado. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso se había marchado para no volver? No podía ser, se dijo incrédulo.

Con la preocupación y la ansiedad ganando tantos por momentos, buscó frenético una hoja de papel y garabateó precipitadamente. «Si vuelves, espérame en la puerta. He salido a buscarte.» Cerró el apartamento colocando el mensaje de forma visible sobre el felpudo y recorrió las escaleras en sentido inverso.

Miércoles, 11 de septiembre

Annika dejó a Celia en el colegio. Había comenzado las clases hacía solo unos días, y para su alivio la pequeña estaba encantada, pues sabía por las madres de algunos de sus compañeros que aquello podía ser una lucha diaria. Pero Celia había tenido la suerte de coincidir en clase y pupitre con una de sus mejores amiguitas del centro infantil, y vivía cada día de colegio como una nueva aventura.

La besó en la frente y regresó al coche. El centro educativo abría algo después que la comisaría, de modo que a pesar de dejarla allí la primera, para cuando aparcó el coche descubrió contrariada que el de Daniel ya se encontraba en el *parking*. Parecía que no pensaba darle un respiro.

Se encaminó directamente a su despacho.

—Vaya, así que ya se ha dignado la señora. Llevo diez minutos esperándote. ¿Qué te dije ayer sobre la hora?

Un jactancioso Daniel comenzó una perorata sobre la obligación del estricto cumplimiento de las normas, pero esta vez Annika no tenía ninguna intención de achantarse y no le afectó ni el tono burlón del saludo ni el discurso posterior. Es más, incluso se regocijó con su actitud. Inspiró tranquilamente aguardando hasta que concluyó y le tocó el turno de hablar.

—Daniel, sabes tan bien como yo que trabajo muchas horas de más, horas que jamás cobro ni compenso en modo alguno. Si quieres que las cuente y me ciña rigurosamente a su cumplimiento, podemos empezar cuando quieras — tras constatar la perplejidad en el rostro de su jefe, atónito ante aquella inusitada respuesta, continuó con mayor seguridad—. Esta semana tengo que llevar a mi hija al colegio y no lo abren hasta las ocho y media, por lo que no me verás aparecer antes por aquí. Deberías estar contento de que normalmente otra persona pueda hacerlo por mí. No es lo habitual.

Daniel la contempló como si se hubiera vuelto loca, pero tardó solo unos instantes en reponerse. Una sombría concentración de indiferencia y desdén cargó entonces su rostro. No iba a permitir que una subordinada le desafiara.

—Cómo te organices en tu vida privada no es asunto mío, no me importan lo más mínimo tus cuestiones familiares. Yo aquí exijo resultados. Más vale que

hayas traído algo después del lío en que nos metiste ayer. ¿Y bien? —quedó a la espera de su respuesta.

«De acuerdo, primera batalla ganada, vamos a por la segunda», anotó Annika, consciente de que a pesar del tono despectivo, el comisario había aparcado a un lado el tema del horario. Al menos ya no tenía que preocuparse por eso el resto de la semana.

—Estoy convencida de la existencia de una conexión entre ambos crímenes —comenzó—. Quien quiera que matara a aquel chico en las termas debió ser la misma persona que intentó asesinar al alto cargo del gobierno. Y creo que en unos días podré demostrarlo.

Daniel no daba crédito.

—¿Me estás diciendo que no solo llegas cuando te parece sino que además desobedeces expresamente mis órdenes y te empeñas en dirigir el caso a tu manera, con esa teoría absurda? Espero haber entendido mal, o de lo contrario no me quedará más remedio que sancionarte de manera inmediata.

—No has entendido mal, Daniel. Ayer volví a repasar el expediente desde el principio. Si obviamos esta teoría absurda, como tú dices, nos quedan dos posibles vías. La primera de ellas nos remite a la amante de la víctima, pero que como tú mismo comprobaste en el interrogatorio, no parecía tener problemas en la relación con él, y por lo que sabemos hasta la fecha carece de móvil para hacer algo así.

—En cuanto a la segunda de las vías —le miró a los ojos y tomó impulso para continuar—, la investigación nos lleva al grupo de jóvenes que acudieron a las termas en la tarde del asesinato y se enfrentaron con la víctima. Parece que ocasionaron un altercado muy desagradable pocas horas antes de su muerte.

Daniel no pudo ocultar su nerviosismo, la mandíbula apretada y la vena de la frente latiendo con violencia. Observó a su subordinada, interesado en saber hasta dónde era capaz de llegar.

—Así que continué indagando tras esa pista y obtuve resultados, como me pediste —se permitió apostillar—. Por el momento, lo que he averiguado es que han incurrido en un grave delito de narcotráfico y en otro de daños contra la propiedad ajena, por los que aún no han sido sancionados. ¿Crees que debo iniciarles un expediente por estos delitos y arrestarles como principales sospechosos? De ese modo podré seguir interrogándoles hasta llegar al fondo del asunto.

Lo preguntó con la expresión más inocente de que fue capaz, y al mirarle constató cómo intentaba contenerse, rojo de ira. Supo que se había salido con la suya, aunque probablemente no por mucho tiempo. Cada batalla ganada a Daniel se traducían en un aumento del rencor que este le guardaba pacientemente hasta que llegara una oportunidad de desquitarse. Sabía que no lo olvidaría.

—Estudia la relación entre los dos casos y tráeme algo concreto hoy mismo —exigió al fin con una frialdad espeluznante—. Sin ello, no podré dar el visto bueno para proseguir con esa línea. Nos están supervisando de cerca.

Asintió y se despidió. Su mirada cargada de odio se le filtró por dentro y le dejó una sensación de malestar que tardaría en disiparse. Aun así, no pudo evitar salir por primera vez de aquel despacho con una sonrisa en los labios que en vano trató de disimular.

* * *

Apenas había pegado ojo. Víctor se despertó, pero tardó en reunir las fuerzas suficientes para levantarse. Aún podía sentir su olor en las sábanas que habían compartido. ¿Por qué se habría ido sin decir nada? Había pasado la noche anterior deambulando por las calles de Tarragona con la vana esperanza de tropezar con ella. Se negaba a aceptar la sombra que en su mente iba tomando forma y expandiéndose, la sombra de razón que quería anteponerse a lo que el corazón le dictaba, pero poco a poco y a su pesar iba ganando espacio. Tenía que admitir que la suposición de Manel había resultado ser la interpretación más lógica para lo que había ocurrido. Al menos él no era capaz de encontrar otra, por más que se esforzara. Porque... ¿qué sabía de Sabina, después de todo? Ella le había hecho creer que confiaba en él, pero realmente ni siquiera había llegado a contarle quién la perseguía ni por qué. Tampoco el motivo por el que había abandonado su país de origen ni por qué estaba tan sola. Que la policía la buscara, eso sí era una explicación. Su jefe no se había cortado a la hora de decirle lo que pensaba. Que debía ser una ladrona de alguna mafia extranjera a quien seguían la pista y habían acorralado. Pero a él no le había robado nada, admitió. Y entonces recordó algo que le hizo levantarse de la cama de un respingo. Fue a la entrada del apartamento y abrió el mismo cajón del día anterior, donde permanecían las llaves que había abrigado la esperanza de que Sabina se hubiera llevado con la intención de regresar, pero no fue en

eso en lo que reparó. Junto a ellas guardaba un sobre con dinero, la suma del alquiler que el casero debía pasarse a recoger en unos días. Lo abrió para cerciorarse de lo que esa sombra de razón proclamaba, y comprobó abatido que no podía negar su voz por más tiempo. El dinero no estaba.

* * *

Lluisa conversaba amistosamente con un cliente habitual cuando vio a Víctor aparecer a través de la cristalera del bar y quedó desconcertada.

—¿Tú aquí? ¿Y tan temprano? Primero rechazas librar un fin de semana y ahora te presentas en tu día libre. ¿Qué pasa, estás enganchado a esto o qué? ¿Nos echabas de menos? —se mofó divertida, pero al observarle de cerca se arrepintió. Su joven compañero, siempre tan atractivo con sus simpáticos hoyuelos y sus risueños ojos negros, presentaba aquella mañana un aspecto deplorable, la estela del insomnio y la preocupación marcada en su rostro. Él se limitó a mirarla con apatía, sin esforzarse siquiera en contestar.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

—¿Está Manel? —preguntó él a su vez.

—No, no ha llegado aún.

Tras un instante de vacilación, le vio asentir con gesto cansado.

—Te lo contaré —accedió—. Pero ni una palabra a él.

Víctor no tenía ganas de ponerle voz a lo ocurrido, pues comprendía que implicaría su traslado definitivo al territorio de la realidad donde ya no podría seguir jugando a negárselo. Pero al mismo tiempo se sentía burlado, necesitaba desahogarse con alguien y al menos ella no le ridiculizaría por su conducta como Manel.

Lluisa le dio su palabra y escuchó apenada la historia que le contó. Sabía lo duro que podía llegar a ser un desengaño amoroso, y más para alguien tan joven y sensible como aquel chico. Aunque se las diera de duro con los colegas, a ella no la engañaba. Le apreciaba precisamente porque poseía un corazón enorme, y por la ingenuidad de sus veintidós años que le recordaba la suya propia, en buena parte perdida con los años y la experiencia. Pero esta vez se había pasado. Víctor había confiado ciegamente en alguien que no conocía de nada, la había dejado en su casa y permitido acceso a todo. Ni siquiera la Lluisa de quince años atrás habría hecho algo así, calculó recordando la diferencia de edad entre ellos.

Le dieron ganas de reñirle como a un hermano pequeño, pero se contuvo. Sabía que se había ido de la casa materna para conquistar su independencia, y ya tenía bastante con Manel ejerciendo de padre en algunas ocasiones. No necesitaba más familia artificial. Como, por otro lado, no se le daba demasiado bien dar consuelo, no se le ocurrió qué decir para confortarle, así que lo hizo a su manera. Cuando Víctor acabó de desahogarse se giró en la barra y sin mediar palabra le preparó un café cargado y una tostada catalana bastante más generosa en jamón serrano de lo habitual.

—Esa chica no era para ti —le aseguró tras servirle el desayuno con la esperanza de infundirle algo de ánimos.

Él picoteó el pan con desgana.

—Ahí te equivocas. Eso es precisamente lo que está haciendo que me desespere. Siento que lo era. Que lo es.

«Pero Víctor...», ahora sí le entraron ganas de zarandearle. Inspiró hondo y se reprimió una vez más, sin poder entender cómo seguía tratando de aferrarse. Aprovechó para atender a una pareja que había entrado en el establecimiento y a la vuelta, más calmada, lo intentó de nuevo.

—A veces, sin saberlo, vemos tan solo lo que queremos ver —quiso explicarle con tono paciente—. Nos afecta tanto una situación que somos incapaces de ver lo más obvio, por eso necesitamos de las personas que nos aprecian para que nos ayuden a comprenderlo.

Víctor no levantó la mirada de la tostada que tenía delante, pero ella advirtió que al menos la estaba escuchando y continuó.

—Dices que la has buscado por todas partes, ¿no? Entonces ya has hecho cuanto has podido. Si ella quiere volver, ya sabe dónde encontrarte. Ahora olvídate del tema y disfruta de tu día libre.

Víctor siguió jugueteando con la rebanada de pan, dándole vueltas sin llegar a comérsela, y ya empezaba a ponerse nerviosa observándole cuando de repente vio que levantó la cabeza y se quedó mirándola fijamente.

—No la he buscado en todas partes —murmuró como si acabara de alcanzar una gran revelación—. No, no he hecho todo lo que he podido. Aún no.

Se levantó del taburete y sin más se dirigió a la puerta ante la mirada perpleja de su compañera. En el último momento pareció recordar algo, se paró, miró el reloj, vaciló y finalmente se dio la vuelta para llamarla.

—¡Lluisa!

—Dime —contestó esperanzada.

—Ya te he explicado cómo es. Si una chica así aparece a media mañana pidiendo un café doble llámame al móvil de inmediato. Se sienta siempre allí —señaló una mesita arrinconada al fondo, la más discreta del establecimiento.

—Y... gracias por todo —agregó antes de girarse de nuevo y salir por la puerta.

Lluisa se encogió de hombros para sí en una mezcla de impotencia y resignación, y comenzó a retirar el desayuno casi completo que el chico había dejado.

* * *

A diferencia del día anterior, Annika ya podía centrarse en lo verdaderamente importante. Alguien que se encontraba vinculado al pasado romano de la ciudad había intentado asesinar a dos personas, y logrado su propósito con una de ellas. Repasó de nuevo ambos expedientes policiales con el objetivo de hallar coincidencias entre las víctimas. La primera de ellas, el joven Lolo, había puesto en marcha un establecimiento hostelero que representaba el modo de vida romano, y era socio de aquel proyecto de revalorización del patrimonio. El segundo era un político, alto cargo del gobierno, y ni siquiera era de Mérida, antigua capital de *Lusitania* y referente en la región por su pasado romano, muchos de cuyos restos aún coexistían con el presente. Aquel *Excelentísimo*, tratamiento protocolario del que gozaban los consejeros regionales, vivía en Trujillo, un municipio en el sureste de la provincia de Cáceres a noventa kilómetros de la capital autonómica, desde donde un coche oficial le llevaba y traía a diario para sus quehaceres en el gobierno.

Trujillo era, al igual que Mérida, una población eminentemente turística y que había desempeñado también un papel importante en la historia de Extremadura. Era, entre otras cosas, la ciudad de nacimiento de conquistadores de las Américas como Francisco Orellana, descubridor del río Amazonas, o Francisco Pizarro, colonizador de Perú, cuya escultura ecuestre en el centro de la población constituía junto a los majestuosos palacios que la rodeaban, uno de sus símbolos más emblemáticos.

Al evocar aquella imagen de la Plaza Mayor, se preguntó si el pasado de aquel municipio tendría algo que ver con el tema que le concernía. Tenía

entendido que no fue hasta la época medieval cuando comenzó a destacar, primero como cabeza de un extenso señorío, después como territorio integrante del imperio almohade, y ya desde el siglo quince con su título de ciudad. Pero... ¿habría sido también romano su origen?

Comenzó a documentarse, y una hora después ya había constatado que así fue. *Turgalium*, denominación latina del topónimo correspondiente al primitivo castro indígena había sido fundada tras la incorporación de *Lusitania* al dominio romano, constituyéndose en villa de paso entre las ciudades de *Augusta Emerita* y *Toletum* relativamente cercana a *Augustobriga*, la desaparecida Talavera la Vieja. Otra hora más y ya había accedido a estudios que apuntaban a que no solo tuvo orígenes romanos sino que llegó a ser una población de cierta importancia. Se había documentado sobre el elevado número de estelas funerarias romanas halladas que parecían atestiguarlo, e incluso había hallado documentos que sostenían que se constituyó en cabeza de prefectura dependiente de *Augusta Emerita*.

Las voces de unos compañeros que bromeaban a su lado la distrajeron y solo entonces se dio cuenta de no haber despegado los ojos de la pantalla del ordenador en toda la mañana. Notó el escozor y frotándose los ojos, decidió parar un poco. Tras un rápido café en la máquina, regresó a su lugar de trabajo y se dispuso a enfrascarse de nuevo en el estudio pero había perdido la concentración y sintió que la voluntad le flaqueaba. De repente tantos datos históricos le abrumaron. ¿A dónde quería ir a parar? Al reflexionar sobre ello le pareció poco menos que absurdo. El consejero era de Trujillo, Trujillo había tenido un pasado romano, había crecido durante su ocupación hasta convertirse en una ciudad más o menos reseñable... ¿y qué? Si el asesino pretendía eliminar a personas relacionadas con la cultura romana, aquello no era suficiente. Podría haber elegido a cualquiera que proviniera de algún otro lugar. Extremadura contaba con diversos municipios con la misma o mayor identidad de su pasado romano que aquella pequeña población con título de ciudad.

En el caso de Lolo, el vínculo estaba claro, como lo estaba el objeto con el que habían segado su vida. En el caso del consejero, el arma del crimen estaba igualmente relacionada, pero... ¿por qué él? se preguntó una vez más frunciendo el ceño, y de repente cayó en la cuenta.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? El consejero de Educación... — masculló para sí con enojo. Solo a una persona con total desinterés por la

actualidad política y los cambiantes organigramas del gobierno regional se le podía haber pasado por alto un detalle así.

Una compañera que pasaba a unos metros de su mesa la miró con curiosidad y Annika decidió confirmar sus sospechas.

—Dime una cosa —pidió—. ¿Qué era lo que llevaba el político agredido?

—¿A qué te refieres? —contestó una desorientada Sonia.

—¿Cuál es exactamente su cartera?

—Ah, Educación y Cultura.

Sonia se sobresaltó ante el puño que dejó caer Annika sobre su mesa.

—Y, solo por confirmar... ¿de quién dependen las competencias de patrimonio histórico en la región?

—¿Quieres decir a qué Consejería corresponde su gestión?

Annika asintió con gesto de impaciencia.

—Ah, pues a la de Cultura, claro. ¿Por qué?

—Nada, solo por asegurarme —replicó sumiéndose de nuevo en su mal humor.

* * *

—Oye, aquí no te puedes quedar todo el día —la rechoncha mujer de tez morena y arrugas delatoras de un paso por la treintena no demasiado reciente, ya a aquellas horas elevada veinte centímetros sobre el suelo merced a unas imponentes alzas, parecía aún menos entusiasmada con su presencia que cuando se presentó allí el día anterior.

—Vamos, Mariana, no molestaré. Dame un par de días, hasta que vea qué puedo hacer —casi imploró.

—¿Qué puedes hacer? Yo te diré lo que puedes hacer. Ganarte la vida, como hacemos las demás. ¿O es que te crees mejor que yo? —preguntó desdeñosa mirándola de arriba a abajo. No era la primera que volvía, y no le importaba siempre y cuando no pretendiera que cargase con ella. Le exasperaban aquellas chiquillas que reaparecían un día de repente con ínfulas de redimidas, exteriorizando una renovada repulsión que les impedía mantenerse como antes sí lo habían hecho, pero tratando en cambio de aprovecharse de su propio sacrificio. Un sacrificio que cada día le costaba más. No se le escapaba la realidad. Cada día las había más jovencitas, y ella no era inmune a los estragos de la edad. Aún los había que las preferían

rollizas y maduras, una mujer experimentada que supiera cómo hacer gozar a un hombre. Pero muchos elegían antes a muchachas inexpertas, indiferentes e incluso reacias, con tal de tener un cuerpo terso y esbelto a su disposición.

Sabina bajó la mirada, negando con la cabeza. Ella no se creía mejor que nadie. Pero no podía. Cuando huyó de la mafia que la mantuvo encerrada obligándola a explotar su cuerpo de una forma degradante e inhumana hizo de todo con tal de no volver a caer en sus redes, y Mariana le había ofrecido un lugar donde esconderse y un medio de supervivencia, pero hacía tiempo que había tomado una decisión sin retorno. Se había prometido a sí misma no volver a pasar por aquello, y no lo haría. Bajo ninguna circunstancia. Mucho menos después de aquella noche junto a Víctor.

—Aquí no puedes estar —le repitió la que en su día le diera cobijo, mientras con aparente indiferencia trataba de domar sus largos y ensortijados cabellos en un recogido que emulara una elegancia antaño perdida—. Necesitamos el espacio, ¿qué pasa si se llenan todas las habitaciones? Si quieres quedarte, haz como el resto. Te buscas a uno y pagas el alquiler del cuarto.

—Toma, si ese es el problema. Con esto tienes para todo el día —alargó el brazo entregándole un billete de cien euros que la mujer atrapó con avidez, para escudriñarlo a continuación en un afán de comprobar su autenticidad antes de guardarlo a buen recaudo en el fondo de su generoso sujetador.

—No sé de dónde lo habrás sacado, pero no podrás mantenerte así mucho tiempo —advirtió por toda despedida, y sin más los aguzados tacones que sostenían su corpulenta figura la condujeron desfilando voluptuosamente hacia la puerta, en un desafío manifiesto a la ley de la gravedad.

Sabina la vio marcharse y apretó los dientes, limpiándose con el dorso de la mano una lágrima que pese a su obstinación se había escapado de su ojo derecho.

«Nunca más», se dijo. «Nunca más.»

* * *

Lluisa no conseguía desembarazarse de la aflicción que la invadía desde el viaje a Extremadura. El trágico suceso la había transportado de alguna forma a su pasado, al pasado de varios años atrás en que era feliz junto a Lolo, antes de que todo se estropeará. Las imágenes de días felices con él se proyectaban en

su mente como en una película rayada, adelante y atrás, sin intención de parar. Lolo riendo, Lolo esperándola en casa con la cena preparada cuando llegaba exhausta del bar, Lolo despidiéndola cada día desde el balcón, Lolo pegando saltos de alegría cuando consiguió un puesto de guía turístico de la ciudad. Pero también las escenas de los malos tiempos la atormentaban. Cuando no le renovaron en aquel trabajo y no era capaz de encontrar nada con lo que mantenerse, y poco a poco se le fue agriando el carácter, enfadándose por todo, y cayendo en una depresión que le había durado meses. Al principio ella había tratado de ayudarle, pero se había agotado pronto. *Quizá demasiado pronto*, volvió a martirizarse como hacía mucho que no le ocurría. Llegaba demasiado cansada de su trabajo como camarera, siempre echando más horas de la cuenta, siempre sintiéndose explotada fuese cual fuese el bar o restaurante que por aquellos tiempos la hubiera contratado. Demasiado cansada para lidiar con otro miura. Para acabar agotada tratando de hacerle sonreír, tratando de no sentirse herida por sus malas contestaciones, de no desesperarse por su falta de motivación y de interés en continuar buscando trabajo, hacer las tareas de la casa, o siquiera cuidar su aspecto físico.

Y así fue como ocurrió. Poco a poco fue dejando de quererle. Un día se dio cuenta de que la persona de la cual se había enamorado ya no existía. El hombre de su vida ya no era el hombre de su vida, sino el del pasado, el de un tiempo que se había ido para siempre. No podía sentirse atraída por aquel chico que no le transmitía ni un pensamiento positivo, ni una sonrisa, ni un gesto de afecto. Que parecía no desearla, pues había perdido incluso la atracción sexual. Como la fue perdiendo ella ante el hombre desaliñado al que le costaba reconocer, con una tripa prominente que no dejaba de aumentar y eterna barba de varios días. Y un día le dejó. Así, sin más. Ella era consciente de que él estaba pasando por un mal momento, pero no se encontró capaz de sobrellevarlo. Si seguían conviviendo una sola semana más, sabía que acabaría como él. Cortaron toda relación y ella siguió adelante con su vida. Se concentró en su trabajo, se refugió en su familia y amistades, y poco a poco la herida fue cicatrizando, el vacío relleniéndose con nuevas personas, nuevos recuerdos.

No supo nada más de él hasta que un año después Lolo la localizó. Una tarde se acercó a la cafetería en la que por entonces trabajaba para tomarse un refresco y contarle que había cambiado. Y efectivamente así era. Aunque seguía con algunos kilos de más, había transformado su imagen. Había trocado

la melena que durante tanto tiempo llevó recogida en una descuidada coleta por un peinado totalmente diferente, y el corte le favorecía. Sus finos cabellos castaños no pasaban ahora de unos dos o tres centímetros, salvo en la parte delantera, donde un flequillo le caía de forma desenfadada, dejando entrever solo a medias la amplia frente y suavizando sus facciones. También había renovado el armario, que ella tan bien conocía. Pero le habría bastado con mirarle a los ojos para confirmar sus palabras. Le brillaban como ya no recordaba que pudieran hacerlo. Estaba entusiasmado.

Mientras se tomaba aquel refresco le confesó que por fin sabía el rumbo que quería tomar en la vida, que se había levantado de la roca en la que había pasado tanto tiempo sentado sin fuerzas para continuar el camino y ahora tenía claro hacia dónde dirigirse. Regresaba a su añorada tierra a poner en marcha su propio sueño empresarial. Una ciudad romana. Ella se había echado a reír, y él le había afirmado con mucha seriedad que no era una broma, y que podía estar segura de que iba a lograrlo. «Cuando sabes lo que deseas y lo persigues, el Universo entero conspira para que lo consigas», había parafraseado a Paulo Coelho, autor que les encantaba a ambos y había sido objeto de muchas citas cómplices entre los dos. Le contó minuciosamente su plan, cómo comenzaría restaurando la casa de sus padres, cómo invertiría cada nuevo euro en levantar aquella recreación del pasado romano, mucho más que un parque temático donde recordar la historia y disfrutar de los placeres de aquella civilización. Cómo, en fin, colocaría su pequeño pueblo en el mapa y aunaría sus grandes pasiones.

Ella no le había tomado en serio, pero se había alegrado de corazón al comprobar que era el mismo Lolo de siempre, el Lolo del que se había enamorado tiempo atrás. Optimista, alegre e ilusionado. Ya no había amor por parte de ninguno, aquello se había perdido en el camino, pero sí afecto, y desde entonces habían quedado como buenos amigos. En la distancia, eso sí, porque él cumplió pronto su palabra y regresó a su lugar de origen. Por los correos que se cruzaban le iba contando sus avances, hasta que, poco a poco y a medida que él fue rehaciendo su vida en su pueblo y dejándose absorber más y más por su proyecto, la comunicación se hizo cada vez más esporádica hasta prácticamente desaparecer.

Lluisa salió del ensimismamiento en que se hallaba sumida al ver aparecer a su jefe y exhaló un largo suspiro. Sí, ahora estaba segura de que Lolo lo habría conseguido. Ya tenía su propia mansión, e iba ahorrando para ampliar

aquel reducto romano poco a poco. Lo habría logrado. Si alguien no le hubiera apuñalado dentro de su propio sueño.

—Vaya suspiro. No estarás enamorada tú también, ¿no? —indagó Manel con una sonrisa, a medio camino entre la burla y la curiosidad—. Con un tortolito ya tengo bastante.

—No, no es ese tipo de suspiro —replicó y, haciéndose la tonta, decidió husmear un poco—. ¿Por qué dices «también»? ¿Quién ha caído en las redes del amor? —preguntó con sorna.

—El alelado de tu compañero, quién va a ser. Ya sabemos lo despistado que es, pero en los últimos días estaba imposible. Con esa sonrisa ñoña tatuada en la cara.

—Vaya, ¿y quién es la afortunada?

—¿Afortunada? —su jefe se rio—. Pues no tengo ni idea. Vete tú a saber. Cualquier chavala que engañara en las discotecas a las que van los de su edad.

—Oye, que Víctor es un buen chico —le defendió.

—Si no te digo yo que no —admitió Manel—. De hecho, se pasa de bueno. ¿Te ha contado que recogió a una de esas inmigrantes? Andaba huida de la justicia y el muy bobo la mete en casa. Si no fuera por mí, qué haríais vosotros si no fuera por mí.

—¿Por qué dices eso? —preguntó escamada al escuchar aquel último comentario.

—Pues porque os estoy salvando siempre el culo, mujer. Sobre todo al chaval.

Ante su mirada de desconcierto, Manel le explicó.

—Me dijo que la sacaría de su apartamento pero no me lo creí ni por un segundo. Así que llamé a los *mossos* y les di la dirección. No pienso ser cómplice de una fugitiva, y menos de que timen a uno de mis empleados. Que luego os tengo que aguantar yo.

* * *

Bruno y Carla continuaron con la rutina del día anterior. Se levantaron temprano, desayunaron sendos *capuccinos* y se dirigieron hacia el hospital. Allí les esperaba Elisa ya despierta, junto a su marido, que había pasado la noche a su lado. Bruno se dejaba llevar por las circunstancias, pero no podía quitarse de la cabeza todo el asunto de su padre. Por deformación profesional,

como periodista quería llegar siempre al fondo de un asunto, pero en este caso además se trataba de su propio padre, de sus raíces, de él mismo. Al charlar con Annika la noche anterior casi había tenido que morderse la lengua para no hablarle de ello. Sabía que esa semana era ya muy complicada para ella y no quería preocuparla más. Tampoco quería volver de forma recurrente al tema con su madre, a quien veía decaída con la situación de Elisa. De modo que por el momento trataba de apartarlo de su mente. Tarde o temprano se ocuparía de ello, y llegaría también al fondo de ese tema. Si su padre había tenido que ver con la mafia, si se había implicado en alguna forma con uno de esos clanes que extendían sus tentáculos por la Campania y como consecuencia le habían asesinado, él lo sabría. Necesitaba saberlo. La confesión materna había prendido una mecha en su interior y se conocía a sí mismo lo suficientemente bien para saber que la quemazón no se extinguiría hasta averiguar toda la verdad.

Carla insistió a Raffaele para que se fuera a casa a descansar mientras ellos le relevaban, y este, que no habría querido separarse de su mujer, acabó accediendo tras constatar que no valdría de nada resistirse ante la terquedad de la que seguía siendo tan napolitana como si nunca hubiera abandonado la ciudad.

Bruno y su madre permanecieron con Elisa, que escuchaba con ojos afables las historias de Carla sobre sus infancias, asintiendo y puntualizando algunas escenas que se habían preservado de forma diferente en las mentes de ambas, rememorando así cada feliz recuerdo que se había aferrado a través del paso de los años, y rescatando otros juntas. Él escuchaba prestando toda su atención, aun a sabiendas de que aunque ambas mujeres se dirigieran a él al contar sus historias, en realidad lo hacían para ellas mismas, para protegerlas y evitar con ello su caída en un olvido sin retorno. Atesorando de aquel modo lo que ni el presente ni el futuro inminente podrían robarles, pasara lo que pasara en los días venideros.

A media mañana un enfermero entró en la habitación para comunicarles que iban a realizarle a Elisa una prueba que la tendría ocupada buena parte del día, de modo que debían despedirse de ella por el momento.

—¿Cuánto tardará? —quiso saber Carla, impaciente por poder regresar cuanto antes a su lado.

—Me temo que varias horas —su tono era afable, dulce, modulado a lo largo de los años para tratar de mitigar el dolor ajeno—. Es una prueba algo

dolorosa, y tras ella quedará muy fatigada. Le daremos un calmante para que descanse y probablemente dormirá un buen rato. No tiene sentido que vengan más hoy. Al menos no hasta última hora de la tarde —añadió al observar la decepción en la mirada de Carla.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntó ella nada más salir del hospital, desmoralizada por el cambio de planes que le impedía hacer algo más por su prima.

—Primero, avisar a Raffaele —recordó Bruno—. Y después... me prometiste una visita a Pompeya —dejó caer el comentario expectante y algo inseguro, temiendo un reproche de su madre por sugerir algo así en un momento tan delicado. Pero tenía que intentarlo. No existía en ningún rincón del planeta nada similar a aquella ciudad repentinamente sepultada. Era una oportunidad única.

Carla se rindió con gesto de resignación.

—Está bien, tienes razón. Aprovechemos el día para algo.

Una vez en la estación central de Nápoles se dirigieron a una taquilla.

—*Due biglietti per la circumvesuviana. A gli scavi* —le oyó decir a su madre.

—¿*La circumvesuviana*? ¿qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—El tren que nos llevará a Pompeya, claro. Una atracción turística en sí mismo —sonrió melancólicamente—. La prima dice que está exactamente igual que cuando vivíamos en Nápoles, solo que más envejecido por los años. Eso sí, alégrate de que ya sea septiembre y haya refrescado un poco. Aquí lo conocen como «el tren del infierno».

—¿Y eso?

Su madre le hizo un gesto enigmático, dándole a entender que ya lo deduciría por él mismo. Lo cual sucedió al poco de estar montado en aquel vagón que debió ser blanco y rojo mucho tiempo atrás, pero que aparecía ahora cubierto de coloridas letras de *graffiti* de principio a fin. El tren estaba a reborar, principalmente de turistas que se fusionaban entre los escasos viajeros habituales. Bruno, de pie agarrándose como podía a una sujeción del techo junto a otros dos pasajeros, sudaba copiosamente. Intentó abrir una ventana para comprobar con frustración que no era posible.

—¿Pero esto es legal? ¡Si es peor que el metro! —se quejó.

—¿Legal? Esto es Nápoles —replicó su madre como si aquella afirmación contestara a todas las preguntas—. La esencia. Respírala.

Respirar. Eso era precisamente lo que Bruno habría evitado en aquel ambiente caldeado de poder hacerlo. Pero optó por dejar de lamentarse y se concentró en observar la concurrencia, percatándose de qué curiosa era la mescolanza de personajes. Un japonés escudriñaba su guía, posiblemente tratando de dilucidar cuál sería la parada a Pompeya. Dos británicos con sus chanclas y calcetines, sus caras coloradas y las marcas de tirantes de una camiseta diferente señal de no ser su primer día en el sur de Italia, a sus ojos prototipos del perfecto *guiri*, habían logrado sentarse y tomaban fotografías del paisaje que se sucedía ante sus ojos. Varios jóvenes portando enormes gafas de sol y mochilas de tirantes caídos bromeaban entre ellos en un dialecto que a él mismo le costaba descifrar. En general, a pesar del calor, se dio cuenta de que nadie parecía sentir incomodidad. El ambiente transmitía una alegría contagiosa, ya fuera fruto de las vacaciones de los visitantes o del alborozo característico de los lugareños. O, tal vez, de una irresistible mezcla de ambos.

Bruno se relajó y consiguió disfrutar del recorrido. Sin embargo, cuando tras una holgada media hora y un buen número de paradas, el descolorido letrero azul y blanco de la estación a la que lentamente se acercaban le indicó que habían llegado a las excavaciones de Pompeya, no pudo menos que exhalar un suspiro de alivio. Se limpió por enésima vez el sudor de la frente y se dispuso a respirar el aire menos viciado del exterior.

Nada más poner el pie en la plataforma de la estación cualquier fastidio del viaje quedó relegado y un sentimiento de emoción le recorrió el cuerpo. Aquello era, desde hacía mucho, algo en su lista pendiente de sueños por cumplir.

A su madre también le había mejorado el estado de ánimo. El buen humor que la imbuía ante la posibilidad de mostrarle a su hijo todos los tesoros de su tierra la atrapó de nuevo. Decidieron comer algo, y tras degustar unos *panini* en uno de los establecimientos al pie de la estación del tren, se pusieron en marcha de nuevo. Aunque el verano estaba finalizando, continuaba siendo temporada alta en Pompeya, de modo que no había pérdida posible hasta la zona arqueológica. Siguieron a la masa que se dirigía ordenadamente hacia la entrada y esperaron con paciencia la extensa cola. Mientras aguardaban su turno, Bruno observó a varias personas que preguntaban el idioma de los

presentes una y otra vez.

—¿Quiénes son? —preguntó a su madre.

—Guías turísticos. Tratan de formar grupos de un idioma determinado y pactan un precio para mostrarles los secretos de la ciudad.

—Vaya, me gustaría ir con alguno.

—Pero si más o menos yo puedo contártelo —ante la mirada suplicante de su hijo, Carla cambió de opinión—. Está bien. Para una vez que venimos, haremos como quieras. Busca un grupo de italiano o de español y nos sumamos.

Bruno preguntó a varios guías. Como solía suceder en los lugares más turísticos, el idioma de la tierra era el que menos se hablaba. Encontró ofertas para guiarle en inglés, alemán, francés, japonés... Al fin dio con una chica que estaba dispuesta a establecer un grupo de italiano.

—Hay una familia de Milán —le informó la joven—. No me traía cuenta hacer la visita para ellos solos, pero con dos más la cosa cambia. Voy a ver si los localizo. Aunque no será un grupo muy grande, así podré explicaros más cosas, y después de todo, prefiero hacerlo en italiano. Mi inglés no es demasiado bueno —sonrió a modo de excusa.

Las siguientes dos horas se pasaron volando a pesar del sofocante calor. La temperatura intempestiva de la hora post almuerzo disminuía en parte la aglomeración habitual, y la guía resultó ser una arqueóloga devota de aquella ciudad sepultada. Les contó cuantos secretos conocía y contestó incansable todas sus preguntas. Tras acabar el recorrido, la familia de Milán, con dos chicos en edad adolescente, se retiró fatigada y ellos continuaron conversando con la guía. Era del barrio en el que se había criado su madre, y eso hizo que ambas congeniaran desde el primer momento y que fuera más receptiva a la inagotable curiosidad de Bruno.

—¿Cómo acabaste trabajando aquí? —preguntó cuando no se le ocurrió qué más consultar sobre la ciudad.

—Bueno, la cultura romana es apasionante. Si además eres de una región como la Campania, te diría que te atrapa irremediablemente. Desde pequeña ya me llamaban la atención las construcciones antiguas que hay diseminadas por todas partes.

—Sí, en Mérida pasa algo así. Salvando las diferencias, claro.

—¿Vives en Mérida? —la chica le contempló con renovado interés—. Es una ciudad fascinante.

—¿La conoces?

—En realidad no —admitió—. Nunca he estado allí, aunque la estudié durante la carrera universitaria, como todas las capitales del imperio romano que aún conservan restos del esplendor anterior.

Bruno asintió.

—Supongo que allí también habrá muchos arqueólogos —comentó la joven.

—Sí, también hay mucha fascinación por esta cultura —recordó la investigación de Annika. Los mecenas, las armas romanas con que habían sido atacados aquellos dos hombres...—. Incluso diría que algún fanático —agregó, sin poder disimular el desasosiego que le hizo presa al recordar que su chica estaría cerca de ellos.

—Sí, claro. Como los «ab aeterno» —la guía bajó la voz y adquirió un aire de extraña solemnidad.

Vio cómo el semblante de Carla se alteró súbitamente con aquella mención, algo que le intrigó de inmediato.

—¿«Ab aeterno»? ¿Qué es eso? —quiso saber.

—Es una leyenda —replicó su madre incómoda, tratando de atajar la conversación.

—Bueno, lo cierto es que hay pruebas de que existen —le corrigió la chica, que, ante la interesada mirada de Bruno, prosiguió con aire académico—. La traducción literal del latín de su nombre, «desde la eternidad», en referencia a un tiempo muy antiguo, inmemorial, ya nos da mucha información sobre la misión que desempeñan.

—¿Quiénes? —Bruno no entendía nada.

Ahora fue su madre la que intervino.

—Se dice que conforman una especie de clan secreto venerador de la cultura romana.

—¿Un clan secreto? ¿Y qué hacen exactamente? ¿Sacrifican corderos en un altar? —por sus semblantes de turbación, se dio cuenta de que su broma no era en absoluto bien recibida.

—¿Qué? ¿Lo hacen? —abrió los ojos de forma desmesurada, perplejo ante aquella reacción.

Ambas cruzaron ahora sus miradas, pareciendo preguntarse quién contestaría, para finalmente ser la guía quien habló.

—Nadie conoce exactamente sus rituales. Hay mucho de mito en torno a ellos, y es difícil separar la ficción de lo que realmente ha tenido lugar. Lo que sí se sabe es que velan con pasión por el respeto a su cultura. Y que si alguien

intenta ridiculizarla o manipularla puede ser castigado.

* * *

Lluisa se quedó pensando con gesto ceñudo. Así que esa era la razón de que la chica hubiera desaparecido de la casa de su compañero. Manel le había confesado que llamó a la policía, convencido de que Víctor no lo haría por sí mismo y se metería en problemas. Se habrían presentado en el apartamento mientras él estaba aún en el bar y la habrían detenido.

Se encontraba en medio de un debate interior sin idea de cómo afrontarlo. ¿Debía referirle a Víctor lo que había descubierto? Podía limitarse a ignorarlo, hacer como si no supiera nada. No meterse en donde no la llamaban, esa era a menudo su filosofía de vida. Además, quién mejor que la policía para saber qué hacer con aquella muchacha. Si no tenía nada que ocultar, habrían sabido cómo ayudarla, pero si efectivamente era una perseguida de la justicia, ahora estaría donde debía. Y a su joven amigo también le habrían hecho un favor, pues él no habría abierto los ojos a la realidad, prendado de ella como estaba.

Tomó una decisión y resolvió no preocuparse más por aquello. Buscó con la mirada el mando del televisor que reposaba en lo alto de un estante en la esquina del bar y subió el volumen. En la tertulia de la mañana seguían hablando del tema estrella, el intento de asesinato de aquel político extremeño. Las teorías sobre lo que había podido ocurrir se sucedían, pero en el contexto de crisis por el que atravesaba el país desde hacía unos años, la razón por la que se había atacado a un político parecía estar clara para todos, y el acontecimiento estaba polarizando a la población. Lo que comenzó varios años atrás como una crisis económica para repercutir en una social de mucho mayor calado, no parecía tener fin, y los innumerables casos de corrupción que atestaban los noticiarios no hacían sino incrementar la ya deteriorada imagen de la clase política.

En las plataformas sociales surgían cada vez con más fuerza sectores radicales apoyando la eliminación de los dirigentes políticos como única solución a sus males. Palabras tan crudas como «guillotina» aparecían *retuiteadas* con una fluidez terrorífica, y en las últimas manifestaciones ciudadanas de varias ciudades, un fenómeno que por la asiduidad que comenzaba a caracterizarle podría tildarse de diario, los caldeados ánimos

habían desembocado en varias reyertas con implacables represiones.

Lejos de atajar la situación, la clase política se refugiaba en sus cálidos escaños, y mientras que el *establishment* se limitaba a pronunciar ambiguas palabras de condena hacia la violencia, la ultraderecha más conservadora utilizaba el clima creado para desprestigiar a la totalidad de la masa ciudadana que reivindicaba sus derechos, tachándola de antidemocrática y englobándola dentro de la violencia más extremista.

Lluisa escuchó a una combativa tertuliana sostener que si continuaba el desmantelamiento de los servicios públicos la sangre empezaría a correr, y, en un ambiente de máxima tensión propiciado por las propias cadenas televisivas con el único afán de aumentar audiencia, al responsable de un conservador periódico nacional contestar tachándola de terrorista, en alusión a un concepto acuñado en aquellos últimos días y que se estaba escuchando cada vez con más frecuencia, «terrorismo ciudadano». Un estremecimiento le recorrió. La espiral de la violencia escalaba posiciones y desconocía en qué punto se encontraba la línea de no retorno. En realidad nadie parecía saberlo. ¿Cuánta era la capacidad de sufrimiento del pueblo español antes de llegar a la insurrección?, se preguntó. ¿Cuántos los que empezaban a sentir que ya no tenían nada que perder? Quizá el intento de homicidio cuyas repercusiones había presenciado en Mérida no era más que el principio.

En ese momento vio que Víctor aparecía de nuevo y aparcó sus pensamientos a un lado, sacudiendo la cabeza con gesto de repulsa. Ella siempre había sido una mujer práctica que no se metía en problemas. Mientras se afanara como sabía hacerlo no le faltaría un trabajo en la hostelería, y aquello le bastaba. Dejaba para otros más ociosos la tarea de arreglar el mundo.

Observó con atención a su compañero, y detectó que algo en su semblante había cambiado. No parecía desesperado como unas horas antes, sino más bien atormentado, entristecido. Pensó, o más bien deseó, que quizá ya lo había asumido.

—¿Ha pasado por aquí?

—¿Quién? —sabía perfectamente a quién se refería.

—Sabina, claro —contestó con calma—. La chica de la que te hablé. Ya sabes, delgadita, con el pelo rubio muy corto, con el flequillo hacia un lado. Y los ojos color avellana.

«¿Color avellana? ¿Qué tipo de color es ese? Y, ¿desde cuándo eres tan

cursi?»), quiso decirle, volviendo ya a impacientarse con su ñoñería.

—No, aquí no ha venido nadie así —respondió en su lugar—. Pero oye, Víctor, ¿por qué no lo dejas ya? Es tu día libre, y en vez de descansar te estás matando a buscar a alguien que se ha ido por su propio pie.

Ante su sorpresa, su compañero no se lo rebatió. Le miró interesada, esperando averiguar qué pasaba por su cabeza. Él le devolvió la mirada con una expresión de desamparo que la enterneció, provocando en ella de nuevo la sensación de querer protegerle como se protege a un hermano pequeño. Víctor parecía estar ponderando si contarle algo. Finalmente se decidió.

—He averiguado algo —siseó—. Y ahora ya no sé qué pensar.

Le relató su historia desde el principio.

—Hace poco Manel me mandó a comprar a un supermercado que hay por aquí cerca, uno que abre los domingos, ¿sabes cuál es?

Lluisa asintió.

—Me la encontré allí, y la acompañé hasta una casa enorme. Me dijo que era donde trabajaba y se despidió, sin más explicaciones. Cuando mencionaste que ya había hecho todo lo que podía, me acordé de aquella mansión y fui a comprobar si había vuelto. Me abrió la puerta una mujer de unos cuarenta años con una especie de uniforme de servicio doméstico, de esos color pastel con un mandil blanco. Yo creía que eso ya solo existía en las películas. Me preguntó qué quería y le hablé de Sabina. Al principio me dijo que no conocía a nadie por ese nombre, pero al describírsela, la vi titubear y le rogué que fuera sincera. Finalmente me pidió que esperara en la puerta y fue a avisar a un hombre muy trajeado que apareció unos minutos después. —Víctor hizo una pausa y Lluisa se descubrió sin aliento esperando a que reanudara su historia —. ¿Me das un vaso de agua?

Lo sirvió sin decir nada y esperó a que se lo bebiera a sorbitos, se recompusiera y reanudara por fin el relato.

—La mujer me pidió que le repitiera «al señor», así le llamó, lo que le había contado a ella, de modo que le describí nuevamente a Sabina. «¿De qué la conoces?», fue toda su respuesta, igual de receloso que la mujer. Aquel secretismo empezaba ya a mosquearme, pero sentí que si les engañaba perdería la posibilidad de que me dijeran lo que sabían. Les relaté cómo la había conocido, y entonces el hombre me invitó a pasar y me condujo hasta una salita muy lujosa, donde me dijo que tomara asiento.

Paró de nuevo para tomar aire, como si le costara continuar, y bebió otro

par de sorbos del vaso de agua.

—¿Sabes lo que me contó aquel hombre?

—¿¿Qué?? —casi gritó Lluisa, sin poder contener la impaciencia.

Víctor, al contrario que ella, bajó la voz.

—Que Sabina había trabajado durante unos meses en aquella casa como asistente interna. Pero había desaparecido hacía unos días sin dejar rastro, y aquello había decepcionado mucho a su esposa, que había confiado en ella.

Lluisa esperó, pues imaginó que había algo más.

—Su mujer la había recogido de la calle —continuó tragando saliva—. Había insistido mucho hasta lograr convencerle de que le dieran una oportunidad como asistente, y él, que se había negado tercamente al principio, había acabado por acceder al deseo de su mujer.

—¿Por qué se había negado? —no pudo reprimir la pregunta.

—El hombre me dijo que su mujer es lo que se suele decir una buena samaritana. Que está convencida de la bondad humana, y de que si alguien está en una mala situación es porque la vida no se lo ha puesto fácil. Y cree que ella, por haber tenido más suerte, tiene el deber de darle un empujón a quien no ha tenido tanta. Y eso fue lo que quiso hacer con Sabina cuando la encontró. Sacarla de la calle y darle una oportunidad —su tono de voz había ido disminuyendo y acabó aquella última frase casi en un susurro.

—Él, en cambio, me explicó que está convencido de que cada uno tiene lo que merece —añadió un momento después—, aunque respeta las creencias de su esposa y trata de darle gusto. Pero sabía que nada bueno iba a salir de ahí. Me aseguró que aún está haciendo revisar la casa para comprobar si se ha llevado algo. Incluso parecía satisfecho de que sus vaticinios se hubieran cumplido —dijo con amargura.

—Ya... —Lluisa se sintió algo decepcionada con el fin de la historia. No entendía a qué había venido tanto misterio—. Bueno, tampoco has descubierto nada nuevo, ¿no? Si te dijo que vivía en aquella casa, y después no salió de tu piso en dos días, obviamente no había vuelto a aparecer por allí.

Ahora Víctor la miró desconcertado.

—¿No has entendido nada? Esa mujer la sacó de la calle —repitió, negando con la cabeza una y otra vez—. Sabina era una prostituta, Lluisa. Una prostituta.

* * *

Annika se sentía frenética. Había hallado una nueva conexión, y a medida que indagaba descubría sorprendentes vínculos entre las dos víctimas. Llevaba toda la mañana investigando el pasado del consejero de Educación y Cultura. Era historiador de profesión, especializado en arqueología. Tenía una plaza de docente en un instituto cacereño donde había impartido clases durante casi un decenio, que compatibilizaba con seminarios y estudios sobre el pasado romano de la región hasta que entró en el mundo de la política unos cuantos años atrás, primero como director general de patrimonio para continuar elevándose en el escalafón gubernativo hasta el grado de consejero.

Las fuentes a las que había recurrido le aseguraron que contaba con toda la confianza del Presidente autonómico y en el partido político gobernante, en el que militaba desde poco después de pasar a formar parte del gobierno, se hablaba de él como uno de sus posibles sucesores. Un brillante fichaje con una carrera fulgurante y un futuro prometedor. Pero lo que más llamó la atención de Annika era precisamente su inclinación arqueológica, que trasladó a la gestión institucional. Había sido su gran caballo de batalla, en sus comienzos como director general y también después siendo miembro del Consejo de Gobierno de la región. Al tener atribuidas las competencias relativas a la defensa y protección del patrimonio cultural, había impulsado y apoyado varias iniciativas para el fomento del conocimiento del legado romano. Navegando por las páginas de cultura de la región dio con una de ellas, *Emerita Ludica*, que precisamente tendría lugar esa misma semana. Y en Mérida. Se inclinó hacia la pantalla con creciente interés.

Emerita Ludica era un proyecto cultural basado en la recreación de la vida cotidiana y costumbres de la época romana que utilizaba como escenario el rico legado arquitectónico de la capital extremeña. Había comenzado como una iniciativa del Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida que rápidamente fue acogida a nivel social y promovida por varias asociaciones vecinales en su deseo de revitalizar la vida cultural de la ciudad y promocionar su prolífico patrimonio, pero al parecer el consejero la había apadrinado como una apuesta importante de su propia gestión al frente de su cartera, pues casaba con la línea que estaba siguiendo en sus acciones y su discurso, en el cual pregonaba continuamente la importancia de vincular el patrimonio arqueológico al disfrute de la ciudadanía, para aumentar en ella su conexión con el pasado y su sentimiento de identidad. Y esto era precisamente la finalidad de este proyecto, implicar al público, convertirlo, no ya en

testigo, sino en los propios actores, participantes de las escenas que veinte siglos atrás vivieran otros sobre el mismo suelo que pisaban.

Siguió rastreando todo lo relacionado con aquel evento, del que llevaba varios años escuchando referencias pero sin haberse planteado asistir nunca. Sus primeros años coincidieron con una época en la que ella no salía demasiado, y en las ediciones más recientes había estado dedicando cada minuto de su tiempo libre a adaptar su vida a su nueva familia. Dio con un archivo que contenía la programación y lo descargó. Al abrirlo, constató con sorpresa que la inauguración estaba prevista aquel mismo día. «Una casualidad más», se dijo escéptica, sin poder evitar que un mal presentimiento se adueñara de ella.

Comprobó todas las noticias generadas a raíz del evento. En los días previos hubo un intento de posponer la actividad hasta nueva orden en vista de lo ocurrido a su principal valedor, pero el sector más acérrimo se había negado en base a una justificación histórica: la celebración de las fiestas romanas dedicadas a la diosa Ceres, protectora de la agricultura, al término de la vendimia que coincidía con esa fecha, unida al tiempo en que diversas teorías sostenían que se había fundado la ciudad, el comienzo del otoño del año veinticinco después de Cristo. Ambos eventos debían marcar el calendario de la recuperación de un evento lúdico de tales características para no privarlo de sentido y era por tanto impostergable, apostillaban con vehemencia sus defensores. Estos argumentos sumados a todos los esfuerzos materiales y humanos ya realizados de cara a la organización, lograron que el debate se zanjara a su favor tras alguna polémica.

De modo que ese mismo día tendría lugar la inauguración y posteriores actos de festejo, en los que el público adquiriría un rol protagonista, con la posibilidad de vestirse al uso romano, comer las mismas viandas y asumir un papel activo en cualesquiera iniciativas, programadas o espontáneas, que surgieran en los lugares predeterminados para ello.

Annika revisó la programación presa de la inquietud, convencida de poder hallar una pista en aquella nueva coincidencia. Exhibiciones de tácticas y técnicas de combate de las legiones, lucha de gladiadores y toda clase de escenas de recreación del mundo romano se sucedían en los más diferentes marcos: el majestuoso Templo de Diana, los alrededores del triunfal Arco de Trajano, los necrológicos Columbarios o la *domus* conocida como casa del Mitreo por su proximidad a unos restos del culto al dios Mitra. Todo el

conjunto histórico de la ciudad se ponía a disposición del proyecto para acoger a quienes serían ciudadanos de Roma por unas horas, devolviendo a la que llegara a ser séptima ciudad del Imperio el esplendor perdido.

El acto de inauguración comenzaría a las seis de la tarde y marcaría el inicio del resto de actividades. Leyó con avidez los detalles. Estaría presidido por la directora regional de cultura en sustitución del consejero, que seguía hospitalizado, el alcalde de la ciudad y otras dos personalidades. Al leer sus nombres se quedó boquiabierta. Había hablado con ambos en los días anteriores: Julián Calderón, el anodino y ambicioso director interino del museo de arte romano que la había amenazado y Pascual Román, aquel atractivo aunque algo pedante coordinador del proyecto Mecenas.

Las ideas se precipitaban dentro de su cabeza tomando forma en un vertiginoso rompecabezas cuyas piezas iban encajando. Aún le quedaban muchas cosas por esclarecer, pero de lo que sí estaba segura era del siguiente paso que le tocaba dar. Resignada, lanzó un hondo suspiro y llamó a su amiga Lourdes para pedirle que cuidara de Celia una tarde más.

* * *

Sabina llevaba todo el día confinada en aquel cuarto. Sentía una gran frustración. Eran ya varios días encerrada, primero en el pequeño apartamento de Víctor y después en aquella minúscula habitación que le recordaba a su vida anterior más de lo que estaba dispuesta a tolerar. Tras varias horas de autocompasión y victimismo, se dijo a sí misma que ya estaba bien. Tenía que acabar con esa situación. Esos bastardos no iban a obligarla a regresar y ella por su propio pie jamás pasaría por aquello de nuevo, como se vio compelida a hacer al huir de ellos en su periplo de supervivencia. Necesitaba escapar, poner tierra de por medio, y también un plan alternativo para mantenerse.

Pensó en Víctor. Recordó con dolor su perfecta sonrisa, el cabello moreno que había peinado entre sus dedos, la forma en que la había mirado a los ojos mientras hacían el amor de una forma suave, lenta y dulcemente, logrando convertir el motivo de tanto dolor y sufrimiento en algo bello de nuevo, que había creído imposible hasta entonces. Aún no podía comprender por qué la había traicionado, ni cómo podía ella no haberse dado cuenta de que lo haría. Hacía mucho que no confiaba en nadie, y tras dejar a un lado todas las reticencias y aprensiones, había sentido por vez primera desde su captura que

podría hacerlo. Le había supuesto un esfuerzo colosal escuchar a su corazón y permitirse una ilusión, permitirse creer de nuevo.

Y todo ello para nada, solo para derribar los muros que tanto le había costado alzar. No debió haberlo hecho, se reprochó. Le vino a la cabeza el recuerdo de lo que había supuesto para ella el trance más duro de su existencia, más que las violaciones y las palizas. Cuando psicológicamente se derrumbó y estuvo a punto de rendirse para siempre. Aquel momento tan fresco en su cabeza varios años atrás cuando, engañada por la red de tráfico de personas que la había enclaustrado y sometido a explotación sexual en el cuartucho escondido de un destartado club de alterne, tras semanas de frustración y rabia, de pataleos aplacados por palizas y lamentos acallados del puro cansancio, había sentido por primera vez en su vida la desesperanza más absoluta. Cuando tras haber confiado su vida y la de sus tres amigas a las personas que les auguraron un futuro prometedor en España y que la habían separado de ellas, tras semanas de angustia, había entrado un chico en la habitación al que había creído diferente. Un chico de aspecto inocente y rostro aniñado. Si la herida está abierta, cualquier astilla puede escocer demasiado, y eso fue lo que le sucedió a ella. Albergó la esperanza de que él la comprendería. La esperanza de hallar una pizca de humanidad entre tanto salvajismo. Pero su reacción le demostró que se había equivocado una vez más y le hizo caer en una depresión profunda. Durante meses la desidia y la indolencia se apoderaron de ella. Se dejaba hacer, todo le daba igual. Hasta un día en que tuvo la oportunidad de escapar por un descuido de uno de sus captores que, borracho, había decidido abusar él mismo de ella, y había olvidado tomar las precauciones rutinarias al abandonar la habitación. Aún incrédula, tras varias horas sin ser capaz de reaccionar en las que por fortuna nadie apareció ni fue consciente del olvido, se levantó y huyó de allí para siempre. Para siempre, se repitió recordándolo.

Había sobrevivido de muchas formas, aprovechando cada oportunidad que se le ofrecía, pasando aún por grandes humillaciones que prefería olvidar pero poco a poco trepando desde aquel hondo agujero al que la habían arrojado, un negro pozo de degradación y vergüenza constantes por las acciones a las que se veía sometida, pero también de desconsuelo y dolor ante la pérdida de la esperanza y la confianza. Nunca más había sido capaz de creer de nuevo en la bondad humana. Hasta que una fría y húmeda noche, de vuelta a la casa donde le habían ofrecido un trabajo de asistenta interna, mal pagado e ilegal pero con

creces mucho mejor que cualquiera de las cosas que había tenido que hacer desde su llegada a España, había visto una escena que la había conmovido cuando ya no se creía capaz de sentir nada. Unos chicos insultaban a una indigente de mal aspecto, una pobre anciana que se había tropezado en mitad de la calle y parecía incapaz de levantarse. Se acercaron y comenzaron a burlarse. Uno de ellos le quitó el ajado sombrero y lo pisoteó. Otro le escupió con desprecio. El siguiente le pegó un puntapié. Parecían envalentonarse con los atrevimientos de cada uno, ir un poco más allá cada vez, y no sabía cómo habría acabado aquello si no fuera por un muchacho enjuto, de aspecto casi frágil, que se cruzó en su camino. Parecía abstraído en sus propios pensamientos, pero cuando advirtió lo que estaba ocurriendo no dudó ni un segundo. Les llamó la atención, les avergonzó por lo que estaban haciendo, y aunque por un momento ella pensó que el chaval se llevaría una buena paliza por entrometerse, la determinación y la seguridad con la que les exigió que dejaran a aquella mujer en paz pareció hacer mella en el grupo, que finalmente se retiró sin presentar batalla. Después, el mismo chico ayudó con gesto amable a aquella señora a levantarse sin importarle su suciedad, la acompañó sosteniéndola hasta el banco más cercano, y tras devolverle el sombrero abandonado en el suelo, se despojó de su chaqueta y la colocó sobre los hombros de ella, para continuar con su camino como si nada hubiera ocurrido.

Aquello le marcó y abrió una fisura en la férrea coraza con la que había cercado su corazón, en su convicción sobre la vileza del género humano. Pero quizá no habría pasado de ahí, quizá se habría quedado en una inapreciable grieta si el azar no hubiera jugado de nuevo su carta, queriendo que unas semanas después, al pasar por delante de un bar cercano a la residencia donde trabajaba, girara la cabeza en el momento oportuno para cruzar la mirada a través de la enorme cristalera con aquel mismo chico, que, apostado tras la barra, le había devuelto una expresión limpia, pura. La misma que había esperado encontrar años atrás cuando la había necesitado en aquel cuartucho hecho calabozo.

Se había quedado clavada en el sitio incapaz de reaccionar, manteniendo esa mirada. Y desde entonces, una fuerza superior a ella la había hecho regresar cada mañana, de camino al mercado para aprovisionarse de los productos frescos que cada día le encargaban, a tomarse un café en aquel bar, solo para poder seguir viendo esa mirada, solo para asegurarse de que era tan limpia como creía, de que existían personas sin maldad habitando el mismo

mundo que ella, que sus captores, que todos los que la habían dañado en lo más profundo de su ser. Y para convencerse, para creer, porque quería volver a creer, que ella había tenido la fortuna de encontrar a una de ellas.

Se limpió las lágrimas que había derramado una vez más. Se sentía tan estúpida por haber vuelto a caer, por haberse dejado engañar de nuevo. No era capaz de explicarse cómo había sucedido, pero los hechos hablaban por sí solos. El día siguiente a la noche en que se habían acostado juntos, en que había vuelto a sentirse capaz de entregarse a alguien tras ser usada en el mismo juego tantas veces, mientras ella esperaba ilusionada su regreso y pensaba cómo contarle por fin su historia completa, él la había traicionado. Había conseguido de ella lo que quería y después la había abandonado. La policía había aporreado la puerta del apartamento, esa policía de la que se fiaba casi tan poco como de sus raptos, esa policía que le habían inculcado una y otra vez que si la atrapaba, la incriminaría por lo que había tenido que hacer para sobrevivir y la encerraría de nuevo, para acabar enviándola de vuelta al país sin oportunidades del que había huido.

Pero se levantaría, se dijo cargada de determinación, como se había levantado siempre. Tenía que hacerlo. No había superado tantos baches, tantas penurias, para dejarse vencer ahora por un romanticismo estéril. Decidió irse aquella misma noche, pues no podía permitirse gastar en pagar aquella habitación el poco dinero que había encontrado en casa de Víctor antes de huir. Tenía que invertirlo en escapar. En su futuro.

* * *

La hora de las cañas se había echado encima y Lluisa se movía sin descanso a un lado y otro de la barra. Víctor seguía en el mismo taburete, mirando distraído la cerveza que ella le había puesto ante sí un rato antes y que estaba corriendo la misma suerte que la tostada de la mañana. Cuando el ritmo bajó, se acercó a él nuevamente. Había estado pensando en todo aquello mientras iba y venía de forma mecánica.

—A ver, recapitulemos —le abordó—. Conociste a Sabina aquí. Os hicisteis amigos, o eso te pareció, y ella te pidió ayuda. Tú se la ofreciste, y luego se fue sin despedirse.

—Más que amigos —puntualizó él—. Había algo especial entre nosotros. Nos entendíamos. Y pasamos la noche juntos —agregó, sonando mucho más

inseguro de lo que hubiera querido.

Pero Lluisa se dio cuenta de dónde radicaba el origen de su confusión.

—De acuerdo. Ella era inmigrante, y ahora descubres que había sido prostituta. ¿Qué más necesitas?

—¿Cómo que qué más necesito? ¿Qué quieres decir? —Víctor pareció salir de su apatía y la miró con aire desafiante.

—No sé, pareces muy seguro de que lo que sentías era recíproco. Una puta se ha quedado en tu casa, se ha acostado contigo y por la mañana se ha llevado tu dinero. Esa es la realidad que tú te empeñas en no querer ver —pensó que quizá se había pasado al exponer las cosas con tanta crudeza y lo lamentó, pero no se le ocurría qué más hacer para que su amigo reaccionara.

Víctor la observó fijamente durante unos segundos. Por un momento Lluisa temió su reacción, incapaz de predecirla ante la profundidad de aquellos impenetrables ojos negros. Alguien la llamó y aprovechó la ocasión para alejarse, comprobando aliviada al regresar que su expresión había cambiado.

—¿Sabes? Igual la obligaban y escapó de esa gente. A mí no me importa lo que hiciera en el pasado.

—Mira, Víctor, aunque la obligaran, esa chica no parecía trigo limpio. No te contó la verdad, y estaba perseguida por la policía.

—¿Por qué crees que era la policía quien la perseguía?

Lluisa se percató de que había hablado más de la cuenta e intentó enmendar su metedura de pata.

—Pues, no sé, supongo que era la policía de quien huía, ¿no?

Pero Víctor la conocía bien, y no se le escapó el modo en que apartó la vista mientras titubeaba.

—Lluisa, si hay algo que sepas, haz el favor de decírmelo —la asió del brazo para obligarla a mirarle a los ojos.

Ella se sintió incapaz de rehuirle. Capituló a los pocos segundos, decidiendo sincerarse.

—Esta mañana me enteré de algo. No es asunto mío, así que no pensaba entrometerme, pero igual necesitas saberlo. Si esa chica desapareció de tu casa, fue porque la policía se la llevó. Manel les llamó.

* * *

Estoy buscando a una extranjera, jovencita, bastante delgada y con el pelo

largo y rubio. Tiene un tatuaje de un trebol de cuatro hojas en un hombro, es facil de reconocer. Me alucinaba como me lo hacía, no he encontrado otra igual, pero ya no está y nadie sabe decirme donde ha ido. Se ke a veces cambian de club. ¿Alguien ke se la haya tirado y sepa de lo ke estoy hablando?

Alma seguía repasando meticulosamente todos los foros de usuarios de prostitución en los que se había registrado con la esperanza de encontrar alguna pista de su amiga, mientras buscaba nuevas páginas en las que continuar indagando. Tenía abiertas más de seis pestañas en el navegador, e iba saltando de una a otra alternativamente. Cualquier otra persona probablemente se asombraría al comprobar la cantidad y crudeza de la información que intercambiaban sin tapujos en miles de páginas en Internet los a menudo llamados a sí mismos orgullosamente como *puteros*. Pero ella no se asustaba ni se sorprendía. Desgraciadamente había comprobado en sus propias carnes cuanto ahí decían. Al repasar los foros que tenía abiertos advirtió que en uno de ellos alguien acababa de colgar una respuesta en el hilo que había creado con aquel texto que le repugnaba, pero que era por el momento la única esperanza de hallar una pista sobre su paradero. No era la primera vez que contestaban, aunque hasta ahora todos lo habían hecho para mofarse y bromear sobre su petición. Comenzó a leer sin muchas expectativas, comprobando que también ridiculizaba su búsqueda. Pero su corazón empezó a acelerarse a medida que seguía leyendo.

Te has enamorado de una putita? Mira haber si te vas a casar con ella, tendrás que dejarnos antes a los demas el derecho de pernada, ja ja ja... De todas formas no es para tanto, yo la he catado un par de veces y era una mojigata. Carne nueva pero sin interes por lo ke hace. Puedo recomendarte mejores, chaval.

El corazón le palpitaba con fuerza, como si luchara por escaparse de su pecho. ¿Estaba simplemente burlándose? ¿O era cierto lo que había escrito? Un torbellino de sentimientos se apoderó de ella. Las imágenes del pasado, los recuerdos en su propia piel, la tristeza y la frustración de un testimonio que le aseguraba que su amiga había pasado por lo mismo, pues siempre albergó una pequeña esperanza de que no fuera así, que en algún momento lograra escapar

antes de que la pesadilla comenzara. Y también la perspectiva de poder encontrarla, y el consuelo que supondría que le confirmaran lo que su corazón presentía. Que en alguna parte, Sabina seguía con vida.

Releyó el mensaje de nuevo. El ordenador le indicaba que «follador77», el alias tras el cual se ocultaba quien acababa de escribir, seguía en línea. Tenía que contactar con él antes de que se desconectara. Los dedos le temblaban con violencia mientras tecleaba.

La has visto? donde anda ahora esa zorra? Quiero catarla una vez más.

El usuario se demoró un buen rato en contestar y Alma comenzó a desesperarse pensando que no lo haría. Buscó su nombre en otros foros con la esperanza de localizar su procedencia, y no fue hasta pasada más de media hora cuando reparó en que una nueva respuesta acababa de ser publicada.

Ah bueno, si es solo eso... por un momento crei k te nos havias enamorado ja ja ja. No se donde anda pero la última vez ke la vi fue en el puti Fantasia el k hay en el poligono de Tarragona. Ke por cierto ha dado un giro muy bueno desde hace un par de años, ahora estan mas nuevas y buenas. Hacen bailes cada noche, tan bien en barra. Y bien de precio, los hay mas baratos pero se te kedan los pies pegados en el suelo. A esa hace tiempo k no me la zumbo ni la veo por allí, no se igual ya se ha fichado a otro y se ha ido a vivir del cuento. Suerte campeon.

Tarragona. Alma no preguntó más. Cerró todas las páginas que tenía desplegadas en el explorador y abrió la de Renfe. No sabía ni en qué parte del mapa se ubicaba, pero se iba para allá.

* * *

Annika aparcó casi al pie del puente romano y entró en la Alcazaba, mostrando su identificación policial al guarda del recinto. Aquella antigua fortaleza era una construcción del período de dominación musulmana que se había edificado reaprovechando anteriores obras romanas cuyos restos aún se reconocían claramente. Durante varios siglos el suelo que pisaba había pertenecido a un arrabal de la esplendorosa ciudad romana en el cual moraban las clases menos pudientes, hasta que Abderramán II, cansado de luchar contra los insurrectos

emeritenses, había ordenado construir aquel fuerte y utilizado buena parte de los materiales de sus modestas viviendas en su edificación.

Sin embargo, a pesar de fundar sus raíces en el pasado romano de la ciudad, no entendía muy bien por qué se habría elegido aquel lugar para la inauguración. Era un recinto complejo, con desniveles, escaleras, un doble corredor subterráneo que conducía a un aljibe, y multitud de escondrijos repartidos a lo largo de sus quinientos metros de perímetro. En una parte de la explanada se había colocado un escenario, y la gente paseaba dispersa entre la zona de mercadillo donde vendían reproducciones de mosaicos, imitaciones de monedas y toda clase de ficticias antigüedades romanas, y las barras de bar en las cuales servían cerveza templada y vino aguado en recipientes de barro.

Observó la concurrencia. Las túnicas de lino y algodón de un immaculado blanco ceñidas a la cintura, seña identitaria del ciudadano de pleno derecho abundaban entre el gentío. Entre ellas, algunas ropas de color terroso que portaban los esclavos y plebeyos, y varias togas de un intenso púrpura símbolo de que más de uno había decidido ser emperador por un día. Todos se mezclaban con las vestimentas cotidianas de los maravillados turistas o de los emeritenses que habían preferido pagar la entrada a transformarse en sus antepasados. Era temprano aún. En un apartado divisó un núcleo de personas rondando en torno a algunos hombres que se distinguían por sus rígidos y oscuros trajes de chaqueta. Sí, ahí estaba el alcalde, y quien le acompañaba debía de ser la representante del gobierno regional que participaría en la presentación. Vio también al menudo director del museo y no pudo evitar una sensación de desagrado. Ahí estaba, como un reptil zigzagueante tratando de congraciarse con el alcalde, que no parecía estar demasiado interesado en lo que le contaba.

Sin embargo, no fue capaz de divisar al apuesto Pascual, precisamente a quien más interés tenía en localizar. Decidió dar una vuelta por la zona de mercado para hacer algo de tiempo sin dejar de observar a su alrededor. Curioseó entre los puestos y descubrió un taller infantil de mosaicos que le cautivó. Los pequeños jugaban con las piezas mientras una paciente monitora les explicaba cómo combinarlas para conseguir el efecto deseado. Le habría encantado llevar allí a Celia. Se dijo que intentaría regresar con ella antes de que acabara aquella edición de *Emerita Ludica*. Quizá incluso la vestiría de romana, lo cual haría las delicias de la pequeña. A continuación, sus pasos la llevaron hasta un tenderete donde una pitonisa ataviada con su estola predecía

el futuro. Una mujer le preguntaba en un susurro y ella iba contestando con gesto grave. «Igual esta puede aclararme si es voluntad de los dioses que dé con el asesino», se dijo con ironía pero sin poder evitar una pizca de superstición, antes de proseguir su camino.

La hora de la inauguración oficial se acercaba y seguía sin localizar a Pascual. Los asesores de aquellos dos políticos parecían estar esperándole, pues un ambiente de nerviosismo comenzaba a percibirse a su alrededor, y una chica elegantemente vestida no soltaba el teléfono, seguramente intentando contactar con él. Tras veinte minutos de retraso sobre la hora prevista, advirtió cómo el alcalde daba la orden de no demorarse más y unos segundos después la presentadora se desplazaba al centro del escenario. Empezarían sin él, lo cual le dio muy mala espina. Si aquel hombre había faltado a un acontecimiento así, debía tener una razón poderosa. Recordó su entrevista y las pruebas conseguidas por Raúl que acreditaban su entrenamiento en el tiro con arco. Todo cuadraba. Pero hacía dos días de aquello. Se maldijo y maldijo a Daniel por haber obstaculizado las indagaciones. A esas alturas podría estar ya en la otra punta del planeta.

La responsable regional y el alcalde se prodigaban públicamente en mutuas felicitaciones por la organización del acto, y tras varios minutos no aguantó más. Ya había perdido demasiado tiempo. Recorrió la longitud del recinto para marcharse por la puerta que había entrado, normalmente destinada a las visitas turísticas. Estaba a pocos metros de la salida cuando advirtió un extraño ruido camuflado entre el incesante barullo. Aguzó el oído y volvió a escucharlo. Era una especie de lamento que parecía provenir del aljibe subterráneo, al cual una verja provisional vetaba su acceso por el público, lo que levantó aún más sus sospechas. Se aventuró sin dudarlo escaleras abajo por uno de los angostos corredores hacia la cisterna de agua filtrada, pero sus ojos no eran tan rápidos en adaptarse a la oscuridad como sus propósitos. Avanzaba apresurada con ansiedad creciente, escuchando ahora claramente unos agónicos lamentos mientras tanteaba los irregulares peldaños. Comenzó a vislumbrar la tenue luz que alumbraba el depósito de agua, cuando algo le hizo tropezar y no pudo evitar caer. Rodó cuesta abajo hasta aterrizar en la reducida explanada que antecedió al estanque. Desconcertada y maltrecha, lo que vio al llegar la hizo reaccionar. Pero no llegó a tiempo de alcanzar la pistola. El causante de su caída se lo impidió.

* * *

Bruno tecleó un mensaje a Annika en el camino de vuelta a Nápoles comunicándole a la hora que llegaría para que se conectara al ordenador.

Quería compartir con ella su descubrimiento en Pompeya. Su madre seguía reacia a hablar de ese tema, «y menos en un sitio público», le había reprendido mientras esperaban el tren de regreso. Por suerte había encontrado a la guía más receptiva, quien compartió con él toda la información con la que ella misma contaba. Le aseguró que a pesar de no conocer a ningún miembro del clan secreto, todo aquel que estaba metido en ese mundo sabía de su existencia. Bruno se preguntó de nuevo si tendría algo que ver con los crímenes cometidos en Mérida. Aquel chico asesinado en su propia tierra, el político atravesado por una flecha romana... ¿se estaría vengando alguien de su temeridad al representar el pasado romano? Parecía algo de locos, pero, ¿acaso no era la locura en lo que derivaba el fanatismo más extremo, en cualquiera de sus manifestaciones? Se preguntó si el proyecto Mecenas estaría mezclado en todo aquello. La guía de Pompeya sostenía que el clan no existía solo en Nápoles, sino también en Roma y otras ciudades símbolos del Imperio, pero nunca había oído hablar de ningún grupo fuera de Italia. ¿Y si el proyecto Mecenas escondiera en realidad una facción del clan «ab aeterno»? ¿Y si el entusiasmo del tal Lolo le hubiera llevado a inmiscuirse demasiado y hubiera descubierto lo que no debía? La similitud con la revelación sobre el posible fin de su padre le estremeció e hizo un esfuerzo por apartar todas aquellas incógnitas de su mente. Había ido a Nápoles para apoyar a su madre y no para perderse en misterios insondables que al menos por el momento no podía resolver.

Sin embargo, al llegar de vuelta a la estación central de tren Carla insistió en regresar sola al hospital para acompañar un rato más a Elisa. Supuso que ella también querría su momento de intimidad con quien había sido su amiga incondicional desde la infancia y accedió a adelantarse para encontrarse con Raffaele en el piso y preparar juntos la cena. «A ver si se me pega algo de la cocina italiana», bromeó.

Estaba impaciente por llegar y hablar con Annika, y, como de costumbre, el autobús no acababa de aparecer y nadie en la parada sabía ni aparentaba importarle demasiado cuánto tardaría. Las prisas parecían no existir en aquel rincón del mundo. Desde luego era eso algo que no se le pegaría, se dijo a la

vez que decidía regresar caminando.

Calculó la ruta en su *smartphone* y fue recorriendo el centro de la ciudad, echándole un vistazo al dispositivo de vez en cuando para no extraviarse sin dejar de observar los ornamentados edificios de las calles principales en claro contraste con las estrambóticas vestimentas de los jóvenes con los que se cruzaba. Al llegar a la inmensa Plaza del Plebiscito se encontró con un escenario móvil sobre el cual un joven entonaba una melodiosa canción coreada por cientos de personas, que atribuyó a la festividad de *San Gennaro*, pues su madre le había contado cómo en torno a ella se celebraban conciertos, campeonatos y todo tipo de actividades que animaban la vida de la ciudad por unos días. El ambiente lúdico era contagioso y por un momento se sintió tentado a sumarse a la multitud. Permaneció varios minutos escuchando e incluso se animó a tararear alguna conocida balada, pero el recuerdo de la revelación de Pompeya le alcanzó de nuevo y algo en su interior le dijo que debía contarle a Annika cuanto antes su hallazgo. Intranquilo por el tiempo perdido, decidió continuar por lo que parecía un atajo y se adentró en una travesía adyacente a la bella basílica de San Francisco de Paula, que presidía la enorme plaza. El GPS de su teléfono móvil le indicaba que continuara hasta el paseo marítimo, pero prefirió acortar. Ascendió unas escaleras y vino a parar a unas calles oscuras y sucias. En unos segundos el paisaje había cambiado por completo, y sintió una pizca de inseguridad. Se vio tentado a retroceder pero no quería retrasar más su llegada, de modo que se metió las manos en los bolsillos, apretando en el izquierdo con fuerza el teléfono que le había costado buena parte de los ingresos del mes anterior, y siguió adelante tratando de disimular el nerviosismo que se acrecentaba en su interior a medida que avanzaba y se iba cruzando con personajes de apariencia más sospechosa. Cada calle que atravesaba giraba una y otra vez, y se vio de repente en mitad de un laberinto lleno de recovecos, cada vez más intrincado e inhóspito.

Se sentía observado, y eso aumentaba su desasosiego. Miraba de reojo a su alrededor, a los balcones y ventanas tras los que no se percibía más que una densa oscuridad en medio de la que intuía ojos acechándole y rostros de desagrado indicando que no era bien recibido en aquel lugar. La sensación persistió con mayor fuerza mientras él solo pensaba en dejar atrás esas calles, hasta que, no sabría precisar en que momento, comprendió que alguien estaba siguiéndole. Controlando su inquietud continuó hacia delante sin girarse ni una

sola vez, aparentando un arrojito que no sentía. Aceleró aún más el paso, notando aquella presencia tras él y al girar una esquina casi topó de bruces con un joven, que le miró sorprendido. En un primer momento vio un destello de agresividad en su mirada pero después, a medida que el chico se sobrepuso y le observó más detenidamente, se le dibujó en el rostro una sonrisa de satisfacción propia de quien acaba de encontrar un billete en mitad de la acera.

—Vaya, vaya, un turista desorientado —susurró con una voz enronquecida para su corta edad—. Qué agradable sorpresa.

Bruno trató de seguir su camino pero el chico le cortó el paso a la vez que se alzaba parte de la chaqueta para mostrarle una negra pistola ceñida a la cintura del pantalón. La acarició con gesto divertido mientras la misma voz ronca ordenaba con sangre fría:

—Vacíate los bolsillos.

Se quedó paralizado por el miedo. Solo había visto dos pistolas en su vida, el arma reglamentaria que Annika guardaba celosamente, y otra que prefería no recordar, la vez que metió las narices más de la cuenta en un reportaje y estuvieron a punto de acabar con él. Entonces se acordó de algo que su madre le había contado, y se preguntó si no habría penetrado en los *Quartieri Spagnoli* o barrio español, una de las zonas más peligrosas de Nápoles. Se enfureció con él mismo por no haber estado más atento, pero ya no había nada que pudiera hacer. Trató de valorar sus escasas opciones. ¿Valía la pena arriesgarse por el pasaporte, unos cuantos euros y un par de objetos de valor? En esas estaba cuando escuchó de nuevo el apremiante tono del joven.

—¡Ahora! —le encañonó al pecho sin contemplaciones.

Aquel acto tuvo el prodigioso efecto de disipar todas sus dudas. Temblando, metió las manos en los bolsillos y extrajo el móvil y la cartera, que el chico prácticamente le arrancó de las manos. Se preguntaba qué pasaría a continuación cuando sintió otra voz, esta grave y serena, a escasos metros de ellos.

—Simone, déjale en paz.

La cara del chico pareció transfigurarse por arte de magia. Se guardó la pistola y las pertenencias que le había arrebatado y comenzó a alejarse.

—Devuélvele sus cosas —repitió aquel ángel de la guarda.

—Pero... ¿por qué? —protestó débilmente el chico, que de repente se le antojó mucho más joven.

—Devuélveselas.

Se acercó de mala gana y le alcanzó sus objetos personales, que Bruno recogió en silencio, para guardarlos de nuevo y proseguir su camino. Siguió recorriendo las calles ignorando hacia dónde le llevarían sus pasos y sintiendo la misma presencia a sus espaldas, hasta que unos minutos después, en cuanto logró recuperarse del susto, hizo acopio de todo su valor y se dio la vuelta. La noche había caído por completo y los escasos faroles que jalonaban el callejón no le permitieron verle la cara a su perseguidor.

—¿Qué quieres de mí? —gritó.

El hombre se paró en seco al escucharle. Pareció dudar pero tras unos segundos dio varios pasos al frente, hasta que la luz de un farol le iluminó parcialmente el rostro. Tendría unos cincuenta años, complexión fuerte y duras facciones, acentuadas por unas cejas tupidas y una perilla y bigote plateados que contribuían a darle un aspecto amenazador.

—Sigue por este callejón hasta que llegues al final y luego gira a la derecha. Encontrarás unas escaleras. Bájalas y te hallarás en el barrio de Chiaia. Allí ya no corres peligro —exhortó. A continuación se dio la vuelta y comenzó a alejarse sin más.

—¿Quién eres?! Y, ¿por qué me has ayudado?! —vociferó de nuevo.

El hombre se detuvo otra vez, giró la cara para volver a mirarle y le habló con la misma voz solemne y apaciguadora.

—Te pareces mucho a tu padre.

Una extraña desesperación se le filtró hasta los huesos, al mismo tiempo que notaba como se le nublaba la vista. Se sentía mareado.

—¿Le conociste? ¿Acaso sabes quién soy?

—No preguntes tanto. A tu padre no le fue bien.

Cuando creyó que no diría nada más, escuchó una última frase.

—Tu tío Giacomo te manda recuerdos.

Y dicho esto, se marchó definitivamente, dejando a Bruno clavado al suelo incapaz de reaccionar. Cuando al fin lo hizo, retomó el paso siguiendo las indicaciones de aquel hombre como un autómatas. Al poco avistó las escaleras que le mencionara. Se dirigió hacia ellas y tras un momento la intensa claridad que emanaba de las ornamentadas farolas le indicó que había irrumpido en el suntuoso barrio de Chiaia, paralelo al paseo marítimo, donde el lujo y la opulencia se paseaban entre sus caros restaurantes en clara disonancia con la miseria que reinaba a pocos metros de distancia. Respiró profundamente y

echó mano del teléfono para orientarse de nuevo.

Cuando llegó al piso la noche había caído por completo, pero Raffaele aún no había aparecido. Aquel encuentro le había dejado consternado. ¿Quién era ese hombre? ¿Había conocido a su padre? ¿Y a su tío, por qué le había mencionado? Las preguntas se acumulaban en su mente a falta de respuestas. Se tumbó en la cama hasta que logró serenarse. Era la hora de hablar con Annika y no quería aturullarla con aquel misterio. No hasta que él mismo fuera capaz de interpretar lo que había sucedido esa noche.

Una vez recuperado el control, encendió el portátil y esperó con resignación a que se cargara, lo que hizo que le viniera a la memoria la pelirroja y circunspecta Alma con su flamante ordenador. Se preguntó cómo le iría. Se sentía conmovido por la entrega con que se había volcado en localizar a su amiga, pero a la vez le preocupaba que la condujera a una nueva depresión que no le permitiera pasar página de aquella pesadilla. Aún a la espera, se prometió ir a verla cuando él mismo solventara sus problemas y regresara a España.

Ya en funcionamiento, introdujo la clave del programa de videollamadas para advertir con desilusión que Annika no estaba *online*. ¿No habría recibido su mensaje? Se impacientó, pues necesitaba sentirla cerca más que nunca. Además, debía contarle sus averiguaciones de Pompeya. Podía ser una simple casualidad, pero quizá le diera alguna pista para esclarecer su investigación. Decidió darle un poco de tiempo y revisar el correo electrónico mientras tanto, y al hacerlo comprobó que ella le había escrito unas horas antes. Le contaba cómo le estaba yendo el día. Rio de buena gana al leer cómo se había enfrentado con su jefe, lo que le ayudó a destensarse del estado de consternación anterior. Sí, su chica tenía agallas, se dijo orgulloso. Annika se despedía confesándole su preocupación por haber tenido que pedirle de nuevo a su amiga que cuidara de la niña, pero aquel día no podía hacer otra cosa, le explicaba. Había atado nuevos cabos e iba a ir en busca de pistas a la inauguración de *Emerita Ludica*, pero le aseguró estar de vuelta antes de las ocho con Celia y esperaba que pudieran verse y conversar a través de *Skype* como el día anterior. Bruno confirmó en su reloj que de eso hacía ya más de una hora y tuvo un nefasto presentimiento.

* * *

El enojo de Lourdes se acrecentaba a cada minuto. Eran más de las diez de la

noche y Annika seguía sin dar señales. Le había prometido que recogería a la niña antes de la sesión de las ocho pero no había llamado ni aparecido por allí, de modo que tuvo que impartirla mientras la pequeña, aburrída, trasteaba por el salón y desconcentraba a las mujeres con sus intentos de imitarlas. Afortunadamente no parecía haberles molestado, pues reconocía que hasta a ella misma la había hecho reír en más de una ocasión, pero la clase había sido prácticamente estéril con respecto a avances en la coreografía que estaban preparando. Ella se tomaba muy en serio lo que hacía, y ser consciente de la importancia de la labor de Annika no hacía que disminuyera su irritación por que no se hubiera molestado siquiera en avisar, como si su trabajo no mereciera el mismo respeto.

Tras finalizar el baile y desalojarse el salón había vuelto a tratar de localizarla, pero nadie contestaba al teléfono y no le había quedado más remedio que preparar la cena para la niña y cancelar su plan de tomar algo con Lupe en el bar de moda. En lugar de eso, ella se había ofrecido a acercarse a su casa a hacerle compañía, y allí estaban ambas con sendas latas de cerveza en la mesa de camilla viendo una película de dibujos animados junto a Celia.

—Qué planazo, ¿eh? —farfulló.

—Eres demasiado buena —le amonestó Lupe, que aunque fastidiada ante el cambio de planes inicial, en el fondo se estaba divirtiendo con la situación.

—No me riñas —replicó malhumorada—. De esta aprendo, ya lo verás.

—A ver si es verdad —el tono guasón denotaba lo poco creíble que le parecía su afirmación momentánea—. Oye, la niña se está quedando dormida, ¿qué hacemos?

—Pues, no sé, como Annika sigue sin aparecer... —miró a Lupe con tal expresión de desamparo que esta tuvo que echarse a reír.

—Prepárale la habitación de invitados y que se acueste ahí. Cuando venga se la lleva en brazos y ya está —organizó con tono cariñoso, más acostumbrada a dilemas de aquel tipo merced a sus tres sobrinos.

Lourdes suspiró y volvió a lamentarse.

—Es que yo no sé por qué me la deja a mí. Si yo no tengo ni idea de qué hacer con los críos...

—Porque Celia te adora, nada más hay que veros.

Observó a Lupe para asegurarse de que no le estaba tomando el pelo y esta le dio un beso en la frente.

—Ya —dijo, aún en tono de protesta pero lanzándole una acaramelada

mirada—. ¿Y nosotras qué, tenemos que estar pendientes de que llegue?

Se resignaba a perder la oportunidad de pasar una velada con Lupe. Su trabajo como cooperante expatriada le hacía pasar largas temporadas fuera de la ciudad, y eran pocas las oportunidades que tenían para las dos solas.

—Bueno, ya veremos. Si llama muy tarde, siempre puedes decirle que la recoja mañana por la mañana. Total, ya lo mismo va a dar.

—Tienes razón —accedió Lourdes más relajada—. Voy a acostarla y nos quedaremos solas por fin.

Lupe se rio y le guiñó un ojo.

—Sí, yo tampoco estoy preparada aún para cuidar niños. Mucho mejor así.

Jueves, 12 de septiembre

Sabina se despertó sobresaltada por un portazo en la habitación de al lado. Al consultar el reloj comprobó que eran cerca de las cinco de la mañana. Aún quedaban unas horas para que amaneciera. Se desperezó en un intento de desentumecer los músculos y se incorporó lentamente, sentándose en el raído colchón. Escuchó atentamente durante unos minutos. Cuando estuvo segura de no oír nada, abrió sigilosamente la puerta de la habitación, recorrió a oscuras el estrecho pasillo hasta la entrada de la vivienda y salió de allí sin mirar atrás.

Al traspasar el portal reparó en que había refrescado. La brisa que acompañaba la noche recordaba más al otoño y su inminente regreso que al verano que tocaba a su fin. Volvió a acordarse de aquella indigente a la que Víctor cedió su chaqueta en lo que parecía un pasado muy remoto. Quién tuviera ahora una de esas, deseó cruzándose los brazos alrededor del pecho y frotándoselos vigorosamente para tratar de entrar en calor.

Aligeró el paso con determinación. Conocía bien la ciudad y sabía a dónde dirigirse. Tardó menos de veinte minutos en alcanzar su destino. A aquellas intempestivas horas la estación de ferrocarril parecía tan sumida en el sueño como el resto del vecindario. Traspasó las puertas de cristal y observó el panel luminoso que anunciaba las salidas y llegadas. Maldijo para sus adentros al constatar que la mayoría eran trenes de alta velocidad, pues los precios de sus billetes eran prohibitivos para el exiguo presupuesto con que contaba, y aunque aquellas horas eran las más seguras para no encontrarse con nadie conocido por las calles, no lo eran para colarse en un tren en el que probablemente no subiría nadie más. Inspeccionó los tableros con la información de todos los servicios y observó que esa noche saldría un tren hotel con destino al sur de España. Tras reflexionar decidió que era su mejor escapatoria. Se colaría en él y se escondería en alguna de las cabinas para turistas. Solo tenía que aguantar un día más en la ciudad. Una salida y puesta de sol. Cuando amaneciera la mañana siguiente estaría en la última parada, Granada, y comenzaría una nueva vida. Una vez más.

* * *

Aún no había despuntado el día, pero Bruno no aguantó más en la cama. Había pasado la noche prácticamente en blanco, y las pocas veces que le venció el cansancio y consiguió conciliar el sueño las pesadillas perturbaron su descanso.

Tras leer el correo de Annika el día anterior y no poder contactar con ella, su preocupación había ido en aumento. Si la idea que comenzaba a tomar forma en su cabeza se confirmaba, su chica habría corrido un riesgo acudiendo a aquel evento. Y sí, sabía que podía defenderse por sí misma, pero nadie era invulnerable. Al comprobar que no le respondía al móvil y tampoco al fijo su inquietud había dado paso a la ansiedad, y para cuando Carla llegó a casa a la hora de la cena parecía estar a punto de subirse por las paredes. «Habrás ido a Badajoz a ver a la otra abuela de Celia», le había sugerido en un intento de tranquilizarle, pero aquella teoría no acababa de sonarle creíble. Una voz en su interior le decía que algo no iba bien.

Se había resistido a llamar allí por miedo a equivocarse y preocupar también a la señora. Después de todo, era gracias al apoyo y la generosidad de la abuela de Celia que Annika había conseguido la custodia de la niña. Si no hubiera intermediado y cedido su puesto, sería a ella a quien le hubiera correspondido legalmente. Carmen había antepuesto el mejor interés para la niña a su propia voluntad y su amor por ella, y eso, que no le había resultado nada fácil, no dejaba de ser un enorme voto de confianza en la joven pareja. De modo que Bruno se negaba a abrir una fisura en él haciéndole saber que desconocía su paradero.

No soportó más la ansiedad. Se levantó y volvió a llamar a ambos teléfonos. No habían dado aún las siete de la mañana, pero si había alguien en casa debería despertarle el estridente timbre del aparato fijo. Mantuvo la oreja pegada con fuerza al auricular como si con ello pudiera lograr que alguien contestara al otro lado hasta que se agotaron los tonos de espera. Nada. Soltó el teléfono malhumorado y se dirigió a la cocina, donde sabía que encontraría ya a su madre. Esta se sorprendió al verle aparecer.

—Mamá, quiero volver a España —le espetó nada más verla.

—*Ma, figlio...* —al ver la expresión de angustia de su hijo canceló el reproche que estaba a punto de proferir.

—¿Has vuelto a llamar esta mañana? —preguntó en su lugar.

Él asintió.

—De acuerdo. Probablemente sea cualquier tontería, pero no vas a estar bien aquí mientras no lo sepas. Yo puedo apañarme perfectamente.

—Gracias, mamá —apoyó la mano sobre su hombro en un gesto de gratitud—. Entonces desayunamos y hacemos las maletas. No aguanto un segundo más sin saber.

—No, hijo, no me has entendido. Tú puedes irte, y creo que debes hacerlo, pero yo me quedo aquí.

Bruno la miró desconcertado.

—Lo he estado pensando mucho, no te creas. Aún antes de que esto ocurriera, porque tú no puedes estar demasiado tiempo aquí, tienes tus obligaciones en España. Sin embargo, a mí no me espera nadie allí.

—Eso no es así, mamá...

Carla le interrumpió.

—Lo sé, hijo, estás tú, pero tienes tu vida, y las vecinas del pueblo tampoco me necesitan. Pero Elisa sí. Mi prima me necesita ahora, y no puedo marcharme sabiendo que no volveré a verla. Quiero pasar con ella todo el tiempo que pueda.

Bruno no se mostraba muy convencido. Con la inquietud por el paradero de Annika ni siquiera se había planteado aún relatarle a su madre el episodio de la tarde anterior en el callejón. Su pareja podía necesitarle ahora, y a su padre hacía muchos años que nadie se lo devolvería. Ahora sopesó contárselo. Abrió la boca para tratar de hacerlo pero su madre le cortó con un gesto. No había acabado aún.

—Hay otra cosa... —pareció no saber cómo seguir, tomó aliento y prosiguió—. Tengo que hacer las paces con mis raíces. Estos días me he dado cuenta de que me he estado negando muchas cosas, pero la verdad es que he añorado todo esto más de lo que me reconocía a mí misma. Necesito reconciliarme con mi país y con mi ciudad, con lo que adoraba de ella y también con lo que me hizo huir, porque el hecho de que no me guste no hará que desaparezca. Tengo cosas que cerrar en esta ciudad, cosas que llevan demasiado tiempo abiertas y que ahora no es el momento de contarte. No puedo regresar hasta que no haya cumplido con ello.

Bruno sabía cuándo su madre tenía tomada una decisión, y que como siempre que ello ocurría, nada que él pudiera objetar le haría cambiar de parecer. Sin embargo, no pudo dejar de preguntar algo.

—Esas cosas de que me hablas... ¿tienen algo que ver con el tío Giacomo?

Carla le miró desconcertada, la boca abierta en un acto de total perplejidad. Por un momento una mueca de turbación se adueñó de sus facciones, pero a los pocos segundos logró recomponerse y volvía a ser la misma mujer fuerte y decidida.

—Cada cosa a su tiempo, *figliolo*. Ve a reunirte con tu familia y asegúrate de que todo está bien allí. Después hablaremos.

Bruno asintió con gravedad.

—¿Hasta cuándo te quedarás entonces? —en su tono se reflejaba ya la resignación de la batalla perdida.

—No lo sé, hijo. Pero deseo que sea una buena temporada, porque probablemente eso significará que Elisa sigue viviendo. Ayer lo hablé con Raffaele y no le importa que me quede aquí acompañándole. Al contrario, será un consuelo para él. Sobrellevar todo esto solo debe de ser muy duro, sobre todo si la persona que se está yendo es con quien has compartido prácticamente toda tu vida. Sabes, él y Elisa eran la pareja perfecta, solo con mirarlos una sabía que vivían uno para el otro —exhaló un largo suspiro—. Además, no puede estar velando cada noche en ese hospital, o esto acabará también con él. Haremos turnos y todos lo llevaremos un poco mejor.

—Está bien, si es lo que quieres...

—Sí. Tú regresa y acompaña a tu pareja. Sé que no era el mejor momento para irte y os agradezco a los dos lo generosos que habéis sido, no te creas. Cuando Annika resuelva ese caso y se tome de una vez unas merecidas vacaciones, os volvéis para acá con la niña y así conocen ellas también la ciudad. —Dicho esto, se giró y volvió a sus quehaceres poniendo así punto final a la cuestión.

Bruno no pudo evitar conmoverse mientras se dirigía a la habitación a empaquetar sus ropas. Su madre sí que era generosa. Con él, con Annika, con su prima y Raffaele, y con todo aquel que se cruzaba en su camino. Se comportaba siempre como le gustaría que se comportaran con ella. A pesar de algunas discusiones y de lo refunfuñona que podía llegar a ser, albergaba un corazón enorme, y se sintió afortunado por tener una madre como ella. Pero al mismo tiempo, contaba con otra voz interna que no estaba dispuesta a acallarse. La que le recordaba que, por alguna razón, Carla había estado ocultándole algo demasiado tiempo, algo que aún tendría que esperar.

En menos de media hora estuvo listo. Recorrieron juntos un trecho camino

al hospital hasta que a la altura de un cruce de avenidas llegó el momento de separarse.

—Despídeme de los dos —pidió en referencia a Elisa y Raffaele—. Espero que cuando vuelva con Annika...

No supo cómo acabar lo que quería decir, pero su madre le entendió.

—Sí. Ya verás como sí —le dio un apresurado abrazo antes de que se alejara—. Llámame cuando llegues. Y en cuanto sepas qué ha ocurrido.

* * *

Alma se estiró. La litera del convoy que la condujo hasta la otra punta del país era de todo menos cómoda, pero a ella nunca le habían importado los lujos, pues nunca los había disfrutado. Ya era de día y el tren la había dejado en una estación algo solitaria para continuar sin ella su tramo final. La suya era la penúltima parada. Tarragona.

Había dedicado la mitad de la noche a documentarse en el compartimento de aquel tren gracias al ordenador del que no se separaba, y ya sabía todo lo necesario sobre la ciudad en la que acababa de poner pie. Situada al sur de Cataluña y bañada por las templadas aguas del Mediterráneo, era minúscula en comparación con Barcelona, la majestuosa urbe de la que distaba menos de cien kilómetros. Se preguntó si Sabina seguiría en el club que le habían mencionado. Aquel depravado aseguraba que no había vuelto a verla, pero era la única pista, el único hilo de donde tirar, y para ella era suficiente. Pensó que entre ciento treinta mil habitantes no debía ser imposible encontrarla. Si aún seguía allí, claro.

Por un momento se acordó de su panadería. No había dudado a la hora de ponerse en marcha de inmediato, y lo único que entre prisas había acertado a hacer era colocar un cartel anunciando el cierre durante unos días. Deseó que no le pasara factura entre sus clientas, pues no había sido fácil fidelizarlas. Era consciente de la reticencia inicial ante el cambio de propietarias, al pasar de la experimentada y querida señora Sole a una joven inmigrante que llevaba además a las espaldas un oscuro pasado conocido por todos. Formaba parte de la idiosincrasia de vivir en un pueblo. No había nadie que no hubiera escuchado y reproducido su historia, la comidilla del lugar durante meses. Cuando la policía la rescató del club situado en una carretera cercana y doña Paquita la acogió en su casa se organizó tal revuelo que la buena señora tuvo

que armarse de paciencia para ponerles los puntos sobre las íes a sus amigas, incapaces de entender que amparara a aquella prostituta.

Pero la honradez y dedicación con que había levantado la panadería se habían impuesto a todos los prejuicios, y poco a poco se ganó a las señoras del pueblo, contando ahora con una clientela incluso mayor que la anterior propietaria. Sabía que debilitaba aquella confianza largándose sin explicar nada, pero tenía una prioridad mayor que atender. Su corazón le decía que Sabina podía estar en aprietos. El lazo que las unía era imperecedero, como lo era el tatuaje que lo representaba, y haría cuanto estuviera en su mano por ayudarla.

Observó a su alrededor, divisando la pequeña cafetería que no faltaba en toda estación de tren mínimamente respetable. Se dirigió hacia ella, pero cambió de parecer en el último momento. Era temprano, aún no tenía hambre y sería más productivo aprovechar el tiempo antes de hacer una parada para desayunar. Intuía que el día podía hacerse muy largo, pues pensaba recorrer palmo a palmo aquella ciudad hasta dar con su amiga. De modo que soltó el pomo de la puerta que estaba ya empuñando y giró a la izquierda para salir de aquella estación y aventurarse en la nueva urbe que tenía ante sus ojos.

Al otro lado de la puerta en una pequeña mesa redonda, otro trébol de cuatro hojas descansaba en el hombro de su portadora, quien mataba el tiempo saboreando un café doble bien cargado mientras pensaba en lo que le depararía el destino en el sur de España.

* * *

Bruno no había querido perder tiempo buscando vuelos en Internet. En su lugar, prefirió dirigirse lo más rápido posible hacia el aeropuerto. Subiría al primer avión con plazas libres que fuera para España.

Una vez allí se encaminó a la zona de agencias de viajes. Tuvo suerte, pues un vuelo directo con destino a Madrid saldría en un par de horas y aún quedaban asientos. Después, solo tardaría tres horas más hasta Mérida. Con el precio no fue tan afortunado, pero con tanta precipitación era difícil esperar un chollo. Resignado, pasó la tarjeta de crédito, recogió el billete, buscó el control de seguridad y se dispuso a esperar la cola. Solo una vez que franqueó los puestos de inspección y se ubicó cerca de la puerta de embarque se permitió relajarse. Soltó la maleta en un sillón, se sentó en el asiento contiguo

e intentó nuevamente contactar con Annika. Miró el reloj. Acababan de dar las ocho y media, de modo que la comisaría ya estaba abierta y ella debía estar en su puesto. Marcó su número y esperó para comprobar con indignación que tampoco allí respondía nadie. Insistió una y otra vez maldiciendo la costumbre de tantos funcionarios de no rescatar la llamada si el teléfono que sonaba no era el suyo. Por fin, al tercer intento, una voz masculina le contestó.

—Policía de Mérida.

—Eeeeh, hola, soy Bruno, el novio de Annika —explicó vacilante.

—¿Bruno? Hola soy Raúl, no sé si me recuerdas.

—Sí, sí, claro Raúl —Bruno conocía de oídas cada detalle de los compañeros de Annika, pero no tenía ninguna intención de socializar en ese momento—. ¿Y Annika, no está en su mesa?

—Pero, ¿no sabes lo que ha pasado? ¿No te ha avisado nadie? No me lo puedo creer... —su voz reflejaba perplejidad y desazón a partes iguales.

Bruno sintió como se le encogía el corazón.

—Estoy en el extranjero y Annika no me coge el teléfono. Por lo que más quieras, dime qué pasa.

—Tranquilo, la situación está bajo control —Raúl debió notar la desesperación en el tono de Bruno y se apresuró a apaciguarle—. Ayer hubo un... incidente en la Alcazaba, y Annika estaba allí. Recibió un impacto en la cabeza y ha pasado la noche en el hospital, ya sabes, por si acaso, que esos golpes son muy delicados. Aún está allí, pero todo indica que le darán el alta en breve.

* * *

Puede que sean los designios del destino jugando caprichosamente con nosotros, simples mortales o puede que el azar se cruce en nuestras vidas de una forma incomprensible y sin más, desempeñe un papel crucial.

Sería difícil contar las personas que se cruzaron en el camino de Alma mientras merodeaba por la ciudad que se ponía perezosamente en marcha, pero una de entre las miles que la habitaban recordó que había visto antes ese rostro y no lo dejó pasar.

—Perdona... —aquella chica rubia platino que superaba al menos en un decenio a Alma, le cortó el paso con expresión titubeante.

Alma miró con recelo a la mujer que tenía enfrente. Su cara le resultaba

vagamente familiar.

—No soy de aquí —contestó escuetamente dispuesta a seguir su camino.

—Ya lo sé —replicó la mujer, ahora más resuelta gracias a esa confirmación—. Si no me equivoco eres de Mérida.

Sonrió al ver cómo la chica pelirroja abría desmesuradamente los ojos incrédula, sobreponiéndose unos segundos después para volver a mirarla con suspicacia. Se quedó allí clavada sin decir palabra esperando una aclaración.

—Nos conocimos el otro día allí. Tu amiga la policía de color me entrevistó por un asunto un poco delicado, y al salir estabas esperándola con un hombre y una niña pequeña, ¿recuerdas?

Ahora asintió lentamente.

—¿Y qué haces por aquí?

—Un asunto un poco delicado —repitió Alma sarcástica, sin ganas de dar explicaciones a aquella desconocida.

Lluisa no pareció sentirse ofendida por su respuesta insolente. La chica policía le había caído bien, y no estaba de más congraciarse con una amiga suya y mantener así el contacto. Después de todo, era la encargada de averiguar quién había matado a su exnovio.

—Pues yo trabajo aquí al lado. ¿Has desayunado? Ven, que te invito. Por cierto, me llamo Lluisa, por si no lo recuerdas.

La tomó por el brazo sin esperar una respuesta y la condujo en dirección al bar con un desparpajo al que Alma no estaba acostumbrada, quien se contrajo en un gesto de resignación y decidió dejarse llevar. Una vez que recordó dónde la había visto, sabía que no había motivos para la desconfianza, y Lluisa podría ayudarle a orientarse en aquella ciudad extraña. Resolvió que le extraería la información que le resultara útil a la vez que se ahorrraba el desayuno.

Entraron en el bar y Lluisa le preparó su especialidad, la misma enorme tostada catalana que Víctor se dejara sin apenas probar un día antes.

—¿Qué quieres de beber?

—Un café solo doble.

Lluisa asintió y se lo ofreció al minuto junto con la tostada. Conversaron brevemente sobre la ciudad y después de preguntar cuanto se le ocurrió, Alma cogió ambas cosas y se dirigió sin ningún reparo a una mesa algo alejada a degustar su desayuno en paz. Sin saberlo, la misma que Sabina eligiera cada día para observar a aquel chico del corazón puro.

Estaba a punto de finalizar cuando Víctor apareció en el bar.

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué haces aquí? —Lluisa se hizo la enfadada al verle—. Ayer era tu día libre y no descansaste buscando a esa tía, y ahora te vienes también para acá... Recuerda que mañana ya entras a trabajar, y a saber cuándo pillas descanso de nuevo —movió la cabeza a uno y otro lado en señal de desaprobación.

—No pintaba nada en casa solo —musitó con una expresión apagada como su compañera no recordara haberle visto nunca. Le enterneció y trató de confortarle.

—Venga, venga, ánimo. Anda que no habrá peces en el mar. Sin ir más lejos, aquella del fondo. La conocí en Extremadura el fin de semana pasado y me la acabo de cruzar por la calle. ¿No es casualidad?

Víctor la miró con desgana y asintió sin mucho interés.

—Pues a mí me parece muy guapa, además es del estilo que te atraen, reconócelo —insistió guiñándole un ojo—. Con esas curvas y esa melnaza pelirroja, no me digas que no es sexy. Y tiene un tatuaje muy bonito, que yo sé que eso también te gusta... Ven, te la presento.

—Anda, déjate de tonterías. Para ligues estoy yo.

—Chica —llamó Lluisa ignorándole y acercándose a la mesa donde Alma apuraba su café—. ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—No te lo he dicho —replicó con la parquedad que le caracterizaba.

—Bueno, pues dímelo ahora. Nos presentaron en Mérida pero no tengo tan buena memoria —persistió.

—Alma —informó sin privarse de ocultar su apatía.

«Vaya dos siesos», masculló Lluisa para sí. «En verdad que serían tal para cual.»

—Alma, mira, este es mi amigo Víctor —le empujó hasta allí, consiguiendo que se sentara a su lado y acomodándose ella misma al ver que no había nadie a quien atender en esos momentos.

—Hola —saludaron ambos con educada indiferencia.

—Alma ha venido a Tarragona a algún asunto personal, igual que tuve que hacer yo en Mérida hace unos días... ahora que lo pienso, quizá Víctor pueda ayudarte. Hoy es su día libre —informó.

—En realidad no... —comenzó él con un titubeo, pero Alma le atajó cortante.

—No es necesario.

—Bueno, bueno, está bien. Pues al menos acompañaile a tomarse su

capuccino antes de irte, no le gusta desayunar solo —mintió descaradamente Lluisa mientras se iba hacia la barra a prepararlo.

—Por cierto —gritó ya desde allí dirigiéndose a su compañero—. Alma tiene un tatuaje precioso en el hombro, un trébol de cuatro hojas. Me llamó mucho la atención cuando se lo vi en Mérida, si no fuera por eso igual ni me habría quedado con su cara. ¿A ti no te gustaban los tatuajes? Dile que te lo enseñe.

Víctor levantó la cabeza en una sacudida.

—¿Un trébol de cuatro hojas? ¿Puedo verlo?

Alma pensó en mandarle a algún lugar muy lejano, pero al ver su expresión de franco interés pensó «¿por qué no?», y una vez más, no opuso resistencia. Se llevó la mano al cuello de la camiseta y la estiró hacia el omóplato izquierdo, dejando al descubierto su seña de identidad.

La cara de Víctor reflejó todo su estupor.

—¿Dónde te has hecho eso? —había pasado de la apatía más extrema a una repentina vehemencia que inquietó a Alma.

—En mi país.

—¿Cuál es tu país? —ahora la voz le temblaba y la pregunta salió de sus labios con un tono mucho más alto de lo que pretendía.

—A ti que te importa —replicó mientras se levantaba y se largaba de allí. La exigencia de ese chico le había puesto definitivamente nerviosa.

—¿Bosnia? —le escuchó decir cuando ya había alcanzado la puerta.

Alma se paró en seco. ¿Cómo lo había adivinado? Tenía que habérselo visto a Sabina, no cabía otra explicación. Sí, debía de ser uno de los miserables que iban a esos clubs.

Se dio la vuelta lentamente.

—Has visto antes este tatuaje, ¿verdad?

* * *

Annika consiguió al fin que le devolvieran su teléfono móvil. No acertaba a adivinar por cuánto tiempo había perdido el conocimiento. Se había despertado confundida dentro de una ambulancia el día anterior y no recordaba cómo había llegado hasta ella, pues las imágenes de lo ocurrido antes del golpe se resistían a regresar a su memoria.

Estaba impaciente por volver a casa, pero hasta el momento no se lo habían

permitido. Le habían realizado una prueba tras otra y, para su desesperación, la obligaron a pasar la noche en observación. Ya al filo de la medianoche logró que le comunicaran a Lourdes lo sucedido, y un enfermero le trasladó que la niña estaba dormida y que su amiga prometía encargarse de todo. Ahora, por fin conectada de nuevo, constató horrorizada que tenía decenas de llamadas perdidas de Bruno. Había conservado la esperanza de que no hubiera tratado de contactar con ella, pero aquella insistencia confirmaba lo contrario. Debía estar angustiado sin saber por qué nadie había pasado la noche en casa. Trató de devolverle las llamadas, pero ahora era su teléfono el que permanecía apagado. No entendía nada. ¿Se habría enfadado tanto que no querría responder? Aquel pensamiento la angustió aún más.

En el trabajo ya estaban al tanto de lo ocurrido, al menos por eso no tenía que preocuparse. Le darían el alta en breve y tendría todo el día para reubicarse. Iría a pedir disculpas a Lourdes por todos los trastornos ocasionados y después recogería a Celia del colegio. Y tenía que conseguir contactar con Bruno.

La médica que le firmaría el alta no acababa de llegar, y se impacientó aún más. Encendió el televisor que había en la habitación. Cambió varias veces hasta que un noticiario le llamó la atención. Seguían hablando de Mérida... pero se sorprendió al constatar que esas eran imágenes de la Alcazaba, de la inauguración en la que ella misma había estado. Hizo un esfuerzo por recordar. El aljibe, los ruidos que la habían llevado hasta ahí, y luego un vacío. Oscuridad. Alguien la había dejado fuera de juego, pero ¿qué era lo que había sucedido realmente? El botón del volumen no funcionaba y no era capaz de escuchar lo que decía la voz que narraba los acontecimientos, demasiado baja para descifrarla. Seguía pensando en ello cuando el noticiario llegaba a su fin y el resumen de los titulares aparecía en pantalla. Vio de nuevo las mismas imágenes mientras unas letras mayúsculas al pie condensaban la noticia: El asesino de Mérida vuelve a atacar.

—¡Enfermero! —gritó angustiada a la vez que pulsaba el interruptor que le avisaría de su requerimiento—. ¡Enfermero!

Al poco un chico joven vestido de blanco apareció.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó solícito.

—Necesito un periódico —ante la expresión incrédula del profesional, suplicó—. Por favor.

El joven, que en un primer momento pensó en despacharla dejándole claro

cuáles eran sus funciones, cambió de parecer al recordar que aquella chica de piel oscura era la policía que había sido atacada en el mediático asunto que revolucionó el hospital el día anterior.

—Voy a hacer lo que pueda, aunque no debería. Que quede entre nosotros —avisó bajando la voz—. Y tenga cuidado pues debería estar reposando. Las emociones fuertes no vienen bien tras una conmoción como la suya.

Unos minutos después regresaba con el diario regional *Hoy*.

—Está también en los de tirada nacional, pero supongo que aquí encontrará más detalles sobre lo que quiere saber —con una mueca de complicidad, se dirigió hacia la puerta de la habitación para dejarla sola—. Y recuerde, tómese las cosas con tranquilidad y evite alterarse.

Annika se lo agradeció y asió al vuelo el periódico. No le hizo falta abrirlo. Las enormes letras del titular de portada le despejaron cualquier duda:

ASESINADO EN MÉRIDA EL RESPONSABLE DEL PROYECTO MECENAS

* * *

Bruno aterrizó en la terminal cuatro del aeropuerto de Barajas. Había dejado el coche en uno de los aparcamientos de larga duración que ofrecían varias empresas a los usuarios del aeropuerto. Echó cuentas. Con un poco de suerte y si no pillaba excesivo tráfico, le separarían solo algo más de tres horas de casa. Aunque Raúl le había asegurado que Annika se encontraba bien, le seguían asaltando muchos temores, que se habían acrecentado cuando, por hacer tiempo, se había acercado a una de las librerías del aeropuerto de Nápoles y asomado a la sección de prensa internacional para ver las noticias españolas. Fue entonces cuando comprobó horrorizado que sus peores temores habían comenzado a cumplirse. El asesino había vuelto a matar, y también a alguien implicado en el pasado imperial de la ciudad. El lugar donde lo había hecho parecía ser un reclamo que confirmaba sus sospechas, el más simbólico imaginable: la representación de la vida romana a la que Annika había acudido.

Ante la irritación de la encargada de la librería había ojeado con avidez todo cuanto publicaban los diarios españoles sobre el asesinato. En esta ocasión habían ido mucho más lejos en su funesta represalia. Pascual Román

había sido crucificado a la antigua usanza romana. Aunque cuando se descubrió lo ocurrido aún seguía con vida, los servicios de emergencias no habían podido hacer nada para salvarle. No satisfecho con la crucifixión, el asesino había infligido daños atroces a su víctima, rompiéndole ambas piernas y flagelándole repetidamente. Pero no habían sido las hemorragias causadas por los clavos ni el resultado de los azotes lo que había desencadenado finalmente la muerte, sino una rotura del corazón frente a la que nada pudo hacerse. Bruno había leído espeluznado los detalles que la prensa pormenorizaba en lo que siempre consideró un generalizado afán morboso que excedía los fines periodísticos.

Uno de los diarios mencionaba que una oficial de policía también había sido atacada por el criminal. Se estremeció al recordarlo, pues sin duda se referían a Annika. Tenía que verla cuanto antes, para asegurarse de que estaba bien, pero especialmente de que no se pondría en riesgo de nuevo. Si lo hacía, estaba seguro de que se convertiría en el siguiente objetivo de aquellos perturbados. Si es que no lo era ya, se dijo con un escalofrío.

Llevaba más de medio camino al volante cuando recordó que con las prisas ni siquiera había encendido el teléfono móvil tras aterrizar en España. «Mierda», masculló al recordar que se encontraba en el bolso de mano, acomodado en el maletero. Vaciló, comprobó que en el depósito quedaba suficiente gasoil para alcanzar Mérida, y decidió que era mejor llegar cuanto antes.

* * *

—¿Dónde?

Ahora era Alma quien preguntaba, y no estaba dispuesta a quedarse sin una respuesta.

—Dime qué significa —Víctor sostuvo su mirada con determinación.

—¿Dónde? —Alma lo repitió más fuerte, acercándose desafiante.

—No te lo diré hasta que no me digas por qué te lo hiciste.

—Sí me lo dirás —extrajo de un bolsillo la afilada navaja que llevaba siempre consigo y le apuntó con gesto amenazador. No le sobraba el tiempo y no iba a andarse con contemplaciones, menos con tíos que se creían con derecho a usar el cuerpo de las mujeres por unos cuantos euros. Cuerpos como el de su amiga, como el suyo propio.

Lluisa chilló asustada al ver cómo se había torcido lo que había confiado que acabara en una nueva conquista de su compañero.

—¡Llamaré a la policía!

El único cliente que aún permanecía en el bar, un hombre de mediana edad que había estado leyendo el periódico, lo abandonó discretamente al ser consciente de lo que estaba pasando.

—Vale, vale, tampoco hace falta ponerse así —Víctor intervino tratando de serenarlas—. Lluisa, no llames a nadie —después, dirigiéndose a Alma, que no había bajado aún el cuchillo—. Te contaré lo poco que sé sobre ese trébol.

Alma se sosegó pero no guardó la navaja. Aquella herramienta que doña Paquita le había regalado como un tesoro, un ejemplar del modelo tradicional de navaja artesana que había pertenecido a su padre, fraguada en Don Benito por un viejo amigo de este, había pasado a formar parte de su indumentaria cada vez que salía a la calle. Primero se aseguraba de llevarla encima, y después de haber cogido las llaves o el teléfono. Alma nunca más sería la chica frágil e inofensiva a la que se podía engañar. Y aquel cortante filo era una garantía añadida.

—Se lo vi a una chica que conocí —al comprobar que bajaba el arma, Víctor decidió poner también de su parte.

Alma le miró con un desprecio infinito. De modo que estaba en lo cierto.

—¿Dónde la viste? —le espetó.

—Estuvo en mi casa unos días.

—¿Cuándo?

—Hasta anteayer.

No cabía en sí de la sorpresa. Nunca hubiera imaginado dar tan pronto con su paradero.

—¿Y dónde está ahora? —interrogó tratando de controlar su ansiedad pero sin disimular en absoluto la repulsa que le provocaba.

—Eso quisiera yo saber. Creí que la habían detenido, pero cuando pregunté por ella me dijeron que al atender el requerimiento no encontraron a nadie en el apartamento.

—¿De qué estás hablando? —Alma no entendía nada.

—¿Fuiste a la policía a preguntar? —intervino Lluisa, que no había perdido detalle mientras sostenía el teléfono en alto, aún preocupada de que a aquella chalada le pudiera dar otro ataque de nerviosismo.

—¿Qué le hiciste a Sabina, desgraciado? —no pudo contenerse por más tiempo.

Confundido, Víctor miró alternativamente a las dos mujeres sin saber a cuál de ellas contestar primero.

—¿Que qué le hizo? —se adelantó Lluisa con una mueca de indignación—. Qué le hizo ella a él. Tu amiguita le engañó y le robó, y huyó cuando la poli se puso por medio, seguramente porque tiene mucho que ocultar. Y apuesto a que tú también, a juzgar por tu navaja y por ese interés en encontrarla. Sois de la misma banda, ¿verdad que sí? Es eso lo que significa ese tatuaje —apostilló, ufana de su propio razonamiento—. Y ahora sí llamaré para que vengan a por ti también. Así que más vale que te largues.

Alma dudó. Si Sabina había huido como decían, ella no pintaba nada más allí. Se guardó la navaja y se dio la vuelta de nuevo para marcharse.

Cuando salió por la puerta, Lluisa suspiró aliviada.

—¡Ufff! Menuda chiflada. Siento haberte metido en este lío, compi. Y yo que quería que te relajaras un poco...

Su compañero de trabajo la miró cargado de irritación.

—Ahora se ha ido. ¡Mira lo que has conseguido!

Y tras aquella frase airada, vio con incredulidad como salió sin más del bar.

«No hay quien entienda a los hombres», farfulló malhumorada al salir de detrás de la barra y limpiar la mesa que acababan de abandonar. Esta, al menos, sí había terminado su tostada.

* * *

Annika entró en casa con Celia. La pequeña llegaba revolucionada. No solo no parecía haberle importado quedarse en casa de Lourdes sino que le había encantado la novedad. Desde que la recogió en el colegio no había parado de parlotear contándole todo lo que había hecho, y ahora le insistía para que le pusiera música en cuanto llegaran de forma que pudiera mostrarle los pasos de baile aprendidos.

Al abrir la puerta notó algo extraño en el ambiente pero en un primer momento le costó descifrar qué era. La cabeza le seguía martilleando y los medicamentos que le habían suministrado la tenían desorientada. Celia estuvo más rápida que ella.

—¡Papi! —gritó llena de júbilo y fue directa a la cocina, de donde emanaba un succulento aroma.

—¡Cariño! —gritó ella a su vez extrañada—. ¿Qué haces aquí?

Le vino a la mente la prima enferma y temió encontrar malas noticias, pero al verle sonreír lo descartó de inmediato y se lanzó feliz a abrazarle.

—Bueno, ya veo que no han podido con esa cabecita tan testaruda —bromeó él palpándole la venda que le cubría la frente—. Fui directo al hospital, pero me dijeron que te acababan de dar el alta, así que supuse que os encontraría aquí.

—Siento no haber podido avisarte, todo ha sido tan caótico... ¿No habréis adelantado la vuelta por esto? —preguntó con la culpabilidad dibujada en el rostro.

—Tranquila, ya hablaremos —al verlas a ambas, a Bruno se le disiparon las preocupaciones anteriores—. Vamos a comer algo, he venido sin parar desde Madrid y estoy hambriento. Y pensé que un arrozito caldoso de los míos te vendría bien después de pasar la noche en el hospital —ella le miró con expresión de infinita gratitud mientras le besaba de nuevo.

Decidieron dejar los problemas a un lado y tras degustar en la cocina lo que Bruno había preparado, pasaron la tarde plácidamente en el salón como la familia feliz y apacible que eran cuando las circunstancias se lo permitían. Rieron con los pasos de baile de Celia, quien se empeñó en enseñárselos también a Bruno y no cejó hasta comprobar que este los escenificaba de la forma correcta. Annika reía, olvidando por un momento las tribulaciones que había tenido que afrontar durante aquella difícil semana, y el perro saltaba y daba vueltas entre ellos tratando de sumarse a la danza. Después le tocó a él su momento de protagonismo, y los cuatro salieron a dar un paseo por su parque favorito. No fue hasta pasada la hora de la cena, una vez que hubieron acostado a Celia, que Bruno sacó el tema.

—Ya estoy al tanto de lo que ocurrió ayer en la Alcazaba. Lo que hicieron con ese hombre fue algo escalofriante. Solo hay una cosa que aún desconozco... ¿cómo demonios acabaste tú en el fondo de aquel subterráneo?

Annika respiró hondo. Intuyó que tras el susto que se habría llevado Bruno no era un buen momento para ocultarle información, y decidió relatarle al detalle sus últimas averiguaciones. Le aseguró que estaba convencida de los nexos entre todos los crímenes, aunque por el momento no poseía nada con el suficiente valor probatorio.

Bruno asentía como si ya supiera de lo que le hablaba.

—También la prensa está llegando a la misma conclusión, aunque algunos

aún persisten en la teoría de la conspiración para intimidar a la clase dirigente —dijo en referencia a las tertulias en donde se seguía aludiendo exclusivamente al atentado contra el político extremeño, de las que se había puesto al día a través de la radio durante las horas de viaje.

—Pero ni la prensa ni yo tenemos más idea de por dónde seguir —se lamentó Annika—. Estaba convencida de que Pascual era el asesino. Era quien dirigía el proyecto de los mecenas, llevaba años entrenando al tiro con arco y no tenía coartada para ninguno de los dos escenarios. Todo apuntaba hacia él, y el hecho de que no se presentara en la inauguración me disipó cualquier atisbo de duda. Sin embargo, resulta que le estaban matando en ese preciso momento. Ahora vuelvo a estar totalmente perdida —la desesperación se reflejó en su voz—. Y sigo sin ninguna pista sobre cuál pudo ser el móvil, ni para el atentado del teatro ni para los dos crímenes consumados.

—Bueno, quizá yo pueda ayudarte con eso. He averiguado algo en Pompeya —lo dejó caer con un tono misterioso, regocijándose en la cara de confusión que reflejó Annika.

—¿En dónde? —parecía no saber de qué le estaba hablando.

—En Pompeya, la ciudad sepultada por el Vesubio —explicó aguardando su reacción.

—¿Y qué tiene que ver...? —se interrumpió y le miró fijamente a los ojos—. ¿La antigua ciudad romana? Vamos, no irás a decirme que allí están las respuestas a esto... —Bruno vio cómo la sombra de duda se reflejaba en sus ojos, pasando de la incredulidad a la estupefacción—. No, no puede ser.

Tomó aliento para pasar a relatar su historia y la teoría que había ido forjándose en su cabeza. Para cuando acabó, un silencio denso se adueñó de la estancia durante varios minutos. Fue Annika quien lo rompió finalmente.

—Es asombroso. Un clan secreto en Mérida. Eso haría encajar casi todas las piezas del rompecabezas —rumió, aún pensativa—. Pero sigo sin entender qué habían hecho los tres para merecer ser castigados.

—Eso es lo que nos resta por descubrir —sonrió con satisfacción Bruno, pero después su tono se endureció—. Quien está detrás de todo esto no se está andando con minucias, y a ti ya te ha avisado —recordó señalando con la mirada la frente de Annika—. Será mejor que no te sorprenda husmeando de nuevo. Ten mucho cuidado, Anni, mucho cuidado.

Ambos siguieron dándole vueltas al asunto hasta cerca de la medianoche.

—¿Por qué acabar con él de una forma tan cruel? —se lamentó ella en

referencia a Pascual.

—Quizá la clave esté en la forma de matar —aventuró Bruno.

—Pero eso tampoco concuerda del todo. En las termas y el Teatro utilizaron armas romanas, la daga y la flecha. Pero... ¿colgarle de una cruz? Es demasiado macabro —protestó Annika.

—La crucifixión era una práctica muy utilizada en el Imperio Romano —ilustró Bruno—. Se consideraba la forma más vergonzosa y desafortunada de morir. Por eso la empleaban para casos muy específicos, como el de los enemigos del Estado o los culpables de alta traición, mostrando no solo la pérdida de la vida, sino también del estatus y el honor. Y cada detalle del asesinato emula los de las antiguas crucifixiones romanas... los azotes, romperle las piernas para acelerar la muerte... todo.

—Vaya, sí que has aprendido con la guía de Pompeya —se impresionó Annika.

—Bueno, con la guía y con esto —le mostró un libro italiano sobre la muerte en la Antigua Roma—. Lo encontré en una librería del aeropuerto, y me lo he ventilado en el avión.

Annika se echó a reír y el clima de tensión se aligeró. Bruno tenía la virtud de lograr suavizar hasta las situaciones más complicadas.

—Ya veo —luego se tornó seria de nuevo—. Entonces, ¿significaría eso que Pascual les había traicionado? ¿Pudo haber formado parte del macabro plan y después arrepentirse?

—Es una teoría plausible. O eso, o le consideraban un enemigo del Estado. Lo que contextualizado en la cabeza de esos chiflados debía de ser un enemigo de su clan secreto —sentenció.

* * *

—¡Espera!

Alma ignoró la voz de Víctor y continuó alejándose. Al poco, este la alcanzó y se colocó a su paso.

—No hagas caso a Lluisa. No es mala persona, pero a veces es muy cerrada —explicó en un intento de ganarse su confianza—. Quiero que sepas que yo no le he hecho nada a Sabina.

Alma siguió caminando sin dirigirle la mirada, pero él permaneció junto a ella de todos modos. Comprendía que aunque pareciera desdeñarle, en el

fondo estaba interesada en lo que pudiera decirle.

—La conocí en el bar —comenzó tratando de seguirle el paso—. Venía todos los días a tomar café, aunque no hablaba mucho. Hace unos días llegó herida —notó cómo Alma ralentizó la marcha y aunque evitaba encontrar su mirada, pudo ver cómo había contraído el rostro en una mueca de aprensión—. No era nada grave —se apresuró a decir—, pero alguien la había atacado. La estaban persiguiendo, aunque no sé quién. Me pidió que la ayudara a salir del bar sin ser vista y la llevé a mi casa, donde le curé la herida. Estuvo allí dos días y luego desapareció —aquí Víctor omitió el detalle del dinero, pues no quería arriesgarse a que aquella chica se pusiera a la defensiva para justificar a Sabina—. Al principio no sabía qué había pasado, pero entonces me enteré de que mi jefe la había denunciado mientras yo trabajaba. Estoy seguro de que se asustó y huyó también de mi casa —finalizó con una voz cargada de frustración—, y no sé qué hacer para encontrarla.

Alma pudo sentir su angustia. Se detuvo y por fin le miró a la cara, escudriñando sus facciones en un intento de descifrar a través de ellas si lo que decía era cierto.

—¿Y por qué tienes tanto interés en encontrarla?

—Porque... —titubeó para finalmente acabar claudicando— porque estoy enamorado de ella.

Continuó sosteniéndole la mirada con una expresión dura, los gruesos labios crispados en una rígida línea. Pero, tras unos interminables segundos, Víctor vio cómo sus rasgos se suavizaban y su boca se tornaba en una melancólica sonrisa. Sí, le creía. Sin más palabras, buscó a su alrededor, divisó un banco a unos metros y fue hacia él, invitándole con un gesto a acompañarla.

—Vamos a sentarnos —fue todo lo que dijo.

Víctor la siguió, con una mezcla de incertidumbre y esperanza. ¿Quién era esa chica? ¿Qué iba a hacer ahora? Y, la mayor de las dudas que le atenazaban, ¿quién era en realidad Sabina?

—Cuéntame qué más sabes de Sabina —le pidió ella ya más sosegada, con un tono dulce que trataba de sonar conciliador.

Entonces él le relató sus averiguaciones de la casa donde trabajó como asistente.

Alma suspiró.

—No es lo que piensas.

Tomó aire un par de veces y, por segunda vez en su vida, contó su historia de principio a fin. Solamente lo había hecho en una ocasión, la noche en que Bruno la encontró en el cuarto donde la tenían recluida y le aseguró que conseguiría sacarla de allí, cumpliendo su promesa algunos días más tarde. Desde entonces, se había negado a volver a hacerlo, pese a la insistencia del joven periodista tratando de hacerle ver que ya no corría peligro y que con su testimonio podría concienciar a mucha gente de lo que estaba ocurriendo, de la situación que otras muchas chicas estaban aún viviendo. Ella solo quería olvidar, cerrar esa puerta en su memoria para siempre. Pero con el tiempo había comprobado que aquello no era posible. Que no se podía borrar sin más, eliminar como un archivo en la RAM de su ordenador. La mente era mucho más compleja. Cancelar algo no era posible, pero para al menos aliviar el dolor, la rabia y la frustración, había que regresar, abrir de nuevo ese archivo y dejar fluir los sentimientos hasta que estos se aligeraran, darles rienda suelta hasta el momento en que libremente quisieran marcharse o dar paso a otros menos angustiantes.

No se había sentido capaz de colaborar con Bruno para ayudar a esas otras chicas que aún vivían su propia pesadilla, pero ahora era Sabina a quien estaba en su mano auxiliar, y ya no podía seguir negándose. Había llegado la hora de abrir ese archivo de nuevo.

Víctor se limpió las lágrimas que había derramado al conocer la historia de Alma, que era también la de Sabina. Llevaba varios minutos callada y él seguía sollozando, no podría decir si por rabia, pena o una mezcla de ambas. Pero aunque le costara reconocérselo a sí mismo, en una pequeña parte de su ser sentía algo parecido al alivio. Tenía razón, siempre la había tenido. Su chica misteriosa no le había utilizado, no le había engañado. Simple y trágicamente, había sido una vez más víctima de las circunstancias. Alma permaneció en silencio permitiéndole el tiempo que necesitaba para interiorizarlo, a la vez que ella misma trataba de tranquilizarse tras sacar todo aquello fuera, que, para su sorpresa, no había sido tan difícil como creía. Al contrario, una parte de ella se sentía liberada.

—¿Dónde estará ahora? —preguntó Víctor al fin.

—No tengo ni idea. Debes saber que Sabina es fuerte y siempre sobrevive. Pero no lo estará pasando bien, eso seguro. Tenemos que encontrarla.

—Sí —apoyó resuelto—. ¿Por dónde empezamos?

—No lo sé. Solo sé dónde no regresaría jamás.

* * *

Alma y Víctor pasaron el día juntos pateando las calles de Tarragona. Lo mismo que hiciera él en solitario el día anterior lo realizaban ahora ambos con renovado ahínco. El fin del verano había traído temperaturas más frescas que acompañaban en el paseo por la ciudad, que a Alma le recordó en parte el que diera unos días antes junto a Bruno y la pequeña Celia. Aquella otra población de historia milenaria, fundada como *Tarraco* por los romanos, contaba con un extraordinario legado de aquellos tiempos, junto al de otros posteriores. Su pasado medieval y sus edificios modernistas, el barrio marinero o la arena dorada de la playa testigo de tanta historia, toda aquella belleza la envolvía de un halo irresistible para cualquier visitante.

Presintió lo poco que podría haber disfrutado Sabina de todo aquello y deseó con todas sus fuerzas encontrarla para devolverle esa oportunidad. La de conocer la cara amable que las ciudades y las personas podían tener. Sabía lo afortunada que ella había sido cruzándose en su camino con Bruno y Annika, y, sobre todo, con su querida doña Paquita que tanto había hecho por ella, pero algo le decía que el chico que la acompañaba también tenía mucho que ofrecer a su amiga.

Tras pasar el día con él, acabó cayéndole bien aquel muchacho algo esmirriado de buen corazón. Parecía embobado con Sabina, y lo cierto es que le pegaba, se dijo divertida, olvidando por un momento la angustia.

—¿Sabes? Ahora tengo aún más ganas de que la encontremos —le dijo—. Haríais muy buena pareja, créeme, la conozco bien. Además —añadió— necesita a alguien que pueda ayudarla a olvidar el trauma de lo que ha tenido que vivir.

Víctor asintió, con el sentimiento de dolorosa impotencia aún firmemente aferrado al estómago.

—Yo voy a estar ahí siempre para ella —su voz sonó tan convincente que Alma no pudo evitar un estremecimiento de emoción.

Los dos callaron durante un buen rato, sumidos en su propia melancolía. Fue él quien rompió el silencio.

—¿Y tú? ¿Encontraste a alguien que te ayudara?

Alma cabeceó. Por alguna razón el chico le inspiraba seguridad, y tras conocer lo que sentía por su amiga y confiarle su propia historia, había logrado aparcar a un lado el caparazón bajo el cual solía guarecerse. No solo

no le costaba expresar sus sentimientos como era habitual, sino que se sintió de repente con la necesidad de hacerlo.

—Me ayudaron, pero no de esa manera —entendía a lo que se estaba refiriendo el romántico joven—. Un periodista consiguió que me sacaran de aquella prisión —dijo recordando el empeño de Bruno y cómo en su día logró lo prometido—, pero fue una persona adorable, una mujer mayor, quien me rescató de verdad. Me ofreció su casa y lo más importante, su apoyo emocional. Porque después queda otro infierno de recuerdos y pesadillas que nunca te abandonan del todo, eso es algo que debes saber, pero gracias a ella aprendí a sobrevivir. Y es a todo lo que aspiro —dijo con convicción—. Sabina está hecha de otra pasta. Es más soñadora, más impulsiva y segura de sí misma. Su tenacidad le hace persistir en todo, incluso en el amor. Yo no creo en ello. Ya no. No podría.

—Lo encontrarás. Solo tiene que llegar el momento y la persona adecuada —afirmó.

—Eres igual que ella —le replicó con tono burlón—. ¿Ves como haríais buena pareja?

Sonrió dejando a un lado la amargura, y Víctor le devolvió una sonrisa franca y pura. Después se tornó serio de nuevo. Estaba empezando a oscurecer y en todo el día no habían hallado ni rastro de Sabina.

—¿Dónde más podemos buscar?

—Probablemente estará escondida. —Conocerla desde la infancia y haber pasado por una situación similar le hacía intuir lo que habría pasado por su cabeza—. Seguirá así un tiempo, todo el que pueda, hasta que quienes la persiguen se olviden un poco de ella —agregó reservándose para sí la certidumbre de que era algún miembro de la mafia que la había recluido en su día.

—Yo no me olvidaré.

—Lo sé.

—Entonces habrá que dejarlo por hoy —suspiró él—. ¿Qué harás tú?

Alma le miró.

—Cuando descubrí que había sido vista aquí, cogí la maleta y me vine sin pensar en nada más. Pero no tengo dinero para quedarme y no sé lo que puede tardar en salir de su refugio.

—Quédate en mi apartamento el tiempo que quieras —ofreció solícito—. No es muy grande, pero puedes usar mi cama, yo dormiré en el sofá.

Alma negó con la cabeza.

—Tengo cosas que atender en Montijo. Debo regresar, sincerarme con doña Paquita y explicarle lo que ha pasado, y organizar mi negocio. Solo después podré volver. Si no te hubiera conocido me quedaría a pesar de todo, pero sé que vas a seguir buscándola con el mismo empeño que yo lo haría. Mi mayor temor era que pudiera estar desamparada y sola en el mundo como yo me sentí una vez.

—¿Entonces te vas hoy?

Asintió en silencio.

—Tomaré el tren nocturno. Volveré en cuanto pueda, pero prométeme que me llamarás con cualquier cosa que averigües.

—Claro que sí. Vamos al bar a cenar algo y luego te acompaño hasta la estación. Lluisa va a flipar cuando nos vea aparecer de nuevo —añadió divertido imaginando ya la cara de sorpresa de su compañera.

* * *

Sabina contempló cómo el tren se acercaba pausada e inexorablemente. Se mantuvo en la distancia al pie de la vía por la que había estado paseando para hacer tiempo, a unos metros del lugar donde se detendría, y escogió uno de los vagones más alejados. Algunos, probablemente con el número del mismo impreso en su billete, se acercaban ya hacia él, y se mezcló entre los pasajeros que subían y bajaban ajetreados portando sus maletas. Hasta en una pequeña ciudad como aquella, todos parecían tener prisas. Prisas por saludar a los familiares que les recibirían, prisas por seleccionar un buen sitio donde colocar las maletas, prisas por costumbre de tener prisas... Ella en cambio, una fugitiva acechada por aquellos que pretendían hacerle pagar su huida, no sentía ninguna urgencia. Llevaba todo el día esperando el momento de que aquel tren llegara, y ahora aguardó con serenidad a que el señor que la precedía comenzara a subir trabajosamente los escalones, para adentrarse tras él de forma escurridiza. No sabía muy bien por qué había elegido aquel destino. Habían pasado otros trenes con otros rumbos diferentes, y podría haberse subido en cualquiera de ellos. Pero se había dejado llevar por su primera impresión. Cuando leyó el folleto le gustó aquel, seguramente porque era el que más lejos llegaba. Recorría buena parte de la costa este de España para adentrarse, ya en su franja más meridional, en el interior del país, y seguir

bajando hasta uno de los extremos de la piel de toro. Granada, quizá Málaga, sería su próximo destino. Cuando llegara el momento lo sentiría, igual que había ocurrido con el convoy que pisaba.

Viernes, 13 de septiembre

Annika apagó el despertador en cuanto empezó a sonar. Le costó más esfuerzo del acostumbrado, pero salió enseguida de la cama tratando de no hacer ruido. Se habían acostado muy tarde y no quería despertar a Bruno, que contaba con una hora más antes de levantarse para llevar a Celia al colegio.

Tras la rutina habitual de cada mañana, normalizada con la vuelta de su pareja, decidió ir dando un paseo hacia el trabajo para que el aire fresco del amanecer le ayudara a despejarse. Sentía el cansancio en todos sus huesos, pero saber que Bruno estaba ya de regreso y la conversación de la noche anterior le habían infundido fuerzas. Ahora veía el caso con mucha más nitidez, y estaba segura de que pronto daría con las respuestas que necesitaba. Sobre todo, sabiendo que podía contar con la intuición y las habilidades indagadoras de su periodista favorito.

Sin embargo, a media mañana la energía que le había imbuido esa esperanza amenazaba con desaparecer. Tras repasar todas las conclusiones a las que habían llegado juntos, los mismos interrogantes seguían en su sitio.

Aunque le seguía sonando irreal, reconocía que la teoría del clan secreto cuadraba. Alguno de sus miembros podía haber ido demasiado lejos en sus excentricidades y decidido castigar tanto al dueño de las termas como a aquel político por frivolarizar con la memoria del Imperio Romano. Pero, ¿por qué precisamente ellos? ¿Era una forma de expiación o de castigo ejemplar, de advertencia para quien pudiera osar cometer el mismo error? ¿Tendrían a más personas en su punto de mira? Y, lo que menos entendía pero sospechaba que podía encerrar muchas de las respuestas, ¿por qué Pascual? ¿Se había tomado también con ligereza sus responsabilidades?, ¿O había cometido, como afirmaba Bruno por su forma de morir, alguna transgresión aún más grave a ojos de su asesino? ¿Había sido partícipe de los crímenes anteriores? ¿Fue él quien disparó al político, o era solo un cómplice? ¿Restaba solo una persona por identificar, o eran varias quienes andaban detrás de aquella justicia demencial?

Las preguntas se agolpaban en su cabeza. La sacudió con fuerza en un intento vano de rehuirlas y se dio cuenta de que necesitaba despejarse. Llamó a Raúl, que se giró desde su mesa y le hizo un gesto que este reconoció de

inmediato.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la máquina de café, de donde Mati estaba extrayendo un *capuccino*.

—¿Qué tal? —les interpeló nada más llegar.

—Buf —resopló Annika—. No preguntes mucho, o seré yo quien me lamente hoy.

—No avanzas, ¿eh? A decir verdad yo tampoco —confesó—. El jefe sigue empeñado en que escarbe en las vidas de los manifestantes. Ya tengo un buen dossier, pero no me lleva a ninguna parte.

—¿Qué es exactamente lo que buscas? —se interesó Raúl.

—Tengo que completar un perfil de todas las personas que hayan estado mezcladas en cualquier tipo de acto, digamos, subversivo: quienes hayan sido identificados en concentraciones ilegales, quienes hayan causado disturbios alguna vez, o que pertenezcan a alguna asociación de corte radical, quienes hayan hecho afirmaciones públicas agitadoras... ya sabes, gente de extrema izquierda, plataformas ciudadanas contra los políticos y todo eso.

—Pero... ¿eso es lícito? —preguntó Annika, conociendo de antemano la respuesta y sintiendo cómo la rabia le inundaba todo el cuerpo.

—Bueno, estrictamente no hacemos más que vigilarlos —se excusó Mati. A él, al contrario que a su compañera, no le gustaban los dilemas morales, y a menos que le ordenaran algo clamorosamente ilegal, se limitaba a seguir el mandato de sus superiores sin cuestionarlo.

Asintió disgustada. No tenía ganas de discutir con Mati. Después de todo, él no era responsable de los prejuicios de su jefe.

—Pues, sinceramente, no creo que encuentres la respuesta en una familia desahuciada ni en un joven idealista —no pudo dejar de decir.

—Bueno, hasta ahora tu teoría tampoco nos ha resultado de más provecho. —Mati se puso a la defensiva. Aunque admiraba la forma de trabajar de Annika, a veces le sacaba de quicio su quijotismo, manteniendo su defensa de las causas perdidas sin pararse a aceptar la aplastante realidad—. No tienes ningún sospechoso, y en cambio hay constancia de múltiples amenazas e incluso agresiones de esa gente a los políticos. Tengo contabilizadas referencias públicas a pasarlos por la guillotina a decenas. Algunos pueden ser muy violentos —sentenció.

—Mati tiene parte de razón —convino Raúl apesadumbrado—. Todo el trabajo que me tomé contrastando los datos de la federación de tiro con arco

con los de los socios mecenas, y, ¿para qué? El tipo que creías culpable ha sido quien peor parado ha salido.

«Tú también lo creías», iba a decir Annika, molesta al comprobar que también Raúl la dejaba sola, cuando se interrumpió al darse cuenta de algo que acababa de recordarle.

—Raúl... ¿Cuántas personas coincidían en los dos registros?

—¿Cómo? —se quedó sorprendido ante el repentino cambio de tema—. Pues... déjame pensar... tres o cuatro. Sí, creo que cuatro.

—O sea, que si no fue Pascual quien disparó, sigue habiendo tres sospechosos más... —murmuró ella, más para sí misma que para sus compañeros.

—Venga, Annika, déjalo ya, anda. Esa teoría tuya no va a ninguna parte —rezongó Mati.

Pero Annika ya había soltado el vaso de plástico con todo su contenido sobre la máquina de café y se dirigía apresuradamente hacia el otro lado del pasillo.

Sus compañeros cruzaron una mirada de desconcierto. Raúl, al ver que se precipitaba sobre su mesa y empezaba a rebuscar entre los papeles, la siguió a regañadientes.

—¿Pero qué haces? Estás desordenándomelo todo —se quejó.

Annika siguió levantando carpetas y revolviendo papeles hasta dar con lo que buscaba. Ahí estaban los nombres. «¿Cómo podía haber sido tan estúpida?», se dijo contrariada. La respuesta había estado en el mismo sitio todo el tiempo. Dejó el folio encima de la mesa y salió disparada de allí.

* * *

Alma se revolvió en el incómodo asiento de turista. Esta vez no había querido pagar por una litera, pues no había tren directo y tenía que cambiar de madrugada en una estación a mitad de camino, pero se arrepintió mientras giraba el cuello dolorido a un lado y a otro. Comprobó que quedaba poco más de media hora para llegar al lugar en que tendría que hacer el transbordo y cerró los ojos de nuevo. Aunque tenía activada en el teléfono una alarma que la avisaría con antelación, no consiguió volver a conciliar el sueño. Durante el día había confiado en aquel chico pero con las dudas que la oscuridad de la noche genera, se preguntó si habría hecho lo correcto. Se había prometido a sí

misma no desistir hasta dar con su amiga, y ahora, a las primeras de cambio, delegaba su compromiso en un desconocido. ¿Y si Víctor se aburría de buscarla? Por mucho que le hubiera gustado, no se iba a pasar la vida pendiente de ella. Quizá diera un par de paseos más por la ciudad, y a la semana ya se habría olvidado por completo.

Pensó en el chico junto al que había pasado el día entero recorriendo Tarragona. No podía negar que era guapo, demasiado enclenque para su gusto pero con algo que llamaba definitivamente la atención del sexo femenino. Su preciosa sonrisa de dientes perfectos presumible resultado de una ortodoncia infantil sumada a unos traviesos hoyuelos le daban a su tez bronceada un encanto especial. A ello se añadía un *look* descuidado, pues lo que en otros podría haber causado una ligera impresión de desaliño, suscitaba en él un efecto totalmente diferente, con el cabello azabache permanentemente despeinado y llevando con garbo un par de tallas más de lo necesario, incluidos los vaqueros que aguantaban en su sitio solo gracias a la disciplina de un deshilachado cinturón. El conjunto creaba una combinación irresistible para muchas chicas. Estaba convencida que tendría más de una revoloteando a su alrededor en cuanto saliera de fiesta. Y sabía que a esa edad no se pensaba en nadie por mucho tiempo.

Sí, había pecado de ingenua, lamentó. Se recriminó su debilidad al no haber sido lo suficientemente tenaz para luchar por lo que su hombro exhibía como un vínculo de amistad imperecedero. Entre las sombras de lo que aún no había despuntado como un nuevo día, sopesó la opción de regresar. Bajar en la próxima estación y tomar un tren de vuelta en lugar de continuar hacia Extremadura.

La duda fue ganando terreno y carcomiéndole la conciencia. Tras darle muchas vueltas trató de descartar la idea. Primero tenía que dejar sus asuntos bien atados en el pueblo, y después, más preparada, retornaría para no cejar hasta encontrarla. La alarma vibró boicoteando sus cavilaciones y obligándola a tomar una decisión definitiva. La apagó con gesto de cansancio al tiempo que sentía cómo el tren comenzaba a desacelerar y se alzó para estirar los músculos. Exhalando un profundo suspiro, revisó sus pertenencias, ya preparada para descender. Aún le quedaba una buena parte del trayecto hasta llegar a Montijo.

* * *

Sabina no había pegado ojo. No podía permitírselo, pues ignoraba en qué momento aparecería la figura del revisor demandando el billete que acreditara su derecho a viajar. Sabía por experiencia que el riesgo aumentaba si permanecía todo el trayecto en la misma cabina, de modo que aprovechó la parada y el movimiento de viajeros para recorrer varios vagones pasando desapercibida hasta situarse en una zona que, con un poco de suerte, acabara de ser inspeccionada. Al menos ya había completado la mitad del recorrido. Si la descubrían solo tendría que asegurar que acababa de subir en la última estación. Vio a una mujer uniformada controlando los pasajeros que se incorporaban y continuó hacia el siguiente vagón aparentando despiste, como si buscara un número de asiento. Ya se encontraba en él cuando sintió una mirada en su espalda y una sensación de malestar le invadió. ¿Habría ido tras ella la revisora? Creía haberla despistado, y sin embargo la impresión de saberse observada era palpable. Una impresión para la que una chica bonita como ella tenía una percepción especial conformada a base de sufrir en sus traseras las miradas punzantes de los hombres con quienes se cruzaba. ¿Y si no era la revisora? ¿Y si, pese a todo, habían logrado dar con ella y seguirla? Dejó pasar varios segundos paralizada por el miedo, mientras seguía sintiendo el efecto de vigilancia en sus espaldas. No había duda. Alguien la estaba siguiendo, y sin embargo se resistía a mirar hacia atrás y claudicar. Reanudó la marcha, dispuesta a no ponerlo fácil aun sabiéndose acorralada.

—¡Eh! —escuchó decir.

Quiso seguir adelante como si no fuera con ella pero una voz en su cabeza le aconsejó que no tenía sentido. La habían descubierto. Se detuvo de nuevo y lentamente se giró dispuesta a enfrentarse a lo que fuera. Al hacerlo, su mirada expectante topó con unos ojos perplejos que la observaban desde apenas unos metros de distancia, unos ojos que conocía muy bien.

* * *

La programación había continuado a pesar del cruento asesinato de uno de sus promotores, si bien con un seguimiento desigual. La masiva acogida esperada había sido sustituida por un tibio recibimiento. Los disfraces de romano, salvo alguna excepción de los organizadores o colaboradores, brillaban por su ausencia, y en general lo que predominaba eran algunos grupos de curiosos, atraídos más por la cobertura mediática de los hechos y una atracción morbosa

que por interés real en cuanto a lo que allí se mostraba. No obstante, los establecimientos emeritenses que pese a todo habían decidido instalarse en el circo romano, se esforzaban por hacer de aquello un ambiente festivo.

Era cierto que el enclave era inmejorable para un evento de tales características. Si bien el estado de conservación distaba mucho de ser excepcional, con veinte siglos de antigüedad era el único circo del Imperio Romano que preservaba aún toda su planta y en el cual perfectamente uno podía figurarse su uso anterior.

A lo largo de sus más de cuatrocientos metros de longitud aparecían dispersos los puestos de los comerciantes, en la arena central donde otrora se efectuaran las competiciones para aquellos más dados a las emociones fuertes propias de las carreras de cuadrigas que a las obras representadas en el Teatro Romano a poco menos de un kilómetro de distancia. Se acercaba la hora del mediodía, y en la zona destinada a la restauración, Jara iba y venía en una actividad frenética, asegurándose de que el menú ofrecido por todos los puestos cumplía estrictamente con los parámetros de la cocina romana. Era uno de los momentos más importantes dentro de su responsabilidad como asesora de la gastronomía romana en el evento. La hora de las cañas, que en su lugar eran sustituidas por *mulsum*, la bebida popular mezcla de vino y miel. La cató una vez más asegurándose de que cumplía las proporciones adecuadas. Junto a ella, la *gustatio*, los platos ligeros que hacían las veces de entrantes, sería el acicate sustitutivo de las tradicionales tapas extremeñas.

Dio varias indicaciones a un tendero sobre el modo de colocar los postres. Las uvas y nueces así como el dulce estrella, los pasteles elaborados a partir de una receta original procedente de una viña señorial emeritense, debían ser expuestos de forma sugestiva para los paseantes de manera que no pudieran resistirse a seleccionar uno de los *triclinium* dispuestos a imagen de los antiguos comedores romanos, y tumbarse a saborear alguna de las más de veinte recetas del menú conjunto elaborado para la ocasión. Solomillo con guarnición de manzanas, lentejas con castañas, pescado bañado en salsa de avellanas o pollo con miel y eneldo eran solo algunas de las muestras que, tras meses de estudios y pruebas, habían sido seleccionadas por el equipo de Jara como fiel retrato de los manjares con los que se complacían los ciudadanos de los más altos estratos sociales en la antigua colonia Julia, y que ahora estaban al alcance de sus remotos descendientes.

Se detuvo por un momento para mirar a su alrededor y exhaló un suspiro de

satisfacción. Las dos últimas semanas habían sido caóticas, pero ahora todo se encontraba a punto de culminar y ella estaba convencida de que saldría bien. En el circo la decoración era exquisita, y los platos de lo más selecto. En cuanto a lo otro... bueno, todo se había torcido desde el principio. Tras tantas cavilaciones en las semanas precedentes, se había visto obligada a improvisar sobre la marcha una y otra vez. Sin embargo, estaba orgullosa de cómo se las había ingeniado para sobreponerse a los contratiempos. De hecho, se reconoció que le complacía mucho más que el plan original. Solo quedaba un pequeño detalle, una incómoda piedrecita imprevista que se le había colado en el zapato y le había molestado más de la cuenta. Si era necesario, tenía preparada la fórmula para eliminar ese guijarro, y con ello poner punto final a la representación.

Estaba a punto de aconsejar sobre la correcta disposición de los comensales a un grupo que se aproximaba a un *triclinium* cuando la vio aparecer, y al punto entendió que había llegado la hora de esa última receta. Volvió sobre sus pasos hasta la barra del puesto que ella misma dirigía, propiedad de un prestigioso restaurante familiar.

* * *

—¿Sabina? ¿Sabina, eres tú? —Alma pronunció estas palabras en su lengua materna con voz temblorosa, desbordada por la emoción y la incredulidad. Pero claro que era ella, la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. La miró con atención. Había sustituido su cuidada melena rubia por un corte masculino y asimétrico que no le favorecía, y estaba mucho más delgada. Sin embargo, lo que más le impresionó fue la hosquedad que reflejaba su semblante, la dureza que le transmitían sus bonitos ojos canela. Una dureza que solo se adquiere a través de la experiencia y el dolor, una dureza que viste de distancia y cinismo lo que no es más que miedo a volver a sufrir. Una dureza, en definitiva, que le recordaba demasiado a la que se encontraba cada mañana en el espejo.

—Alma... —Sabina se quedó petrificada intentando encajar lo que sus sentidos le estaban confirmando. De repente se olvidó de sus perseguidores, de la revisora, del viaje, de todo lo que le había preocupado hasta un segundo antes, y su mente voló a un pasado de otra vida.

Desde que fue consciente de que las habían engañado, de que la promesa de

una oportunidad profesional para las cuatro en España era el anzuelo que camuflaba una red de tráfico de personas que lo único que quería de ellas era enriquecerse explotando sus cuerpos, se había odiado a sí misma por haber impulsado a sus amigas a aquella locura. La idea había sido suya, obnubilada con la oferta de un trabajo que le reportaría en un mes lo que no podía ganar en su país en un año, como también lo había sido la de tatuarse aquel trébol de cuatro hojas testimonio de la inquebrantable amistad que unía a las cuatro jóvenes, cuando les anunciaron que tendrían que separarse para viajar hasta España y que podrían reencontrarse una vez que atravesaran la aduana. Se había obligado a borrar de su mente todo aquello para poder sobrevivir a la culpa que la aplastaba como una losa, a pesar del grabado de su hombro que se empeñaba en recordarle cada día lo que ella había provocado con su ingenuidad. Ella era la causante de haber destrozado cuatro vidas, cuatro almas. Las que más le importaban en el mundo. Siguió contemplándola sin atreverse a hacer nada más. Alma le devolvía una mirada indescifrable. La odiaba, estaba segura, la que había sido su amiga, su hermana y su confidente en otra vida ahora debía odiarla, como se odiaba ella con todas sus fuerzas por lo que le había hecho.

Una señal sonora avisó de que el tren estaba a punto de reanudar el viaje, y Alma reaccionó al fin. Se acercó a Sabina, la agarró del brazo y la empujó hasta la salida más cercana.

—Vamos, tenemos que bajar aquí —fue todo lo que dijo.

* * *

—Buenas tardes, señora policía —saludó muy cortésmente.

—Buenos días, Jara. Estaba segura de que la encontraría aquí.

—En realidad según el uso romano, son tardes ya. Vamos con bastante demora para el almuerzo, pero ya sabe, hay que adaptarse al horario de comidas de la España actual —puntualizó con una sonrisa.

—Tenía entendido que era mucho más estricta con las costumbres romanas —Annika no se anduvo con rodeos.

—*Business is business* —aclaró ella, reforzando su discrepancia con una perfecta pronunciación en el idioma universal de los negocios—. Nadie arriesgaría a montar un chiringuito aquí para dar de comer a las doce del mediodía —se alzó de hombros en un gesto de conformismo.

—Pues siento tener que decírselo, pero va a tener que acompañarme a comisaría ahora mismo.

—Eso es imposible. Soy la responsable de que todo salga a la perfección. Ya se han producido demasiados daños, y he de evitar el desastre que los desgraciados sucesos de los últimos días pueden provocar. Todos estos negocios han invertido mucho en la jornada de hoy —abarcó con un gesto del brazo la amplitud de la arena donde la actividad comenzaba a bullir.

—Lo entiendo, pero lamentablemente hay problemas mayores que resolver —Annika empleó un tono autoritario que no daba opción a desavenencias.

Ante la severidad de la oficial de policía ahora fue el tono de Jara el que cambió.

—Por favor —imploró—. Hágame aquí las preguntas que tenga que hacer, y le prometo que en cuanto todo esté en marcha y los platos fuertes ya se hayan servido, la acompañaré a donde usted quiera. La hora de la comida es la única en la que esperamos tener afluencia tras todo lo ocurrido. Piense en todos esos bares a los que arruinaremos si esto no sale bien.

Al ver que Annika dudaba insistió.

—Siéntese aquí. Le serviré unas aceitunas adobadas obsequio de la casa, están exquisitas —añadió con tono afable a la vez que se agachaba tras la barra para extraerlas de una tinaja.

Annika vaciló, pero acabó por ceder. Se dijo que en realidad no perjudicaba a nadie esperar un rato más, y no quería sentirse responsable de dejar huérfano lo que para la ciudad era una fuente de ingresos. Bastante difícil lo tenían ya los hosteleros con la maldita crisis, se recordó, asegurándose que sería suficiente con no quitarle la vista de encima durante un rato. Después, en comisaría, todo se aclararía al fin.

—Está bien. Esperaré media hora, ni un minuto más —determinó secamente.

Jara se alzó portando una resplandeciente sonrisa de agradecimiento y un cuenco de barro con las sabrosas olivas.

—En un segundo le pongo la bebida.

—Gracias, tráigame una *Coca-Cola light*.

La joven fingió una divertida mueca de tormento.

—Oh, no tenemos de eso aquí. Quedan muchos siglos para que se invente. Mejor un *mulsum* —ofreció de nuevo inclinada tras la barra.

Se levantó y le alcanzó otro recipiente de barro, esta vez conteniendo un

líquido de un oscuro color granate.

—Estoy de servicio, no puedo beber vino. Dame un vaso de agua entonces —objetó.

—No se preocupe, está diluido en agua. Entre eso y la miel, lo que menos lleva es graduación. Le ruego que lo pruebe, le gustará. Lo he preparado yo misma.

—De acuerdo, pero ahora se va a quedar aquí y va a contestar a todas mis preguntas. Sin trampas. Y sin más mentiras.

—Me parece justo —concedió Jara con expresión arrepentida.

* * *

Bruno intentaba concentrarse en la pantalla del ordenador sin lograrlo. Si en las semanas previas le estaba resultando difícil hallar una nueva historia, con las vivencias italianas y Annika metida hasta el cuello en la persecución de unos psicópatas, ahora se presentaba como una tarea imposible. Desistió y se reclinó en la mecedora, dejando vagar libremente sus pensamientos. De nuevo especuló sobre el incidente en el callejón y el pasado familiar, lo que le llevó a recordar una pesadilla nocturna. Hizo un esfuerzo por acordarse con claridad. Su padre aparecía cortándole el paso en mitad de su camino mientras él trataba de salir del laberinto de callejuelas en el que se perdiera en Nápoles. Pero no tenía el semblante amable con el que le recordaba, el de la sonrisa de felicidad de las fotos que su madre aún conservaba y el que había conformado en su mente a partir de las historias que esta le había relatado cuando era pequeño. Tenía una expresión ruda, y empuñaba un revólver en su mano derecha. Le había esquivado, pero él le gritaba reclamando su atención. Asustado, había seguido hacia delante, más y más rápido. Las voces habían ido aumentando de volumen, y había echado a correr con todas sus fuerzas hasta que dejó de oírlas, aún con la certeza de que al hacerlo volvería a perder a su padre, esta vez para siempre. Se había despertado agitado, y aunque había vuelto a conciliar el sueño pronto, no lo suficiente como para olvidar la angustia que le apesó en mitad de la noche.

Se dijo una vez más que tenía que desentrañar por qué había muerto realmente, quién había sido de verdad. En cuanto todo aquello pasara regresaría a Italia y no le daría cuartel a su madre, le gustara o no, hasta que se lo contara todo. Además, daría con su tío Giacomo, y averiguaría por qué

aquel hombre le había estado siguiendo. Tenía la corazonada de que aquel misterio encerraba muchas de las respuestas que buscaba.

Pero para viajar a Nápoles, primero la trama de asesinatos en Mérida tenía que resolverse. Sabía bien que hasta que no se cerrara, ni Daniel le daría un descanso a Annika ni a ella misma se le ocurriría dejar el caso. Y no iba a irse de nuevo sin sus chicas.

Ese era el otro asunto que le inquietaba. Había mucha afición por la cultura romana en la ciudad. ¿Y si a aquellos chiflados les daba por matar a todo aquel que creyeran que la profanaba? No, no le encontraba ningún sentido a aquello. Mérida no era la única ciudad de pasado romano venerado por sus habitantes. ¿Qué les había llevado hasta ello? Sin otra cosa que hacer, comenzó a indagar en la vida de los sospechosos de las termas romanas, el lugar donde había comenzado todo. No llevaba ni media hora cuando leyó algo que le llamó la atención, y su olfato periodístico afloró, decidido a continuar en esa línea. Quizá fuera solo una casualidad, pero no tenía nada que perder. Sin embargo, una hora después una inquietante hipótesis que no había contemplado comenzaba a forjarse ante sus ojos. Ya presa del nerviosismo, se levantó para buscar en una vieja agenda de teléfonos. Localizó el número que quería y llamó sin pensárselo.

—¿Gema? Hola, sí, soy yo. Sí, es verdad, mucho tiempo. Bien, bien, ¿y a ti? —concedió el tiempo necesario, no sin impaciencia, a las fórmulas de cortesía—. Oye, ¿sigues como responsable de prensa en la consejería de presupuestos? ¿Sí? Qué bien, qué bien, me alegro mucho. Sí, sí, tienes razón, es un privilegio tener un trabajo como ese en estos tiempos. Pues verás... necesito un favor.

Le costó algunos minutos más convencerla para que eludiera las normas deontológicas con el fin de obtener la información que le estaba pidiendo, pero Gema siempre había sentido debilidad por él y acabó accediendo, no sin antes asegurarse de que le pagaría el favor con una cena. A Annika no le haría mucha gracia, se dijo resignado mientras accedía al trato.

Una media hora después, lo que le pareció una larguísima espera llegó a su fin, y el móvil comenzó a sonar. Aunque lo tenía delante aguardando su llamada, no pudo evitar sobresaltarse. Respondió con los nervios a flor de piel.

—¿Qué?

—La cena va a tener que ser por lo menos en el Parador.

—Lo que quieras —aceptó ansioso—. ¿Lo tienes?

—Sí, tenías razón —reconoció—. El consejero de Cultura dispuso una modificación presupuestaria de última hora, pero como sigue hospitalizado, de momento está bloqueada a la espera de su firma. Sí. No. Claro, depende de él. Efectivamente —Gema iba contestando a las preguntas que Bruno le iba lanzando atropelladamente.

—¿Cuánto?

—Oye, seguro que no irás a publicar nada, ¿no? A ver si van a atar cabos, recuerda que yo aquí estoy como eventual, pueden echarme en cualquier momento. No me la vayas a jugar.

—Tranquila, confía en mí.

—Bien. Ochenta millones.

—¿De pesetas? —preguntó extrañado.

—¿Cómo que de pesetas? Vale que soy un par de años mayor que tú, pero no tengo edad para hablar aún en pesetas, ¿no te parece? Ochenta millones de euros.

* * *

Bruno se maldijo por su dejadez. Había llegado el día anterior con el coche desde Madrid apurando al máximo la reserva. Se arriesgaba a que le dejara tirado pero no podía perder tiempo en repostar. Entonces vio las llaves de Annika encima del recibidor y asiéndolas al vuelo salió del piso a toda velocidad. Sin embargo, al bajar a la calle se dio cuenta de que no tenía ni la más remota idea de dónde podía estar estacionado su coche. Buscó desesperado por las calles cercanas accionando el mando con la esperanza de ver las luces encenderse en la distancia, corriendo arriba y abajo, hasta que, demasiado impaciente como para seguir intentándolo, desistió y optó en su lugar por ir a pie hasta la comisaría. Calculó que si se apresuraba podría estar allí en unos quince minutos. No había tiempo que perder.

Al llegar fue directo al departamento de Annika, pero comprobó con desaliento que no se encontraba allí.

—¿Ha salido a comer? —abordó a Raúl, tratando de recuperar la respiración.

—¿Annika? Qué va, todavía es pronto para la pausa. Se fue hará una media hora —contestó, aún molesto por el comportamiento de su compañera, que

había salido precipitadamente sin explicar a nadie el motivo. Ni siquiera a él.

—¿Dijo a dónde?

—No.

—De acuerdo, gracias —Bruno se sacó el móvil del bolsillo y trató de contactar con ella para confirmar con frustración que una vez más no estaba operativa—. ¿Para qué lo tendrá? —gruñó para sí. Raúl le escuchó y no pudo evitar sonreír divertido con la situación.

—Debió de ocurrírsele algo sobre los asesinatos, pero no me lo quiso decir —le reveló, algo arrepentido de su parquedad anterior.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, rebuscó entre mis papeles, sin mi permiso —recalcó—, hasta que pareció encontrar el que estaba buscando y se fue corriendo sin más.

A Bruno le sacudió un mal presentimiento.

—Y... ¿no sabrás qué papel fue el que miró tan interesada?

—Sí.

—Déjame verlo.

—Sí, claro. A un periodista.

—Por favor, es importante, Annika puede estar en peligro —rogó.

Raúl dudó aún pero se acabó apiadando al ver la ansiedad dibujada en su rostro. Miró hacia ambos lados para comprobar que el comisario no andaba cerca y con una seña le indicó que se acercara. Cuando Bruno hizo lo que le pedía, le alcanzó el folio donde escribiera días antes los nombres contrastados. Bruno lo leyó presa de la excitación. Era la confirmación que estaba buscando. Lo malo era que Annika también la había encontrado. Y había ido en su busca.

* * *

Mientras recorría con toda la velocidad de sus vigorosas piernas los escasos novecientos metros que separaban las dependencias policiales del circo romano, Bruno comenzó a sentir cómo el aire le abrasaba al penetrar con violencia en sus pulmones. Se alegró de sus carreras cotidianas con *Wolf*, que habían mejorado sustancialmente su forma física en los últimos meses, y se prometió reanudarlas si todo salía bien. El corazón le palpitaba con violencia, aterrado ante la idea de llegar demasiado tarde y que algo le hubiera sucedido a Annika, cuya valentía tendía a rozar la temeridad. Hizo un esfuerzo tratando

de ordenar sus ideas y pensar con frialdad sin bajar el ritmo de la carrera. Recordó la esclarecedora lectura del ensayo adquirido en el aeropuerto de Nápoles. La daga, la flecha, la cruz... todo aquello eran formas de matar en la Antigua Roma, formas que habían sido empleadas en aquella confabulación demencial. Pero había una mucho más común y que aún no se había practicado. Una que podía efectuarse a plena luz del día, pasando totalmente inadvertida en medio de una multitud.

Para alguien que hubiera cursado la carrera de biología y con interés en el pasado romano, nada más fácil que la elaboración de un preparado a base de hierbas mortíferas, a través del cual podría eliminar a quien le estorbase al igual que Locusta, la famosa envenenadora romana cuyos discípulos acabaron siendo a su vez consejeros de los más poderosos en tan funesto arte.

Al llegar a la altura de la entrada al circo, un hombre engalanado con el equipamiento propio de los legionarios le dio el alto.

—Estoy buscando a alguien, es muy urgente —expuso con impaciencia.

—Lo siento, solo pueden pasar los ciudadanos romanos ataviados acorde a su honorable condición. Para el resto de los mortales, son tres euros.

Sin energía ni tiempo para discutir, sacó la cartera y arrojó sobre el mostrador las monedas que contenía.

—¡Eh, espere! ¡No ha recogido la entrada!

Pero él ya estaba dentro del recinto, y miraba con desaliento a uno y otro lado. El espacio era inmenso y la muchedumbre aparecía dispersa a lo largo de todo el perímetro. A primera vista no la localizaba. Volvió a probar con el móvil, pero Annika seguía sin responder a las llamadas. De repente sintió cómo alguien le tocaba en el brazo y se giró esperanzado.

—Hombre, Bruno, cuánto tiempo. ¿Qué tal te va en tu nueva vida de padre de familia? —se encontró de frente a Luis, un viejo conocido de la profesión que le observaba con simpatía. Se había jubilado hacía unos meses, y no le había visto desde entonces.

—Oye, tú conoces a mi chica, ¿verdad? ¿La has visto? —inquirió por toda respuesta.

—Eh... no, no la he visto y eso que es fácil de reconocer... —bromeó sorprendido por el tono pero aún con ganas de conversar—. ¿Por qué, la estás buscando?

—Si la ves, dile que me llame de inmediato, por favor —replicó, alejándose frenético sin esperar contestación. Trató de ponerse en el lugar de

Annika. La conocía bien, no le cabía duda de que se había encaminado hacia allá en cuanto ató los cabos pendientes, igual que él mismo había hecho. Recorrió la zona de restauración palmo a palmo, parándose a observar detenidamente en cada establecimiento, solo para constatar que no se encontraba entre la clientela. Comenzó a sondear a los tenderos y tampoco ninguno parecía haberse fijado, demasiado ocupados en la labor que tenían entre manos. Estaba comenzando a desesperarse cuando un muchacho de un alborotador grupo al que servía las bebidas el camarero que acababa de interrogar le hizo una seña para que se acercara.

—Oye, yo la he visto.

Se dirigió rápidamente hacia él.

—¿Estás seguro?

—La poli negra, ¿verdad? No es muy difícil de confundir —puntualizó burlón.

Bruno asintió con seriedad, expectante.

—Estaba sentada en aquella esquina de la barra, charlando con la camarera. Me las quedé mirando porque las dos están bastante buenas —le guiñó un ojo buscando su complicidad.

—¿Y dónde ha ido?

—Pues no lo sé, hace un rato de eso. La siguiente vez que miré ya no estaban. Ninguna de las dos —emuló jocosamente una expresión de gran pesar.

Bruno se quedó inmóvil por un momento sin saber qué hacer. Quizá se la había llevado para comisaría. Llamó y preguntó por ella. Desde centralita le informaron de que algunos ya se habían ido a comer, y no habían reparado en si ella iba también. Preguntó entonces por Raúl pero no estaba ya. Pensó en volver a la comisaría a comprobar él mismo si Annika había pasado por allí cuando otro de los chicos del grupo habló.

—Yo sí que me fijé cuando se fueron. Vi que la camarera abrazaba a la poli y se alejaban en esa dirección —indicó con el brazo—. Al principio pensé que eran pareja o algo así, pero luego me di cuenta que era porque la poli se tambaleaba. Tenía una buena moña —relató prorrumpiendo en una estridente carcajada—. Ya le vale, colocarse aquí en medio estando de servicio. Supongo que la camarera se la llevó a que le diera el aire.

—Igual es que el *mulsum* este es muy potente —exclamó uno de ellos alzando el recipiente de barro, y el resto le corearon la gracia y brindaron entre risas, olvidándose de Bruno.

* * *

En una de las tiendas del *castrum*, el campamento militar romano levantado para la ocasión en el extremo norte del circo romano, Annika pugnaba por mantenerse despierta. Intentaba razonar pero sus pensamientos se entremezclaban con sueños, incapaz de distinguir la realidad de la fantasía. Sentía la cabeza y los brazos tan pesados como si una tonelada de arena los aplastara, y bregaba inútilmente por deshacerse de ella. Todo aparecía borroso, desenfocado a su alrededor. Trató de centrar la vista.

Había una mujer con ella, pero no podía distinguir quién era. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, no sabría decir si habían pasado segundos o minutos, escuchó su voz, una voz que parecía provenir de muy lejos, aunque la figura de mujer permanecía a su lado. Aquel eco distante seguía sonando pero no lograba descifrar cuanto decía. La cabeza no le respondía, cualquier ejercicio de concentración parecía suponer un esfuerzo colosal. En algún momento identificó el timbre de la voz que vibraba a su lado y entonces, poco a poco comenzó a recordar cómo había llegado hasta allí. Luchó con denuedo contra la bruma que invadía su cerebro y comenzó a discernir sus palabras. Hablaba de las armas, del plan, de lo que haría con ella. Quiso preguntarle pero al intentar articular sus pensamientos difusos notó la pesadez en su boca pastosa y en la lengua, hinchada, que no le permitió más que emitir un sonido gutural incomprensible.

—Eso es, te estás portando muy bien. Por fin te estás portando bien —decía Jara—. Así, relajadita, es como debías haber estado siempre. ¿Te ha sentado bien el vino, verdad que sí? Claro, está muy bueno, ya te dije que lo había preparado yo.

Tuvo la sensación de desfallecer, pero luchó por mantenerse despierta, por aguantar los párpados que caían obstinados. Algo le decía que si sucumbía al sueño estaba perdida. Trató de ordenar sus pensamientos. ¿Dónde estaba? Miró de nuevo a su alrededor. Era un recinto minúsculo, pero no veía paredes, sino una tela cubriendo cada uno de los lados que lo conformaban. Había objetos antiguos por todas partes y le dio la sensación de estar dentro de un escenario, de un decorado. Entonces estaba en un sueño, se dijo. Sí que estaba dormida, podría abandonarse plácidamente al descanso. O tal vez en una película, rodando una secuencia en la que ella no

jugaba ningún papel protagonista y podía limitarse a esperar el desenlace. Sintió una punzada de dolor en la cabeza y trató de llevarse la mano a ella, pero el lastre en sus extremidades y algo más que no supo identificar se lo impidieron. Hasta entonces apenas había sido consciente de su cuerpo. Lo observó. Yacía en el suelo, en una extraña posición que le mantenía los brazos pegados a la espalda. Logró moverlos de forma apenas perceptible y al hacerlo comprobó que sus muñecas estaban anudadas entre sí. Pensó que no importaba, solo quería dormirse de nuevo, el sueño la atraía de forma irresistible. Sacudió la cabeza en un intento de alejarlo y miró a Jara, que la observaba desde arriba, sentada en un taburete con las piernas abiertas y los brazos apoyados sobre las rodillas, la cara reposando sobre las palmas de las manos y en el semblante una sonrisa que le caló hasta los huesos. Seguía hablando mientras le clavaba aquella mirada de un intenso castaño con la que había llegado a empatizar y que ahora se le antojaba despiadada. ¿Qué era lo que estaba diciendo? Volvió a tratar de escucharla, la voz se acercaba y alejaba pero ahora llegaba con mayor nitidez.

—Te he preparado otro vino. Está un poco más amargo que el anterior, el sabor no puede camuflarse ni siquiera con el dulzor de la miel, pero estoy segura de que ya no me pondrás problema para bebértelo también.

—¿Por qué? —logró balbucir.

Ahora la sonrisa de Jara se ensanchó aún más, dejando al descubierto un colmillo montado sobre el premolar derecho que le daba a su expresión un punto aún más siniestro.

—Vaya, aún puedes hablar, me sorprendes. Eres una tía dura —apuntó con mordacidad—. ¿Que por qué te vas a beber este brebaje? Parece que mi anterior preparado te empieza a afectar también a la inteligencia, y no me extraña. Pero te lo explicaré. Porque me has descubierto, por eso. Y no podía permitir que mi plan se viniera abajo, y que me encerraras como una criminal más. Eso nunca. En su lugar, este final será mucho mejor, ¿no crees? Nadie sabrá lo que te ha ocurrido. Lo atribuirán a un fallo del corazón. Le pasa a mucha gente, a veces incluso joven como tú. Sobre todo a alguien obsesionada con su trabajo, alguien que puede llegar a angustiarse tanto por lo que tiene entre manos, que está sometida a un alto nivel de estrés laboral. Llevabas una semana muy dura, ¿verdad Annika? Te afectó tanto este caso... tu presión sanguínea se elevó demasiado, tanto que te bloqueó una arteria del corazón... y no hubo nadie que llegara a tiempo.

—Estás loca —articuló Annika, que con un ingente esfuerzo consiguió girar sobre sí misma, pero al no lograr liberar los brazos no le sirvió de nada.

—Lo bueno de esta pócima es que no deja rastro en tu cuerpo —Jara continuó hablando como si no la hubiera escuchado—. En unas horas se habrá disuelto, y para cuando alguien te encuentre, ni el mejor de los forenses podrá relacionarlo. Ay, los romanos eran magistrales en algunas cosas. Lástima que con los siglos hayamos empeorado tanto.

Miró al vacío con expresión nostálgica y prosiguió.

—Quizá alguien lo relacione con los otros asesinatos, y quizá no, pero eso es lo de menos. No podrán probarlo. Y había que cerrar el círculo, que poner el broche de oro a la estrategia. La copa de vino envenenada en la celebración a la diosa Ceres era la forma perfecta de acabar contigo, no podía existir una más apropiada para esta representación. Llámalo justicia poética si quieres. *Gloria Victis*, gloria a los vencidos. Compartirás con los otros el privilegio de morir honrando a la tribu Papiria que habitó estas tierras.

—Y aunque alguien lo hilara todo —continuó, la mirada extraviada, el tono de voz con un punto chillón, casi estridente—, eso no causaría ningún problema, al contrario, lo dotaría de sentido. En el fondo te reconozco que me halagaría. El clan secreto asesina a una persona más. Quien profundizase podría incluso conjeturar lo ocurrido. Quizá incluso encontrase el tratado de Dioscórides, el médico de Nerón, sobre venenos y plantas medicinales. Ha permanecido durante mucho tiempo olvidado en un rincón de la biblioteca de los mecenas, acumulando polvo. Y allí seguirá, esperando que ese alguien sea lo suficientemente inteligente para encontrarlo. Y para atar cabos. Y cuando lo haga, descubrirá —se detuvo para enfatizar la última palabra con un teatral gesto de manos imitando unas comillas— al clan secreto. A los locos romanos —añadió con burla en referencia a la famosa frase del personaje de ficción de Uderzo y Gosciny—. O, como dijo tu colega, a los *frikis*. Pero también sabrá que no puede demostrar nada, no será más que una disparatada teoría que nadie creerá, y, frustrado, se verá forzado a abandonar el asunto sabiendo que lo único que lograría es ser tachado de lunático.

Annika cerró los ojos presa de la fatiga y el desánimo. Se sentía terriblemente mareada, con dolor de estómago y unas poderosas ganas de vomitar que a duras penas podía contener. Los efectos de la pócima que había ingerido le impedían pensar con claridad. No podía razonar. No podía moverse. Estaba en mitad de una pesadilla espantosa incapaz de despertarse.

Llegó a la conclusión de que no tenía sentido continuar sufriendo y desertó de la lucha.

—Ah, ¿pero te duermes? ¡Estúpida! —Jara se enfureció, poniéndose en pie de forma brusca y provocando que el taburete cayera estrepitosamente al suelo, lo que la llevó a abrir los ojos de nuevo—. Te estoy desvelando aquello que tanto interés tenías en saber, ofreciéndote una lección magistral que nadie habría podido orquestar y que ni siquiera tú, tan lista que te creías, pudiste frenar, y pretendes dormirte sin más.

Intentó alzar la cabeza, volver a prestarle atención. Sabía que se estaba enfadando con ella pero no acababa de comprender el motivo. Sí había comprendido, en cambio, que iba a acabar con ella. Si pudiera levantarse, escapar del sueño, alcanzar su pistola reglamentaria, tan solo desplazar los dos brazos hacia su lado derecho, extraerla de su funda... Hizo un intento y consiguió mover los brazos izando las toneladas que los aprisionaban, pero no lo suficiente como para lograr llevarlos hasta su cadera. A Jara no se le escapó lo que pretendía.

—¿Me has tomado por una imbécil? ¿Crees que te iba a dejar puesta la pistolita? —se la mostró, acariciando la culata sin disimular su regocijo, y a continuación le apuntó con ella hasta que vio que cejaba en su intento. Entonces se relajó y rio de nuevo.

—No, no voy a matarte con tu propia arma, sería demasiado aburrido. Pero ya está bien de palique, tengo que volver. Estarán comenzando a servir los primeros platos, y nadie debe notar mi ausencia —se dio la vuelta para extraer de una botella un líquido de un intenso verde veronés, que sirvió en un alargado vaso.

—Con esto bastará —señaló acercándolo con firmeza a los labios de Annika, quien trataba torpemente de zafarse—. ¡Necia! ¡Mira lo que has hecho!

Jara miraba exasperada el contenido derramado de su poción. Annika había conseguido empujarla en un esfuerzo sobrehumano y logrado que perdiera el equilibrio, de forma que más de la mitad del líquido se había derramado.

Sopesó sus opciones, analizando la situación. No estaba segura de que el veneno restante fuera suficiente para provocarle la muerte, y no podía arriesgarse a que aquella policía sobreviviera, menos que nunca ahora que se lo había desvelado todo. Descorrió la cortina que hacía las veces de puerta y se asomó. El bullicio se encontraba en su punto álgido. Finalmente parecía que

los emeritenses estaban respondiendo al espectáculo. Una demostración de tácticas romanas de infantería estaba teniendo lugar frente a la zona de comidas, para delicia de los clientes que admiraban y retrataban, *smartphone* en mano, la puesta en escena de los diferentes tipos de formaciones para la batalla. Se dio la vuelta y regresó, comprobando que tras el último esfuerzo Annika finalmente se había desvanecido, y asiendo nuevamente la pistola le encañonó a la cabeza. Se preguntó si la algarabía producida por los gritos de los más enfervorizados y el metálico chocar de escudos, corazas y espadas sería suficiente para amortiguar el sonido seco y conciso del disparo, y por primera vez fue presa de los nervios. Si no fuera así, estaría todo perdido, sería imposible huir sin ser vista de aquella tienda en mitad del campamento romano.

Pero no tenía alternativa, Annika debía morir para silenciar su secreto. Pegó con fuerza el cañón a la nuca de la policía para mitigar el silbido de la nueve milímetros con el recogido que amasaba la frondosa mata de cabello negro, cerró los ojos y respiró profundamente antes de apretar el gatillo.

De repente cayó en la cuenta. ¿Acaso sí había otra opción? Observó a su alrededor, repasando los objetos romanos dispersos por la tienda, que había alojado una exposición guiada horas antes. Y entonces vio lo que buscaba. Un *gladius*. La imponente espada del general se exhibía orgullosa entre el resto de artilugios. Lo asió con resolución.

Sí, aquella historia tendría el final poético que merecía, mejor incluso que el que había proyectado. Sus facciones se relajaron y con una perversa sonrisa se acercó nuevamente a Annika, calibró la potencia necesaria e izó la espada. Necesitaría de toda su fuerza para traspasarle el corazón.

—¡Ni lo sueñes!

Jara trató de girarse al escuchar la voz pero antes de lograrlo sintió un fuerte impacto en la sien y cayó al suelo inconsciente.

Bruno soltó el lavamanos de bronce que agarrara al divisar la escena y se inclinó aterrado sobre el cuerpo de Annika. Únicamente tras comprobar sus pulsaciones pudo volver a respirar, con una sensación tan grande de alivio que le encharcó los ojos de lágrimas. Acto seguido llamó al 112 y solo cuando le confirmaron que los servicios de emergencias estaban en marcha, los dedos aún temblorosos, tecleó en su teléfono móvil una combinación de dígitos que conocía muy bien.

—Necesito que vengáis al circo romano. Creo que Annika está herida. Y

tengo a su agresora. Al fondo, en la zona del campamento romano. La tienda del general. ¡Por lo que más queráis, daos prisa!

Epílogo

—Voy a echar de menos a *Wolf* —se lamentó la pequeña Celia, en el único momento de nostalgia en todo el día. Se había pasado la mañana correteando a un lado y otro emocionada ante la primera experiencia de un viaje al extranjero.

—Tranquila, estará bien cuidado. Igual hasta sabe unos cuantos pasos de baile para cuando vuelvas —bromeó Annika, que una vez que hizo las paces con su amiga Lourdes, había logrado convencerla para que se hiciera cargo del perro durante las dos semanas que estarían en Italia. No había sido difícil, pues le encantaban los animales, pero a cambio le había tenido que prometer que se apuntaría a las clases de baile para el siguiente trimestre. La había acusado de aprovechada en tono jocosos, aunque en el fondo se alegraba del trato. Llevaba mucho tiempo con ganas de hacer algo así y siempre encontraba una excusa para posponerlo. Por fin daría el paso para dedicarse a sí misma ese ratito todas las semanas.

Aunque en la casa predominaba el ambiente desenfadado y festivo propio de las vacaciones, flotaba en el aire un contrapunto triste. Hacía solo dos días la prima Elisa había fallecido. Cuando Carla les dio la noticia ya tenían incluso los billetes comprados, y a Bruno, que había albergado la esperanza de verla otra vez con vida y a medida que se acercaba la fecha se había convencido de ello, le había caído como un jarro de agua fría. Aun así, mantendrían el plan concebido: pasar las dos semanas con Carla y con Raffaele, acompañándole en aquellos momentos ahora si cabe más difíciles, y aprovechar también para ese merecido descanso juntos que se debían.

—Papá, papá, ¿crees que podré bañarme en el mar? —preguntó la niña alborozada.

—Yo creo que sí —contestó con una sonrisa, que se ensanchó al ver cómo se le iluminaba la cara a la pequeña—. En Nápoles hace más calor que aquí. Seguro que aún pillamos algún día bueno de playa.

—Pero no tienes bañador —se percató Annika—. Te lo dejaste en casa de la abuela la última vez, ¿verdad, Carmen?

La abuela de Celia, que había ido a pasar con ellos los últimos días antes de que emprendieran el viaje, asintió.

—Sí, aunque eso no es problema. Venga, vamos a comprarte uno antes de que cierren las tiendas —dijo mirando el reloj y ofreciéndole la mano a la niña, que la agarró feliz—. Ahora volvemos.

Annika y Bruno siguieron con los preparativos. Bruno vio cómo Annika se detenía un momento y cerraba los ojos.

—¿Aún tienes mareos? —aunque no llegó a ingerir la segunda pócima que Jara le tenía preparada, en los últimos días no había dejado de sentir náuseas, lo que habían atribuido al primer brebaje.

—No, tranquilo —mintió tratando de reponerse—. Cada vez lo noto menos. Mi cuerpo ya debe de estar eliminándolo.

—Menuda bruja.

—Bueno, tuvo un final apoteósico —bromeó Annika—. Capturada con una palangana.

—Fue lo primero que vi cuando entré —se justificó él—. Y da gracias a que era la tienda del general y estaba llena de antiguos trastos romanos. Si hubiera sido otra no habría tenido con qué golpearla.

—Algo te habrías inventado —sonrió ella con cariño, recogiendo un mechón del flequillo que le caía sobre los ojos—. Esta vez fuiste tú quien me salvaste a mí.

—Para que veas que eso de ser periodista *freelance* también tenía sus ventajas —dijo en referencia a su dedicación anterior—. Si no hubiera dado la casualidad de que en su día cubrí aquella rueda de prensa de su padre, nunca habría acoplado las piezas del rompecabezas.

A Bruno el apellido de Jara siempre le había resultado muy conocido. Pero fue solo al ponerse a investigar en su ordenador cuando lo conectó con la familia cacereña de tanto renombre. Una promotora constructora, una inmobiliaria, negocios hosteleros e incluso un bufete de abogados. Todo lo que llevaba el nombre de aquella familia iba parejo a una buena reputación.

—¿De qué era la convocatoria exactamente?

—Era del gobierno, de construcción de viviendas de protección oficial.

Annika levantó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Ya sabes, cuando aún se hacían —aclaró él—. Hará al menos tres años de aquello. Y la empresa del padre de Jara era la que había ganado la licitación y se iba a encargar de edificarlas. Apostó fuerte por la construcción, y ya sabes lo que les pasó a los que lo hicieron. Toda la fortuna acumulada en los años buenos se la llevó la crisis. Estaba altamente endeudado y al borde

de la quiebra. La titánica obra que tenía comprometida con el gobierno era lo único que le habría salvado del desastre.

—Pero hubo un cambio de planes —evocó Annika.

—Sí. Con la última crisis de gobierno que renovó a la mitad del ejecutivo regional, cayó también el político con quien había pactado la financiación de ese complejo empresarial millonario.

—Ochenta millones de euros... —Annika ni siquiera acertaba a imaginar cuánto era. Se perdía en las cifras mastodónticas como aquellas.

—Sí, lo suficiente para sanear sus finanzas y esquivar el bache de la crisis.

—Y en lugar de aquel político, entró en el gobierno el arqueólogo enamorado de la civilización romana —terminó Annika.

—Sí, con otras prioridades. Especialmente cuando Lolo le mostró su proyecto de la urbe romana en Calamonte y quedó prendado de él. Una *Emerita Augusta* traída al presente junto a la Mérida actual. Balnearios, alojamientos, restaurantes, tiendas...

—Demasiado subyugador para él. Tanto como para dar los pasos necesarios que cancelasen los anteriores planes del gobierno, iniciar las modificaciones presupuestarias, y asumir en cambio apoyar ese otro proyecto —Annika gruñó disgustada—. Los políticos no deberían tener tanto poder para decidir a su antojo sobre el dinero público. Mira lo que ha provocado todo esto.

—No le echés la culpa de todo a los políticos. Nada habría pasado si esa chica no fuera una desequilibrada —recordó Bruno.

—Una desequilibrada que encontró el pretexto para desencadenar su locura. Al comprobar cómo los suyos y ella misma se arruinarían por completo y se endeudarían de por vida, se sintió abocada a solucionarlo, a erigirse en salvadora del patrimonio familiar.

—Aquí se cumple el perfil del psicópata, ¿verdad? Jara debe superar con creces el coeficiente intelectual medio.

—Bióloga, arquitecta y con estudios gastronómicos —rememoró Annika—. Además de sus conocimientos de historia. Sí, inteligente e inquieta, pero de nada le servirá ahora. Pasará mucho tiempo en la cárcel.

—Y rebuscada. Todo lo de montar aquella historia del clan secreto... yo piqué por completo —confesó Bruno.

—Bueno, en realidad no debió de ser difícil de imaginar. Aunque sí hace falta mucha sangre fría para ejecutarlo —admitió—. Pero era de las asiduas a

los actos de los mecenas, conocía bien todo el tinglado, a quienes se movían en ese ambiente, y, como diría Mati, lo *frikis* que eran algunos. Y se aprovechó de ello para tratar de cargarles con la culpa.

—Entonces, ¿el clan secreto existía o no existía en Mérida? Creo que esta vez tengo derecho a conocer todos los detalles —se jactó.

—Mientras no los publiques... —Annika le dedicó una sonrisa burlona—. Sí, parece que sí existía. Pero no es ni mucho menos como te lo contó aquella guía de Pompeya, al menos no aquí en Mérida. Los que frecuentaban este mundillo habían oído todos hablar de la leyenda de los «ab aeterno», y un grupo de los más jóvenes se hacía llamar así. Nada que ver con psicópatas dispuestos a matar por la civilización romana, sino más bien un club algo cutrecillo, que tenían sus secretos entre ellos, seducidos por el encanto que la vieja leyenda y el saberse desconocidos para el resto les otorgaba. Sin ninguna maldad ni propósitos de transgresión de las normas.

—Pero Jara lo conocía y lo aprovechó para su plan.

—Eso es. Cuando supo que el consejero iba a anular la financiación al proyecto de su familia para respaldar el de Lolo comenzó a acercarse a él. Logró ganarse su confianza a medida que iba trazando el escabroso plan, y el día que la llamó angustiada por los destrozos que aquellos chicos le habían hecho en las termas vio la oportunidad perfecta y adelantó sus intenciones.

—Así que el sobrino de tu jefe y sus amiguitos lo desencadenaron todo.

—Sí, de alguna forma, aunque tampoco disponía de mucho tiempo. La Administración puede llegar a ser muy lenta pero el reloj jugaba en su contra, pues ya había pasado la mayoría de trabas burocráticas y el consejero no tardaría en firmar los papeles para que el cambio se hiciera definitivo. Probablemente tenía pensado hacerlo de todos modos en esas fechas. Y era un plan casi perfecto. Sin embargo, las cosas le salieron mal desde el principio. Aunque era tarde, a aquel niño vecino de la víctima no le pasó desapercibida al llegar con su moto. La casualidad quiso que se hubiera fijado en ella y no perdiera ocasión para observarla.

—Una desventaja de ser guapa —ironizó Bruno, recordando también cómo el chico del circo romano había reparado en ambas.

—Puede ser —Annika continuó—. Luego falló en el tiro y no mató al consejero como tenía previsto, aunque desde luego consiguió asustarle y que se le quitaran las ganas de estar en el punto de mira.

Bruno sonrió ante el juego de palabras, más propio de él mismo que de su

chica.

—Al final dimitió... —recordó en alusión a la noticia que había provocado revuelo en los días pasados—. Aún no han nombrado al nuevo, supongo que ahora no parece tan apetecible su puesto.

—Bueno, la ambición de poder suele prevalecer. Yo no me preocuparía por eso, seguro que hay alguien dispuesto a ocupar su lugar. Nunca he visto vacante un puesto en un consejo de gobierno —dijo con sarcasmo.

—Pero sigue contando —pidió Bruno—. Me gusta conocer la versión de la policía.

—En realidad no te estoy diciendo nada que no hayan publicado ya tus compañeros de profesión —respondió algo indignada recordando cómo se había filtrado a una velocidad vertiginosa la información que habían manejado en la comisaría. Estaba claro que alguien se había ido de la lengua con los medios y eso le exasperaba—. Y para remate, Pascual hiló todo lo que estaba ocurriendo tras su entrevista con nosotros, y cuando fue a pedirle explicaciones a Jara y exigirle que confesara, ella se lo quitó de en medio.

—¿Entonces estáis seguros de que no estuvo implicado en los crímenes anteriores?

—Sí —confirmó Annika—. Que fuera socio de la federación de tiro con arco nos despistó a todos, pero él nunca tuvo nada que ver en las maquinaciones de Jara. Al contrario, al compartir afición y conocer su destreza con el arco le fue fácil adivinar que había sido ella y se lo hizo saber, por eso se vio obligada a acabar también con él.

—Eso sí, con ingenio. Con ingenio y mucha mala leche —se estremeció Bruno al evocar las imágenes que se habían difundido sobre su cadáver, aún colgado de la cruz.

—Al final todo era por la pasta. O por la desesperación ante la idea de no tenerla —suspiró. Habían sido muchos los debates y tertulias televisivas en que se había atribuido a la crisis económica el origen de los crímenes.

—Sí. Pero es curioso que quisieran achacarle el crimen del teatro a la gente que reivindicaba sus derechos en la manifestación. Algunos de ellos sí tenían razones para estar desesperados. En cambio, la verdadera culpable no mataba por su casa o sus derechos más básicos. Más bien por muchos millones de euros. No podía estar más angustiada que ellos. Son la avaricia y la demencia los que lo determinan.

Bruno asintió.

—Dicen que algún dinero evita preocupaciones; pero en cambio mucho las atrae. Menos mal que nosotros tenemos bastante con llegar a fin de mes — bromeó, queriendo ya cambiar de tema. Era hora de ir olvidando aquella pesadilla para centrarse en sus vacaciones.

Se sentaron en el sofá a planear las excursiones que harían. La isla de Capri, Ischia, Sorrento y la costa amalfitana... había tantos lugares bellos que no les daría tiempo a recorrerlos todos.

—Y volveremos a Pompeya —afirmó Bruno.

—Bueno, bueno, eso ya lo veremos. Creo que ya he tenido bastante de civilización romana por un tiempo. Prefiero concentrarme en el presente — dijo Annika divertida. Luego adoptó un tono más sobrio—. ¿Entonces tu madre regresará con nosotros a la vuelta?

—La verdad es que no lo sé. Cuando se lo propuse parecía encantada de que fuéramos, pero evitó comentar nada sobre su retorno. Me da la sensación de que querrá seguir allí —dijo con una pizca de tristeza en la voz.

—Démosle tiempo. No se va a quedar para siempre, teniendo aquí a su querido hijo —le dedicó una tierna sonrisa—. Pero es normal que quiera recuperar todo lo que se ha perdido en estos años.

Eso le recordó a Bruno un tema delicado.

—¿Te lo aplicarás a ti también? —le dijo en referencia a sus propios orígenes—. Seguimos teniendo pendiente esa visita a Namibia.

Annika se tornó seria bruscamente. Confiaba en Bruno más de lo que había confiado nunca en nadie, y sin embargo había algo que todavía él no sabía sobre su pasado. Y que no estaba dispuesta a contarle. No podía permitirse ese lujo. Cambió de tema sin disimulos.

—De momento ya le he sacado unas vacaciones a Daniel. Disfrutémoslas, quién sabe cuándo volverán a alinearse los astros.

—En cuanto le resuelvas otro caso a ese incompetente.

—Quizá —Annika le dio la razón, pero no estaba tan segura. Si le había concedido el permiso solicitado, había sido más bien por la amenaza velada que le hiciera al descubrir cómo había encubierto el delito de su sobrino, que como reconocimiento a sus aptitudes profesionales. Pero tenía la sensación de que aquello no le había salido gratis. Daniel se había mostrado muy amable, casi demasiado, al firmarle la autorización de sus vacaciones. Y sabía por experiencia que eso no indicaba nada bueno. Estaba convencida de que tramaba algo, pero no podía hacer nada al respecto. No pensaba quedarse sin

ir a Italia con las dos personas que más quería. Ya lo descubriría y lidiaría con lo que fuera a la vuelta.

—De todas formas, no todo va a ser ocio —recordó Bruno—. Allí nos espera otra misión. Me has prometido que me ayudarás con lo de mi padre. Es mi oportunidad para llegar al fondo del asunto y conocer la verdad.

—¿Sabes qué? —Annika le rodeó con sus brazos—. No aguantaría dos semanas sin hacer nada. Me volvería loca.

Los dos se echaron a reír.

* * *

Sabina se acercó a la panadería a la hora del mediodía. Esperó en la puerta hasta que Alma acabó de cerrar.

—Llega mañana —le dijo presa de la excitación.

—¿Ya? —se sorprendió Alma.

—Sí. Manel no le podía dar días libres, le dijo que si se iba tendría que buscarse a otro camarero así que... lo dejó. Está loco.

—Sí, loco por ti —Alma se echó a reír—. ¿Cuántos días se queda?

—No lo sé. En principio una semana, pero Paquita me ha dicho que puede quedarse el tiempo que quiera.

Alma asintió. Sabía que doña Paquita era fiel a sus rutinas, pero también que le encantaba poder ayudar de vez en cuando. Sobre todo a personas que habían pasado por una experiencia tan traumática. Sabía también que ella sentía que se lo debía a su madre, por quien no pudo hacer nada cuando la vejaron y mataron en una guerra, tanto tiempo atrás. Y ese mecanismo se activaba en ella cuando estaba en su mano apoyar a una mujer a quien la vida había tratado injustamente.

—Y después, ¿qué haréis?

—Bueno, no lo sé, a ver qué tal nos va... —los titubeos de Sabina chocaban con la seguridad en sí misma que la caracterizaba, lo cual enterneció a Alma. No recordaba haberla visto dudar nunca.

—Pues bien, os va a ir bien seguro. Esas cosas se notan —afirmó resuelta.

—Me gustaría estar con él, pero tampoco quiero separarme de ti... Además, a Tarragona no puedo volver. Podrían encontrarme y me niego a vivir con miedo.

Alma la abrazó. La entendía perfectamente. Su caso era diferente, porque

habían desarticulado la red que la atrapaba en Extremadura y sus antiguos explotadores estaban en la cárcel. Y aun así, no era fácil tener que cruzarse cuando menos lo esperaba con algún hombre que había pasado por su habitación y por su cuerpo en los meses que estuvo encerrada. Pero había sido más importante para ella tener a alguien a quien aferrarse, y doña Paquita le había brindado esa oportunidad con toda la generosidad que su corazón albergaba.

—Todo saldrá bien —murmuró mientras la apretaba entre sus brazos, y, sabiendo que Sabina no le veía el rostro, no pudo evitar sonreír. Lo que su amiga ignoraba era que Víctor la había llamado varias veces para pedirle consejo desde que ambas se reencontraran y Alma se la llevara con ella a casa de doña Paquita. Al igual que Sabina, estaba seguro de sus sentimientos, pero también contaba con la incertidumbre sobre verse correspondido tan propia de los enamorados. Y ella había sido la *Celestina* encargada de asegurar al uno y al otro que sentían lo mismo, de modo que Víctor había confiado en ella y le había contado sus planes. «Si todo sale bien», había dicho, «me quedaré con Sabina en Montijo». Nada le retenía en Tarragona, y tenía ganas de cambiar de aires. Allí podría retomar sus estudios, prepararse las oposiciones de docente que había dejado arrinconadas con su intenso horario en el bar. «No quiero trabajar de camarero toda mi vida», le había confesado. «Las Humanidades son mi pasión, y ahora se me presenta una oportunidad para centrarme en ellas.» Era un buen plan, así que Alma le había ayudado en lo que podía. Le contó la situación a doña Paquita, quien ya lo había organizado todo. Como su amiga Carla había decidido permanecer una temporada fuera, pactó con ella alquilarles su casa a la joven pareja. Sabina podría echarle una mano en la panadería hasta que definiera qué era lo que quería hacer con su futuro, o quizá incluso quisiera unirse a ella como socia del negocio y emprender juntas una ampliación. Esa posibilidad la llenaba de entusiasmo. Ya desde pequeña Sabina era una excelente repostera que disfrutaba haciendo las delicias de sus amigas en la cocina. Y en Montijo vendría muy bien una pastelería donde las señoras del pueblo pudieran reunirse a tomar café con dulces y pasar el tiempo juntas, como hacían sus maridos en las decenas de bares que atestaban el pueblo.

Sí, lo sabía. Sabía que esta vez todo saldría bien.

Agradecimientos

A todas las personas que han disfrutado con Más que cuerpos y me han animado a seguir escribiendo.

A quienes me auxiliaron en el exhaustivo trabajo de documentación, y en especial a Fernando y Raluca, y a Cristina, que resolvieron pacientemente todas mis dudas y me ayudaron a comprender mejor el funcionamiento y estructura de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad en España. Y a Vicente, que sacó tiempo de donde no lo hay para asesorarme concienzudamente en el ámbito arqueológico.

A Anantes, que siguió confiando en mí, y en Annika y Bruno.

A mi familia, mis más fieles seguidores y no por ello menos severos críticos. Isabel, Manuel, Mario, David, Monika, Fátima.

A Juanjo, quien me aporta una mirada distinta que me enriquece cada día.

A mis amigas, incondicionales en los momentos buenos y en los malos.

Y a las silenciosas, que, sin armar barullo, consiguen dar voz a ideales comunes y suponen una fuente de apoyo y cariño compartido.

De corazón, gracias.

**¿Le gustaría leer más títulos
publicados por ANANTES?**

**Entre en la web
www.anantescultural.net y vea cómo
conseguirlos en digital o en papel**